





BX 4705 .F24 I8 1937
Isern, Juan, 1878-1941.
El Padre Antonio Falgueras
de la Compañía de Jesús

50

50472



Digitized by the Internet Archive
in 2014



R. P. Antonio M. Falgueras, S. J.

El Padre Antonio Jalgueras

de la Compañía de Jesús.

**Fundador de la Congregación religiosa
y de la Sociedad del Apostolado Popular del Corazón de Jesús
en Chile**

Reseña histórica
por el
P. JUAN ISERN, S. J.



APROBACIONES

Imprimi potest

Bonis Auris, 12 Martii, 1937

THOMAS J. TRAVI, S. J.
Prae. Prov. Arg. — Chil.

Imprimatur

San José de la Mariquina, die 16
mensis Junii 1937

† **GUIDO**
Episcopus Mast. et Vicarius Apostolicus
Araucaniae

P R O L O G O

Las Religiosas del Apostolado Popular del Sagrado Corazón de Jesús, que conservan en el fondo del alma un gran tesoro de recuerdos, de gratitud y de cariño para con el santo sacerdote que dió vida a la Congregación y que le legó en herencia su propio espíritu, ven ahora con gran satisfacción, realizada la esperanza que acariciaban desde años atrás: la publicación de una Vida del R. P. Antonio Falgueras de la Compañía de Jesús.

Al obtener hoy que se publique esta Vida, las dichas Religiosas no sólo ofrendan á su amado Fundador un tributo de gratitud y de afecto filial, sino que ejecutan un acto del más intenso y eficaz apostolado, porque en estos tristes tiempos, en que tanto se necesitan santos y numerosos sacerdotes, van a presentar, en forma digna y atrayente, el modelo de un sacerdote según el corazón de Dios, que pasó por la tierra haciendo el bien, que glorificó a Dios, salvó innumerables almas y llevó a otras a elevada perfección con su iluminada palabra y con el ejemplo tan edificante de sus sacerdotales virtudes.

¿Qué apostolado hay más eficaz que el del ejemplo? Este es el que está reservado al presente libro. Aquí se mostrarán aquellas virtudes que con tanto afán procuró siempre encubrir la humildad y el silencio del santo sacerdote. Aquí se cumplirá la recomendación que el Divino Maestro hacía a sus discípulos amados: *“Sic luceat lux vestra coram hominibus ut videant opera vestra bona et glorificent Patrem vestrum qui in coelis est”*. “Brille así vuestra luz delante de los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mat. 5, 16). Aquí brillarán esas buenas obras que con tan pródiga mano derramó por el mundo el buen Padre, que tanto edificaron a los que fueron de ellas testigos, que tanta gloria dieron al Señor y que hoy, presentadas de nuevo a la vista de sacerdotes y fieles, producirán ciertamente los mismos preciosos frutos.

El autor de este libro narrará una a una las grandes virtudes que adornaron a este verdadero apóstol de Cristo; nos contará la fuerza prodigiosa de su palabra que salía siempre de un corazón enardecido en el fuego de la caridad, la gran multitud de conversiones, la transformación de muchedumbres contrarias a la fe o agitadas por pasiones de odio en pacífico rebaño, el amor siempre constante y tierno para con los pobres, la consagración siempre generosa a las almas, a quienes procuraba o sacarlas del pecado o elevarlas a la perfección cristiana, y esa semejanza con Cristo que se reflejaba en todas sus acciones y modales, no sólo cuando estaba en el altar y cuando ejercía el ministerio, sino en su vida ordinaria y habitual, de suerte que su sola presencia y trato traía a la mente el recuerdo y el dulce encanto de Jesús.

No es nuestro intento entrar en ese dilatado y hermoso terreno; nuestro propósito es más limitado y modesto: deseamos en estas breves líneas presentar la fuente de donde manaron todas esas grandes y numerosas virtudes; indagar el secreto de origen que tuvieron; averiguar la causa que las produjo y las conservó tan lozanas y fecundas en su alma.

Esa causa no fué otra que la vida divina que animó siempre al P. Falgueras; fué su unión inseparable con Cristo; fué el sacerdocio de Cristo que se ejercitaba y producía sus frutos por medio de él.

Porque Cristo Nuestro Señor, en sus designios infinitamente amorosos, no sólo resolvió venir a nuestras almas como alimento divino, y sustentarnos con el verdadero pan del cielo, y participarnos la misma vida de Dios, y quedarse con nosotros junto con el Padre y el Espíritu Santo como en su morada y su trono, y comunicarnos allí incesantemente las gracias, dones y virtudes que necesitamos para crecer en la santidad y perfección que Dios espera de nosotros. Pasó aún más adelante en los descubrimientos y donaciones de su amor: quiso comunicarnos lo que parecía más incommunicable: su eterno y sumo sacerdocio.

Escogió entonces almas especiales, destinadas por su Providencia para el sacerdocio, y les comunicó los grandes poderes que él mismo había recibido de su Padre, confiriéndoles de esta suerte una grandeza, una dignidad y una elevación que excedía a todas las criaturas, pues podían perdonar los pecados, dar la vida divina, abrir y cerrar las puertas del cielo, hacer lo que sólo Dios puede hacer.

Pero no dejó solos a sus sacerdotes con esta suma de poderes tan sublimes: vino a ellos y se estableció en ellos como sa-

cerdote sumo para darles todas las gracias y disposiciones necesarias para el debido ejercicio de esos poderes y el recto desempeño de la altísima misión sacerdotal que les confiaba.

Vino a ellos para comunicarles su vida sacerdotal: descubrióles el encantador secreto de la glorificación de Dios, hermosísimo y supremo fin de nuestra existencia; encendió en sus pechos la llama del cielo por la salvación de las almas; puso en sus mentes sus propios pensamientos y en sus corazones sus propios afectos; hízoles ver la vanidad de las cosas terrenas y los llenó de hastío por el mundo; dióles palabras encendidas que comunicaran fuego divino a las almas; enseñóles el lenguaje de convertir a los pecadores; oculto en el fondo del alma de sus sacerdotes, se reflejaba, sin embargo, en su modestia exterior, en sus modales, en sus acciones, hasta en su semblante.

No sólo vivía en ellos, sino que ejercitaba su divino sacerdocio por medio de ellos; él los manejaba como instrumentos suyos; él dirigía las acciones sacerdotales; él les daba eficacia; él las hacía fecundas; él obraba en las almas las maravillas de la conversión y de la santificación.

Esto fué lo que experimentaron y lo que testificaron todos los apóstoles y santos sacerdotes que ha habido en el mundo.

Todos han podido decir con S. Pablo: “no soy yo el que vivo, sino que es Cristo el que vive en mí”.

Esto es también lo que hoy nos dice desde el cielo el santo P. Falgueras, a los que admiramos las hermosas obras de su apostolado sacerdotal: “Cristo las hizo por mí”.

Esta es también la gran lección que nos da a todos los sacerdotes: Permaneced siempre unidos al único y eterno sacerdote; él ejercitará en vosotros y por medio de vosotros su sacerdocio; él producirá por medio de vosotros los frutos más preciosos de glorificación de Dios y de santificación de las almas.

A El solo todo honor y gloria.

† GILBERTO, Obispo de Concepción.

P A R T E P R I M E R A

INFANCIA Y ADOLESCENCIA

CAPITULO I

HOSTALRICH — CASSA DE LA SELVA

(1864 - 1880)

SUMARIO: 1. La patria del P. Antonio M.^a Falgueras; su posición y su historia.—2. Su familia; nacimiento del Padre.—3. Escasez de noticias sobre su infancia; carácter irascible del niño Antonio.—4. Su temprana piedad; evolución hacia el dominio de sí mismo; repulsión por la escuela.—5. Hacia Cassá de la Selva; crisis feliz.—6. Primeras manifestaciones de su futuro extraordinario ascetismo.

1. Es Hostalrich una pintoresca población de la montaña catalana, en España (1), situada al Sudoeste de la histórica ciudad de Gerona, de la que dista 35 kilómetros, a cuya provincia y diócesis pertenece, y a la margen izquierda del río Tordera, tributario del Mediterráneo.

Sin duda que el accidente geográfico que fijó su ubicación, fué un montículo, que se levanta en una llanura cercana al río; y el hecho histórico que le dió origen, un castillo construído sobre el monte. Sitio estratégico, desde la dominación romana, pues por él pasó ya una *vía strata*, como pasó también, durante toda la Edad Media, el único camino real, que unía Gerona con Barcelona, y pasa hoy el ferrocarril de Barcelona a Francia, vía de la montaña.

Puede afirmarse que la historia de Hostalrich es la historia de su castillo. Consta que, desde el siglo XII, perteneció al Viscondado de Cabrera, y que allí existió una fortaleza para dominar la

(1) La primera mención de Hostalrich, de que se tiene noticia en la historia, es del año 1145. Trátase de una donación, en la que se hace referencia a un alodio situado en la ribera derecha del río Tordera, término del Castillo Castro Hostalrico. FRANCISCO CARRERAS GANDI.—Geografía general de Catalunya; Provincia de Gerona, pág. 978.

entrada, tierra adentro, por el valle de Tordera. Numerosos son los sucesos históricos, en que jugó un papel importante el castillo de Hostalrich, sobre todo durante las guerras de Francia, a fines del siglo XVII y la de Sucesión, a principios del XVIII. Pero la página más gloriosa de su heroísmo fué su resistencia a la invasión napoleónica (1809-1810) (2). Hostalrich fué uno de los numerosos fuertes españoles, que dieron pruebas sobrehumanas de resistencia y de valor, y que sólo se entregaron al invasor, cuando no restaban ya más que ruinas de sus fortalezas y algunos cadáveres vivos de sus defensores.

Entonces terminó la vida del castillo de Hostalrich, para convertirse en un trofeo glorioso, perpetuo evocador de hazañas y heroicidades, en defensa de la Religión y la Patria.

No pasó lo mismo con la población, que se había formado a la sombra de sus baluartes. Es cierto que fué saqueada, reducida a pavesas y casi despoblada del todo por los franceses, aun antes de que dominaran el castillo; pero se levantó de sus escombros, así que declinó la estrella de Napoleón en 1814, y quedó abandonada por el ejército enemigo. Entonces comenzó su nueva vida, tomando posesión definitiva de la ubérrima vega que la circunda, fértil y abundosa, como regada por los sudores de sus hijos y por las aguas del Tordera; campo llano, que bendijo el Señor. Y llegó a ser Hostalrich, como lo es hoy, uno de los pueblos más típicos y bien asentados de aquellas montañas.

Todo en él es sencillo, apacible y gracioso. La única calle del pueblo, tendida a lo largo de la antigua muralla, que un día fuera su defensa; el vetusto templo que vela como atalaya sobre su campamento, proyectando sobre él el signo bendito de la Redención; campos de cultivo, cada uno más limpio y trabajado que el vecino; y en torno de aquel anfiteatro de tierras de pan llevar, los bosques alcornoqueños, riqueza indígena, en las quebradas abiertas entre los montes, que forman el primer término del cuadro, y en las últimas lejanías azuladas de las estribaciones de los Pirineos, que se pierden confundidas con la luz difusa y las nieblas matinales.

(2) El día 7 de noviembre de 1809, un cuerpo de tropas francesas, desatado de las que asediaban a Gerona, entró en la población saqueándola, incendiándola y dejándola arruinada y casi despoblada; y dos meses después, en enero de 1810, comenzaron los franceses el sitio del castillo, cuya guarnición mandada por el coronel Julián Estrada, después de una brillante defensa de cuatro meses sin rendirse, se abrió paso por entre las fuerzas sitiadoras, refugiándose en Vich. En premio de comportamiento tan heroico fué creada una medalla especial. SANPERE Y MIGUEL (SALVADOR).—El Castillo de Hostalrich, tom. XXVII de los Certámenes de la *Associació literaria de Gerona*, 1899.



Hostalrich. Vista panorámica y río Tordera.



Poncio Falgueras y Civils
1822—1894



Gertrudis Dalmau y Fontlladosa
1833—1898

He aquí la cuna de flores frescas y campestres, que preparó la Divina Providencia a nuestro Antonio, cuya biografía emprendemos. Sitio ideal para producir caracteres de reciedumbre austera y fuerte, en que el campo florido y el cielo abierto hablan siempre de Dios, el ambiente histórico habla de gestas legendarias y las costumbres severas y cristianas hablan de trabajo, de piedad y de toda virtud.

2. Don Poncio Falgueras y Civils, natural de San Feliu de Guixols y Doña Gertrudis Dalmau y Fontlladosa, natural de Hostalrich, consortes de acendrada vida religiosa, fueron bendecidos por Dios con siete hijos, el quinto de los cuales fué Antonio (3). El cual vió la luz de este mundo, el día 2 de febrero de 1864, fiesta de la Purificación de Nuestra Señora. La fachada de la casa, en donde nació Antonio, situada en la actual calle Prat de la Riva, esquina de la Plaza Mayor, tiene la característica notabilísima de ostentar una ventana gótica de piedra labrada y de estilo muy puro y elegante, con tres arcos separados entre sí por dos columnitas de exquisito gusto (4). Esta ventana da a la habitación, en que vino al mundo Antonio. Ejercía su padre el oficio de panadero, con puesto de panadería abierta al público, y era considerada su casa como familia de buen pasar (5).

El niño Antonio fué bautizado a los dos días de haber nacido, en la parroquia del pueblo, consagrada a la Santísima Virgen, bajo el título de Nuestra Señora del Socorro, vulgarmente llamada del Socós, denominación aplicada a la Santísima Virgen, por la prontitud con que son socorridos sus devotos. Regeneróle con las aguas del santo bautismo el señor Presbítero D. Narciso Millás, Cura Vicario de Hostalrich, apadrinando al niño Doña Antonia Cubias. Los nombres que se le impusieron fueron tres, según cos-

(3) He aquí los nombres de los hijos de este cristiano matrimonio: Domingo, que murió muy niño, otro Domingo, Francisco, Joaquín, Antonio, José y Catalina.

(4) En toda Cataluña hállanse vestigios del estilo gótico, no sólo en castillos, palacios y fortalezas, sino aun en casas particulares, que llevan más o menos el sello de moradas distinguidas o señoriales; porque el gótico perduró en Cataluña, cuando ya había desaparecido de otras partes, hasta todo el siglo XVI, aunque generalmente en formas decadentes. El Renacimiento y el Plateresco lo absorbieron, cuando aquel arte se hallaba en sus postrimerías y sin energía para imponerse a la invasión. Sin embargo, el gótico que acabó en Cataluña por consunción, pareció simbolizar, sobre todo en sus últimos tiempos, el espíritu catalán (Véase Geografía General de Catalunya, dirigida por Francisco Carreras y Gandi; tomo I, pág. 1061).

(5) El abuelo paterno de Antonio descendía de Canet de Adri, donde abunda el apellido Falgueras desde el siglo XVI, así como Sigils o Sibils, el segundo apellido paterno, provenía de San Felín de Guixols, donde abunda la parentela de los Falgueras.

tumbre de la diócesis de Gerona: Antonio, Gabriel y Narciso (6). Según uso también de las diócesis de España, recibió Antonio el sacramento de la Confirmación, a los tres meses de ser cristiano. Se lo administró el Sr. Obispo de Gerona, Ilmo. y Rdm. Sr. Dr. D. Constantino Bonet y Zanuy, el día 8 de mayo de 1864, y en la misma iglesia parroquial de Hostalrich, siendo padrino D. Francisco de Rovira y Soler (7).

3. Apenas conocemos otros datos de la infancia de Antonio. Sólo nos consta que muy pronto contrajo íntima amistad con un niño de su misma edad, llamado Luis Baglina, que vivía frente a su casa, y cuya familia mantenía estrechas relaciones con la de Falgueras. La amistad de los dos niños fué fecunda en hechos benéficos, de los cuales muy luego nos deberemos ocupar.

Sin embargo, hay algo que se refiere a los años precedentes al uso de razón de Antonio, y que su historiador no puede menos de recoger y examinar.

Según informes, el niño Antonio Falgueras manifestó en aquella temprana edad, instintos iracundos; tales, que llegó a ha-

(6) He aquí la Fe de Bautismo, copiada del libro V de Bautismos, folio 225, el día 20 de diciembre de 1933, por D. José M. Coll Tarrés, Pbro. Regente de la Parroquia de Hostalrich:

"En la Parroquia de Sta. María de Hostalrich, provincia y obispado de Gerona, a los cuatro días de Febrero de 1864, el infrascrito Cura-Vicario de la misma, bauticé solemnemente a Antonio, Gabriel, Narciso, nacido de dos días, hijo legítimo y natural de Poncio Falgueras, natural de San Feliu de Guixols, y de Gertrudis Dalmau, natural de ésta, consortes.

Abuelos paternos, Francisco Falgueras, natural de Canet de Adri, e Ignacia Civils, natural de San Feliu de Guixols, consortes.

Abuelos maternos, Domingo Dalmau, natural de Arbucias, y Catalina Fontlladosa, natural de Malgrat, consortes. Fué madrina Antonia Cubias.

(Firmado)

Narciso Millás, Pbro. Vicario".

(7) He aquí la copia de la Fe de Confirmación, debida también al Rdo. Sr. Coll Tarrés, en la fecha indicada de 20 de diciembre de 1933. Dice así:

"D. Angel Estany y Valls, Pbro. Cura-párroco de la iglesia de Sta. María de Hostalrich, obispado y provincia de Gerona, certifico que en un cuaderno de Confirmaciones, custodiado en este archivo parroquial, compuesto de diez pliegos de papel de oficio del año 1864, seis del año 1867 y diez del año 1881, se halla escrito lo que sigue y que copio literalmente:

"En la Parroquia de Sta. María de Hostalrich, provincia y obispado de Gerona, a los ocho días de Mayo del año 1864, el Ilmo. y Rdm. Sr. Dr. D. Constantino Bonet y Zainy, Obispo de Gerona, confirmó a los individuos que abajo se expresan, siendo padrino D. Francisco de Rovira y Soler, vecino de esta villa.

Siguen los nombres de los confirmados, entre los cuales se halla en el lugar 40: Antonio, hijo de Poncio Falgueras y de Gertrudis Dalmau, consortes. De lo que doy fe en Hostalrich, a ocho de Mayo de 1864.

(Fdo.) Tomás Bosch, Pbro., Rector".

Concuerdá con el original, si bien hay tres nombres que no siguen en el mismo orden con que están escrito en aquél.

Hostalrich, 15 de Mayo de 1893.

(Fdo.) Angel Estany, Pbro., Cura párroco.



Casa de la familia Falgueras en Hostalrich. La ventana antigua da a la habitación donde nació el P. Antonio Falgueras.



Hostalrich. Calle Prat de la Riba, donde se halla la casa en que nació el P. Antonio Falgueras.



Hostalrich. Vista del Castillo.

cerse temible a sus familiares. No podía llamarse **malo**, ni aun en el sentido lato que se da a esta palabra, al tratarse de un niño inocente, y que apenas significa otra cosa que inquieto o travieso; pero sin duda era violento, fácilmente alterable y aun testarudo. “Tenía un genio muy vivo, dice un informante, peleándose frecuentemente con su hermanito menor, José, el cual confiesa ingenuamente que siempre salía perdiendo” (8). Pero no sólo podía con su hermano menor; otro de sus hermanos, el Dr. Joaquín Falgueras, que aventajaba a Antonio en más de un año, confiesa que le temía, y que se preocupaba mucho de no enojarle, pues en este caso la ira de su pequeño hermano era crecida, hasta embestir contra él con los puños cerrados y en actitud de amenazar y pegar. “Esto aconteció varias veces en su niñez”, dice D. Joaquín. ¿Hasta qué edad? “A lo sumo hasta los 6 o 7 años”. Luego “fué manso como los otros”, concluye el mismo.

Estos hechos ponen de manifiesto las tendencias espontáneas de la naturaleza de Antonio, plétórica de energías, sensible e independiente; pero el cambio profundo que comenzó a obrarse en él, en los albores mismos de su vida consciente, demuestra también cuán potente fué la luz, que empezó a iluminarle, y cuán eficaz la influencia educadora de la religión, que respiraba en el hogar, en el templo y en la escuela, formando en torno suyo un ambiente de acendrada piedad (9).

4. A ese primer momento, que inicia en él la dirección, que deberá ser definitiva en su preciosa existencia, responde el hecho de **decir misa**, días alternos, en compañía de su íntimo Luis Baylina, de modo que cuando uno la decía, el otro se la servía (10). Así era. Adosada la casa de Luis a la antigua muralla del castillo, tenía un reducto junto a un torreón, donde levantaron los dos amiguitos su capilla y su altar, y, resguardados de importunas miradas, se ensayaban los dos, en lo que debía ser el acto más excelso de su futuro sacerdocio. ¡Felices las familias cristianas, que tales sentimientos saben inspirar a sus tiernos hijos! Ante el cuadro emocionante y conmovedor de Antoñito Falgueras, de 7 a 9 años, dedicado empeñosamente a **decir misa** y preluando así una vida santa y apostólica, ¿qué desconsolador es el cuadro que ofrecen los hijos de muchas familias modernas, que se figuran ser cristianas; pero que,

(8) JOSE TURON.—Carta al P. Francisco Horéns; San Feliu de Guixols, 4 dic. 1928.

(9) La tradición de su familia lo atribuía también a la influencia que ejerció en él la amistad del niño Luis Baylina.

(10) Sobre esta circunstancia hay otra versión. Según ella, “Antonio hacía siempre de monaguillo”. JOSE TURON.—Carta citada.

mundanizadas hasta la médula de los huesos, en todo piensan menos en los graves deberes que les impone el ser miembros vivos de Jesucristo y de su Iglesia! A familias tales, es natural que ni siquiera les ocurra que la mayor gloria, a que puede aspirar una familia cristiana, es tener un hijo sacerdote.

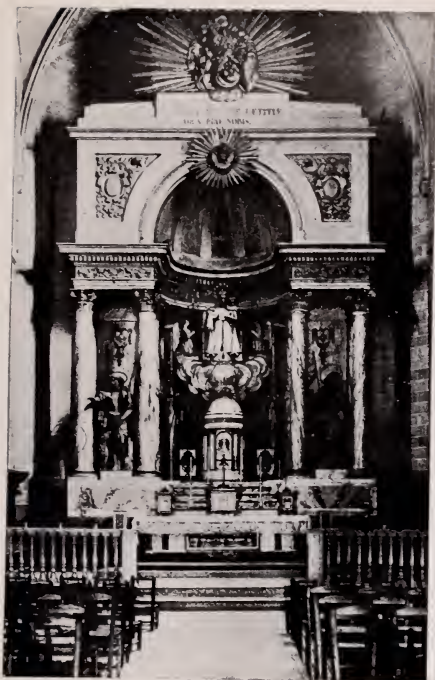
Todos los hijos de la familia Falgueras, como los de la familia Baylina fueron monaguillos y sirvieron al altar, en la parroquia de Santa María de Hostalrich. Nuestro Antonio lo fué hasta los 12 años.

Se ha observado que desde los siete u ocho, habíase iniciado en Antonio una evolución en sentido favorable al dominio de sí y marcadamente hacia la piedad; sin embargo, el cambio total no se había verificado todavía, cuando rayaba ya en los 12 años. El hecho es que **no le atraía la escuela**, lo cual llegaba a tal extremo, que aun se atrevía a faltar a clase con relativa frecuencia. Es de suponer el disgusto que eso ocasionaba a sus buenos padres, máxime teniendo ellos el propósito de dedicarlo a estudios, como lo habían hecho con otros de sus hijos.

¿Cómo se explica este hecho? Entendemos que la causa hay que buscarla en la psicología especial de Antonio y en las cualidades de espíritu que comenzaban a cristalizar en él. En realidad, lo que no le atraía era **aquella escuela**, que estaría muy lejos de llenar los ideales, que aquel niño comenzaba a concebir, pues rumoreaba ya en su mundo interior un como llamamiento vago a una vida superior. Que esta hipótesis no sea gratuita, se verá luego.

5. Sin embargo, a sus padres les pareció que era preciso tomar una resolución inmediata, y por de pronto convinieron en familia que Antonio dejase la escuela y aprendiese el oficio de sastre. Y comenzó su aprendizaje en su pueblo natal, probablemente sin que sintiese afición alguna a aquel oficio que se le aconsejaba o imponía; y allí continuó hasta los 14 años, en que fué enviado, para perfeccionarse en la profesión, a Cassá de la Selva (11), donde vivía un maestro sastre, llamado Narciso Ribas, con su esposa Luisa Matas, natural de Hostalrich, personas piadosas y que merecían la confianza y el aprecio de la familia Falgueras. Allí pasó otros dos años nuestro Antonio, es decir, de los 14 a los 16.

(11) Cassá de la Selva es una importante villa, situada al S. E. de la ciudad de Gerona, de la que dista 13 Kilómetros. Es población rica, de activa industria corchera, de la que ha llegado a contar más de 50 fábricas de taponería. Tiene una magnífica iglesia parroquial gótica que se remonta al siglo XVI.



Hostalrich. Altar mayor de la iglesia parroquial.
En el centro la imagen de Nuestra Sra. del
Socorro.

Estos años señalan la feliz crisis de su vida. De ellos poseemos ya documentos ciertos y variados, suficientes para asegurar que fué en Cassá de la Selva, donde se manifestó claramente y quizás por vez primera su carácter austero, de intensa vida interior, e incapaz de retroceder un solo paso en el camino de la virtud. Ciertamente sorprende la eclosión de tanta belleza espiritual en un adolescente, alejado de los paternos lares, y por consiguiente libre y en completo dominio de sus actos; de suerte que allí precisamente donde pudo haber habido el peligro de que sus fuertes cualidades nativas derivasen hacia los devaneos mundanos y la liviandad, cuajaron ellas formando como un bloque de riquísimo granito, del que debía labrarse un hombre extraordinario, tal vez un santo. He aquí los síntomas externos, que revelaron la existencia en él del misterio de elección, fuente y origen de toda su santidad.

6. Sabemos, pues, que su ocupación favorita, después de cumplir escrupulosamente con sus deberes profesionales, era leer vidas de Santos, de las cuales hablaba con frecuencia (12); que después de comer, solía pasearse solo por el jardín de su patrón, rezando y arrodillándose a veces debajo de los árboles; que se levantaba a media noche o muy de madrugada para orar, hincado en su aposento; que aun noches enteras las pasó en la intemperie, entregado a la oración. Estos hechos que no dejaron de notarse y divulgarse por personas de la familia o del vecindario del Sr. Narciso Ribas, formaron en torno del joven oficial de aquella sastrería, la fama que se deja suponer. El anciano Antonio Cortecáns, natural de Hostalrich, que vivía en Cassá hacía más de 50 años (en 1934), antiguo amigo de Antonio, asegura que en aquella población era tenido por un santo. La anciana María Avellí, que moraba asimismo en Cassá (en 1934), y que por aquel tiempo vivía frente a la sastrería, atestigua haber conocido a Antonio, del cual decía la gente: "¡Qué joven tan bueno!" Otra anciana, Joaquina Fullá, que conoció y trató a Antonio, dice así: "Era un joven que llevaba una vida muy santa y quieta. Cuando abandonó Cassá de la Selva, al cabo de dos años, en 1880, ya estaba resuelto a hacerse religioso" (13). Así era la verdad.

(12) "Yo misma, atestigua Joaquina Fullá, anciana de 72 años (1934), que trabajaba en la misma sastrería que Antonio, le proporcioné varias".

(13) Toda esta documentación y otra mucha que deberemos citar aún, referente a la patria de Antonio Falgueras, débese al P. Juan Serra, S. J., quien para recogerla recorrió con empeño y cariño los sitios, en que transcurrieron los primeros años de nuestro biografiado; siéndonos muy grato dar aquí testimonio de lo mucho que le debemos por su valiosa cooperación.

CAPITULO II

OTRA VEZ HOSTALRICH

(1880)

SUMARIO: 1. Lo que había presenciado un joven de 16 años, en 1880.—2. Reacción enérgica del católico pueblo español; necesidad de las Ordenes religiosas.—3. La Compañía de Jesús en su puesto; el Monasterio de Nuestra Señora de Veruela, noviciado de la Compañía.—4. La vocación de Antonio a la Compañía; sus causas.—5. Su demanda de entrar en la Compañía; una lucha victoriosa.—6. El más dulce secreto de tres amigos.—7. Hacia el Noviciado.

1. Era aquella, una época revuelta y brava. Muchas cosas había visto un joven de dieciséis años, como contaba nuestro Antonio Falgueras, en 1880.

Nacido, cuando se tambaleaba el trono de Isabel II, había asistido a su derrumbamiento y a los hondísimos trastornos, que trajo consigo aquella catástrofe política: el Gobierno revolucionario presidido por el General Prim, hostil a la Religión, perseguidor de la Compañía de Jesús; los conatos de monarquía con Príncipe alemán, lo cual dió origen a la guerra franco-prusiana, que hundió el imperio de Napoleón III y alzó el que creó Bismark (1870); el efímero reinado de D. Amadeo de Saboya (1870-1873); el asesinato de Prim; la guerra civil de religión y de legitimidad a favor de D. Carlos de Borbón; la República española, con sus desórdenes increíbles (1873-1874) y la Restauración monárquica, que colocó en el trono español al hijo de Isabel, D. Alfonso XII, quien hizo su entrada triunfal en Madrid del 14 de enero de 1875. Muchas cosas eran para inspirar sentimientos trágicos en un alma sensible y juvenil, que se aprestaba a entrar en las lides de la vida.

2. Pero en 1880, no todo eran tinieblas en el horizonte social español. El sol de la paz había ya rasgado los velos tenebrosos, e iluminaba las cumbres de los montes. El católico pueblo español,

que nunca había muerto, aprovechó el público sosiego para reaccionar franca y decididamente a favor de la Religión. Es cierto que se habían acumulado ruinas; pero se puso mano al descombro con energía y método; cabalmente lo que se echaba de menos en España, que vivía tranquilamente en los brazos del descuido, por el equivocado principio de que habiendo sido católica no podía dejar de serlo.

Urgía la difusión de la prensa católica, alentar a los mejores ciudadanos, para que se agrupasen formando cuadros de resistencia frente al mal, y más que todo restablecer las Ordenes religiosas, que infundirían nuevos alientos al pueblo cristiano, con sus múltiples ministerios apostólicos y reanimarían al mismo clero secular. Comprendiéndolo así, el insigne apologista popular Sardá y Sanvany, que ejercía desde su Editorial de Barcelona una influencia directora de casi toda la nueva vida católica de España, no cejaba de bregar insistentemente a favor de las Ordenes religiosas.

3. La Compañía de Jesús no podía menos de entrar en movimiento. Tres destierros contaban los Jesuítas españoles en aquellos pocos años: de España a Francia, en 1868, cuando la caída de Isabel II; de Francia a España, al estallar la guerra franco-prusiana en 1870; y otra vez de España a Francia, al proclamarse la República española de Pi y Margall, en 1873.

Por fin, hacia 1877, se les abrían de nuevo las puertas de la patria, y esta vez con esperanza fundada de algún sosiego y aun protección oficial.

Existía en el somontano del Moncayo (1) un antiguo monasterio cisterciense, llamado Nuestra Señora de Veruela, cuyas primeras construcciones se remontaban al siglo XII. Este cenobio, ampliado a través de los siglos, había llegado a ser una de las más bellas y grandiosas construcciones en su género, que poseía el suelo español, abundante en obras de arte incomparables. Allí, por espacio de 700 años, floreció con gloria el monaquismo, representado por los hijos de San Bernardo de Claraval, cuya actuación en la historia religiosa, científica y aun política y civil, llena largas páginas, en los Anales de Aragón. Pero la exclaustación de

(1) Es el Moncayo un monte de Aragón, situado en la provincia de Zaragoza, que se levanta cerca de los límites de Castilla y de Navarra, perteneciente al sistema orográfico llamado Ibérico. Es el más alto de la región, después de los Pirineos, pues mide 2.313 metros sobre el nivel del mar. En su cumbre las nieves son perpetuas, y son riquísimas las fuentes minerales que brotan de sus laderas, así como son famosas las tempestades que se forman en torno a la montaña, y dan lugar a espectáculos emocionantes. En la antigüedad llamóse *Mons caumes* y fué celebrado por el poeta hispanolatino Marcial.

1835 obligó a los monjes a abandonar el monasterio, el cual pasó a manos del Gobierno, que lo abandonó, como era de suponer, hasta el extremo de amenazar convertirse en informes ruinas aquel imponente monumento arqueológico, síntesis de la historia del Arte de muchos siglos.

Pues aquél fué el sitio designado por la Providencia para que la Compañía de Jesús, proveniente del destierro de Francia, hallase un asilo que, desmantelado y maltrecho, debía remozarse para convertirse pronto en algo así como una Universidad Jesuítica.

El Día 14 de abril de 1877, se recibían los superiores de la Compañía de Jesús del usufructo del Monasterio de Veruela y sus dependencias e inherencias, de manos de la Real Academia de Bellas Artes, a la que estaba cometida la custodia del inmueble, declarado monumento nacional; y aquel mismo curso escolar (1877-1878) llegaron a contar 136 Jesuítas, jóvenes en casi su totalidad, que daban vida y alegría a aquella vetusta mansión, morada por 42 años del silencio y de la muerte. El curso siguiente llegaron a 195 y así sucesivamente (2).

Era el soplo de Dios que agitaba los espíritus y henchía los pabellones del ejército pacífico de Cristo, donde se preparaba aquella ardiente juventud para las santas conquistas de la fe. ¡Había tantas Misiones que emprender, tantos Colegios que levantar, tantas obras sociales que montar y dirigir!

Veruela era el Noviciado de la Provincia Jesuítica de Aragón, la cual comprendía la antigua Coronilla del mismo nombre, es a saber, Aragón propiamente dicho, Baleares, Cataluña y Valencia. De todas partes afluía la juventud al Noviciado de Veruela; pero de Cataluña, más. No había región catalana, que no tuviese sus representantes en aquel plantel de la gloria de Dios: el Norte y el Levante, la costa y la montaña. En la montaña, sobre todo, hubo regiones más privilegiadas por los dones de Dios, que pudieron ser consideradas como manantiales de vocaciones a la Compañía de Jesús; así, Manresa, Gerona, Vich, Hostalrich, que pertenecía a la zona de influencia de Gerona, debía tener la gloria de dar también su contingente a las huestes ignacianas.

Ni se crea que fuese un fenómeno inexplicable. Hubo causas, que pareciendo sólo humanas, eran del todo providenciales. Nos referimos a las llamadas Misiones populares dadas por los Jesuítas, a lo largo de la costa mediterránea y a través de las

(2) JUAN M. SOLA, S. J.—“El Monasterio de Veruela y la Compañía de Jesús”; 1877—1927; págs. 31 y siguientes:

montañas catalanas. En aquellas visitas, en verdad apostólicas, dejaban oír su voz hombres de muy elevado espíritu y de dotes excepcionales para la predicación de las verdades de la fe. En la región baja del Principado fueron los Padres Bartolomé Gelabert, Juan Olcina, Francisco Butiñá, Juan Vinader, Sebastián Esperanza y Celestino Matas, quienes llegaron a tener fama bien merecida de misioneros, a la antigua usanza; sobre todo el último, de un poder de arrastre incontenible para la juventud. De ahí que su palabra sugeridora y semejante al de un mensajero celeste, no se dejase oír sin que los dulces ecos del llamamiento divino resonasen en no pocas almas selectas, invitándolas a seguir las hermosuras heroicas de la santidad.

4. Nuestro Antonio Falgueras sería uno de aquellos jóvenes afortunados, que debían ser llevados por el espíritu de Dios. Como se hizo notar, las manifestaciones de su elección a vida de perfección, eran patentes: su vida de oración, de recogimiento y, más que todo, de penitencia, no podían dejar duda alguna. Pero ¿por qué fué la Compañía de Jesús la Orden religiosa, que atrajo las miradas de su espíritu y la adhesión y resolución de su enérgica voluntad? He aquí una pregunta muy natural, en el momento histórico en que nos hallamos, máxime al observar que las características de la espiritualidad de Antonio antes parece que debían conducirlo a una Orden puramente contemplativa y de austera penitencia. Desgraciadamente carecemos de la documentación, que sería necesaria para esclarecer este punto; pues el P. Antonio Falgueras, según consta por informes, destruyó cuidadosamente, antes de morir, todo cuanto se refería a sus asuntos privados y personales; por manera que ni una sola línea suya, que descubra los secretos de su activísima vida interior, podremos aprovechar en la biografía que tenemos entre manos.

Con todo, sabemos algo que echa un rayo de luz sobre el asunto de que se trata. De su edad madura, existen testimonios variados, de personas que le trataron con intimidación, los cuales afirman que el joven Falgueras alimentó deseos de entrar en la Trapa (3). ¿Por qué no lo hizo? Porque se sobrepuso en él el celo apostólico de la salvación de las almas. Jesucristo, Redentor del mundo por sus sufrimientos y por su muerte, llenó del todo su

(3) Por algún tiempo fueron tan intensas sus ansias de apartamiento del mundo y aun de la vista de él, para poder vacar a la contemplación de sólo Dios, que deseó perder la vista de sus ojos corporales, para tener sólo abiertos los del alma. El mismo lo reveló públicamente y en una ocasión solemne, poco antes de morir.

espíritu; y al penetrarse bien de esta gran verdad, ya no quiso, ni pudo pensar más que en imitarle, salvando almas y prodigando su propio sacrificio. Como tendremos ocasión de verlo por sus hechos y por los dictámenes por que se dirigía en ellos, y que conocemos por confesión propia o ajena, este fué el programa que él se impuso y que se empeñó en realizar toda su vida. Para ello la Compañía de Jesús se le presentaba como un ideal: su vida mixta le ofrecía poder saciar su anhelo de vida interior, al par que se entregaría abnegadamente a la salvación de las almas, y eso por puro amor de Dios y del prójimo. Y comprendiendo que su vocación era a la Compañía, la abrazó con todas las inmensas energías naturales y sobrenaturales, de que ya entonces podía disponer.

5. El día 21 de febrero de 1879, entró en la Compañía de Jesús Francisco Falgueras, hermano de Antonio (4). Fué el primero de aquel grupo de palomas, que Hostalrich debía enviar al palomar de la Virgen de Veruela. Antonio, que de tiempo atrás, estaba resuelto a entrar en la Compañía, manifestó entonces a sus padres su decidida voluntad de imitar a su hermano Francisco; para lo cual les pidió permiso. Esta demanda produjo en aquella familia, que por cierto era sinceramente piadosa, la natural contrariedad. Su excelente madre, sobre todo, no se consolaba con la ausencia de los dos hijos, producida tan rápidamente; de un modo especial le sobresaltaba la idea de que su hijo pudiese ser destinado a países remotos y alejados de la patria. Decíale, pues, que estudiase para sacerdote secular, con lo cual todos quedarían contentos y **no le perderían**. Esta oposición, que no podía ser duradera, dados los sentimientos profundamente cristianos de la familia Falgueras, tenía sumamente afligido a Antonio, quien por nada del mundo estaba dispuesto a abandonar y ni a dilatar siquiera su vocación religiosa a la Compañía de Jesús.

Entonces ocurrió un hecho algo desagradable, que contribuyó a resolver satisfactoriamente el asunto de Antonio; pues no faltó quien lo atribuyese a cierta perturbación cerebral, producida por la negativa de sus padres. Su hermano médico, el Dr. Joaquín Falgueras, lo califica de "delirio febril" y describe lo sucedido del modo siguiente: "Poco tiempo antes de entrar en la Compañía, mi hermano Antonio, un día de verano seguramente, al tiempo de levantarse de la siesta, vino a mí muy excitado; y como fuera de sí, empezó a decir cosas incoherentes. (Nótese de paso, que mi her-

(4) Francisco Falgueras había nacido el 13 de diciembre de 1859 y contaba por consiguiente 19 años de edad al ingresar en el Noviciado de Veruela.

mano, cuando se enfadaba, solía hablar con alguna tartamudez). Yo al oírle desbarrar de aquella manera, en medio de su extraño frenesí, me asusté mucho, y creí de momento que mi hermano se había vuelto loco. Entonces, llorando, corrí hacia él, y le abracé; y acercando mi cara a la suya y sintiéndola muy abrasada, me tranquilicé al instante; pues comprendí que la causa de aquel delirio, no era que Antonio hubiese perdido la cabeza, sino un acceso pasajero de fiebre, que le dominaba. Si hubiese tenido a mano el termómetro, le hubiera tomado la temperatura, que debió ser muy alta. No recuerdo bien si mis padres, al enterarse de lo ocurrido, le obligaron a acostarse en seguida; pero en todo caso, con alguna cosa que le darían y un buen rato de sudar en la cama, creo que en menos de un día, las cosas volvieron enteramente al estado normal. Yo entonces estaría pasando las vacaciones de verano en mi casa, y ya sólo me faltaban dos años para terminar la carrera de médico" (5).

Lo cierto es que después de este accidente, los piadosos padres de Antonio comprendiendo que la voluntad de Dios era que le otorgasen la licencia requerida, ofrecieron a Antonio todas las facilidades para realizar sus planes. Su madre, que era una santa y muy decidida, dijo con tono enérgico la última palabra: "Está bien; pero no quiero que seas Hermano lego"; creyendo que quería entrar en la Compañía como Hermano Coadjutor (6).

6. En compañía de Antonio, había otros dos jovencitos como él, que separadamente y sin que uno lo supiera de otro, se preparaban también para emprender el vuelo. Eran Luis Baylina y Segismundo Masferrer. Antonio y Luis contaban 16 años; Segismundo, 15. Los tres eran íntimos amigos, y llegó el momento de no poder demorar más el comunicarse mutuamente la gran noticia de su vocación y admisión en la Compañía de Jesús. Fué una tarde del verano de 1880, que paseando los tres por las riberas umbrosas del río Tordera, se comunicaron el dulce secreto de su vida: ¡los tres Jesuítas! Aquella hora la recordaron siempre; y muchos años después, el P. Luis Baylina, en el ocaso de su vida, se complacía en señalar en la fotografía de un album, el sitio en que ocurrió. "En este pasaje, escribió, a donde acudíamos a solazarnos, nos declaramos la vocación que manteníamos oculta tres compañeros". ¡Felicísima amistad, que coopera a realizar en el amigo que-

(5) Informe del Dr. Joaquín Falgueras enviado al P. Juan Serra, S. J.

(6) JOSE TURON.—Carta al P. Francisco Lloréns, S. J.; San Feliu de Guixols, 4 de diciembre de 1928.



Hostalrich. Llano de Massanar



Hostalrich. Las riberas umbrosas del río Tordera

rido, el más grande de los designios de Dios sobre un alma: el llamamiento a una vocación superior!

7. Antonio Falgueras traspasó los umbrales del venerable Monasterio de Veruela, la antevíspera de la fiesta de San Ignacio de Loyola, el día 29 de julio de 1880. Al entrar en aquel sagrado recinto, fué uno de sus primeros actos postrarse ante la antigua imagen de la Virgen, Titular del Monasterio, en su propio camarín, para colocar bajo su manto maternal la vida religiosa, que aquel día feliz emprendía (7). Su amigo Segismundo Masferrar le había precedido cinco días, ya que había entrado el 24 del mismo mes de julio; a los dos meses, el día 25 de septiembre, le seguía Luis Baylina; y al mes siguiente, el 21 de octubre, todavía otro compañero de los tres, el jovencito Tomás Barler, de 16 años de edad. Fueron, pues, cinco los hijos de Hostalrich, que tuvieron la dicha de alistarse conjuntamente, para militar bajo la bandera enarbolada por San Ignacio de Loyola, en que brilla el Nombre adorable de Jesús. Todos habían sido recibidos en la Compañía por el P. Román Vigordán, Provincial a la sazón de la Provincia de Aragón.

(7) Fué singular la devoción que el joven Falgueras profesó desde niño a la Santísima Virgen. A ella atribuía su vocación a la Compañía de Jesús; así lo afirmó él con frecuencia, hablando de la Virgen del Socorro, Patrona de Hostalrich, cuya mirada divina al par que maternal había penetrado su alma, atrayéndole a sí y al servicio de su Divino Hijo.

PARTE SEGUNDA

FORMACION RELIGIOSA Y LITERARIA

CAPITULO III

V E R U E L A

(1880 - 1884)

SUMARIO: 1. "Como un vasto campamento de maniobras ascéticas.—2. Fines del noviciado.—3. Los experimentos.—4. Los Ejercicios espirituales del H. Falgueras; su espíritu de oración, su modestia y su observancia regular.—5. Su extraordinaria penitencia.—6. La peregrinación y el cuidado de los enfermos.—1. El incendio del Monasterio de Veruela.—8. Los testimonios; el P. Federico Cervós.—9. Los votos religiosos.—10. En el curso de los estudios; santificación de los trabajos escolares; nuevos testimonios de su austeridad.—11. Visitador de oración y exámenes.—12. Saldo favorable de Veruela.

1. Magnífico y exuberante de vida, y como un vasto campamento de maniobras ascéticas, era el cuadro que ofrecía el Noviciado de Veruela, en 1880. Sólo los novicios escolares pasaban de 80, contándose entre ellos once sacerdotes, y jóvenes de tan ricas esperanzas como José Llobera, Esteban Moreu, Antonio Dedeu, Tomás Sitjar, Antonio Arnalot, Francisco Tena, Francisco Cuadras, Ricardo Cirera y muchos otros, que debían honrar la Compañía, ya como escritores y profesores, ya como misioneros y hombres de gobierno, ya como mártires (1). A los que hay que añadir 36 jóvenes Jesuitas estudiantes y 65 Hermanos Coadjutores, entre ellos 29 novicios; y, finalmente, unos 20 sacerdotes para la

(1) Este año de 1936, ha sido asesinado en Gandía por las hordas comunistas el P. Tomás Sitjar, Rector del Colegio-Noviciado de aquella localidad, a los 70 años de edad y 55 de vida religiosa en la Compañía de Jesús. Pero no ha sido él solo el que ha caído víctima del furor anticristiano del Comunismo impío e inhumano. De los Jesuitas que fueron formados en Veruela, han sido también mortificados en diferentes partes, los Padres Constantino Carbonell, de 70 años de edad y 50 de Compañía; Nemesio González (70 y 54); Braulio Martínez (84 y 49); Ramón Vendrell (71 y 48); Pablo Bori (72 y 45); Paulino Bertrán (62 y 44); Francisco Audí (65 y 44) y los Hermanos Coadjutores Ramón Grimaltos (75 y 49), Ignacio Vila (78 y 59), Lorenzo Isla (71 y 46), Carlos Moncho (67 y 47).

dirección y el claustro profesoral; es decir, una Comunidad de unos 200 Jesuítas, jóvenes en casi su totalidad, de la cual era Rector el P. Antonio Rota y Maestro de novicios, el P. Federico Cervós.

De ella formaban parte los cinco hijos de Hostalrich, los cuales ciertamente no debían desmerecer de compañeros tan ilustres.

Nuestro Antonio, cuando palpó ser ya una realidad el vestir la sotana de Jesuíta, sintióse con inmenso júbilo de su alma, un hombre nuevo: era hijo de San Ignacio. Era natural, pues, que se entregase a velas desplegadas, a los ejercicios del noviciado, preparación de la vida religiosa, en la cual ingresaría propiamente por los santos votos, a los dos años de probación.

2. Dos son los fines, a que se dirige el largo noviciado de la Compañía de Jesús: el primero es para que la Orden conozca a fondo a sus novicios y éstos conozcan a su vez la Orden; el segundo, el instruírse en las prácticas de la vida religiosa y echar los fundamentos de la perfección evangélica. Para lo primero, ayuda la lectura detenida y la explicación detallada de las Reglas y Constituciones de la Compañía; el íntimo trato de los súbditos con los superiores y el examen atento de las inclinaciones y especiales disposiciones de los novicios, con el objeto de aplicar a cada cual a los oficios que más le convinieren; para lo segundo, sirven las conferencias diarias con que se van industriando en la manera práctica de ejercitarse en la oración, mortificación, obediencia y demás virtudes, explicándoles detenidamente todo cuanto necesitan, para salir perfectos y cabales miembros de la Compañía de Jesús.

El noviciado de Antonio ofreció ya la singularidad de reflejar, desde el primer momento, las modalidades, que le acompañaron durante toda su existencia, con la particularidad de que todos los testimonios que se han podido recoger, coinciden en ello; y de que ni uno solo hay, que señale una oscilación o línea decreciente, en su dirección constante hacia la santidad propia de la Compañía de Jesús. De tal manera hizo propio inmediatamente el espíritu de su vocación, llevado a los últimos ápices de la perfección.

3. Los experimentos principales con que quiso San Ignacio que fuesen ejercitados los novicios de la Compañía, son seis: El primero y principal son los Ejercicios espirituales completos, por espacio de un mes; el segundo consiste en servir por espacio de otro mes a los enfermos de un hospital; el tercero, en peregrinar a pie y sin dinero, pidiendo limosna de puerta en puerta, por amor



Veruela. Ingreso de la sala capitular siglo XII



Monasterio de Veruela, Sala Capitular (Siglo XII)

de Dios; el cuarto, en ocuparse en varios ejercicios de humildad y caridad, ya sirviendo en la cocina y comedor, ya barriendo las habitaciones, ya ejercitándose en otros quehaceres domésticos; el quinto, en enseñar la doctrina cristiana a niños y a gente humilde, y el sexto, finalmente, propio de sacerdotes novicios, en desempeñar por algún tiempo, los ministerios de confesar y predicar.

Todos los practicó, a excepción del último por no ser todavía sacerdote, el Hermano Falgueras, con tal perfección que nada dejó que desear.

4. Sobre todo practicó con empeño extraordinario el más importante de todos, que es el mes de Ejercicios espirituales, que hizo bajo la dirección de su excelente Maestro de novicios, el P. Federico Cervós. La carencia de los documentos escritos, en que él consignó sus ilustraciones, sus propósitos y su plan de vida, concebido a la luz del cielo, fruto de aquel mes de intensísima comunicación con Dios, nos priva de citar textos personales, que tanto embellecen y avaloran las biografías de los varones eximios en virtud; pero tratándose de nuestro biografiado, no disponemos de otro documento que él mismo, su personalidad y su vida entera, mucho más fehaciente por cierto, que un papel escrito, que puede borrarse u olvidarse con el tiempo. Sobre lo cual nos basta decir unas palabras: quienquiera que conozca a fondo la esencia de los Ejercicios, el blanco a que tienden y los medios de que proveen al espíritu para lograrlo, y conozca a la par la santidad, la verdadera santidad, del P. Falgueras, no podrá menos de afirmar que él fué un hombre modelado en los Ejercicios espirituales de San Ignacio. Es cierto que él trajo a la Compañía su propio tipo de santidad ya delineado; pero fué en el Instituto de la Compañía, que él abrazó con toda su alma, y por ende en los Ejercicios de San Ignacio, ya que todo cuanto es la Compañía, en orden a la santidad, lo debe a los Ejercicios de su Padre, San Ignacio, donde troqueló su ser religioso, ascético y místico. Con todo derecho pues, podemos asegurar que el joven novicio Antonio Falgueras hizo muy bien los santos Ejercicios, como lo demuestra el decurso de toda su vida.

Derivación de su entrega total a su Señor y Divino Capitán fué el ejercicio de todas las virtudes.

Respecto de la oración y ejercicios piadosos hechos en común, solía proceder como un hombre que "no vivía en la tierra" (2), y esto sin ninguna ostentación. "Siempre arrodillado, sin apoyo

(2) SEBASTIAN CASADEMONT, S. J., connovicio del P. Falgueras; carta al P. Salvador Sedó; Gandía, 18 de diciembre de 1933.

ninguno, por más que pudiera parecer otra cosa, los ojos bajos o cerrados, las manos juntas algo alzadas, inmóvil del todo, desde el principio hasta el fin del ejercicio. Así solía estar en la meditación, misa, comunión y visitas al Santísimo. Mirarle a él en estas ocasiones, afirma el P. Casademont (3) servía para edificarse el que le miraba, y aun a veces para sentirse interiormente reprendido por lo que distaba de aquel modelo". Otros afirman que no faltaban quienes procuraban estar a su lado, durante la meditación de la capilla del Noviciado, diciendo que con aquella medida se sentían más recogidos y devotos, por el ejemplo que les daba el H. Falgueras" (4). "Me admiraba verle en la capilla, cruzadas las manos sobre el pecho, sin arrimarse al respaldo del banco de delante, ni al de detrás, estarse todo el tiempo como extático con grande devoción y profundo recogimiento", afirma el P. Salvador Sedó (5).

De ahí su recogimiento de todo el día, que llamaba poderosamente la atención de cualquiera, por poco versado que estuviera en las manifestaciones de la vida interior. Sin faltar a sus deberes ordinarios, empleaba cuanto tiempo podía ante el Sagrario, ya en la capilla propia del Noviciado, donde se veneraba el cuadro del destierro de la Sagrada Familia, obra del Hermano coadjutor Sebastián Gallés, que había acompañado al Noviciado desterrado en Bélgica y en Francia, ya en la imponente iglesia del Monasterio, donde alzaba su trono de Reina secular de aquellos valles, la Santísima Virgen de Veruela, a la que el H. Falgueras, como excelente hijo de María, profesaba particular devoción. Los **tiempos libres** del horario del Noviciado, o sea, los cortos intervalos señalados entre las ocupaciones de la **distribución**, ya se sabía dónde hallarle: en la capilla o en el templo. Tan intensa y continua era su vida de oración.

Su andar por los tránsitos manifestaba bien a las claras lo endiosado que iba su corazón. Pero en donde se revelaba más el tesoro escondido en su espíritu, era en el trato con sus hermanos. "Yo no recuerdo haberle oído jamás conversación alguna, que pudiera desdecer en lo más mínimo de la manera de conversar, que en sus hijos desea la Compañía; y no sólo esto, sino que procuraba, según la gracia que Dios le daba y las circunstancias le permitían, introducir y sustentar conversaciones positivamente piado-

(3) Carta citada.

(4) Carta del P. Francisco J. Ferrán, S. J., al P. Salvador Sedó; Girona, diciembre de 1933.

(5) Carta al autor; Barcelona, 10 enero de 1934.

sas y aun muy fervorosas; por lo menos procuraba fuesen de manifiesta utilidad; y si en algún caso no lo podía alcanzar, callaba" (6). En cuanto a su compostura en el trato, pocos fueron los que pudieron ver de qué color eran sus ojos; tanta era su angelical modestia y con tanto rigor trataba todos sus sentidos. "Y era cosa admirable que siendo consigo tan austero, procuraba con mucho cuidado mostrarse con sus compañeros atento, afable y muy caritativo" (7). El mismo autor afirma que nunca se le oyó hablar de sí mismo, sino para ponderar sus defectos. El cual añade que era común opinión entre los compañeros, que parecía haberse propuesto como modelo la imitación de la vida de San Luis Gonzaga; y "creo, dice, que no nos equivocábamos". Después de haber hablado de su fervor en la oración, añade otro testigo: "El mismo fervor manifestaba en sus conversaciones, siempre muy espirituales. Sus connovicios le llamábamos "el Abad Antonio" (8). Otro connovicio escribe: "Yo siempre lo conocí el mismo: caritativo, en continua oración, penitente hasta la admiración. Su mortificación interior iba acompañada de la presencia dulce, a lo divino, del Señor" (8*).

Quien vivía tan ajustado al espíritu de su vocación religiosa, no es extraño que amase entrañablemente las santas Reglas de la Compañía de Jesús y las cumpliera con toda exactitud. Por lo mismo que era tan notoria su piedad, eran muchos los ojos que le miraban y exigían de él una observancia regular muy exquisita; y hay que confesar que él respondió a aquella expectativa; pues afirman cuantos han escrito sobre él, connovicios y compañeros suyos, que "no recuerdan haberle visto faltar a regla alguna, ni oído tampoco a nadie que dijese haberlo visto". Alabanza grande, mucho mayor de lo que parece suponer, por ser tantas y tan menudas unas y de tanta perfección otras, las Reglas de la Compañía de Jesús y por ser tan linceos los novicios en notar las deficiencias en la observancia, por mínimas que sean, por la rectitud y delicadeza de conciencia en que suelen inspirarse sus actos. Cabalmente esta ha sido la alabanza que ha hecho la historia y la San-

(6) SEBASTIAN CASADEMONT, S. J.—Carta citada.

(7) FRANCISCO J. FERRAN, S. J.—Carta citada.

(8) SALVADOR SEDO, S. J.—La cariñosa denominación se refiere a la célebre obra del P. Alonso Rodríguez, titulada: "Ejercicio de perfección y virtudes cristianas", muy conocida por todos los novicios, en la que trae el autor frecuentes citas de *Vitae Patrum*, abundantes en la denominación de *abad* atribuida a los monjes más distinguidos de los desiertos de Egipto, por ejemplo San Antonio Abad.

(8*) MANUEL BARRERA, S. J.—Carta al autor; Santa Fe, 31 enero de 1937.

ta Sede del joven Jesuíta San Juan Berchmans, y por la cual fué elevado al supremo honor de los altares.

5. Sin embargo, la nota más característica del recio ascetismo de Antonio Falgueras fué, desde el noviciado, como lo fué siempre, un espíritu de extraordinaria penitencia y mortificación. Espíritu de rigor implacable para consigo mismo, que vimos ya apuntar en Cassá de la Selva, cuando fraguaba su vocación, y que él trajo a la vida religiosa, donde la clarividencia de los superiores de la Compañía comprendió muy pronto que venía de Dios y lejos de perseguirlo, se contentó con vigilarlo y dirigirlo. Cuantos trataron al joven Falgueras están contestes en que su austeridad, respecto de sí mismo, fué más que vulgar, aun en las prácticas de la vida religiosa; y que, en conjunto, se puede afirmar que fué más admirable que imitable, como se escribe de algunos Santos.

En el comedor, era constante práctica suya buscar y tomar lo peor y más desechado de las fuentes. "Esto lo vi muchísimas veces", afirma un testigo ocular. Y otro añade que para el desayuno, recogía disimuladamente los mendrugos de pan que otros habían dejado, y con ellos él se servía. Pero aun así comía muy poco "hasta tal punto, añade otro, que recuerdo haberlo oído criticar, por parecer que de aquella manera o no podía alimentarse lo suficiente o exponía a algún peligro su salud".

En lo más crudo del invierno, apenas llevaba la ropa necesaria; ropón o balandrán no lo usó casi nunca; y eso que Veruela tiene temporadas frigidísimas, pues el Moncayo, cubierto de nieve, está a un paso; y cuando sopla con alguna continuidad el helado viento de las montañas, baja la temperatura de tal modo, que llega a helar hasta las raíces, los olivos y las encinas. Pues aquel frío lo soportaba Antonio sin arroparse; aunque en su exterior, no podía menos de manifestar la naturaleza el intenso frío que sentía.

Cuando se ofrecía algún servicio humilde y bajo, desempeñábalo él con toda naturalidad, por repugnante que fuese, considerándolo como algo propio suyo, y con tanta prolijidad y solicitud, como si fuese la obra más importante del mundo. "Con frecuencia se le veía ocupado, dice un testigo, en los oficios humildes y repugnantes".

Una de las mortificaciones más difíciles y que los más fervorosos de los novicios pedían alguna vez a los superiores, era el comer con los pobres. Para lo cual es de saber que, imitando antiguas costumbres monacales, así que los Jesuítas abrieron las puertas de la casa de Dios, del Monasterio de Veruela, dieron entrada en ella a los pobres de los contornos, que diariamente fue-

7. - Monasterio de VERUELA. - Vista panorámica



Monasterio de Veruela. Vista panorámica



Estampa de N. Sra. de Veruela que el H. Falgueras tuvo sobre su mesa de estudio, durante su noviciado.

ron admitidos, en número de ochenta y ciento y aún más, al reparto de la sopa; reparto que no se libraba a sirvientes, sino que hacían por sus propias manos los hijos de San Ignacio, como lo hicieran otrora los hijos de San Bernardo. Pero aquella limosna corporal era precedida de otra espiritual, o sea, de la enseñanza del catecismo, a cargo de los novicios, quienes añadían con frecuencia a su función docente y de caridad, el acto emocionante de besar los pies a los pobres, los cuales contemplaban frecuentemente con lágrimas en los ojos, a aquellos apuestos jóvenes, prostrados a sus pies para tan humilde menester. Allí se hallaba nuestro H. Falgueras cuantas veces se lo permitían los superiores; y es de suponer con cuánto gusto desempeñaría su cometido. Pero había más. Introdújose una mortificación exquisita, para la cual se necesitaba permiso especial y que no dejaba de pedirse. Tratábase de comer materialmente con un pobre, en su misma fuente y de su mismo condumio. Todos los sábados, en honor de la Virgen, y vísperas de fiestas señaladas, la portería del Monasterio ofrecía el espectáculo de varios jóvenes novicios, comiendo cada uno con su respectivo pobre; advirtiéndose que entre los primeros no faltaban hijos de familias muy linajudas, y entre los segundos, pordioseros del samontano de Aragón, es decir, pobres rematados con todos los gajes de la miseria. Añadiremos que a los primeros no dejaban de acompañar, tomando parte en el banquete, los Padres más distinguidos de la casa, los superiores y aun el R. P. Provincial, de visita en el Noviciado.

Pues bien; este era el bocado más apetecido para nuestro Antonio Falgueras. En busca siempre de ocasiones que le ayudasen a vencer el amor propio, tenía siempre pedido asiento en aquella pobrísima mesa de palo, que a él se le antojaría mesa de Cristo, y, por consiguiente, más espléndida que ninguna mesa real. Naturalmente, que la despedida de los pobres consistía en besarles los pies.

6. Se ha dicho que entre los experimentos del Noviciado de la Compañía de Jesús hállase el de peregrinar a pie pidiendo limosna, y el de servir a los enfermos, por espacio de un mes, en un hospital o en un Asilo de ancianos pobres. Al Hermano Falgueras le tocó practicar las dos pruebas, una en pos de otra, yendo a Zaragoza desde Veruela, en compañía del H. Casademont, para consagrarse al servicio de los enfermos, por el tiempo requerido, en la capital de Aragón. A mediados de 1881, y cuando contaba ya nuestro novicio un año de probación y algo menos el H. Casademont, que había entrado en el noviciado el 7 de enero de aquel

mismo año, emprendieron su salida **pedibus** andando, sin moneda alguna, con crucifijo sobre el pecho y una alforja blanca sobre la negra sotana, para que mejor se destacase; al par que con inefable alegría en el alma y dispuestos a todas las penalidades de hambres, inclemencias y cansancios, que se les pudiesen ofrecer en el camino. Tratábase de dar una nueva prueba de su fidelidad a la vocación; y la hubieran dado, caminando en aquella guisa, si menester fuera, hasta el fin del mundo.

Como buenos novicios, ofrecíase a su vista el ejemplo del noble joven San Estanislao de Kostka, Patrono de los novicios, quien para ser fiel al llamamiento de Dios, había recorrido a pie la distancia que separa Viena de Austria, de Augsburgo de Alemania; y de ésta a Munich; y de ésta a la Ciudad Eterna de Roma, mendigando su sustento; y todo, para llegar a los pies del General de la Compañía, a fin de que le recibiese en ella.

Tomaron, pues, nuestros novicios peregrinos la carretera de Borja, y por Vera de Moncayo y Bulbiente, enfilaron la ruta de Magallón y Gallur, sin tener a la vista más que montes grises y campos pedregosos, alejados todavía de las sonrientes riberas del Ebro. De allí, pasando por Boquiñeni y Luceni, llegaron a Pedrola, donde visitaron su castillo, celebérrimo en la historia de la literatura castellana (9). De Pedrola pasaron a Alagón y de Alagón a Casetas, de donde en tres horas llegaron a Zaragoza. Según instrucciones recibidas, era uniforme su modo de proceder donde quiera que se detenían para comer o dormir. Al llegar a un pueblo, visitaban ante todo al Santísimo Sacramento, y luego se presentaban al Párroco para saludarle, presentarle sus documentos de identidad y demandarle licencia para pedir limosna. Estas mismas diligencias solían practicar ante el Alcalde de la localidad. Obtenida la licencia, recorrían el pueblo, pidiendo **una limosna por amor de Dios**, y luego, entregaban lo que habían recogido al Sr. Párroco, para que él lo distribuyese entre los pobres, quedándose los novicios como antes, es decir, sin un céntimo. Entonces reunían a los niños del pueblo en el atrio de la iglesia o en la iglesia misma, y les enseñaban el catecismo, al que no dejaba de asistir la gente mayor, atraída por la novedad. En Alagón fueron hospedados cariñosamente por los Padres Misioneros del Purísimo Cora-

(9) **Pedrola** es una villa de la provincia de Zaragoza, que perteneció al señorío de la Casa de Aragón y Ducado de Villahermosa. Allí existe un antiguo castillo, obra del siglo XV, en el que la tradición popular ha situado la morada, en que los Duques hospedaron a Don Quijote y a Sancho Panza, su escudero, según refiere Cervantes, en la Segunda Parte de su novela inmortal.

zón de María, que tenían allí una casa de estudios, y depositaron lo recogido de limosna en el hospital. De ordinario eran muy bien recibidos por los señores Curas, quienes se esmeraban en obsequiar a los jóvenes novicios, de quienes a su vez solían quedar sumamente edificados.

En este camino, ocurrió un caso, que cuenta de esta manera el P. Casademont, compañero, como se dijo, del H. Falgueras: "Comíamos lo que de limosna nos daban, y lo mejor me lo daba a mí el H. Falgueras; pues he aquí que le dieron a él un huevo de limosna, que se le cayó en el polvo de la carretera y se rompió, quedando bastante limpia la clara y la yema. Arrodillóse él para sorberlo todo, a pesar del polvo que lo rodeaba, cosa que no pude yo del todo estorbar, por más que lo procuré". Este hecho que, en la mente del H. Falgueras, no significó más que un acto de celo, para que no se perdiese lo que pertenecía a la **santa pobreza**, según lenguaje usado por los novicios, quedó muy grabado en la memoria de sus compañeros de noviciado, que lo supieron pronto. y contribuyó a acrecentar la opinión de que el H. Falgueras era ya entonces algo así, como un varón ilustre de la Compañía de Jesús.

En Zaragoza, fueron recibidos y agazajados los dos novicios por los Padres del Colegio del Salvador, que gobernaba entonces el P. Enrique Membrado. Descansado que hubieron, fueron presentados a la Dirección del Asilo de las Hermanitas de los Pobres. para ponerse a las órdenes de las religiosas, como enfermeros o sirvientes, y para cuanto se ofreciese. Ciertamente que es ésta una de las pruebas más amadas de los novicios, a la vez que útil por los saludables efectos que en ellos produce la vista y el contacto de las humanas lacerias, desconocidas en absoluto para ellos, ya que su edad y educación les había tenido alejados de aquellas moradas del dolor.

Por otra parte "¡qué espectáculo tan bello es a los ojos de Dios, de los ángeles y de los hombres, el ver morar entre los pobres de un hospital, al que ayer quizás se aposentaba en suntuoso edificio! Pero lo que causa mayor admiración es ver la alegría y satisfacción con que van de ordinario los novicios a este ejercicio de humildad, el regocijo con que sirven a los pobres de Cristo, el afán con que cada uno solicita para sí aquellos oficios que más repugnan a la naturaleza. Más de una vez ha arrancado lágrimas a los circunstantes ver a jóvenes de nobilísimas familias, criados entre regalos y comodidades, ora lavando las manos o los pies a pobrecitos cubiertos de andrajos y miseria, ora barriendo sus dor-

mitorios, ora limpiando los vasos inmundos, ya haciendo las camas a los enfermos, ya amortajando los cadáveres, ya, finalmente, sirviendo en todo y colmando de consuelo a aquellos infelices desvalidos, que constituyen la familia predilecta del Divino Salvador" (10).

Añádase la asistencia espiritual que, en cuanto les era posible, — ya que de ordinario no eran sacerdotes — prestaban a los enfermos con sus conversaciones piadosas y consoladoras, rezos y exhortaciones en común, en que se ejercitaban a las veces jovencitos animosos y de muy corta edad, y, sobre todo, las atenciones solícitas para prepararles al trance supremo de la muerte. En todos esos quehaceres se halló como en su centro el H. Falgueras, ensayándose para su futuro apostolado, en el que tan alto debía rayar su celo fervoroso de la salvación de las almas. Que es precisamente lo que San Ignacio pretende en esos experimentos, a que sujeta a los que desean ser sus hijos, a fin de que se adiestren en lo que deben ser los ministerios de su vida apostólica.

7. Otro hecho acaeció por ese tiempo, que contribuyó no poco a aumentar la fama de santidad, que formaba ya la aureola del H. Falgueras. Es el caso que un buen día, y muy de madrugada, declaróse un violento incendio en el Monasterio de Veruela. El lugar del siniestro fué la parte nueva del edificio, situada entre la portería y la iglesia, donde moraban los jóvenes estudiantes Jesuitas. Respecto de su causa, afirma el P. Juan Planella (11), que no hubo duda de que el fuego fué intencionalmente producido, introduciendo una tea o tison, en el desván de la obra recién construída. ¿Quién fué el primero que notó señales del incendio? El H. Falgueras, quien se hallaba en oración en aquellas primeras horas del día, y fué apresuradamente al P. Rector para notificárselo. El Padre le encargó a él mismo que despertase a la Comunidad, como lo hizo, recorriendo con rapidez los aposentos y comunicando a todos el motivo de la alarma. En verdad que no era fácil la obra que se imponía de extinguir el fuego, no contando con ningún medio a propósito para lograrlo, fuera del agua, cuyos depósitos se hallaban a notable distancia. El P. Rector distribuyó a su gente en doble cordón o cadena, para conducir el agua desde la cocina y desde la huerta, eligiendo los más robustos y animosos para que la arrojasen a las llamas. En cuanto al H. Falgueras, dis-

(10) FEDERICO CERVO, S. J.—Breve noticia del Instituto de la Compañía de Jesús, pág. 45.

(11) Carta al autor; Villa Devoto, 4 febrero de 1936.

puso que no tomase ninguna parte en la faena, sino que fuese a la iglesia para orar por aquella urgente necesidad, ante la imagen de la Virgen, Patrona de la Casa. Por fortuna el incendio se extinguió con relativa facilidad, después de haber arrojado una medalla de la Virgen en el fuego, por aquella parte que amenazaba a la iglesia, sin que se propagase, en lo más mínimo, por las dependencias primitivas del Monasterio, que, de haber sucedido, hubiese habido un desastre dada la antigüedad del maderamen. Este suceso contribuyó a asentar más y más la opinión de la santidad del Hermano Falgueras, pues fué muy significativo que hubiese sido elegido por el superior para impetrar de Dios con su oración el cese de aquel peligro.

8. Varios testimonios se han aducido respecto de las virtudes, que ya comenzaron a llamar la atención en el H. Falgueras, desde el noviciado, refiriéndose unos a una virtud, otros a otra; pero en lo que todos convienen es en ponderar, con graves palabras de aseveración, su austeridad extraordinaria; y, más concretamente, el trato despiadado de su cuerpo, contra el cual descargaba los crueles azotes de sus disciplinas, que llegaron a hacerse famosas para todos los que las oyeron, y que fueron cuantos convivieron con él. El testimonio del P. Alfredo Simón (12), según el cual, "eran de admiración y edificación para los novicios las largas y fortísimas disciplinas que tomaba y que retumbaban por todo el corredor" lo repiten todos.

Abundan ciertamente los testigos, que abonan cuanto se ha dicho hasta el presente. Son todos los connovicios y condiscípulos del H. Falgueras, que han podido ser consultados, desde que se tomó la resolución de escribir la presente biografía. Pero por encima de todos ellos, se levanta una voz más autorizada todavía. La del P. Federico Cervós, de quien ya se dijo fué su Maestro de novicios.

Fué el P. Cervós un verdadero regalo, que hizo la Divina Providencia a la Compañía de Jesús, y de un modo especial a la Provincia de Aragón, cuando vueltos del destierro los Jesuitas, reaccionaba el espíritu apostólico de la Hija de Loyola y se formaban o completaban los cuadros del espíritu ignaciano para reempezar las gestas de la gloria de Dios y del saneamiento cristiano de la sociedad; en fin, cuando Veruela era una colmena, formada por una numerosa y ardiente juventud, ávida de labrar el

(12) Carta al P. Salvador Sedó.—Valencia, 8 de enero de 1930. El P. Alfredo Simón acaba de ser martirizado por los comunistas en Valencia. Tenía 59 años de edad y 41 de vida religiosa en la Compañía de Jesús.

divino panal de la santidad para sí misma y para el mundo entero. Y el P. Cervós fué el capitán elegido por Dios para estimular y dirigir aquellas preciosas fuerzas juveniles, seleccionando y perfeccionando su labor. Varón prudentísimo, en quien dominaba la inteligencia, con la que penetraba con una delicadeza exquisita el interior de sus educandos, de quienes sabía escudriñar las conciencias, hasta descubrir las raíces de las enfermedades morales, si las había, para extirparlas; reflexivo, estudioso, humilde y piadoso, sin dejarse deslumbrar por vanidades de relumbrón, resplandeciente como un espejo de toda virtud a los ojos de los noveles Jesuítas, singularmente en la modestia y compostura, observancia de las Reglas y entrañable y paterna caridad, con que trataba a los recién llegados del mundo, con la solicitud de modelar en sus corazones, la imagen verdadera del hijo de la Compañía de Jesús (13).

Pues es el P. Cervós, a quien debemos el más precioso de los testimonios sobre el novicio Antonio Falgueras, al que trató íntimamente como director espiritual y como superior. Requerido para que lo emitiese, escribió así en diciembre de 1924:

(13) El P. Federico Cervós nació en Urgel el 22 de febrero de 1844, y entró en la Compañía de Jesús el 3 de octubre de 1862, a los 18 años de edad. El noviciado se hallaba entonces en Balaguer. Enseñó retórica en Manresa, y la revolución de 1868 le arrojó a Francia, donde terminó sus estudios y fué ordenado sacerdote el año 1875 en Ausielle, no lejos de Toulouse. En 1878, fué nombrado Maestro de novicios de Veruela, al año de haberse establecido allí el noviciado. Este cargo fué desempeñado por él, en Veruela, hasta 1893, y, en Gandía, hasta 1895. Los que tuvieron la dicha de formarse en la escuela del P. Cervós no pueden menos de hacerse lenguas de su alto magisterio. Unos encarecen su continuo recogimiento, como de hombre que andaba en la presencia de Dios; otros la íntima unción y persuasión con que explicaba a sus novicios las Reglas de la Compañía de Jesús; otros su no interrumpida laboriosidad, de la que fueron fruto varias obras, como las vidas de San Luis Gonzaga y San Juan Berchmans; éstos admiran la discreción de espíritu, con que sabía atemperarse a las necesidades de cada uno; otros no acaban de loar su profunda humildad. Para testimonios de su eximia santidad bastará uno, el del P. Astrain, el célebre autor de la obra "La Compañía de Jesús en la Asistencia de España", quien trató con él los últimos años de su vida, cuando colaboraba con el P. Cervós en la obra gigantesca de Monumenta historica Societatis Jesu. Al anunciarse la muerte del P. Cervós, escribió sobre él el P. Astrain: "Pocos hombres he visto que dejen en nuestras casas una memoria tan dulce y venerable. Veintisiete años trabajó en Monumenta, y en todo este tiempo su humildad, su modestia, su laboriosidad continua, la caridad con que auxillaba cuanto podía a sus compañeros de redacción, su trato afable y empapado en el espíritu de San Ignacio, era la edificación de todos los Nuestros. Haremos sufragios por su alma, aunque yo estoy seguro que no los necesitará. Indudablemente San Ignacio, San Francisco de Borja, el P. Nadal y aquellos otros Padres antiguos, cuyos escritos ilustró y publicó con tanto cariño le habrán recibido con los brazos abiertos y le tendrán en su compañía, gozando de Dios, por toda la eternidad. Entretanto nos consolaremos con la memoria de sus virtudes y nos animaremos a trabajar por la gloria de Dios y por el bien de nuestra Madre, la Compañía".—*Cartas Edificantes de la Provincia de Aragón*, año 1925, pág. 162.

“Entre los muchos novicios del noviciado de Veruela, en los años 1880-1882, señalábase el P. Falgueras por su fervor, observancia regular, modestia, notable caridad fraterna y mortificación constante. A pesar de haber transcurrido cuarenta y cinco años, no he podido olvidar un ejemplo de mortificación heroica, practicado por el hermanito Antonio, en una de sus excursiones del noviciado, venciendo la repugnancia natural en tomar un bocado, que se le cayera en medio de la carretera. Así, el mortificado joven aprovechaba todas las ocasiones de vencerse, para imitar a Cristo nuestro Señor.

“En la humildad fué admirable, así en confesar públicamente sus culpas, como recibiendo con gusto cuantas advertencias o avisos le daban sus superiores o hermanos.

“Con esta humildad se hermanaba muy bien aquella sincera y fraternal caridad, con que sabía escoger para sí lo peor en la comida, vestido, libros, etc., para ceder lo mejor a sus hermanos, según testigos oculares. Y esto es lo poco que puedo recordar de lo mucho que vi en nuestro santo hermano, el P. Antonio Falgueras”. Elogio sintético pero de inmenso valor, por haber brotado del alma y corazón de testigo tan autorizado.

9. Llegóse por fin el tiempo de emitir los votos religiosos. Ello tiene lugar a los dos años cumplidos de noviciado, si es que el novicio ha dado pruebas sólidas de su vocación y aparece adornado de las cualidades que exige el Instituto de la Compañía de Jesús. Unas y otras eran más que suficientes respecto del H. Antonio Falgueras; y así, el día 30 de julio de 1882, víspera de San Ignacio, fué admitido a pronunciar sus primeros votos de pobreza, castidad y obediencia perpetua en la Compañía de Jesús, quedando por ellos constituido verdadero religioso y en estado de perfección. El aparato exterior y las ceremonias, con que el novicio de la Compañía ofrece a Dios sus votos, es sencillo; pero con una llaneza que satisface al alma y la penetra de devoción tiernísima, que es precisamente lo más conforme a la naturaleza de un acto tan sublime y trascendental. Así hicieron sus votos S. Ignacio y los primeros Jesuitas en Montmartre. Sin más testigos que la Comunidad religiosa de los Hermanos, que asiste conmovida al acto, y los ángeles del cielo que rodean el sagrado Tabernáculo, adelantase el novicio al pie del altar, como para jurar la bandera del sacrosanto Nombre de Jesús, en la Compañía; y allí, arrodillado, después de haber comulgado el celebrante pronuncia en voz alta, ante Jesucristo, en la sagrada Eucaristía, la devota fórmula de sus votos, escrita y firmada de su mano, y comulga inmediata-

mente, como para poner un sello divino a su juramento. Terminada la misa, recibe un afectuoso abrazo de los superiores y de todos los miembros de la Comunidad, con quienes se siente fuertemente unido, desde entonces, con los dulces lazos de la fraternidad religiosa. En adelante podrá añadir a su firma las dos letras **S. J.**, *Societatis Jesu*, que, según dicen los Jesuitas, son para ellos las más hermosas del abecedario.

En los votos del H. Falgueras celebró la misa el P. Antonio Rota, Rector de la Casa, y la ayudaron los Hermanos novicios Ricardo Cirera y Antonio Arnalot, los más próximos a los votos. Interesante cuadro el que ofrecía aquel pequeño grupo de Jesuitas, al pie del santo altar. Quien con mirada profética lo hubiese contemplado, hubiera visto al P. Antonio Rota nombrado, en breve, Secretario General de la Compañía de Jesús, cargo que desempeñó con destreza y fidelidad admirable por espacio de casi treinta años, desde 1886 a 1914, en Fiésole y en Roma, durante los Generalatos de los PP. Antonio M.^a Arderledy, Luis Martín y Francisco Javier Wernz; hubiera visto al P. Antonio Arnalot, abnegado misionero de las Islas Filipinas, en el Extremo Oriente, donde murió en plena evangelización de indios infieles; al P. Antonio Falgueras, en sus arduas y apostólicas empresas del Uruguay, Argentina y Chile, en Occidente, y al P. Ricardo Cirera, apóstol de la ciencia, famoso en el mundo de los sabios, por sus obras escritas y más aún por sus trabajos de investigación en el Observatorio Metereológico y Sísmico de Manila y por la fundación y dirección del Observatorio de Física-Cósmica del Ebro y de la revista científica "Tbérica". Ciertamente, un grupo selectísimo, en que el apostolado, la ciencia y el gobierno de la Compañía de Jesús tenían eximios representantes.

10. El H. Falgueras hecho ya Jesuita, emprendió el curso regular de sus estudios literarios, pasando a la categoría de **Junior** (14), en que tuvo de profesor, el primer año, al P. Pablo Nutó, varón excepcionalmente dotado para la práctica docente, en la que encaneció, rodeado del constante afecto de sus alumnos; y, el segundo, al P. Vicente Agustí, literato exquisito, que honró la cátedra de Retórica de Veruela, y más tarde, dedicado a la pluma, publicó variadas obras y cooperó en Madrid, con el P. Cervós, a la

(14) Este es el nombre que se da en la Compañía de Jesús a los Jesuitas jóvenes, mientras estudian, y no han llegado todavía a las Sagradas Ordenes.

magna empresa editora-documental, titulada **Monumenta histórica Societatis Jesu** (15).

El espíritu del H. Falgueras en el estudio, como tan fiel observante del Instituto de la Compañía, inspirábase hasta en sus últimos ápices, en las Reglas de los Hermanos Estudiantes tan sabiamente dispuestos en la legislación de la Orden de San Ignacio, cuyo comentario más autorizado se halla en los **Avisos del V. P. Baltasar Alvarez**, según los trae en su Vida, el P. Luis de la Puente, cap. 39, y de los que se servía el célebre asceta para enseñar a los Hermanos Estudiantes a juntar virtud con letras. Estos Avisos leíanse frecuentemente en el Juniorado de Veruela, pues su lectura estaba muy recomendada en las llamadas **Prácticas del Noviciado**. He aquí el texto pertinente de las **Prácticas**:

"1. Ser fieles en leer cada semana las Reglas de los Hermanos Estudiantes; al acabar de leer alguna de ellas, haciendo una breve pausa, dar a N. P. San Ignacio palabra de guardarlas. 2. Leer cada mes en lección espiritual los Avisos del V. P. Baltasar Alvarez, y examinar desapasionadamente cuál es aquél cuya práctica más falta le hace y empezar luego a practicarlo" (16).

En los Avisos, pues, del P. Alvarez, inculcábase empeñosamente "la suma importancia de juntar espíritu con letras y virtud con ciencia, siendo estas dos cosas — se decía — como los dos árboles plantados por Dios en medio del Paraíso, que eran el árbol de la vida y de la ciencia; las dos lumbreras que dan luz a todo el mundo, una muy grande y otra menor... Estos son como los dos Testamentos de la Iglesia, nuevo y viejo, ley y gracia; y como las dos ruedas que llevan el carro de la gloria de Dios en quien estaba el espíritu de vida...". Y proseguía el mismo autor: "Tengan muy pura intención en sus estudios, en la lección y en todos

(15) "No todos los de la Compañía emplean el mismo tiempo en el curso de sus estudios, ni se aplican a las mismas facultades; sino que atendiendo a las circunstancias de talento, edad y ministerios, a que deba cada uno aplicarse, determinan los superiores la mayor o menor extensión de los conocimientos que haya de adquirir. Sin embargo, lo más común es consagrar dos o tres años, después del noviciado, al estudio de la literatura griega, latina y nacional, a que se añaden todos los conocimientos de geografía e historia, que deben adornar a un perfecto humanista. Tras esto, dedícanse por lo regular tres años al estudio de la filosofía y de las ciencias físicas y matemáticas". FEDERICO CERVOS, S. J. Breve noticia del Instituto de la Compañía de Jesús, pág. 55.

(16) **Prácticas espirituales para uso de los Hermanos Novicios de la Compañía de Jesús del Noviciado de Villagarcía** por el P. Francisco Javier de Idiáquez, cap. XXXIII, Estudio. Estas Prácticas del Noviciado de Villagarcía son un legado precioso de la antigua Compañía, y que la nueva ha recibido con cariño y gratitud, conservándolas, reproduciéndolas y observándolas hasta nuestros días. La última edición, corregida y aumentada fué hecha en Bilbao, en 1894.

los ejercicios de letras, porque ésta los hace estudios religiosos. Los seglares pretenden con ellos nombre, dignidades, riquezas y otros fines temporales; mas los perfectos religiosos han cerrado la puerta a todo esto, y no buscan en sus estudios sino la gloria del Señor y ser convenientes instrumentos para procurar que sea conocido, amado y servido de los hombres con la fuerza de su buena doctrina y ejemplar vida”.

Y ¿a quién más que al H. Falgueras podían aplicarse estas directivas religioso-pedagógicas, que tan ardientemente sentía el amor de Dios y el celo por la salvación de las almas?

En verdad, el H. Falgueras, consagrado a los estudios, no disminuyó en lo más mínimo, los grados de su fervor. Ningún compañero suyo nos da de ello el más leve indicio. Al contrario; sus testimonios son uniformes y se refieren del mismo modo, tanto a su vida de novicio, como a su vida de estudiante. Para ellos siempre es el mismo: un novicio o un estudiante perfecto. Sobre todo se reafirma su espíritu de penitencia, mortificación y obediencia. He aquí algunos rasgos.

“Recuerdo que en Veruela, escribe el anciano P. Ramón Crexáns, oía hablar del entonces H. Falgueras, como de un junior de notable perfección y de oración extraordinaria. Siempre llamó la atención su espíritu de penitencia y mortificación; sus largas disciplinas se oían de muy lejos; creo que no usaba la cama para dormir, y en invierno sufría el frío sin defenderse, como hubiera podido” (17).

“Un caso referiré del tiempo que estuvo en el Juniorado, dice un testigo ocular, que se relaciona con el espíritu de obediencia religiosa. Para evitar resfriados había dispuesto el P. Rector que sin su permiso especial, ninguno de nuestros estudiantes durante el día se quitase el ropón o balandrán. Pasó el invierno y estábamos ya a últimos de junio; días en que el calor se dejaba sentir en todo su peso y extensión. Nadie o muy pocos llevaban su abrigo. Uno de éstos era, tal vez el único, el H. Falgueras. Preguntado por qué llevaba él solo puesto el abrigo, con la mayor sencillez respondió que lo hacía así porque era disposición del P. Rector, y porque a él no le constaba de una disposición contraria. Nótese que nuestro Hermano, antes de esta disposición, ni en lo más riguroso del invierno hacía uso del abrigo exterior” (18).

17) Carta al P. Salvador Sedó, S. J.—Morialmé (Italia), 24 diciembre de 1933.

(18) FRANCISCO FERRAN, S. J.—Carta al P. Salvador Sedó, Gerona, diciembre de 1933.

“En 1883, dice otro, siendo Rector de Veruela y Maestro de novicios el P. Federico Cervós, se dió permiso a los Hermanos Juniores para que los que quisiesen pudiesen pasar algunos días en el noviciado, haciendo vida de novicios. Esto sucedía en agosto, tiempo destinado al descanso de las vacaciones. No hay que decir si el H. Falgueras aprovechó inmediatamente aquella ocasión, que se le ofrecía para humillarse y mortificarse a la vez. Dejó, pues, su bonete, distintivo de los Hermanos estudiantes, y se trasladó al departamento de los novicios, siguiendo en todo su horario. Con lo cual no sólo se privó del alivio de las vacaciones, que necesitaba por el trabajo serio y asiduo de los estudios, sino también se ejercitó muy a su gusto, en los oficios de humildad y abnegación propios del noviciado” (19).

Refiérense también a ese tiempo otras afirmaciones muy laudatorias para él. He aquí una.

“Cinco fueron los años que tuve la dicha de convivir con tan edificante Padre: dos en el noviciado, dos en el juniorado y uno en el filosofado. En todo este tiempo tuve siempre al P. Falgueras por un religioso muy fervoroso y observante, ni vi jamás en él cosa alguna que ni de lejos pudiese desedificarme. Era muy notable en él su modestia de la vista, no sólo en tiempo de silencio, en que siempre le vi con los ojos bajos, sino aun en tiempo de recreo, hablando con los demás, haciéndome la impresión, como si no se atreviese a mirar al rostro de aquellos con quienes hablaba. Y esto lo hacía con tal naturalidad y buena gracia, que no ofendía a los interlocutores, antes bien los edificaba, no levantando los ojos a mirar a aquel con quien hablaba, sino lo precisamente necesario para no parecer descortés y repulsivo”. Y refiriéndose el mismo autor al espíritu de caridad, otra de las características muy pronunciadas del H. Falgueras, añade: “También noté en él que era muy caritativo con todos, hablando siempre a sus hermanos con suavidad y dulzura y nunca de manera que pudiesen quedar de alguna manera ofendidos de él. En las conversaciones nunca le vi disputar con mengua de la caridad, sino decir siempre con humildad su parecer, exponiendo llanamente sus razones, sin insistir demasiado, ni levantar la voz, ni proferir palabras por las que pudiesen otros quedar agriados. Siempre pacífico y humilde, no parecía sino un ángel de paz en medio de la Comunidad” (20).

(19) JOSE MONTSERRAT, S. J.—Carta al P. Salvador Sedó; Villa S. Agostino: Avigliana (Torino, Italia), 27 diciembre de 1933.

(20) JOSE MONTSERRAT, S. J.—Carta citada.

Otro formula su juicio en estos términos:

“Durante el noviciado y juniorado... siempre le vi señalarle extraordinariamente por su fervor. Véase que era de genio muy vivo y fuerte; pero notábamos también y admirábamos el gran dominio que tenía de sus ímpetus, logrando que nunca prorrumpiesen al exterior, y conteniéndolos a veces con violencia que véamos se hacía” (21).

11. Antes de abandonar Veruela, dejaremos constancia de que los superiores confirieron al H. Falgueras un cargo, que manifestaba bien la confianza, que aquel joven religioso les merecía. Es el que en el Catálogo de la Compañía (22) se expresa con estas palabras: *Visitator orationis et examinum*; Visitador de la oración y de los exámenes. El caso es que, practicando diariamente los Jesuítas, por prescripción de sus Reglas, la oración mental por la mañana y un doble examen de conciencia, al medio día y a la noche, está obligado el superior a cerciorarse de que realmente sus súbditos cumplen con la obligación de practicarlo; ya por tratarse de ejercicios espirituales de tanta importancia, ya por realizarse los tales actos en privado. Esto puede verificarlo o visitándolos él mismo personalmente o valiéndose de una persona de toda su confianza. El H. Falgueras desempeñó este cargo no sólo en Veruela, sino también en Tortosa, como luego veremos. Lo cual demuestra también que en las Ordenes religiosas se toman medidas, que aseguran la observancia de los estatutos santamente establecidos, y que no se deja todo a la buena voluntad de los particulares; además de que, siendo una medida general, por todos aceptada, a nadie en particular puede ofender (23).

12. Cuatro años hacía que el H. Falgueras moraba en la imponente soledad del Monasterio de Veruela; cuatro años, de los 16 a los 20 de su vida, que habían contribuido sin duda alguna a robustecer más y más las energías morales y aun físicas de su ya robusta, aunque joven personalidad. Como hicimos notar, nuestro biografiado entró en la Compañía con una idiosincracia espiritual, digámoslo así, ya definida; su vocación a la Compañía de Jesús imprimió carácter en él. Por consiguiente, la educación y formación

(21) SALVADOR SEDO, S. J.—Carta al autor.

(22) El Catálogo de la Compañía de Jesús es la Estadística, que anualmente publica cada Provincia Jesuítica, en la que consta el nombre de cada uno de los sujetos de la Provincia, con los cargos u oficios que desempeña.

(23) Esta disposición se halla entre las Reglas del Rector y fué confirmada por decreto de la Congregación general VII de la Compañía de Jesús, celebrada en 1615-1616, y de nuevo sancionada por la XXVII, celebrada en 1923. ANTONIO ARREGUI, S. J.—*Annotationes ad Epitome Instituti Societatis Jesu*, n. 183, párr. 2.

de su vida religiosa no debió hacer otra cosa que poner más de relieve los rasgos, que acusaba ya su poderoso temperamento espiritual; de modo que su vida tan lejos estuvo de desvíos, paradas o descansos, que más bien podría dibujarse en forma de trayectoria perpetuamente ascendiente hacia el ideal más elevado de la santidad. Y como para los que aman a Dios todo coopera al bien, nos persuadimos que aun el ambiente físico, el relieve geográfico y las cualidades climatológicas del somontano abundante en fríos, nieves y vientos huracanados, pudieron influir en el curtir aquella su naturaleza, hecha como para pelear con poderosos obstáculos y superarlos. Era llegada la hora de abandonar, pues, las murallas almenadas del monasterio-castillo medioeval de los valles de Veruela, con los bosques de carrascas y montes guijarreños de sus contornos. Aquel panorama debía ser sustituido por los fértiles y hermosos valles de Tortosa, embalsamados por el azahar de sus naranjales y acariciados por los aires tibios del Levante. ¿Sería allí el H. Falgueras el mismo que había sido en Veruela? Los hechos demostrarán que nada fué capaz de disminuir el fervor con que había emprendido su vida religiosa y de perfección, no sólo en Tortosa, pero en ningún otro sitio de la tierra, la cual nada fué ya para él más que un punto de mira para la patria inmortal de las almas: el cielo.

CAPITULO IV

TORTOSA — ZARAGOZA — GANDIA

(1884 - 1896)

SUMARIO: 1. El Colegio Máximo de Tortosa.—2. El H. Falgueras en Filosofía.—3. En el Colegio del Salvador, de Zaragoza; sus cargos; la tradición de la santidad.—4. De nuevo en Tortosa; estudios teológicos.—5. Ordenación sacerdotal y término de los estudios.—6. En Gandía; tercera probación.—7. Auxiliar del Maestro de novicios; testimonios especiales; su devoción al Sagrado Corazón de Jesús.—8. Muerte de su padre.—9. El testimonio del P. Casademont.—10. Dispuesto para el apostolado.

1. En agosto de 1884, pasó el H. Falgueras a Tortosa, para emprender sus estudios filosóficos y científicos (1).

Cuatro años hacía que se había restablecido allí el Colegio Máximo de la Provincia de Aragón (2). Como un venerable cenobio cisterciense había dado albergue en Veruela a los hijos de San Ignacio, que regresaban del destierro, así ahora volvía a abrir sus puertas a los Jesuítas un humilde convento franciscano, abandona-

(1) Tortosa, antiquísima ciudad, situada a la orilla izquierda del río Ebro y a 85 Kilómetros de Tarragona, es una de las ciudades ibéricas, que más recuerdos históricos conservan, ya desde la dominación romana. Por su situación sobre el río fué estimada como plaza de guerra; y de ahí su amurallamiento y sus fortificaciones, que subsistieron hasta mediados del siglo XIX. Eclesiásticamente es Sede episcopal, muy notable en la Historia de la Iglesia, sobre todo durante el Cisma de Occidente, en que llegó a ser como una fortaleza de Benedicto, el Antipapa Luna (1394-1421). Siendo Obispo de Tortosa, fué elegido Papa Adriano de Utrech, que subió al solio pontificio con el nombre de Adriano VI. Frente a la ciudad y a la margen derecha del Ebro, dilatose una vega variadísima y feraz, que es asiento de poblados y caseríos sumamente pintorescos.

(2) La calificación de Máximo aplicado a un Colegio de la Compañía de Jesús, no se refiere a los demás institutos docentes que pueda haber en la ciudad; sino a los propios de la Orden, en la Provincia de que se trate, y a la superioridad de los estudios que en él se hacen.

do por sus moradores, desde la exclaustación y entregado a la Mitra. Estaba situado a la derecha del Ebro y en un arrabal de la histórica ciudad tortosina, denominado por una muy grata coincidencia, el Jesús. Allí, en un ambiente de paz amable, y en contacto con una naturaleza riquísima en sugerencias científicas e históricas, al par que con un pueblo profundamente piadoso, organizaron sus estudios superiores la Provincia de Aragón, y allá acudieron en adelante los jóvenes Jesuitas de Veruela, terminado que hubiesen en el somontano, sus cursos de literatura. En 1884, se había reunido ya en el Jesús una Comunidad de 138 Jesuitas, de los cuales los jóvenes estudiantes se acercaban al centenar. El claustro era honrado por profesores eminentes como el P. Antonio Canudas para la cátedra de Física, el P. Ramón Faura, para la de Matemáticas sublimes, el P. José Castellá para la Teología escolástica, el P. Juan Muncunill para la Metafísica, el P. Juan Bombardó para la Teología Moral y el P. Francisco Morell para la Sagrada Escritura. Gobernaba la Comunidad el P. Román Vigordán, anti-guo Provincial.

2. Entre los condiscípulos del H. Falgueras, que comenzó aquel año sus estudios en Tortosa, contábanse jóvenes de muy fundadas esperanzas, como los Hermanos Antonio Dedeu, Carlos Llobera, Salvador Beltrán, Ramón Font, Esteban Moreu, Bartolomé Arbona, Ildefonso Roca, José Clotet y Julio Fourgous; todos los cuales debían brillar con el tiempo, como hijos destacados de la Compañía, en sus diferentes actividades.

Como ya se ha anticipado, el H. Falgueras continuó siendo en Tortosa lo que había sido en Veruela. Y en primer lugar, respecto de su espíritu de oración, en la que pasaba buenos ratos, ultra de los tiempos dispuestos por la Regla; lo cual no era parte para impedir su progreso en los estudios. Sobre lo cual, había opinión entre sus condiscípulos, de que con poco estudio se aventajaba a los demás; pues pasaba en la capilla mucho tiempo que sus condiscípulos tenían que pasar estudiando (3). Dígase lo mismo respecto al espíritu de penitencia, como lo atestiguan todos sus compañeros. A lo que hay que añadir que en Tortosa, como en Veruela, continuó desempeñando el cargo de Visitador de oración y exámenes.

3. Terminado el trienio de Filosofía y rendido su examen general, del cual salió airoso, en el verano de 1887, fué destinado

(3) MANUEL N. CARCELLER, S. J.—Carta al P. Salvador Sedó; Barcelona, 13 dic., 1933.



Colegio del Salvador. ZARAGOZA
(Apartado 32)
A. 15. Patio central

Colegio del Salvador, Zaragoza



Colegio del Salvador. ZARAGOZA (Apartado 32)
A. 6. Capilla

Capilla del Colegio del Salvador, Zaragoza

a Zaragoza para formar parte del personal educativo del Colegio de ISalvador (4). Era aquél uno de los Colegios más acreditados que dirigía entonces la Compañía de Jesús, de la Provincia de Aragón, y al cual, por serlo, acudían alumnos no sólo de las regiones aragonesas vecinas, sino aun de Navarra, Cataluña y Provincias Vascongadas. Gobernaba por aquel entonces el Colegio del Salvador, de Zaragoza, el P. José Videllet, de carácter suave, casi maternal, y formaban parte de la Comunidad varones expectables por sus méritos, como insignes operarios de la Compañía de Jesús, los Padres Juan Vinader, José M. La Hoz y Leonardo de la Rúa.

El H. Falgueras permaneció cuatro años en Zaragoza. El cargo principal que se le confió fué el de inspector de la división de los alumnos mayores, el cual desempeñó tres cursos; cargo delicado y de seria responsabilidad, por tratarse de alumnos internos y de curso superiores. Un curso, el de 1889 a 1890, fué relevado de la inspección o vigilancia, y dedicado a la enseñanza del primer año del bachillerato, a lo que añadió la dirección de la Congregación de la Virgen Inmaculada y San Juan Berchmans, para los alumnos externos; pero el curso siguiente volvió a la inspección de la primera división.

La tradición de santidad le sigue en la ciudad de la Virgen del Pilar, a cuyas plantas iba a postrarse con frecuencia, al frente de sus alumnos. El P. Vicente Sauras, que era entonces colegial; y tuvo de inspector al P. Falgueras, atestigua haberle visto barrer las clases, en compañía de los sirvientes. Los Padres Francisco Pujadas y Francisco Ferrán, que participaron con él de la tarea de la inspección y de la enseñanza en el Colegio de Zaragoza, dedican cálidas expresiones a la memoria de sus virtudes, llegando el segundo a sintetizar su juicio en estas palabras: "El espíritu de humildad, mortificación, devoción y obediencia resplandecían en todos sus actos" (5). Y el buen H. Sebastián Gamundi, que convivió

(4) "Terminado el curso de filosofía, y dado el examen general de ella, o se comprenden los estudios teológicos o se pasa a algún Colegio o Seminario de la Compañía para dedicarse por espacio de algunos años a la educación y enseñanza de los niños. Las ventajas que acarrea este magisterio son muy notables; toda vez que a vueltas de la más perfecta formación científica, se acrecienta el celo del bien del prójimo y se va la inteligencia preparando y robusteciendo para el estudio de la sagrada teología, en que se emplean cuatro o seis años. En este tiempo se cursa teología dogmática, moral, derecho canónico, sagrada Escritura, historia eclesiástica y otras materias auxiliares eclesiásticas". FEDERICO CERVOS.—Breve noticia del Instituto de la Compañía de Jesús, pá. 55.

(5) FRANCISCO FERRAN, S. J.—Carta al P. Salvador Sedó; Gerona; diciembre de 1933.

con el P. Falgueras, en el Colegio del Salvador, como encargado de la ropería, escribe sencillamente: "No recibí nunca del P. Falgueras la menor queja de la ropa que se le daba, aunque hubiese alguna falta. En invierno como en verano, no usaba más que camisa, calzones delgaditos, medias, zapatos, sotana, faja y bonete (16). No pedía nunca ropa nueva. Los zapatos, cuando los traía para componer, si se juzgaba que ya no servían, se le llamaba para tomarle medida y hacerle unos nuevos; él reclamaba, hasta que se le arreglaban los viejos; pero no se rendía sino cuando se le decía que estaban inservibles, y que los superiores ordenaban que se le hiciesen otros. Entonces obedecía; pero siempre salieron acertados y muy a su gusto, con alegría del zapatero". Y añade: "Siempre se le veía ocupado en los trabajos de su oficio o bien escribiendo o estudiando en su aposento, y en todas ocasiones a punto para servir a cualquiera. Siendo inspector de los chicos, y cuando éstos estaban acostados, se subía el Padre a los desvanes y tomaba una terrible disciplina. Más de una vez le oí yo" (7).

4. En septiembre de 1891, volvía a Tortosa para emprender los estudios teológicos y propiamente eclesiásticos. Nada había cambiado en aquella dulce morada, envuelta en los efluvios opulentos del campo dertusano, a la sombra de sus plátanos, olivares, palmeras e higuerales, donde reinaba la más profunda tranquilidad espiritual, en íntimo consorcio con una activa labor intelectual. Allá iba nuestro joven, rayando en los 28 de edad, para coronar sus estudios y, sobre todo para llegar al día anhelado, desde su infancia piadosa y pura: el día del sacerdocio. Razón por la cual debió parecerle mucho más amable y bella aquella modesta y santa mansión, en torno de la cual y por las laderas del Canal del Ebro, habían de dorarse bien pronto las benditas y ubérrimas mieses que, convertidas en pan, él debía ofrecer y consagrar sobre el sagrado altar.

Decíamos que nada había cambiado; aunque no había dejado de aumentarse y elevarse el prestigio del personal docente de aquel Colegio Máximo, que llegó a llamar la atención entre todos los de la Compañía de Jesús. El año en que empezó el H. Falgueras su curso teológico, formaban parte de aquel claustro, además de algunos de los nombrados ya, los Padres José Giné, Juan Mir, Juan M.^a Solá, Pablo Bartrolí, Pablo Hernández y Ramón Catalá,

(6) Téngase en cuenta que Zaragoza, por su cercanía del Moncayo, tiene a veces inviernos tan fríos como los de Veruela.

(7) Informe del H. Sebastián Gamundi. Archivo priv. del Colegio de San Ignacio.

algunos de los cuales habían de ser célebres en la historia de la apologética y de la bibliografía teológica y crítica. Entre sus condiscipulos contó el H. Falgueras a los entonces hermanos estudiantes Segismundo Masferrer, Francisco M.^a de Alós, Federico Puig de la Bellacasa, Ramón Ruiz Amado, Lucio Lapalma, Sebastián Casademont, Ramón Crexáns, Ricardo Cirera, Jesús J. Iglesias, Gabriel Paláu y José Clos, que murió Obispo de Zamboanga, en las Islas Filipinas. Además, llenaba de honor la ya dignísima Comunidad la presencia del venerable anciano P. Fermín Costa, fundador de la Provincia de Aragón, ex-Asistente de la Asistencia de España y archivo viviente de la historia de la Compañía, casi desde el Restablecimiento de la misma, en 1814, de cuyos hombres más ilustres, como del P. Pedro Cordón, heredero de la antigua tradición ignaciana, había recibido el espíritu y la formación (8). Tal era el ambiente, impregnado de las esencias reconfortantes del más sano y santo optimismo hacia la virtud y la ciencia, que se respiraba entonces en Tortosa.

No parece sino que los estudios teológicos y la proximidad de las sagradas órdenes acrecentaran el fervor en el H. Antonio Falgueras. Así lo hacen suponer los expresivos testimonios que poseemos, referentes a ese tiempo.

El P. Francisco J. Tena escribe: "Estuve con él en el Colegio Máximo. Todos los compañeros lo teníamos por santo; tanto por su exacta observancia regular, como, esto sobre todo, por su rigurosa penitencia. Sus disciplinas eran tan recias y frecuentes, que se oían de todo el corredor" (9).

El P. Pablo Bori, dice: "Durante el poco tiempo que conviví con dicho Padre, pude observar que tenía bien merecida la

(8) El P. Fermín Costa nació en Flassá (Gerona) en 1806, y entró en la Compañía de Jesús en el noviciado de Madrid, en 1826. Estaba en el Colegio Imperial, cuando tuvo lugar la sangrienta jornada del 16 de julio de 1834, salvándose por milagro de la bárbara matanza, en la que sucumbieron víctimas de la impiedad, 17 de sus hermanos. Desde entonces, la vida del P. Costa fué casi siempre el destierro, donde no dejó nunca de trabajar fervorosamente en los ministerios de la Compañía. En Nivelles de Bélgica, fué superior de una casa de formación jesuítica; en Lombardia de Italia, enseñó Teología. Vuelto a España, fué rector del Seminario de Barcelona, hasta que fué llamado de nuevo a Italia, donde desempeñó el cargo de teólogo pontificio en el Concilio Vaticano, y luego fué nombrado Asistente del P. General de la Compañía hasta principios de 1884, en que fué nombrado rector de Veruela, donde estuvo hasta mitad de septiembre de 1886, en que fué trasladado al Colegio Máximo de Tortosa con igual cargo, que desempeñó hasta agosto de 1881. Allí, rodeado de la veneración y afecto de todos, descansó en la paz del Señor, a quien había servido como soldado fiel y esforzado en el ejército de la Compañía, colmado de días y de méritos, a los 88 años de edad y 68 de vida religiosa, el día 12 de abril de 1894.

(9) Carta al P. Salvador Sedó; Tortosa, 24 dic. de 1933.

fama de penitente, en que todos le tenían; pues eran en efecto notables, por su duración, y por su intensidad las disciplinas que tomaba. Y su vida, en general, no desdecía de su espíritu de penitencia" (10).

El P. José Llobera, añade: "Siendo ambos teólogos, me tocó vivir un año en aposento vecino al suyo; el inmediato, si no me engaño; y recuerdo bien que se disciplinaba fuerte y prolongadamente, ya todos acostados; y lo recuerdo, porque ello a veces me impedía conciliar el sueño, tan pronto como yo deseara". El mismo Padre resume su informe en estas palabras: "La opinión acerca de su santidad, de los que le tratábamos personalmente es, a mi entender, que era varón dotado, en grado notable, de las virtudes que en él admiré". Respecto de lo cual, acababa de escribir: "Sobre las virtudes del P. Antonio Falgueras, con quien conviví bastantes años, creo poder afirmar que pasaban del nivel común, y se fundaban especialmente en la humildad, en la oración y en la mortificación interior y exterior" (11).

Y el P. Jesús José Iglesias emite su testimonio en los siguientes términos:

"Tuve por compañero al P. Antonio Falgueras, cuatro años; uno durante los estudios de Filosofía y tres, durante los de Teología. Todos sus compañeros y condiscípulos le juzgábamos como hombre de muy subido espíritu y de austerísima mortificación. Todo su aspecto y su manera de proceder revelaba piedad fervorosa e íntima unión con Dios. La nota dominante de su espiritualidad, durante las dos épocas a que me refiero, era la austeridad en mortificarse. Se hicieron célebres sus disciplinas estrepitosas y larguísimas: no puede atenuarse el superlativo, eran larguísimas. En sus máximas, en su porte, en sus obras, sobresalía el relieve de una severidad que infundía veneración, admiración y acaso un asomo de repulsión natural. Al volver de colegios para estudiar Teología, los que le habíamos conocido en Filosofía, le encontrábamos más asequible a la expansión, diríamos que algo más humano y sociable y atractivo, sin que hubiese perdido nada del esplendor de sus virtudes, por todos reconocidas, y en cuya práctica le vi siempre consecuente" (12).

5. Por julio de 1894, llegó para el H. Falgueras el gran día de su vida. Terminado el tercer año de Teología y rendidos los

(10) Carta al mismo; Barcelona, 13 dic. de 1933.

(11) Carta al mismo; Zaragoza, 10 enero de 1934.

(12) JESUS JOSE IGLESIAS, S. J.—Informe sobre el P. Antonio Falgueras; Barcelona, 8 enero de 1929.

exámenes necesarios, había sido aprobado por el tribunal de los profesores y por los superiores de la Compañía, y presentado para las sagradas Ordenes a la Autoridad eclesiástica de Tortosa, sede vacante, por fallecimiento del Ilmo. Sr. Dr. D. Francisco Arnar y Pueyo, ocurrida en 1893. Su sucesor, el Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Rocamora y García, había sido preconizado el 21 de mayo de 1894; pero no fué consagrado hasta el 16 de agosto de aquel año, ni hizo su entrada en Tortosa hasta el 23 de septiembre siguiente (13).

En aquellas circunstancias de Sede vacante, pues, fué invitado, con las debidas licencias, el Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Comes y Vidal, Obispo de Menorca (14), para que confiriera el sacerdocio a los jóvenes Jesuitas de aquel curso. Aceptó el benignísimo Prelado y finísimo amigo de la Compañía, y a fines de julio tuvo lugar el sagrado rito, en la iglesia del Colegio Máximo, parroquial al propio tiempo del arrabal denominado del Jesús. Diez eran los ordenandos (15) y fué el día 29 de aquel mes de julio, en que nuestro P. Antonio Falguera, en compañía de sus discípulos, recibió la consagración sacerdotal. La primera misa la celebró en el mismo templo del Jesús, el próximo día 31 de julio, festividad de San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús. Esta solemnidad tan gloriosa para un Colegio Máximo Jesuítico, ya que en ella llegan al colmo de sus ansias tantos corazones juveniles, ofrecidos ya al Señor por sus santos votos y consagrados de nuevo al divino servicio por el sacerdocio, realizábase en Tortosa con una sencillez encantadora y sublime. En ella todo era modesto; pero ¡cuán compenetrado de unción y devoción! Todos los neo-sacerdotes subían a su altar señalado, a la misma hora. Rodeábalos un grupo de sus hermanos en Religión y otro grupo formado por amigos

(13) Notificado el H. Falgueras de su próxima ordenación sacerdotal, escribió a su hermano Joaquín una emocionante carta, fechada el 15 de julio, de la que entresacamos algunos párrafos: "Tengo sumo placer en anunciarte, le decía, que el día 29 de este mes me será dada la potestad suprema y divina de consagrar y de perdonar pecados, que sólo de sí es propio de Dios; y el día de San Ignacio, ofreceré por primera vez el incruento sacrificio de la Misa. Ruego, pues, al Señor que me dé gracia abundante para corresponder fielmente a tan excelsa dignidad y sepa cumplir con perfección los designios que ha tenido la Providencia divina en designarse dispensador de las gracias y tesoros, que nos mereció Jesucristo derramando su sangre preciosa".

(14) Monseñor Comes y Vidal murió Obispo de Teruel, en 1904.

(15) He aquí sus nombres: Antonio Falgueras, Bartolomé Arbona, Carlos Galcerán, Manuel Cubí, Gaspar Colomer, José Clos, José Tomás, Sebastián Casademont, Segismundo Masferrer y Esteban Moreu. De paso anotaremos la profanación actual de aquel querido templo de origen franciscano, en el que por espacio de muchos años recibieron la consagración sacerdotal los Jesuitas de la Provincia de Aragón.

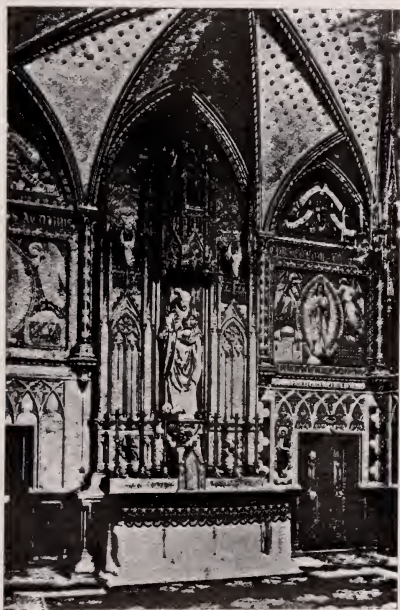
y parientes, tal vez sus propios padres y hermanos, que habían emprendido largo viaje para estar aquellos instantes junto al hermano o al hijo querido, el más querido sin duda del hogar, de cuyas manos recibirían todos, antes que otro cualquiera, la sagrada Eucaristía. Hecho tan sencillo como elocuente, imprime a un templo católico un carácter tan inusitado como impresionante; de tal manera, que no hay ojos que lo presencien sin derramar lágrimas. Seguía luego el interminable y efusivo besamanos y los abrazos exigidos por la emoción (16).

Sin duda que el P. Falgueras tuvo sentimientos muy hondos aquel su gran día, en el que comenzó a celebrar el santo Sacrificio de la Misa, con el sumo recogimiento, piedad y fervor, que fué una de las características de toda su vida sacerdotal, y tal vez la que contribuyó más a confirmar ante el pueblo cristiano, su fama de santidad.

Sacerdote ya, prosiguió sus estudios eclesiásticos en el curso de 1894 al 1895, en el que se permitió a su celo apostólico, según práctica de la Compañía, ejercitarse en algunos ministerios sagrados, que no impidiesen su dedicación a la ciencia; por ejemplo, recibiendo las confesiones de los niños, enseñando el catecismo y explanando las meditaciones espirituales a los Hermanos Coadjutores de la Compañía de Jesús.

6. Por septiembre de 1895 fué enviado a Gandía para practicar allí lo que en la Compañía se denomina **la tercera probación**. Trátase de una de las especialidades de las Constituciones de la Compañía de Jesús, que consiste en algo parecido a un segundo noviciado. Ninguna prescripción tal vez manifiesta tan vivamente como ésta el alto concepto que San Ignacio tenía de un operario de su Orden. Dos años de diligente noviciado, diez o doce años de estudios, más una interrupción de ellos por el ejercicio del magisterio, la preparación para el sacerdocio y la recepción de las Ordenes sagradas; todo lo cual supone sobrepasar frecuentemente los 30 años de edad, no siendo suficiente en concepto del Santo Fundador, para formar debidamente a sus hijos: es menester que a los estudios terminados y al sacerdocio recibido, suceda un segun-

(16) No parece que el Antonio Falgueras lograra el consuelo de tener aquel día a su lado, a alguno de su familia. Despréndese de la carta citada, escrita a su hermano Joaquín, en la que, aunque le invita, añade que no cree ser posible que pueda asistir, probablemente por su profesión de médico, que le tenía sujeto al cuidado de los enfermos; como también de otra carta, fechada el 30 de agosto, en que le agradece a su hermano el regalo que le ha enviado, "recuerdo, dice él, de cariño fraternal". "Todo lo cual, añade, me complació mucho". Al propio tiempo le habla del pequeño recuerdo de su gratitud, que le envió por medio de los Padres Jesuítas de Gerona.



Palacio del Santo Duque — Capilla gótica



Gandia — Palacio del Santo Duque — Fachada posterior

do noviciado, antes de dedicarse por completo a las empresas apostólicas; es la tercera probación de un año, prescrita con todo rigor en la Orden. En ella, hácese por segunda vez los Ejercicios espirituales íntegros, por un mes entero, se estudia a fondo la legislación de la Compañía y se renuevan todas o algunas de las pruebas, que se hicieron en el noviciado, ora sirviendo a los enfermos en los hospitales, ora peregrinando y misionando por parajes humildes y apartados, ora finalmente dedicándose a diversos ejercicios de humildad. Como se ve, renuévase en ese mes teórica y prácticamente la ciencia del espíritu religioso, hermanándolo con la ciencia adquirida en las aulas.

La tercera probación suelen practicarla los Jesuitas, como es natural en casas acomodadas a su objeto, y que favorezcan hasta por su historia, la preparación apostólica de sus jóvenes sacerdotes. Así, en España, fueron célebres para el caso las Casas de Loyola, Manresa y Gandía. En 1894 fué establecida en la última ciudad citada, que los Jesuitas consideran como un relicario de los recuerdos de santidad de uno de sus grandes hombres de gobierno, elevado espíritu y celo jesuítico: San Francisco de Borja (17). Era entonces superior de aquella Casa y maestro de novicios el P. José Barrachina Carbonell, conocido en Santiago de Chile, por haber sido profesor en el Colegio de San Ignacio, siendo, algo más adelante, Superior de toda la Misión Argentino-Chilena, la que gobernó desde septiembre de 1903 hasta 1909 (18).

7. El P. Antonio Falgueras no sólo hizo en Gandía su tercera probación, sino que también desempeñó el cargo de auxiliar del Maestro de novicios, en la formación religiosa de aquella selección de jóvenes, que la Providencia enviaba a la Compañía para engrosar sus filas. Cuán impresionante fué para ellos la vida aus-

(17) En efecto, existe aún en Gandía, el palacio del 4.º Duque de Gandía, Capitán general y Virrey de Cataluña, D. Francisco de Borja, privado de Carlos V y compañero suyo de sus estudios, de sus excursiones a la Provenza de Francia y al Norte de Africa, y aun de su retiro al monasterio de Iuste. El Santo Duque, como se le ha llamado siempre en Gandía, entró en la Compañía de Jesús el 1.º de febrero de 1548 y fué elegido general de ella el 2 de julio de 1565. Por sus eximias virtudes fué elevado al honor de los altares, y fué canonizado por Benedicto XIII, el 5 de junio de 1724. Con el tiempo, la morada de los Borjas en Gandía fué convertida por la Compañía de Jesús en una casa religiosa consagrada a la formación de su juventud. Lo cual no ha impedido, antes há sido ocasión de ser tristemente profanada por las hordas comunistas, en 1936, con el martirio de varios Jesuitas residentes en Gandía: los P. P. Tomás Sitjar y Constantino Carbonell, con los Hermanos Pedro Gelabert y Ramón Grimaltos.

(18) En 1909, el P. Barrachina fué llamado a España, donde ejerció el cargo de Provincial de Aragón, terminado el cual, pasó a Roma, en 1914, para ser secretario del Asistente de España, siendo elegido él mismo Asistente, en 1915. Murió en la Ciudad Eterna, el 7 de junio de 1929.

tera y mortificada de su Padre Ayudante, como le llamaban los novicios, despréndese de los testimonios de varios de ellos. Así, el P. Antonio de León escribe: "De ese tiempo recuerdo que todos los novicios le teníamos por santo. Nos admiraba, sobre todo, su espíritu de penitencia. Sus disciplinas era cosa que espantaba. A pesar de que su habitación estaba algo distante del corredor del noviciado, oíamos los tremendos golpes que descargaba sobre su débil cuerpo; tales, como no los he oído jamás en mi vida. Eran también sus disciplinas de larga duración. En su manera de estar sentado, arrodillado, etc., se advertía el especial estudio que ponía en hacer penitencia. Era también muy fervoroso en sus pláticas, sobre todo cuando hablaba del Sagrado Corazón" (19). El H. Manuel Vengut, escribe: "Mi opinión es que su virtud era más que vulgar; y esto lo fundo no en lo que pude observar en él, que fué poquísimo, sino más bien en lo que oía decir a otros que le trataban y habían tratado y le conocían a fondo. Añadiré que cuantas veces se ha cruzado el nombre del P. Antonio Falgueras en alguna conversación, casi siempre ha sido notándole como hombre espiritual, dado a la oración y mortificación y penitencia y varón de virtud nada común" (20). Otro novicio de Gandía, el P. Alfredo Simón, testifica lo siguiente: "Era hombre muy fervoroso y mortificado y de gran espíritu de penitencia. Muy devoto del Sagrado Corazón de Jesús, y, en general, de Cristo Ntro. Señor; y los días de fiestas especiales de Cristo, como el del Sagrado Corazón, Corpus, etc., nos parecía como que ese fervor le salía fuera, sin querer; y aun hablando en particular en su cuarto, se le notaba la emoción en la voz y se le veía el rostro arrebatado. También eran de admiración y edificación para los novicios las largas y fortísimas disciplinas, que tomaba y que retumbaban por todo el corredor. Ciertamente, el recuerdo que de él conservo, y la opinión que todos teníamos del Padre es ésta: de un religioso de gran fervor y gran penitencia y mortificación interior" (21). A este coro de antiguos novicios de Gandía, permítasenos unir el interesante alegato del P. Juan Ortega, que dice así: "Cuando a fines de 1895 fuí trasladado del Noviciado de Veruela al de Gandía, encontré en éste de ayudante al inolvidable y venerado P. Antonio Falgueras. Estaba haciendo al mismo tiempo la tercera probación y atraía a sí la atención de todos por su notoria santidad. Grande fué la impresión que en mí produjo su aspecto austero, modesto y

(19) Carta al P. Salvador Sedó; Barcelona, 3 de diciembre de 1933.

(20) Carta al P. Salvador Sedó; Zaragoza, 11 enero de 1934.

(21) Carta al P. Salvador Sedó; Valencia, 6 enero de 1934.



Gandia, Palacio del Santo Duque, Estatua de S. Francisco de Borja en la Capilla del Nacimiento.



apacible, y la caridad con que me recibió, no menos que las cosas que de su virtud me contaron y que pude después por mí mismo comprobar. Los recuerdos que más vivos conservo se refieren principalmente a su unión con Dios, a su penitencia, a su caridad y a su ardiente devoción al Corazón Santísimo de Jesús. Aun me parece verlo en la capilla, inmóvil, hincado ante el Santísimo, con las manos juntas y los ojos bajos, o fijos en el sagrario, con una naturalidad, que daba a conocer el espíritu de oración de que procedía su reverente actitud. La penitencia del P. Falgueras era proverbial, y, aunque tan rigurosa, y podemos decir singular, a nadie chocaba, pues decía muy bien con sus otras virtudes. El uso del cilicio, muy frecuente sin duda, lo disimulaba. De su abstinencia poco puedo decir, pues, como novicio, poca cosa podía ver en el refectorio. Lo famoso en el P. Falgueras eran las disciplinas, que se oían a larga distancia y hacían retemblar las paredes. Oyéndolas de cerca, producía el efecto de que se estuviera golpeando con alguna masa metálica. Las manchas de sangre, que quedaban en las paredes de la pequeña pieza, procuraba disimularlas, cubriéndolas con cal, aunque, naturalmente, sin acabar de conseguir su intento. De su caridad conservo un recuerdo muy agradecido, pues tuvo ocasión de ejercitarla conmigo de un modo particular, en una tribulación, a la que me sometió mi falta de salud. En los meses que duró, el Padre fué mi aliento y confianza, y a sus oraciones e industria atribuyo, por lo meaos en parte, el cese de la prueba. Lo que se diga de la devoción del P. Falgueras al Sagrado Corazón de Jesús ha de resultar por fuerza insuficiente. Estaba, por decirlo así, empapado en ella, y redundaba en sus palabras. Nunca olvidaré el fervor y el sentimiento con que en los asuetos de Navidad del año 1895, declamó la hermosa poesía del P. Alarcón titulada "Venid todos a Mí". Lo que acabo de indicar suscintamente es lo que descubríamos en lo exterior y revelaba lo interior, supuesta su incontestable sinceridad. Los que tuvieron ocasión de sondear su alma, hubieran podido decir los tesoros de virtud sólida que se encerraban en ella. De todos modos, el efecto que producía en los que le trataban, era el de un religioso y sacerdote santo; de tal modo, que hubiera llamado la atención en él cualquiera de esas imperfecciones, que suelen acompañar aun a personas de virtud probada" (22). Hasta aquí el P. Ortega.

Por fin añadiremos el testimonio fresco y fragante, como una flor de primavera, de quien no era novicio todavía por aquel

(22) Carta al autor; Córdoba (Argentina), 15 junio de 1935.

tiempo, pero que lo fué muy pronto: el P. Juan Castillejo, que dice así: "En agosto de 1895, cuando el P. Antonio Falgueras se encontraba en el Palacio del Santo Duque de Gandía, haciendo la 3a. Probación, llegamos a aquel santuario, acompañados por el P. Vicente M. Garín, cuatro congregantes, para hacer los santos ejercicios; Pepe Ferrer Gimeno que murió heroicamente en Africa, siendo capitán de Infantería; Alfredo Simón, víctima de los rojos en España; Juan García Mollá y yo. Antes de un año entraron en la Compañía Simón y García Mollá, a los que seguí poco después.

"La misma tarde de nuestra llegada, nos hicieron recorrer aquella grandiosa Casa, donde estaba entonces uno de los Noviciados de la Provincia de Aragón. Viva impresión recibimos, al visitar la Santa Capilla; no sólo por el recuerdo que entraña de S. Francisco de Borja y por su valor artístico, sino porque allí, junto al altar, estaba arrodillado, en actitud de profundo recogimiento el P. Falgueras. Estuvimos un rato examinando aquel precioso relicario, oyendo las explicaciones que de él nos daban. El P. Falgueras, inmóvil como una estatua, parecía estar enteramente ajeno a aquella escena. Así le dejamos.

"Una de las distribuciones que tuvimos aquellos días de ejercicios y por cierto muy provechosa para nosotros, fué salir a paseo todas las tardes, acompañados por los PP. Tercerones. A Pepe Ferrer y a mí nos acompañó el P. Falgueras. Supo hacerse niño como nosotros, para divertirnos sin disiparnos, y con su conversación espiritual, amena nos hizo gran bien. Creímos haber conocido a un Santo; de cuya austeridad y rígida penitencia estaba edificada y como admirada aquella Comunidad. Esto lo confirmé cuando al año siguiente entré en el Noviciado y ya el P. Falgueras no vivía allí" (21*).

En los anteriores testimonios escritos con la naturalidad de quienes narran los hechos que acaban de presenciar, se ve cuán idéntico es el retrato del P. Falgueras, pintado por los novicios de Gandía de 1895, al que nos pintaron los novicios de Veruela, en 1880. Lo cual demuestra la continuidad de su espíritu y cuán lejos estuvo él de aflojar en el fervor concebido en el noviciado.

Algo más fluye de los testimonios que se acaban de aducir, y es la fuerza intensísima, con que se apoderó de él la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, una vez ordenado de sacerdote. Es evidente que entre la conciencia de su misión sacerdotal y la práctica vivida de la gran devoción al Amor de Jesucristo, simbolizado

(21*) Carta al autor; Santa Fe, 3 febrero de 1937.



El R. P. Antonio M. Falgueras (sentado) y su hermano Francisco (de pie) cuando asistieron a la muerte de su padre

en su divino Corazón, hubo íntima concomitancia y tal vez relación de causa y efecto. Por lo menos no puede negarse que el P. Falgueras, al sentirse sacerdote de Cristo, sintió también que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús se le imponía como su gran devoción; lo cual nos da derecho para contarle entre los apóstoles de esta devoción, cuya eficacia para la conversión de los pecadores explicará quizás las maravillas, que el P. Falgueras obrará en su vida apostólica, para llevar almas a Dios.

8. Por este tiempo ocurrió enfermarse de gravedad D. Poncio Falgueras, padre de nuestro Antonio. Avisado telegráficamente, acudió a Hostalrich, por orden del P. Provincial de Aragón, Jaime Vigo, a la cabecera del moribundo. Acudió también, desde Vuela, su hermano mayor, el P. Francisco Falgueras, y ambos hijos Jesuítas tuvieron el consuelo de asistir a su excelente padre en aquel trance. En el cual, sucedió lo que desgraciadamente ocurre a veces aun en familias cristianas, que por cierta timidez no se atreven los familiares a significar al enfermo su estado de gravedad. Nuestro P. Antonio se dió cuenta de la situación, y con el cariño propio de un buen hijo, que quiere de veras el bien de su padre, le anunció a éste la proximidad de su muerte y la necesidad de prepararse para ello. De lo cual quedó agradecidísimo su padre, pues lo alabó ante toda la familia, por haber cumplido con su deber de excelente hijo, y aun quiso confesarse con él. Muy de sorpresa le tomó al P. Antonio esta petición de su padre, y hasta creyó no poder hacerlo por carecer de las facultades ministeriales del Sr. Obispo de Gerona, en cuya diócesis se hallaba; pero lo sacó de aquellas dudas su hermano, el P. Francisco, recordándole que en caso de muerte, todos los sacerdotes, según las leyes de la Iglesia, están facultados para confesar a cualquier penitente; por lo cual oyó la confesión de su propio padre y lo absolvió. Con lo que quedó consoladísimo el piadoso padre, que sin duda tenía de él un gran concepto, como lo demuestra el hecho de haberle preferido para confesarse no sólo a otros sacerdotes seculares que había en la Parroquia, sino también a su hijo mayor, que estaba presente allí, el P. Francisco.

Sin embargo, parece que fueron pedidas las licencias a Gerona, según atestigua el Dr. Joaquín Falgueras (23); pues confesó en la Parroquia de Hostalrich y aun en la capilla del Hospital, donde residían las Hermanas Carmelitas de la Caridad, las cuales

(23) Testimonios recogidos por el P. Juan Serra, S. J. y enviados al autor; Gerona, 12 septiembre de 1935.

llamaron al P. Francisco; mas él, creyendo complacer mejor a las Hermanas, les envió a su hermano menor, Antonio.

El clima cálido de Gandía contribuyó a debilitar notablemente las fuerzas del P. Falgueras, enervadas ya por sus penitencias, a lo que sobrevino una absoluta inapetencia. Alarmados los superiores, resolvieron enviarlo, a fines de junio de 1896, a un clima más fresco y seco, y eligieron el Monasterio de Veruela, que tan saludable había sido para él los años que allí había morado. Alegróse él, porque podría contemplar de nuevo y quizás por última vez en su vida, el dulce y querido hogar de su infancia religiosa, y allí permaneció unos meses, mejorando notablemente su salud, como él mismo lo comunica a su hermano Joaquín, en carta fechada en Veruela, a 13 de agosto de aquel año.

9. Al cerrarse el ciclo de la formación religiosa del P. Falgueras, séanos lícito añadir todavía otro testimonio a los muchos que se han aducido. Se trata del P. Casademont, citado ya alguna vez, el Jesuita que convivió más con él, en los largos años ocultos de vida nazaretana, que consagra el joven Jesuita a su autoeducación, bajo la santa y sabia dirección del Instituto de la Compañía de Jesús. Por ello y por las cualidades morales del P. Casademont, su testimonio es de un valor incomparable (24). Dice así:

"Fuí, por gran merced de Dios N. Señor, connovicio, conjuenior, confilósofo, conteólogo y contercerón de nuestro buen Padre Falgueras.

"En general puedo asegurar que siempre le miré como a un dechado muy perfecto de la virtud, que en las diversas épocas de la vida religiosa, pide de sus hijos nuestro santo Instituto; y tengo por muy cierto que no era esta apreciación mía particular, sino el común sentir de cuantos le tratábamos.

"Las cosas en que a mi modo de ver más se distinguía el P. Falgueras, y que con mayor frecuencia oí alabadas y aun admiradas por los demás, son las siguientes:

"1.º Unión con Dios, fervor en los ejercicios piadosos, que parecía pegarse a los que le veían o cerca de él se hallaban; añádase una traza particular que tenía para aprovechar el tiempo a estos ejercicios destinado, y aun para hallar largos y frecuentes ratos que pasar en compañía del Señor Sacramentado o recogido en algún rinconcito.

(24) El P. Sebastián Casademont emitió diversas veces por escrito su juicio sobre el P. Falgueras. La imagen de su santidad llenaba su espíritu y deseaba ardientemente que se escribiera la Vida de su santo amigo, pues tuvo la dicha de tenerle por tal. Decía que lo hacía "para pagarle de algún modo, la mucha edificación que le debía".



Monasterio de Veruela. Galeria oriental del
claustro bajo.

“2.º Un cuidado y gracia particular para hablar de cosas provechosas y de Dios; y sabía con prudencia buscar a los que en esto se distinguían; y cuando entre ellos estaba, parecía hallarse en sus glorias.

“3.º Espíritu de mortificación en grado altísimo. Era de ver la gracia particular con que en refectorio sabía escoger lo menos atractivo de las fuentes, los puestos más incómodos, y la frecuencia con que hacía penitencia. Aun en invierno y en países fríos, como Veruela, iba muy ligero de ropa interior y casi nunca usaba el ropón o balandrán. Famosas eran sus disciplinas, no sólo por su duración, sino también por su intensidad. En Gandía, viviendo yo separado de él por un solo tabique, en el año de tercera probación, no podía explicarme, por más que varias veces lo procuré, en dónde caía aquella tan horrenda tempestad de azotes, ni con qué instrumento se los daba. Varias noches me propuse contar los golpes que se daba; jamás lo pude averiguar; después de algunos centenares, no pudiendo resistir el sueño, me quedaba dormido.

“4.º Esto no obstante, no era nada austero ni repulsivo en su trato: al contrario, era muy caritativo en tomar para sí las faenas más pesadas y en ayudar a los demás en cuanto podía. A pesar de haber vivido tantos años en su compañía y haber pasado con él tantos ratos de recreo, puedo asegurar que jamás le oí hablar mal de otros, ni de casa, ni de fuera”. Hasta aquí el P. Casademont.

Ni dejaremos de consignar el juicio sintético, que de nuestro biografiado nos da el mismo autor: “Mi opinión respecto a la santidad del P. Antonio Falgueras, es que dicho Padre fué con toda propiedad y verdad, **un santo de nuestra Compañía**” (25).

10. Terminada la tercera probación, y habiendo dado cuenta satisfactoria de su vida de formación, el joven sacerdote Jesuita se halla en disposición inmediata para dos cosas: para ser destinado al lugar y al cargo, que juzguen los superiores ser más convenientes para él, dadas las aptitudes que ha manifestado en sus prolongados años de experiencias, y para ser admitido al grado definitivo de los últimos votos o profesión, que le otorgará el R. P. General de la Compañía o inmediatamente o algo más tarde, según sean los informes atañaderos a su persona. A ello suele llegar el Jesuita hacia los 34 o 35 años de edad.

Es indudable que de la tercera probación suelen salir las grandes vocaciones especializadas dentro de la Orden, como, por

(25) Algunos datos edificantes sobre el Padre Antonio Falgueras y Carta al P. Salvador Sedó; Gandía, 18 diciembre de 1933.

ejemplo, para ejercer el apostolado de gran sacrificio; pues es frecuente, en aquel año de tan intensa vida espiritual, como también de preparación inmediata y generosa para los ministerios de la Compañía de Jesús, el ofrecerse espontáneamente para los trabajos más costosos y las misiones más difíciles. De hecho, entre los compañeros de la tercera probación del P. Falgueras halláronse los Padres Carlos Galcerán y Manuel Rodríguez, que con el tiempo fueron elegidos para que, dando un adiós a su patria, se embarcasen para el Nuevo Mundo; y los Padres Juan Doyle y Tomás Barber, que fueron destinados a la Misión de las Islas Filipinas, donde murió el último, compatriota del P. Falgueras, como misionero de los indios, después de haber atendido heroicamente a los leprosos.

¿Qué ánimos concibió y para qué se ofreció a los superiores de la Compañía, el P. Antonio Falgueras, mientras se hallaba en aquella fragua de fervor? No nos consta por documento alguno; pues, como ya se dijo, tuvo él buena cuenta de eliminarlos todos. Pero no es difícil adivinarlo, dadas las manifestaciones precedentes de su espíritu, y lo que fué su vida, antes y después de aquel momento decisivo. Sin duda alguna que él aspiró “a señalarse en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal”, según el lenguaje de San Ignacio en los Ejercicios, e hizo “las oblaciones de mayor estima y mayor momento”, que expone el Santo en su libro de oro e inmortal (26).

(26) Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, 2.a Semana; El llamamiento del rey temporal, 2.a parte, punto 3.o.

PARTE TERCERA

VIDA APOSTOLICA



CAPITULO V

BUENOS AIRES

(1896 - 1900)

SUMARIO: 1. Anhelos de un niño.—2. La Misión Chileno-Paraguaya.—3. En el puerto de la Capital Argentina; primeros ensayos.—4. Es destinado al Seminario de Buenos Aires, titulado Regina Martyrum.—5. El P. Julián Requeña, Rector del Seminario; su fallecimiento.—6. Le sucede en el rectorado el P. Falgueras.—7. Plan de un edificio nuevo en Villa Devoto; el P. Falgueras actuando en el proyecto.—8. La colecta del P. Falgueras.—9. Suspéndese el trabajo; obras construidas en 1900.—10. Construcción de la iglesia.—11. La obra moral del Seminario; la piedad en general y la devoción especial al Sdo. Corazón de Jesús y a la Santísima Virgen.—12. Trabajos escolares; academias.—13. Actividad personal del P. Falgueras.—14. Asuetos y vacaciones.—15. La profesión religiosa.—16. Traslación definitiva a Villa Devoto.—17. Vida de relación del Seminario.—18. Un verdadero don de Dios; virtudes especiales del P. Falgueras.—19. Testimonios superiores a toda excepción.—20. Fin de su misión en el Seminario; mirada retrospectiva.

1. Afirma el Dr. Joaquín Falgueras, hermano del P. Antonio, que contando éste de 6 a 7 años, interrogado por sus padres qué quería ser, respondía él muy despachado y airoso, que quería ir a América para hacer fortuna (1). Ciertamente que no podía él comprender entonces lo que decía; pero no dejan de parecer un presagio de lo que debía suceder aquellos extraños anhelos, en un niño, a quien la Providencia tenía trazados tan especiales destinos. Porque en verdad que fué a América e hizo fortuna en ella; aunque de un género infinitamente superior y más valioso que él hubiese podido imaginar.

2. El P. Jaime Vigo, Provincial de la Provincia de Aragón, resolvió en 1896, enviar al P. Antonio Falgueras a la Misión Chi-

(1) Datos recogidos por el P. Juan Serra, S. J.—Gerona, 1934.

leno-Paraguay (2), como a la sazón se denominaba a la que andando el tiempo se llamó la Provincia Argentino-Chilena, y que entonces dependía de la Provincia Jesuítica española, que llevaba el nombre de Aragón. Llamábase **misión**, que etimológicamente significa **envío**, sólo porque era asistida por Padres **enviados** de España, mientras se preparaba el terreno y el ambiente para establecer un Noviciado, en que entrasen y se formasen los hijos del país, llamados por Dios a la Compañía de Jesús (3). Aquella Misión, como la actual Provincia Argentino-Chilena, comprendía la Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay, y contaba los Colegios secundarios de Buenos Aires, Santiago de Chile, Montevideo, Santa Fe, además del Noviciado de Córdoba, los Seminarios de Buenos Aires, Santa Fe y Montevideo y las Residencias de Córdoba, Mendoza, Puerto Montt, Concepción y Valparaíso, con las dos Casas de Ejercicios de las dos últimas ciudades chilenas. Numerábanse en la Misión, el año 1896, 276 Jesuítas repartidos así: 118 sacerdotes, 51 hermanos estudiantes y 107 hermanos coadjutores; y era superior de la Misión el P. Antonio Garriga, quien residía ordinariamente en el Colegio del Salvador, de Buenos Aires.

3. E P. Antonio Falgueras arribó al puerto de la Capital de la Argentina, el día 4 de noviembre, en compañía del P. Superior, Antonio Garriga, que había ido a Roma por asuntos de su oficio y regresaba a Buenos Aires, trayendo consigo un notable contingente de sacerdotes, es a saber, los Padres Banqué, Burrial Olmos, Gambón, Falgueras, Módol y Colom Pedro (4). El mismo día de su desembarco, estuvieron en el Colegio del Salvador para saludar a los recién llegados el Sr. Arzobispo de Buenos Aires, Monseñor Uladislao Castellano y su Auxiliar, Monseñor Antonio Espinoza. Fueron recibidos en el Colegio del Salvador, con las manifestaciones de alegría propias del caso, pues los Padres que llegaban de ultramar considerábanse siempre como un regalo precioso de la Providencia y un auxilio de gran eficacia para los trabajos, que llevaban de frente los Jesuítas en estos países sudamericanos. Era Rector entonces del Colegio de Buenos Aires el céle-

(2) Era ésta una denominación verdaderamente histórica; pues era verdad que comprendía la tal misión los territorios, que antiguamente abarcaban las dos Provincias Jesuíticas: Chilena y Paraguaya, entendiendo que la última comprendía a su vez las regiones que hoy forman la Argentina, Paraguay y Uruguay y aun parte del Brasil y de Bolivia.

(3) En efecto, existía ya en 1896 un Noviciado de la Misión, establecido en Córdoba, antigua y culta ciudad argentina, que contaba 15 jóvenes novicios.

(4) El 10 de agosto del mismo año les habían precedido los Padres Galcerán, Rodríguez y Ubach.

bre P. Camilo M.^a M. Jordán (5), quien dispuso que fuesen agazajados los recién llegados, con la caridad que suele la Compañía, como lo fueron también, el día 11, por los Padres del Seminario de Buenos Aires, dirigido por la Compañía de Jesús, y ubicado entonces en el sitio denominado Regina Martyrum, en la calle Victoria, número 2069, antigua quinta de campo del Excmo. Sr. Arzobispo, Monseñor Mariano José de Escalada, convertida por él en asiento del Seminario de su arquidiócesis y entregada en usufructo a la Compañía. Era entonces Rector del Seminario el P. Miguel Tugues.

Como el curso escolar tocaba a su término, no era probable que le fuese asignado al P. Falgueras un cargo de compromiso, que no parecía poder ser otro, que alguno relacionado con la enseñanza, ya que ésta era la ocupación de la casi totalidad de los Jesuitas jóvenes, hasta que apuntase el curso siguiente de 1897 (6).

Con todo no faltó que hacer. El día 8 de aquel mes de noviembre comenzó el P. Falgueras un triduo de preparación, para la primera comunión de 56 colegiales, la cual tomaron de mano del mismo Padre el día 11, fiesta de San Martín, Patrono de Buenos Aires, corriendo también a cargo del P. Falgueras la plática preparatoria de la comunión. Aquellos niños recibieron el día siguiente el sacramento de la Confirmación, en el mismo templo del Salvador, de manos del Sr. Arzobispo.

Aunque destinado en definitiva a Buenos Aires, con todo creyeron los superiores que en Montevideo podría prestar muy buenos servicios, en los ministerios espirituales de verano, y allá le enviaron, para que satisficiera sus ansias de trabajar, durante aquellos meses anteriores al curso siguiente, llegando a la capital del Uruguay, el 15 de noviembre de 1896. Y en efecto, allí se ocupó dando Ejercicios y en otros ministerios espirituales.

4. El 28 de febrero de 1897, se hallaba de vuelta a Buenos Aires, con destino al Seminario de Regina Martyrum para desempeñar la cátedra de Teología Moral y la dirección de los llamados **Casos de conciencia**, además de ser predicador de los seminaristas. Con alguna anticipación había sido presentada por Monseñor Ula-

(5) El P. Jordán fué un varón egregio, que glorificó por espacio de muchos años la oratoria sagrada en la República Argentina, al par que con sus eximias virtudes honró la Iglesia y, de un modo especial, la Compañía de Jesús. Nació en Monte Rotondo (Estados Pontificios) el 13 de septiembre de 1839 y murió en Buenos Aires el 31 de abril de 1911.

(6) En estas regiones sudamericanas el año escolar se acomoda aproximadamente al año civil, que se inicia el 1.º de enero, puesto que empieza por marzo y termina en diciembre, dedicando los dos primeros meses del año a las vacaciones de verano, de suerte que los meses de enero y febrero coinciden exactamente con los de julio y agosto de la Europa meridional.

dislao Castellano, Arzobispo de Buenos Aires, al Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública, que desempeñaba entonces el Dr. Antonio Bermejo, la nómina de los profesores del Seminario, para aquel curso, según era de práctica. A la nota del Prelado contestó el Ministro en estos términos (7):

Buenos Aires, febrero 27 de 1897.

A S. E. Rdma. el Sr. Arzobispo de Buenos Aires Dr. Uladislao Castellano.

Tengo el honor de acusar recibo de la nota de S. S. Rdma., de 23 del actual, comunicando haber nombrado profesores en el Seminario Conciliar a los RR. PP. Antonio Falgueras, Julián Requena, Lorenzo Canal, Pablo Hernández, Narciso Matas, Pedro Colom, Santiago Ballber y José Salvadó.

Saludo atte.

(Fdo.): **Antonio Bermejo.**

5. Observaremos que el día 22 de diciembre de 1896, había sido nombrado Rector del Seminario de Buenos Aires el P. Julián Requena, religioso distinguido por sus estudios y por los cargos de gobierno que había desempeñado, tanto en el Colegio del Salvador, de Buenos Aires, como en el Colegio-Seminario de Montevideo, donde dejó fama de ilustración no vulgar, de exquisito trato y notable elocuencia, con las simpatías que se dejan suponer, en las varias generaciones de alumnos que pasaron por sus aulas. Pero hombre también de salud quebrantada, dió muy poca esperanza de poder seguir de Rector del Seminario de Buenos Aires, apenas asumido el cargo. Con todo, haciendo un esfuerzo superior a sus fuerzas, comenzó el curso por marzo, hasta que, inválido del todo, resolvieron los superiores que abandonara por completo sus ocupaciones. Entonces — día 29 de marzo — fué nombrado el P. Falgueras Ministro del Seminario, con carácter de Vice-Rector (8).

Entre tanto agravábase la enfermedad del P. Requena, y el P. Falgueras, que no le abandonaba casi un instante, tomó a su cargo el velarle personalmente todas las noches. Por fin entregó su alma a Dios, con santa muerte, el P. Julián Requena, el día 4 de abril de aquel año 1897, después de tres meses de rectorado (9).

(7) Libro de Notas del Sr. Arzobispo Mons. Mariano Castellano; fecha de la Nota-Archivo del Arzobispado de Buenos Aires.

(8) Aquellos días ejercía el cargo de superior interino de la Misión el P. Pablo Banqué, por estar ausente accidentalmente en Chile, el P. Antonio Garriga.

(9) Asistió a sus funerales, celebrando la misa de cuerpo presente, Mons. Uladislao Castellano, como asistieron también los dos Sres. Obispos Auxiliares, Mons. Juan A. Boneo y Mons. Mariano A. Espinosa, siendo nu-



Actual Iglesia de Regina Martyrum.



Interior de la Iglesia de Regina.

6. Este hecho tan inesperado y que dejó acéfalo al Seminario, vino a señalar una nueva dirección a la actividad del P. Falgueras; pues fué elegido él para suceder en el gobierno de aquella casa y comunidad, al P. Requena. He aquí dos documentos pertinentes al caso. Por el primero, comunica el Sr. Arzobispo al Sr. Ministro, Dr. Bermejo, el nombramiento del P. Falgueras. Dice así:

“Tengo el honor de comunicar a V. E. que he nombrado para desempeñar el cargo de Rector y Profesor del Seminario Conciliar al R. P. Antonio Falgueras, en reemplazo del R. P. Julián Requena, que renunció el 1.º de abril del corriente año.

“Estos nombramientos deberán contarse desde esa misma fecha.

“Saludo a V .E., etc.”.

Por el segundo, contesta el Ministro, acusando recibo del nombramiento.

“Tengo el honor de acusar recibo de la nota de S. E. Rdma., de 7 del actual, comunicando haber nombrado para desempeñar los cargos de Rector y Profesor del Seminario Conciliar al R. P. Antonio Falgueras, en reemplazo del R. P. Julián Requena, que renunció el 1.º del corriente mes; debiendo este nombramiento contarse desde la misma fecha.

“Saludo, etc.” (10).

Sin embargo, el nombramiento canónico no se verificó en el Seminario, hasta el día 11 de aquel mes de abril, con el carácter de Vice-Rector; y con el de Rector, confirmado en Roma, hasta el dos de febrero del siguiente año, 1898.

El P. Falgueras al frente del Seminario de Buenos Aires, no pudo ser otro que el que había sido siempre; un Jesuíta esclavo de su deber, en aquella labor particular que se le encomendaba, de cooperar a la formación de la juventud bonaerense destinada al estado eclesiástico. Por de pronto continuó desempeñando su cátedra de Teología Moral, con la prefectura de los estudios y las pláticas a los alumnos. Pero aquel rectorado debía ser mucho más que una administración ordinaria, por trabajosa y difícil que queramos suponerla. Sin duda alguna que su elección providencial

merosos los Sres. Párrocos y demás sacerdotes, que acompañaron el cadáver a su última morada. Allí pronunció un sentido discurso el Dr. Vicente Ponce de León, enviado de Montevideo, como representante de la Academia Literaria y del Círculo Católico de aquella ciudad.

(10) Libro de Notas del Sr. Arzobispo, Mons. Mariano Castellano; fichas de las Notas. Archivo del Arzobispado de Buenos Aires.

estaba llamada a desempeñar un gran papel, en la historia de aquella Institución eclesiástica.

7. Se ha dicho que el Seminario de Buenos Aires, llamado Regina Martyrum, por tener sobre sí una capilla dedicada a la Virgen de los Dolores, estaba ubicado en una antigua quinta, que perteneciera a Monseñor Mariano José de Escalada, Arzobispo de Buenos Aires. Allí se había establecido, en la ya lejana fecha de 12 de marzo de 1867. Muchas adiciones se habían venido verificando al primitivo y pobrísimo edificio, a medida que crecía el número de seminaristas; pero nunca con un plan regular, sino más bien con el propósito de ir pasando, hasta que llegase la oportunidad de reconstruirlo en su totalidad. Este caso había llegado hacia fines de siglo, pues ya no era posible continuar albergando una institución tan importante en un inmueble tan mal parado, tan ruinoso y tan inadecuado para su objeto.

Los Prelados de Buenos Aires, a quienes competía el asunto, hacía algunos años que habían nombrado una comisión, formada por eclesiásticos y seglares distinguidos, para que entendiesen en el negocio y les asesoraran acerca de las resoluciones y medidas que se deberían adoptar para llevar adelante la obra proyectada. La resolución más discutida había versado sobre el local, en que se debía levantar el nuevo edificio del seminario. Mientras vivió el Sr. Arzobispo Mons. León Federico Aneiros primó la opinión de erigirlo en el área misma ocupada por el Seminario antiguo; pero a la muerte de Mons. Aneiros, que acaeció el 3 de septiembre de 1894, y al sucederle Mons. Uladislao Castellano, que tomó posesión de su sede arzobispal el 17 de diciembre de 1895, dividiéronse los pareceres, y el resultado final fué resolverse a llevar el Seminario fuera de la ciudad. En efecto, el día 28 de julio de 1896, comprábase en un nueva población, que se estaba formando, a manera de suburbio de Buenos Aires y que se denominaba Villa Devoto,, un extenso terreno, en sitio elevado, alegre y sano. Allí se levantaría el futuro Seminario de la capital de la República Argentina. Requerido por la Comisión, cuyo Presidente era el Dr. D. Juan N. Terrero, Presbítero, en cuyas manos había depositado el Sr. Arzobispo la dirección inmediata de las cosas, presentó el Ingeniero Don Pedro Coni el vasto plano del edificio, con fecha 21 de agosto de 1896, siendo inmediatamente discutido, modificado y, finalmente, aprobado (11).

(11) JUAN ISERN, S. J.—La Formación del Clero secular de Buenos Aires y la Compañía de Jesús, caps. VIII y IX, donde hay una extensa documentación sobre el particular.

Así estaba el asunto, cuando tomó la dirección del Seminario el P. Falgueras, quien no sólo fué inmediatamente incorporado por el Prelado a la Comisión pro-Seminario, sino nombrado también en subcomisión para correr con la dirección inmediata del trabajo, juntamente con el señor Ingeniero D. Rómulo Ayerza.

Haremos notar que mientras no se pasó del tema de la discusión sobre el local, no dejó de haber movimiento en la Comisión; pero no fué lo mismo cuando se trató de la ejecución y, sobre todo, cuando se llegó a las inmediatas de empezar a hacer los gastos que se prevenían muy cuantiosos y para los cuales no se contaba con fondos.

Y este es el momento precisamente en que empezó de veras la actuación del P. Falgueras, como Rector del Seminario y miembro de la Comisión.

El día 15 de mayo de aquel mismo año, 1897, se delineó el terreno; y el día 27, festividad de la Ascensión del Señor, púsose la primera piedra del edificio; aunque, a decir verdad, fueron dos las primeras piedras, que se colocaron la memorable tarde de aquel día: la de la Iglesia y la del Seminario, bendiciéndolas el Sr. Arzobispo, Mons. Uladislao Castellano, y siendo madrina de ambas ceremonias la virtuosa y opulenta señora Doña Mercedes Castellanos, viuda de Anchorena, muy benemérita de la Iglesia y de la sociedad civil argentina, por los numerosos templos e instituciones de caridad y beneficencia cristiana, que erigió y sostuvo con sus propios haberes. En realidad, la señora de Anchorena no pensaba por aquel entonces más que en costear la iglesia, como efectivamente lo hizo; aunque no dejó de ser también la mayor bienhechora del edificio del Seminario.

Asistió a la ceremonia el Dr. D. Antonio Bermejo, Ministro de Culto e Instrucción Pública, en representación del Sr. Presidente de la República, Don José Evaristo Uriburu, y una muy selecta concurrencia, formada principalmente por eclesiásticos y religiosos, y por las relaciones y amistades de la Sra. de Anchorena. El Seminario de Regina Martyrum asistió en pleno, presidido por su Rector, el P. Falgueras. Terminada la ceremonia litúrgica, Monseñor Luis Duprat, Vicario General del Arzobispado, leyó un discurso de circunstancias, en el que hizo notar la importancia de la obra que se emprendía para la formación del clero del país.

La Comisión pro-Seminario casi no recibía otro apremio de parte del Prelado, que el de allegar recursos; aunque hay que confesar que muy poco pudo hacer para lograrlos, a excepción de su

Presidente, Mons. Terrero, sacerdote meritísimo, luego Obispo de La Plata, quien se ocupó con éxito en la demanda. Con todo, el que más ahincadamente tomó el asunto, dando ánimo a todos, urgiendo al Prelado para que se iniciaran las obras sin demora, y entregándose él mismo al trabajo molesto y odioso de recabar los fondos indispensables, para que emprendiese su marcha la obra anhelada del Seminario, fué el P. Antonio Falgueras, pues nadie como él sentía su necesidad y su responsabilidad.

8. He aquí algunos detalles de la colecta hecha por el P. Falgueras, en compañía del hermano coadjutor Juan Ribolleda (12). Aconsejóles doña Mercedes C. de Anchorena, que visitasen a su próximo pariente D. Tomás S. de Anchorena. Fueron, en efecto, recibiendo D. Tomás con mucha afabilidad. Al exponerle el P. Falgueras el fin de la visita, contestóle D. Tomás: "Yo favoreceré la obra cuanto pueda; pero quiero que conste que lo hago por ser Padres Jesuitas los que están al frente del Seminario. Yo he heredado de mi finado padre el amor a los Jesuitas; ellos fueron sus maestros y él me enseñó a amarlos y reverenciarlos. Por ahora puede suscribirme con la suma de \$ 15.000, que aumentará en cuanto pueda. Quiero que todo sea en memoria de mi finado padre". Preguntóle el P. Falgueras si deseaba que su subsidio se dedicase a alguna parte especial del oficio; a lo que él contestó: "No conozco las distintas divisiones que tiene el Seminario". Explicóselo el Padre, y convino, aunque algo más tarde, el insigne bienhechor, en que se destinase para la sección de Teología. Al despedirse de él rogóles el Sr. Anchorena que volviesen pronto y que no dejasen de ver a su hermana Clara y a otras personas de la familia que les indicó (13).

El Sr. Anchorena cumplió su promesa, pues entregó a Mons. Terrero, encargado de la recepción de las limosnas, hasta la suma

(12) El Hermano Juan Ribolleda fué varón de grandes virtudes religiosas, que consagró su actividad admirable al servicio de Dios, en la Compañía de Jesús, por espacio de largos años, dedicado a diversos menesteres siempre humildes, pero desempeñados siempre con excelente voluntad y gracia exquisita. Ejemplo notable de la fuerza que encierra la vocación religiosa, correspondida con fidelidad. Pero además tenía el H. Ribolleda un especial, don de gentes, secundado por su hábito caritativo de servir y complacer. Era natural, pues, que el P. Falgueras escogiera al H. Ribolleda para que le acompañara a pedir limosna para el Seminario; el Hermano poseía el conocimiento de las personas de Buenos Aires, de que carecía el Padre, recién llegado a la Argentina. El H. Ribolleda era español. Nació en San Martín de Viar (Prov. de Barcelona) y entró en la Compañía el 1.º de febrero de 1880, contando 19 años. Murió en el Seminario de Villa Davoto, a los 63 años, habiendo pasado 44 en la Compañía de Jesús.

(13) Así lo atestigua el P. Hermán Rinsche, en un artículo sobre el P. Falgueras, publicado en el IV Anuario del Seminario, año 1924, pág. 81.

de \$ 70.000, a la que añadió otros 5.000 para libros de Filosofía y Teología, sin que decreciese su interés por la obra, pues la promovió entre los miembros de su familia; tanto, que llegó a llamarse el Seminario "la obra de los Anchorena". Así se explica que doña Clara Anchorena de Uribelarrea le diese al P. Falgueras, después de la visita que le hizo, la suma de \$ 20.000; doña Matilde Anchorena de Ortiz Basualdo, \$ 10.000; Isabel de Anchorena, \$ 8.300; D. Nicolás y D. Juan Esteban de Anchorena, doña Estanislada Anchorena de Paz, Doña Lucía Anchorena de Urquiza, doña Josefa Anchorena de Madariaga, 4.000 cada uno; y doña Amalia Anchorena de Blaquier, 20.000; dejando luego en su testamento, la suma necesaria de dinero para costear la construcción del salón de actos.

Muchísimos, además de esta esclarecida familia, contribuyeron generosamente, v. gr., el Dr. Don Leonardo Pereyra Iraola, con \$ 10.000; doña Luisa del Carril, con otros 10.000; pero no es posible reproducir aquí los nombres de todos los bienhechores, por haber querido muchos de ellos permanecer anónimos. De todos modos, las largas listas de entradas para el Seminario, debidas al celo del P. Falgueras, que existen aún y tenemos a la vista, no dejan lugar a duda alguna, sobre la parte principalísima que él tuvo en la obra. Fué de ver la constancia con que casi diariamente, después de cumplir con sus deberes de cátedra, acompañado del experto H. Ribolleda, hizo el Padre un recorrido, por espacio de dieciocho meses, pidiendo limosna por el Seminario "en nombre de Dios, que se lo recompensará con creces", llevando siempre reflejada en su rostro afable, a la par que ascético, la segura confianza en la Divina Providencia. "Si no fuera por el P. Falgueras — dijo Mons. Terrero, Presidente de la Comisión — no sé cómo se hubiera edificado el Seminario. Ciertamente no sería la obra tan vasta como ahora la admiramos. El fué el alma de todo el movimiento. Su insistencia, su decisión, su confianza eran un constante, y a veces quizá punzante estímulo. Debo reconocer sinceramente que sin el P. Falgueras no se hubiera hecho lo que se hizo" (14).

Aceptado por la Comisión, como se dijo, el plan del Ingeniero, Sr. Coni, en la sesión celebrada el 21 de junio, resolvióse, con gran consuelo del P. Falgueras, comenzar las excavaciones para los

(14) HERMAN RINSCHÉ, S. J., en la obra citada, pág. 82. En la obra, asimismo citada, *La formación del Clero secular de Buenos Aires y la Compañía de Jesús*, por el P. Juan Isérrn de la misma Compañía, cap. IX, se hallan ampliados los datos del texto.

fundamentos y los sótanos, el día 25 del mismo mes, festividad del Sagrado Corazón de Jesús.

Así que se hubo colocado la primera piedra del Seminario, resolvió el P. Falgueras favorecer espiritualmente a aquel núcleo de población de Villa Devoto, que carecía de todo cultivo espiritual, por estar muy apartado del centro parroquial a que pertenecía. Al efecto dispuso que todos los Domingos y días de fiesta fuese allá un Padre, a decir misa, predicar y enseñar el catecismo y deputó para ello al P. José Salvadó, profesor del Seminario (15).

9. En los comienzos de 1899, se habían suspendido las obras del Seminario. La causa real no era otra que la escasez de fondos para proseguirlas. A pesar de llevarse gastados cerca de \$ 300.000, quedaba sólo construída a medias una parte del edificio proyectado. Era el rectángulo central cerrado, de 55 metros de frente por 77 de fondo. El frontispicio, donde se hallaba la entrada, no se elevaba más que a la altura de un piso; en cambio, los otros lados tenían ya sus dos pisos de seis metros de altura cada uno, y un sótano, que se utilizó inmediatamente para comedores, despensa, personal de servicio, etc. El ancho de los salones era de ocho metros. A lo largo de los costados de ambos pisos, corrían extensas galerías, cuyos arcos cerráronse muy pronto con vidrieras. Un gran depósito colocado sobre la azotea, alimentado por un molino de viento, repartía el agua a todas las dependencias de la casa. La capilla para el Seminario y para el público, se había instalado entrando, a mano derecha, en lo que debían ser más tarde dependencias de la portería. Faltaba revocar "a portland" todos los frentes. Era poco en comparación del todo; pero lo suficiente para que allí fuese instalado el Seminario, lo que en efecto así se realizó, a principios del mismo año, 1899.

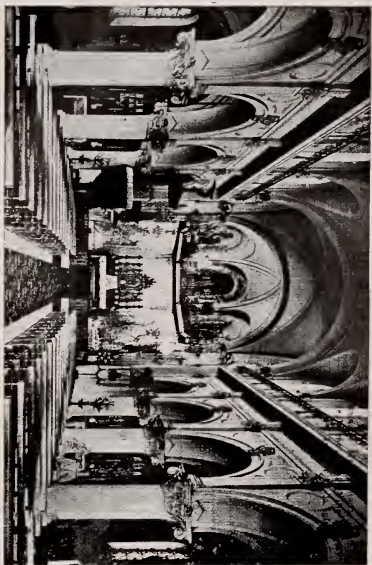
10. Simultáneamente se había construído la iglesia. Doña Mercedes Castellanos de Anchorena la había levantado a sus expensas y con independencia de la Comisión. Conmenzóse la obra por septiembre de 1898, y fué tal el impulso que se le comunicó, que en agosto de 1899 se hallaba terminada. La planta es de cruz latina, con sus extremidades semicirculares, a excepción del pie de

(15) Vivía cerca de la estación del Tranvía Rural un sacerdote católico inglés llamado Juan O. Hall, antiguo morador de quien tenía a su cargo, como administrador, un pequeño local que antes había estado destinado al culto. Allí ejerció por primera vez la Compañía de Jesús los sagrados ministerios de Villa Devoto. Comenzaron el día 6 de junio de 1897, fiesta de Pentecostés y continuaron progresando siempre hasta enero del año siguiente, 1898, en que los seminaristas fueron a veranear en Villa Devoto, abriéndose entonces, en el mismo edificio en construcción, una capilla para el público.

Seminario Metropolitano Pontificio
de Buenos Aires: (Villa Devoto)
3. Fachada de la iglesia y lado
sudeste



Seminario de Villa Devoto. Interior de la Iglesia



Seminario de Villa Devoto. Interior de la Iglesia

la cruz, y con tres naves, de nueve metros la central y cuatro las laterales, separadas entre sí por arcadas apoyadas en columnas. El estilo es una mezcla feliz de románico y clásico. La ornamentación, sobria y elegante. Este templo es la capilla del Seminario e iglesia pública a la vez, siendo su capacidad suficiente para ambos fines, pues mide 45 metros de largo por 17 de ancho, con ocho gradas de piedra en el pórtico. En el crucero, que mide 26 metros por 9, debían colocarse los seminaristas, quedando para el público el cuerpo de la iglesia. A toda su extensión correspondía debajo un sótano o cripta, que constituía otra iglesia subterránea, de una superficie igual a la superior. La piadosa señora, a quien se debía su íntegra construcción, con su campanario y su reloj público y sus campanas, hizo venir de Italia cinco altares, un púlpito, dos confesonarios, una docena de reclinatorios, el Monumento y una rica cajonería para la sacristía, todo de madera de nogal, primorosamente tallado con artísticos relieves; trajo estatuas para los altares, dotó a la iglesia de órgano, armonium, bancos, alfombras, vía crucis, ornamentos para los altares y para la sacristía y vasos sagrados, es decir, todo lo necesario para el culto. La iglesia está dedicada a la Virgen Santísima, en el misterio de la Inmaculada Concepción, Patrona principal del Seminario de Buenos Aires (16), cuya hermosa imagen se destaca en un templete, que se halla en la fachada del templo, y que forma como el pedestal o primer cuerpo del campanario, y en un camarín elevado, en el fondo del ábside y sobre el altar mayor.

La consagración de la iglesia tuvo lugar el 6 de diciembre de 1899.

11. Grande era el impulso que la obra material del Semi-

(16) El P. Falgueras, por razones que ignoramos, deseó que el titular de la iglesia del nuevo Seminario, fuese la Virgen de Montserrat. Así lo propuso a la consulta de los Padres, el día 14 de mayo de 1897. Se le respondió unánimemente que no convenía, por justas razones (Libro de Consultas, fecha de la data). Entonces se propuso que el titular podría ser el Sagrado Corazón de Jesús, lo cual fué aceptado; y se resolvió que modestamente se insinuase este deseo a la Autoridad eclesiástica. No consta que se insinuase; pero sí que desde el principio, tenía resuelto por doña Mercedes, que la iglesia tendría por titular la Inmaculada Concepción. ¿De quién salió la primitiva idea? Probablemente de la misma doña Mercedes, quien no olvidaría un detalle tan importante. Con lo cual vino a continuarse, tal vez sin pretenderlo, la tradición del titular del Seminario; pues según las Constituciones aprobadas por el Sr. Obispo de Buenos Aires, D. Benito Lúe y Riega, había sido declarada titular del Seminario, la Inmaculada Concepción. Por otra parte, el olvido de la tradición de parte de los Padres, se explicaría por el hecho de que, desde los días de Monseñor Escalada y durante los largos años de permanencia en Regina Martyrum, no había sido otro el titular que la Virgen de los Dolores, bajo la advocación de Regina Martyrum, tan íntimamente amada y venerada por el Fundador de aquella Casa.

nario debía al P. Falgueras; de tal manera, que era sentir de los que conocían la marcha de las cosas, que sin él ni siquiera se habría emprendido el edificio. Podía, pues, estar satisfecho de su trabajo, si es que él concebía esta satisfacción. En el breve espacio de dos años y medio, había visto convertirse en una realidad una parte del plan de construcciones, proyectado para albergar el primero y más importante plantel cultural, eclesiástico, de la Argentina, con item más, la construcción terminada del todo de un bello y espacioso templo, alhajado para el culto con cuanto fuera menester, en el que la vida religiosa del alumnado del Seminario y aun de la población circundante de Villa Devoto tomaría incremento con rapidez (17).

Se comprende, sin embargo, que la obra moral de aquella institución eclesiástica constituye su mayor afán.

Es cierto que la encontró floreciente. Al tomar las riendas del Seminario de Buenos Aires, contaba la Comunidad de la Compañía de Jesús que lo dirigía, diez sacerdotes, tres hermanos estudiantes y cuatro hermanos coadjutores; total, 17 Jesuitas. Entre ellos hallábanse hombres tan distinguidos por su ciencia y piedad, como el P. Pablo Hernández, el P. José Llobera, el P. José Guarda, el P. Cosme Roselló y el P. José Reinal. Los alumnos llegaron al comenzar el curso de 1897 a 130, alcanzando a 160, en 1899. A las clases existentes, añadiéronse aquel año las cátedras especiales de Historia Americana y de Humanidades.

Como testimonio abonado de la observancia y regularidad de los alumnos, recordaremos el Informe, que poco hacía el Rector del Seminario, P. Miguel Tugues, había dirigido al R. P. General de la Compañía de Jesús. Refiriéndose al espíritu y virtud de los alumnos, se expresaba así en las Cartas anuas de 1892: "Si se quiere saber cuál es su progreso en las virtudes, responderé tan sólo que son tan morigerados y custodios tan severos de las leyes del Seminario, que en realidad de verdad, no sé que pueda ir más adelante la disciplina y el buen ejemplo". Esta frase tan expresiva se repite en las Anuas de 1893. Testimonio que, por ser privado, en manera alguna destinado a la publicidad y dado por persona

(17) Refiriéndose a este tiempo, escribe el P. José Llobera, testigo presencial de los hechos: "Nada diré de la incansable actividad del P. Falgueras, para llevar adelante las obras de Villa Devoto; él fué el alma de aquella grande empresa, y lo fué contra viento y marea; él en compañía de Mons. Juan N. Terrero, llamando de puerta en puerta en Buenos Aires, recolectó cantidades que permitieron la prosecución de la obra comenzada del Seminario, pues no veía la hora de trasladar a Villa Devoto los seminaristas de Buenos Aires".—Carta al P. Salvador Sedó, S. J.; Zaragoza, 10 enero de 1934.

Seminario Metropolitano Pontificio
de Buenos Aires (Villa Devoto)
2. Vista general. Angulo sudeste



Seminario Metropolitano Pontificio de Buenos Aires (Villa Devoto)

competente, y que tenía obligación de conciencia de informar a su superior, vale por muchos.

Por lo que al progreso de los estudios se refiere, obsérvese que en las premiaciones finales, abundaban las calificaciones de **excelencia** y las notas altas de clase. "Durante este año escolar de 1895, escribía el P. Tugues en su Informe oficial, han reinado el buen espíritu y la diligencia y aplicación al estudio, como puede colegirse del crecido número de jóvenes, que merecieron el premio de excelencia y de las buenas notas obtenidas en los exámenes" (18). El P. Falgueras repite las mismas expresiones con respecto al año 1896 (19).

Valga también como nota fehaciente, que demuestra el excelente espíritu del Seminario de Buenos Aires, el que el año anterior a aquel, en que comenzó a gobernar el P. Falgueras, abrazaron la vida religiosa en la Compañía de Jesús cinco alumnos del mismo.

Sin embargo, el anhelo de progreso espiritual que caracterizaba al P. Falgueras, no podía menos de dejarse sentir en su rectorado. Para fomento de piedad entre los alumnos, valiéndose principalmente de su devoción tan íntimamente sentida, del Sagrado Corazón de Jesús. Estableció inmediatamente el Apostolado de la Oración entre los mismos, y fijó el día de retiro mensual y comunión reglamentaria los primeros viernes de mes, en los cuales los celadores del Apostolado comenzaron la práctica de servir a la mesa a sus compañeros, como un obsequio al Sagrado Corazón. El mismo P. Falgueras inició personalmente este acto de humildad y caridad, al frente de sus celadores. De aquella devoción intensamente practicada, esperaba él un mayor florecimiento de santidad, entre los candidatos al sacerdocio.

Comprendese el esfuerzo que haría el fervoroso Padre para celebrar cuanto antes, en Villa Devoto, con toda la solemnidad posible, la fiesta del Sagrado Corazón. Así, en 1899, no terminada aún la iglesia, ya se logró cierto esplendor. Lo atestigua en estos términos el **Diario** del Seminario:

"9 de junio.—Fiesta del Sagrado Corazón. Hubo misa cantada en la capilla de la portería y Exposición todo el día en la capilla privada de los Padres. Por la tarde se bendijo la primera piedra del monumento al Sagrado Corazón en el patio central, y a la noche, hubo procesión con el Santísimo por las galerías abiertas,

(18) Informe del Seminario, por el P. Miguel Tugues; 5 de julio de 1896.

(19) Informe del Seminario, por el P. Antonio Falgueras; 9 de mayo de 1897.

iluminadas a la veneciana y haciéndose las cinco visitas, una de ellas en la capilla de los Padres" (20).

Sobre esta devoción del P. Falgueras al Sagrado Corazón tenemos testimonios.

El P. José Salvadó, S. J., profesor entonces del Seminario, dice textualmente: "Su devoción al Sagrado Corazón de Jesús era extraordinaria. Todo lo esperaba de esta devoción; trabajaba empeñosamente en hacerla comprender y, sobre todo, sentir y amar a los jóvenes seminaristas, lo cual se manifestaba más los primeros viernes de mes" (21).

Y Monseñor César A. Cánova, primer Obispo de Azul y entonces alumno distinguido del Seminario de Villa Devoto, escribe así: "La característica especial que se ha grabado fuertemente en mi memoria del R. P. Antonio Falgueras, es la profunda y ardiente devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que se manifestaba emocionante en sus palabras y familiares conversaciones con los seminaristas, dejándome la impresión de que era un verdadero amante de Jesús, que anhelaba encender en nuestros corazones el fuego del amor a Cristo Nuestro Señor, y así prepararnos para un apostolado viviente y eficaz en la magna empresa de la salvación de las almas. Guardo también muy vivo recuerdo de su humildad y sencillez, que conquistaban con facilidad la simpatía de los seminaristas, cuyas virtudes embellecían tanto su prodigiosa actividad. **Era un gran forjador de almas enamoradas de Jesús**" (22).

El P. Falgueras no podía menos de fomentar la sólida devoción a la Santísima Virgen, la dulce y nutritiva leche de la infancia y de la juventud cristiana, máxime la destinada al sacerdocio, cuyo ministerio, en la multiplicación de los hijos de Dios, tanta semejanza tiene con la maternidad divina de la Virgen Nuestra Señora.

Por de pronto fomentó la devoción a Nuestra Señora de Luján, Patrona de la República Argentina (23), en cuyo honor dis-

(20) El monumento al Sagrado Corazón del patio central, a que alude el texto, no fué bendecido e inaugurado hasta el día 29 de julio de 1900, cuando el P. Falgueras no regía ya el Seminario; sin embargo, él era quien lo había planeado, secundando la buena voluntad del P. José Guarda, Director del Apostolado, a cuyo cargo estuvo satisfacer los gastos.

(21) Carta al autor; Buenos Aires 15 noviembre de 1936.

(22) Carta al autor; Azul, 13 abril de 1936.

(23) Nuestra Señora de Luján, históricamente hablando, es una imagen milagrosa, que se venera en un célebre santuario, situado en la ciudad del mismo nombre de Luján, a 60 kilómetros de Buenos Aires, muy visitada por los fieles. Remóntase a la época de la dominación española, y es Patrona de la Argentina, Paraguay y Uruguay. Su basílica actual es el templo más espacioso y artístico de la Argentina.

puso que hubiese misa solemne el día de su fiesta, aquel año, 16 de mayo, y ordenó la celebración de una Academia literario-musical, que se tuvo del mejor modo que se pudo, en el comedor de los alumnos, pues se carecía de salón de actos. Estas prácticas deseó el Padre que quedasen establecidas, y así continuaron los años sucesivos de su gobierno.

Pero de un modo especial favoreció el P. Falgueras la Congregación Mariana, la cual dividió en dos secciones, la de los mayores y la de los menores, para que pudiesen ser mejor atendidos por su piadoso Director el P. José Guarda. Además, publicó en 1898 el catálogo histórico de la Congregación, que comprendía sus 25 años de existencia; de él se desprendía que ya en aquella fecha eran más de cien los congregantes que habían llegado a las sagradas Ordenes.

Asimismo fomentó la piedad entre el vecindario de Villa Devoto, aunque la capilla provisoria arreglada en la portería, se prestaba muy poco para grandes funciones, religiosas; con todo hubo ya el año de 1899, 28.087 confesiones y 33.822 comuniones, de las cuales 207 fueron primeras. El Catecismo era enseñado por los seminaristas, acompañados por los Padres, en varios centros establecidos en Villa Devoto, San Martín y Villa Catalinas (hoy Villa Urquiza).-

12. En cuanto a trabajos escolares, llevábanse de frente con empeño todos los acostumbrados en los establecimientos de educación eclesiástica, dirigidos por la Compañía de Jesús. En 1897, hubo cinco mensuales en Regina: dos de Teología y tres de Filosofía, ultra de los actos de ciencias y literatura (24). La academia principal del año tuvo por tema: "La Iglesia triunfante del Imperio, en el primer siglo". A ella asistieron el Sr. Arzobispo, numeroso clero y muchos seglares. Esta academia, junto con la distribución de premios, se tuvo, según costumbre, en la iglesia de Regina, convertida en salón. Pero no debió ser muy del agrado del P. Falgueras, pues el año siguiente, dispuso que se celebrasen aquellos actos en una sala del Seminario. Advertiremos que entonces ya estaba en uso distribuir medallas, como premios, a fin de curso; pero que el

(24) Llámase **mensual** una palestra de talento e ingenio, en la cual el alumno **defendiente** propone al público una serie escogida de tesis o proposiciones teológicas o filosóficas, comprometiéndose a demostrarlas y aun a defenderlas, contra las objeciones o argumentos que quieran dirigirle los presentes. Naturalmente que el joven contrincante no sale a la lucha sin ir acompañado de su profesor, quien en caso de necesidad pueda ayudarle. La primera mensual del rectorado del P. Falgueras fué defendida por el Sr. Laphitz, arguyendo los señores Martínez Edelmiro, Barreiro y De Andrea.

P. Falgueras deseó sustituírlas por libros u otros objetos útiles, según la práctica antigua del mismo Seminario de Buenos Aires; mas esta idea no fué aprobada por los Padres consultores, y a ellos humildemente se sujetó (25). Por lo demás, las mensuales y las academias comenzaron a celebrarse en Villa Devoto así que se instaló allí el Seminario, y siguieron con toda regularidad.

Relacionados con las grandes academias, había otros actos literarios de menor cuantía, que abundaban entonces en el Seminario de Buenos Aires. Aquella juventud generosa y exuberante de sana jovialidad, sabía hermanar muy bien las expansiones literarias y más o menos bulliciosas con el estudio y la piedad. Las cuales era natural que no faltasen el día del santo del P. Rector. Así sucedió el día 13 de junio de 1897, primer onomástico que celebraba el P. Falgueras como Rector, quien con muy laudable tolerancia soportó una academia jocosa, que comenzó a las 7 de la tarde y terminó a las 11 de la noche. "Fué pesada por lo larga que fué", comenta el autor del **Diario**, de donde tomamos la noticia. Pero fué la última; al año siguiente, el P. Falgueras pasó el día de su santo en el Colegio del Salvador, festejando al P. Antonio Garriga, Superior de la Misión.

De suyo, el P. Falgueras preocupábase de cosas más serias. Así, trabajó para establecer y formalizar entre los alumnos de Teología, Filosofía y Oratoria, Academias de sus respectivas materias, y señaló un presupuesto mensual para la Biblioteca, Gabinete de Física, Historia Natural y Laboratorio de Química (26).

13. Ya se comprende que el P. Rector iría siempre delante en el trabajo que suponía la dirección de una institución tan compleja, como era la Comunidad de los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús y la de los alumnos, neófitos del santuario, cuya educación e instrucción se le había confiado. Además de su solicitud por las obras del edificio en construcción, mantenía su cátedra de Teología Moral, predicaba al pueblo, dirigía las exhortaciones ordinarias a los alumnos, a quienes daba frecuentemente los días de retiro, a los que invitaba a los sacerdotes seculares, ex-alumnos del Seminario, explicaba la meditación diaria a los hermanos coadjutores, catequizaba a los sirvientes y presidía y dirigía los llamados **casos de conciencia**, los cuales, impresos de antemano, distribuíanse entre el clero y se tenían cada quince días, en el palacio arzobispal. No contento con lo cual, instaba a los señores sa-

(25) **Libro de Consultas**, 10 agosto de 1899.

(26) **Libro de Consultas**, 30 julio de 1897 y 24 julio de 1898.

cerdotes para que asistiesen a los casos de moral, que se resolvían en el Seminario, como actos propios de la clase de Moral.

Obsérvese de paso la tendencia marcada del P. Falgueras a invitar al Clero al Seminario; así, el día de San Ignacio, tuvo la costumbre de invitar a la mesa de la Comunidad, a todos los Párrocos de Buenos Aires (27).

14. Su solicitud se extendía, como era natural, a los días de asueto y a las vacaciones de los alumnos, medio indispensable para la vida sana y alegre de una casa de estudios. Comenzáronse al primer año de su rectorado, los días de campo, en Villa Devoto, donde se aprovecharon, desde julio de 1897, las pocas comodidades que podía ofrecer un edificio en incipiente construcción y que apenas levantaba las paredes del suelo. Al campo del día 27 de aquel mes, fué invitado el Sr. Arzobispo, Mons. Castellano y el venerable Prelado se dignó asistir a aquel día de esparcimiento, con otros eclesiásticos.

Sobre todo le preocupaban al P. Falgueras las salidas del Seminario, que, en realidad, eran muchas por aquel entonces; y por cada una de las cuales, los alumnos tenían el derecho de pasar un día entero fuera del establecimiento. Para oponerse a ello, no reformó el Reglamento, como se hizo más tarde; sino que dispuso que ocurriesen asuetos extraordinarios o excursiones, cuandoquiera que los alumnos tenían opción para salir o quedarse en el Seminario, con lo cual lograba que casi todos se quedaran.

Pero más que todo, le preocupó la cuestión de las vacaciones estivales, en las que era costumbre de ir a sus casas los seminaristas, con los consiguientes peligros, que para su vocación traía consigo. Sobre ello dispuso el Sr. Arzobispo, ya a fines del curso de 1897, que aquel verano no saliesen los alumnos, para tener fuera las vacaciones; sino que las pasasen en las dependencias más o menos habitables del nuevo edificio de Villa Devoto. La razón, la de siempre: "evitar el que se expusiesen a perder su vocación, como sucedió con muchos, en años anteriores". Esta disposición colmó los deseos de todos los Padres; pero más aún de su Rector, el P. Falgueras (28). Pero esto, que era un consuelo espiritual, repre-

(27) La excepción que se observó el año 1899, en que no hubo convidado alguno, el día del Santo Patriarca, y, lo que es más significativo todavía, el día 13 de agosto, fiesta de la Congregación, carece de explicación de parte del P. Falgueras, siempre complaciente y obsequioso con el Clero secular. No hemos dado con la razón del hecho, ni nos atrevemos a formular hipótesis alguna.

(28) "*Hinc quod Superioribus semper fuerat in desiderio obtentum, ne proprias illo tempore alumni peterent domos*".—*Historia Domus*, anno 1897.

sentaba un recargo nada despreciable de trabajo comprometido y delicado. Y aquel trabajo cargó casi con todo su peso sobre el P. Falgueras. En verdad, que se esmeró el buen Padre para evitar a los seminaristas, en lo posible, las molestias que debía acarrearles una obra en activa construcción, y para proporcionarles las comodidades que estuviesen a su alcance. A ello cooperaron varios Padres y Hermanos de la Comunidad, a quienes se unió el Dr. D. Juan N. Terrero, entonces Provisor y Vicario General, el cual tomó tan a pechos el asunto, que fué visto el primer día de vacaciones, con el P. Rector, barrer personalmente los dormitorios, componer las camas de los alumnos y atender a la limpieza general.

Aquel tiempo fué de verdadera prueba y de alta tensión para el P. Falgueras; pero él no se negaba a nada que creyese que le pedía Dios. Estaba en todo; desde el tugurio donde se cocinaba sobre piedras, y desde el acopio de vituallas para la despensa, hasta los juegos y diversiones de los alumnos, en los que solía tomar parte, animándolos, y aun dirigiendo a caballo sus excursiones campestres. Y aquel hombre, que era la imagen de la austeridad y del ascetismo, lo iluminaba todo con su eterna sonrisa e inagotable caridad.

15. No pasaremos en silencio que el día 15 de Agosto de 1897, estando aún en Regina, hizo el P. Falgueras su profesión solemne de cuatro votos, concedida por el R. P. Luis Martín, General de la Compañía. El acto, sencillo por cierto, tuvo lugar en la iglesia de Regina Martyrum y ante todos los alumnos del Seminario, diciendo la misa y recibiendo la profesión, en nombre del P. General, el P. Camilo M.^a M. Jordán, Rector del Colegio del Salvador. Aquel día abrió algo la mano el P. Falgueras, para que los alumnos le dedicasen una afectuosa y bien trabajada academia literario-musical, a la que asistió el Sr. Arzobispo, Mons. Castellano y Mons. Espinoza, con muchos otros miembros del clero y Padres del Salvador. Por la noche hubo un modesto banquete, que se tuvo en la sala de la biblioteca, al que asistieron las personas que habían asistido a la academia (29).

(29) "Los profesos hacen sus tres votos solemnes de obediencia, castidad y pobreza, a los cuales añaden un cuarto voto de obedecer al Romano Pontífice en lo tocante a las misiones. Voto importantísimo y sumamente oportuno, no sólo en tiempo de San Ignacio, sino también en nuestros tiempos; pues así como entonces el Protestantismo levantaba la bandera de rebelión frente a frente del Vicario de Cristo, negándole la obediencia y veneración que le son debidas, así hoy día el liberalismo, hijo legítimo de aquella infernal herejía, no cesa de combatir por todos los medios posibles la soberana y sagrada autoridad de la Santa Sede".—**FEDERICO CERVOS**, S. J.—*Breve noticia del Instituto de la Compañía de Jesús*, pág. 67.

A la profesión había precedido el acto de renuncia absoluta a los bienes, que en la actualidad o en lo futuro, pudieran pertenecerle. He aquí el documento, redactado por el mismo P. Falgueras y firmado de su mano.

IHS

En nombre de Jesús, María y José

Yo, el infrascrito P. Antonio Falgueras y Dalmau, natural de Hostalrich, Prov. de Gerona, admitido en la Compañía de Jesús, el 29 de julio de 1880; por el presente acto mío, hecho con madura deliberación y entera libertad, renuncio a los bienes, que actualmente o en adelante me pudieren pertenecer por cualquier título, a favor de mi madre y de mis legítimos hermanos; y si éstos no me sobrevivieran, es mi voluntad cederlos a disposición del R. P. Provincial o Procurador de la Provincia de Aragón, con entero dominio y libertad de hacer de ellos lo que crean más conveniente al servicio de Dios.

Por tanto en fuerza de esta mi voluntad y completa donación, hecha por amor de Jesucristo, y para cumplir con lo prescrito en el estado de perfección, a que su Divina Majestad se ha dignado llamarme, declaro haber perdido todo derecho a los referidos bienes presentes, futuros y posibles ante Dios y ante los hombres y las leyes.

Y para que conste, lo firmo de mi puño y letra, ante los testigos que escriben a continuación, en el Seminario Conciliar de Buenos Aires, el día 12 de agosto de 1897.

(Fdo.) Antonio Falgueras, S. J.

(Fdo.) Isidoro Iturralde

(Fdo.) Edelmiro C. Martínez

16. Cuando el Seminario quedó constituido definitivamente en Villa Devoto, a principios de enero de 1899, quedaron en Regina los alumnos recién entrados aquel año, formando el primer curso de los estudios, bajo el magisterio del P. Miguel Reig. En realidad, considerábase una sola Comunidad formada por dos secciones, los Jesuitas que residían en Villa Devoto y en Regina; de tal manera, que el P. Falgueras era considerado como el Rector de ambas casas, y los Padres de Villa Devoto creíanse obligados a dirigir los ministerios, que continuaban ejerciéndose en la iglesia de Regina, a la cual acudían con frecuencia. Pero esto no podía durar, como en efecto no duró.

Desde luego, los alumnos que habían quedado en Regina

pasaron a Villa Devoto, por junio de aquel mismo año, junto con su profesor, y aun cuando los Padres continuaron prestando su ayuda a la pequeña Residencia de Regina, que a principios de 1899 constaba de siete individuos, con el tiempo llegó el caso de establecerse una casa propia e independiente, aunque esto no se verificó en los días del rectorado del P. Falgueras, sino mucho más tarde, en 1908, en que fué nombrado superior de Regina el P. Juan Cherta, contando aquel año la Comunidad siete Padres y cuatro hermanos coadjutores.

17. La vida de relación, digámoslo así, del Seminario, durante la administración del P. Falgueras fué activa, y en ella se mantuvo noblemente su rector a la altura de su cargo. Con las Autoridades eclesiásticas fué íntima la unión del P. Falgueras. Aun en la relativa independencia con que necesitaba proceder el Padre, en el ajetreo de la construcción del edificio, mantúvose constantemente al lado del Prelado, considerándose como un mero ejecutor de sus deseos; para ello obraba siempre de común acuerdo con el Presidente de la Comisión pro-Seminario, Mons. Juan N. Terrero, quien tuvo del P. Falgueras un muy elevado concepto. En 1898 fueron elegidos Obispos de La Plata y de Santa Fe respectivamente Mons. Mariano A. Espinoza y Mons. Juan A. Boneo; y el P. Falgueras acompañó a cada uno a su propia Sede. El 19 de junio del mismo año fué consagrado Monseñor Terrero, y el Padre logró de él que celebrase de Pontifical, en Regina, el día 28 de julio, aniversario de la muerte de su tío, Mons. Escalada, lo mismo que el día 13 de agosto, fiesta de la Congregación de San Juan Berchmans. El 9 de abril de 1899 fué consagrado Obispo Mons. Francisco Alberti, destinado a ser Auxiliar de Buenos Aires, y no faltó el P. Falgueras al lado del ilustre Prelado, amigo como el que más del Seminario y de la Compañía de Jesús, disponiendo en seguida un afectuoso acto académico en su obsequio, que se celebró el 13 del mismo mes. Semejante empeño ponía en obsequiar a los Prelados que, de paso por Buenos Aires, visitaban el Seminario, siendo frecuentes en estos casos las composiciones poéticas casi improvisadas, que si no podían recitarse en ningún salón especial, porque se carecía entonces de local apropiado, se declamaban aun bajo los añosos ombúes del jardín. Asimismo introdujo el P. Falgueras la costumbre de acompañar todo el Seminario a los Prelados hasta la estación del tranvía rural, distante unas dos manzanas, para manifestarles su regocijada gratitud por sus visitas. Respecto del clero, en general, se dijo ya cuán empeñosamente se es-

forzó en mantener con él las relaciones más amistosas, convidándolo a todos los actos del Seminario.

El 1.º de junio de 1897 recibió en Regina la visita del Dr. D. Antonio Bermejo, Ministro de Culto e Instrucción Pública, quien quiso cerciorarse de visu del estado de aquel edificio ruinoso e inadecuado a su fin, al objeto de interesarse ante el Gobierno, para la construcción del que se iba a levantar. "Acompañado del Dr. Terrero, dice el *Diario* vino a visitar al Seminario; no como si tuviese alguna ingerencia en este establecimiento; sino para que viese la pobreza y estrechura de esta casa. Se le obsequió con una pequeña academia y un té. Salió muy contento y mostró deseos de ayudar a la nueva obra del Seminario, en cuanto de él dependiese; y añade ingenuamente el cronista que "este fué el fin de invitarle a que visitase el Seminario". Desgraciadamente este fin no se obtuvo hasta muchos años adelante.

Doña Mercedes Castellanos de Anchorena, la piadosa dama, que durante el rectorado del P. Falgueras levantó la iglesia del Seminario y toda su ilustre familia, bienhechora insigne de la nueva obra, no podían menos de ser objeto de especiales atenciones de parte del Padre. Fué solemnísimamente la consagración de aquella iglesia, verificada por el Sr. Arzobispo de Buenos Aires, Mons. Uladislao Castellano,—el 6 de diciembre de 1899; a ella asistió doña Mercedes con toda su familia, comiendo luego en el Seminario con su séquito, y recibiendo el mismo día el obsequio de un acto literario-musical, que le ofreció el Seminario (30). Las fiestas continuaron en forma de triduo, celebrando de Pontifical, el día 7, Monseñor Espinoza, Obispo de La Plata, con sermón del P. Segismundo Masferrer, S. J.; y el día 8, oficiando el R. P. José Bottaro, el futuro Arzobispo de Buenos Aires, asistido de la Comunidad Franciscana y predicando el R. P. Chapo, O. F. M.; y terminando el día 9, con un solemne funeral por el alma de D. Nicolás de Anchorena, hijo de doña Mercedes, a cuya memoria se había erigido la iglesia.

Respecto de su familia, que había dejado en España, el único acto que conocemos de ese tiempo es su solicitud para que

(30) En el banquete de aquel día ocurrió un caso que pinta al vivo la gravedad religiosa del P. Falgueras. Lo refiere así el P. José Llobera: "Estaban sentados a la mesa con doña Mercedes, el P. Rector, que era el P. Falgueras, y otros Padres; y como todavía el Seminario no estaba cercado, entraron en la sala-comedor los fotógrafos para sacar unas vistas; y entonces el P. Falgueras protestó de aquella intrusión, aunque más con obras que con palabras; pues levantándose de la mesa, dejó resueltamente el recinto; de lo cual fui yo testigo ocular".—*Carta al P. Salvador Sedó; Zaragoza, 10 enero de 1934.*

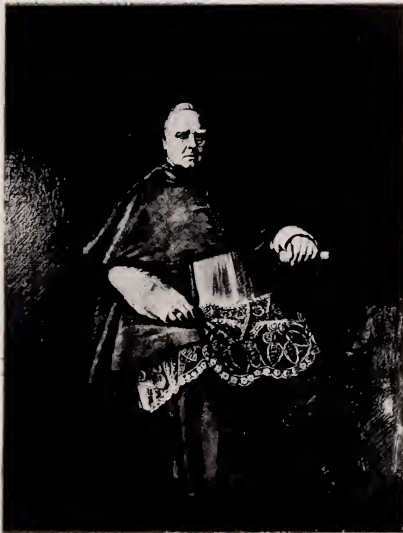
su piadosa madre doña Gertrudis Dalmau, no muriese sin recibir los santos Sacramentos. Al conocer por carta de su hermano, el P. Francisco Falgueras, el estado delicado de la salud de su madre que, afectada de hipertensión cardíaca, se hallaba en peligro de muerte, escribió inmediatamente a su hermano Joaquín, que estaba junto a la enferma, encargándole con urgencia que le avisase a ella de su estado; pues "mucho sentiría, añadía, que estuviese engañada, como lo estuvo nuestro padre; pues comprendes muy bien que ante todo hay que asegurar su eterna salvación; y puesto que la enfermedad puede fácilmente privarle del uso de sus potencias, deseo grandemente le aviséis de este peligro, para que se prepare dignamente para la muerte, y no tengamos que lamentar una muerte para ella imprevista, que sería para mí de grande aflicción".

Hermosísimos sentimientos, que manifiestan el intenso amor filial del P. Falgueras, que desde la lejana América velaba por los intereses supremos de su santa madre, cuya imagen debió llevar siempre en su espíritu (31).

El 26 de noviembre de 1899, celebróse en el salón de actos del Colegio del Salvador un acto literario-musical, en conmemoración del centenario del nacimiento del primer Arzobispo de Buenos Aires y fundador del Seminario, Mons. Mariano José de Escalada. El acto fué sugerido por el Sr. Arzobispo Mons. Castellano, y pareció dado por la Academia Literaria del Plata; pero el P. Falgueras coadyuvó eficazmente en él, disponiendo la preparación de los varios alumnos del Seminario que tomaron parte muy destacada en la ejecución del programa, al fin del cual pronunció un notable discurso Mons. Luis Duprat.

18. Finalmente, si consideramos en el P. Falgueras al religioso de la Compañía de Jesús, que colocado por obediencia y del modo más inesperado, al frente del Seminario de Buenos Aires, en una de las circunstancias más historiadas y agitadas de su existencia, tiene que afrontar la construcción del nuevo edificio, la búsqueda de recursos para llevarlo adelante, la aclimatación de la institución eclesiástica de Regina, en el nuevo ambiente del campo de Villa Devoto, y todo ello en un medio desconocido para él, extranjero, sin antecedentes ni relaciones, y que, sin embargo, se

(31) Poco después de la madre, falleció también su hermano Jesuita, el P. Francisco Falgueras, el cual entregó piadosamente su alma a Dios en Valencia, donde era profesor de Matemáticas en el Colegio de la Compañía de Jesús, el día 21 de mayo de 1900, a los 41 años de edad y 21 de vida religiosa en la Compañía.



Excmo. Sr. Dr. D. Mariano José Escalada, primer Arzobispo de Buenos Aires y fundador del Seminario de Regina Martyrum

sobrepone a todas las dificultades, manifestándose desde el primer momento superior a ellas, con una naturalidad admirable, como si aquella carrera de obstáculos fuera lo más sencillo para él, no podemos menos de reconocer que su elección fué del todo providencial y que para el Seminario de Buenos Aires fué el P. Falgueras un verdadero don de Dios.

Lo cual demuestra también que sus cualidades personales debieron ser muy notables y sus virtudes, nada vulgares. Los hechos hablaban por sí mismos. Su desinterés, su abnegación le rinden las voluntades, lo mismo de las personas pudientes, a quienes pide una limosna para el Seminario, que de sus jóvenes alumnos, para dejarse moldear por la disciplina, ya que contemplan en él y muy de cerca a un varón sacrificado del todo, a quien nada mueve más que la mayor gloria de Dios y el bien de sus súbditos. Sus ejemplos llenaban sin duda sus ojos juveniles; su vida íntegra consagrada absolutamente en aras de su favor de ellos, y sin ninguna reserva a favor suyo, estaba a la vista (32). Además de sus trabajos propiamente personales, veían ellos que si enfermaba un profesor o un inspector, ahí estaba el P. Falgueras para hacer sus veces en la clase o en la división. En su aposento de Rector, tendrá él un asiento nada cómodo para su uso, es decir, un taburete de hierro sin brazos ni respaldar, aunque ofrecerá una modesta silla al alumno visitante; además de que sabían ellos muy bien que en aquel aposento-dormitorio del Padre, no había colchón y ni siquiera jergón. Veían más aún. Para traer y acompañar a la estación a las personas distinguidas que visitaban el Seminario, tenía éste un cochecito tirado por dos caballos; pues aunque el tren estaba cerca, el camino se hallaba con frecuencia intransitable, a más de que la delicadeza imponía muchas veces aquel obsequio, aun cuando el camino no lo exigiese. Pues bien; el P. Falgueras se había reservado para sí el servicio del tal coche, con el cual hubo días de actos públicos y aglomeraciones de visitantes, que realizó más de treinta viajes a la estación. Lo cual impedíale asistir a veces a la

(32) "Testigos son los seminaristas de aquellos tiempos de los desvelos de su rector. En cierta ocasión en que una tormenta había removido algunas planchas del tejado, subió el mismo P. Falgueras, en medio de la lluvia torrencial, acompañado de cuatro intrépidos jóvenes, ahora sacerdotes distinguidos, los señores Allievi, Cáneva, Monteverde y Bourdet, para arreglar el desperfecto. Este era su proceder invariable. Era el primero en sujetarse a todas las molestias e incomodidades. ¡Cuántas veces se le vió armado de una pala o de un martillo abriendo desagües o arreglando caminos, componiendo puertas o ventanas, como si no tuviese otras ocupaciones que atender! "Estos, solía decir, son los días de la siembra; ya vendrán los de la cosecha". **IV Anuario del Seminario**, año 1924, pág. 84.

fiesta de que se trataba, como sucedió el día 19 de agosto de 1899, con motivo de la bendición del Asilo de Huérfanos de Villa Devoto. Este veían que era el P. Falgueras.

Compréndese, pues, que su humildad y sencillez conquistaban fácilmente la simpatía de los seminaristas, como afirma Mons. César Cánova (33), a los cuales trató de elevar, por todos los medios que estuvieron a su alcance y por la fuerza del ejemplo sobre todo, a la mayor altura espiritual, correspondiente a su estado y como preparación para su vida sacerdotal; aunque, ya se deja suponer, que no faltarían quienes no sólo no le acompañarían en su vuelo de águila, sino que más bien murmurarían y condenarían sus nobles anhelos. Contrastes humanos, que se hallan más o menos pronunciados en todas partes.

19. Como con broche de oro y aun a trueque de repetir algunos conceptos, séanos lícito cerrar este capítulo con dos testimonios superiores a toda acepción. El primero es del P. José Reinál, quien desempeñó el cargo de Ministro del Seminario de Villa Devoto, siendo Rector el P. Falgueras.

“Mostró, dice, mucho celo en el cultivo espiritual de los seminaristas. Para fomentar en ellos la piedad, se valió principalmente de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, en cuyo desarrollo trabajó con mucha asiduidad y buen resultado. Procuró ganarse la voluntad de los mayores, y dedicó un cuidado especial a su cultivo, porque ellos habían de ser los que imprimiesen la marcha al Seminario. No se cansaba de trabajar en la formación de los seminaristas. Para darles ejemplo, a veces tomaba un delantal blanco y les servía la comida en el comedor; con lo cual los jóvenes se movían a la imitación, y solicitaban en ciertos días, como un favor, el poder servir a la mesa. Procuró que los seminaristas no saliesen a pasar fuera del Seminario las vacaciones de verano; y para hacerles más llevadero el sacrificio, el Rector tomaba parte en sus esparcimientos y los acompañaba en sus excursiones. Era incansable en el trabajo, y siempre dispuesto a sacrificarse, a lo cual daban no pocas ocasiones las deficiencias que nunca faltan en una casa reciente, no acabada aún de construir” (34).

Sea el segundo del P. Luis Parola, ex-Provincial de la Provincia Argentino-Chilena, y antiguo seminarista de Villa Devoto, quien no conoció al P. Falgueras, pero percibió el olor de sus virtudes, recién entrado en el seminario. Se expresa así:

(33) Carta citada.

(34) Carta al P. Buenaventura Bas; Villa Devoto, 9 de octubre de 1924.

"Ingresé en el Seminario a primeros días de marzo de 1900; como ve V. R. yo no conocí de vista al P. Falgueras; pero entre los seminaristas, mis compañeros y de 2o. y 3er. año, se hablaba mucho de él y con gran aprecio. Mayor era el que le profesaban los Retóricos y seminaristas mayores. A los recién ingresados nos decían que el P. Falgueras era un santo, que era muy penitente, que habían sentido mucho su partida. hasta el punto de no poder reprimir las lágrimas. Llevados de su veneración, en piadoso atraco, y sin advertirlo el Padre, le habían cortado parte de la faja, que convertida en hilachas, se repartieron como precioso botín, y conservaban como reliquia de santo. Se hablaba tanto, que yo mismo deseé poseer una de esas reliquias, y obtenida, la conservé con veneración" (35).

20. El día 3 de enero de 1900. supo el P. Falgueras que dejaba de ser Rector del Seminario de Buenos Aires y que estaba destinado para profesor del Colegio-Seminario de Montevideo. Cuatro años escasos había desempeñado su cargo y podía estar muy agradecido al Señor por lo que le había permitido realizar. La primera parte del edificio del Seminario, su Iglesia concluída y la instalación del establecimiento en su nueva sede, habían sido las obras verificadas bajo su gobierno, y el valor de ellas no podía desconocerse. Sin embargo, es indudable que él, repasando aquellos años de su vida, nada halló en el decurso de ellos de que pudiese gloriarse. Toda la gloria debía ser para Dios; él, como verdaderamente humilde, sólo se reservaba las deficiencias y los fracasos.

Con todo, su misión había sido en sí verdaderamente gloriosa y quedaba terminada. Mirando desde cierta altura el paso por Buenos Aires del P. Antonio Falgueras, no puede menos de reconocerse que este episodio de su vida es un hecho del todo providencial. El llegó a Buenos Aires en el momento preciso y oportuno, en que la Divina Providencia quería valerse de él, como de dócil instrumento, para realizar sus adorables designios a favor de la Iglesia de Buenos Aires. Para ello, el Señor no pareció contar con las disposiciones de los superiores; antes los desconcertó con la muerte del P. Julián Requena, recién elegido rector del Seminario, al que sucedió, como por casualidad, el P. Falgueras. Colocado en su puesto el siervo de Dios, llenó el cometido que la Providencia le encomendaba, y ahora desaparece silenciosamente de Buenos Aires, a donde ya no volverá en toda su vida, sino muy de paso.

"Recuerdo, escribe el P. José Llobera, que al dejar el car-

(35) Carta al autor; Buenos Aires, 15 de julio de 1936.

go de Rector y despedirse de la Comunidad para su nuevo destino, pidió con mucha humildad perdón de las faltas cometidas con sus súbditos, las cuales, dijo, 'que habían procedido no de mala voluntad, sino de su insuficiencia para el gobierno" (36).

El día 5 de enero, dice el **Diario**, representaron los seminaristas por la noche un dramita, como obsequio de despedida al P. Rector; y al día 6, leído que fué al medio día el nombramiento del cargo de Rector a favor del P. José Ferragud, que debía sustituir al P. Falgueras, pasó éste por las divisiones para despedirse de los alumnos; y a la una de la tarde, "acudieron todos los seminaristas a la portería y acompañaron al P. Falgueras a la estación; fueron también el P. Reinal y los Padres Reig y Llobera. Además, dos seminaristas de los mayores fueron con él a Buenos Aires y le acompañaron hasta el vapor". Cuadro emocionante por lo sencillo y afectuoso, que recuerda la despedida de San Pablo por los efesios, los cuales le acompañaron con pena hasta la nave: *Et deducebant eum ad navem* (37).

(36) Carta al P. Salvador Sedó; Zaragoza, 10 enero de 1934.

(37) Act. Apost. cap. 20, v. 38.

CAPITULO VI

MONTEVIDEO Y CORDOBA

(1900 - 1908)

SUMARIO: 1. En el Colegio-Seminario de Montevideo; la cátedra de Filosofía.—2. Multiplicanse los cargos; Congregaciones del Sagrado Corazón; vida nueva del Apostolado.—3. En las misiones del Centro Apostólico de San Francisco Javier; excursiones rurales.—4. Los caminos de la Providencia; en la Residencia de Córdoba; cargos y ministerios.—5. "Llegó felizmente al país de Chile".

1. A la madrugada del día 7 de enero de 1900 llegó a Montevideo, capital del Uruguay, el P. Antonio Falgueras para reanudar la vida escondida y abnegada de profesor, con que había empezado también en Buenos Aires su labor, en el campo extenso y variado que cultiva en América la Compañía de Jesús.

En Montevideo existía desde 1890 un Colegio, al que concurrían centenares de alumnos para recibir su educación cristiana y ciudadana, bajo la dirección de la Compañía de Jesús. Este Colegio era al propio tiempo un verdadero Seminario clerical, donde se formaban los jóvenes candidatos para el sacerdocio. Casa de educación juvenil seglar y eclesiástica, era también, a estilo de las grandes casas de la Compañía, centro de activa vida religiosa y cultural, con sus misiones, congregaciones, academias, etc., con que difundía y arraigaba la piedad cristiana en la sociedad uruguaya. Era su Rector, en 1900, el P. José López Sevillano, y contaba la comunidad 42 individuos; es a saber: 23 sacerdotes, 5 hermanos estudiantes y 16 hermanos coadjutores, destacándose entre los primeros, el P. Luis Keller, célebre profesor de Teología moral, el P. Francisco Costa, infatigable misionero del interior del Uruguay, el P. Hilario Fernández, apóstol de la clase obrera, el P.

Felipe Ramo, que rayó muy alto como profesor de Matemáticas y el P. Buenaventura Feliu, de larga historia en las persecuciones y destierros, que sufrió la Compañía en Europa, desde la mitad del siglo XIX.

El P. Falgueras fué destinado a la cátedra de Filosofía, a la cual se consagró con el mismo empeño y dedicación con que se había entregado en Buenos Aires a levantar, entre ingentes dificultades el Seminario de Villa Devoto. Refiriéndose a su entrada en aquel Colegio, escribe su Rector, el P. López: "Como hombre sumamente abnegado y obediente, se me ofreció para cualquier cosa que le ordenase; y sólo me rogó que le concediese el permiso para hacer penitencias extraordinarias y para levantarse una hora antes que la Comunidad, con el fin de vacar a la oración y meditación. Conocido el buen espíritu que lo guiaba, le concedí ambas cosas; y era de ver su fervor, que se traslucía en todo su exterior; y en cuanto a sus penitencias, basta decir que se oían a bastante distancia los azotes que se daba con la disciplina" (1).

2. Con el tiempo, se multiplicaron sus cargos. Así, atendía a las confesiones en la iglesia del Colegio, explicaba las meditaciones espirituales a los hermanos coadjutores, era prefecto de los sermones de los seminaristas, P. Espiritual de los alumnos, dirigía la Congregación del Sdo. Corazón de Jesús y la Academia de Religión para los jóvenes seglares, y, desde 1903, fué nombrado consultor de la casa para con el P. Rector, nombramiento que supone una verdadera distinción.

De todas estas obras, la que más le preocupó fué la relacionada con su devoción predilecta, el Sagrado Corazón de Jesús. Cuando él fué puesto al frente de aquella Congregación, el 27 de abril de 1902, se denominaba "Guardia de Honor del Sagrado Corazón"; pero ya en la primera reunión de la asociación, manifestó su deseo de que todos los Guardias de Honor se inscribiesen en el Apostolado de la Oración, cosa que se hizo inmediatamente; y con tanta mayor razón, que el Apostolado de la Oración existía desde mucho antes en la iglesia de la Compañía de Jesús. Así quedaron unidas estas dos instituciones, de tal manera que, algo más tarde, sólo quedó el Apostolado, al cual decididamente se inclinaba el P. Falgueras. En la segunda reunión de las celadoras les propuso una nueva obra: la propagación de las buenas lecturas, la que se estableció y duró varios años; en agosto de 1904, les comunicó su plan de crear una obra de asistencia social a favor

(1) Carta al autor; Santiago de Chile, 7 marzo de 1933.

de las jóvenes sirvientes; y en octubre de aquel mismo año, que fué el jubilar de la Inmaculada, les manifestó que el obsequio que el Apostolado ofrecería a la Virgen sería la creación de la "Asociación protectora de la Joven". Y en efecto, la erigió, empeñándose el P. Falgueras en ponerla en marcha, procurándole fondos, estableciéndola en una casa religiosa regida por Hermanas Vicentinas y disponiendo que su director sería siempre el mismo del Apostolado.

En general se esforzó en llevar adelante las obras del Apostolado, intensificando su vida interior por medio de la piedad, y la exterior, por las obras de celo, proporcionándole fondos y manteniéndola en perpetua actividad, en lo cual aparece el reflejo de su propio espíritu. En la reunión de febrero de 1907, se despidió de las celadoras, "recomendándoles no dejaran de trabajar por la gloria de Dios, y deseando que el Apostolado fuese de día en día creciendo y extendiéndose por todas partes" (2).

Refiriéndose a ese tiempo escribe la M. Susana Llambías, Religiosa de la Compañía de Santa Teresa: "Nombrado Director del Apostolado de la Oración, en muy poco tiempo, esta asociación casi deshecha, fué organizada y dotada de nuevo vigor y florecimiento. No perdonó medios para conseguir un brillante resultado; nombramiento de nuevas celadoras, inscripción de los socios, asistencia a las reuniones, Comuniones mensuales, Hora Santa, etc.; acudía a todos los pormenores, llevaba la dedicación y firmeza de propósitos que informaban sus menores actos". Y añade el mismo testigo: "Parte de su tiempo lo dedicaba a la dirección de las almas, ministerio en que se echaba de ver su consumada maestría. Generalmente, las personas que buscaban en él, luz y fortaleza en los caminos del espíritu, en poco tiempo se hacían fervorosas, exactas en el cumplimiento de sus deberes, austeras, pacientes y sufridas. Transformación que se realizaba con rapidez, facilidad y sobre todo con una solidez a prueba de dificultades. Hablaba poco, pero sus frases eran sentenciosas y quedaban esculpidas indeleblemente en la memoria; proponía pocos medios de adelantamiento espiritual pero bien definidos y seguros, y, como hábil jardinero, suave, delicadamente y dejando siempre libre la obra de Dios, cortaba, enderezaba, perfeccionaba sin descanso, las almas confiadas a sus paternas cuidados. Su celo por las almas era inagotable, sin la más ligera distinción de edades, posición social,

(2) Libro de Actas del Apostolado de la Oración, de Montevideo; Archivo del mismo; y Carta al autor por el P. Engelberto Wauters; Montevideo, 20 de diciembre de 1936.

etc. Era sabido que todos los jueves pasaba la tarde en algún hospital, instruyendo, confesando y consolando a los pobres enfermos. Fuera del ministerio de la dirección espiritual, el aroma de santidad, que se desprendía de sus menores actos, cautivaba los corazones y los llevaba derechamente a Dios" (3).

3. En 1903, comenzó a tomar parte el P. Falgueras en las excursiones misionales, con que recorre la campaña uruguaya la obra titulada: "Centro Apostólico de San Francisco Javier". Es esta una institución admirable, que viene esparciendo la gracia de Dios por las almas abandonadas de los campos, que por estar lejos de poblado y por consiguiente de los núcleos parroquiales, difícilmente podrían lograrla de otro modo. Establecida en el Uruguay, en 1896, por obra del P. Francisco Costa, de la Compañía de Jesús, a imitación de otra muy semejante establecida en Chile por el P. Bartolomé Mas, cuenta ya 40 años de existencia, y es increíble el bien que ha hecho en el Uruguay; pues baste decir que son ya varios los centenares de Misiones que ha dado, con los consiguientes frutos de confesiones, comuniones, bautismos y matrimonios, amén de las obras de piedad, celo y beneficencia cristiana suscitadas por ese paso de los apóstoles del Evangelio, que dondequiera que pisan hacen brotar flores de todas las virtudes (4).

En dicho año, pues, el P. Falgueras fué asociado al P. Francisco Pujadas, para realizar una gira de tres misiones por el Departamento de San José, situado al sudoeste del Uruguay y muy cerca de Montevideo. He aquí la interesante narración que de ellos nos ha dejado la crónica del Centro Apostólico (5). Dice así:

"Apenas habrá, seguramente, habitante de Montevideo que no conozca la famosa Barra de Santa Lucía, que no se haya llegado, caballero en uno de los coches del Ferrocarril Central, hasta las orillas de este caudaloso río, y tomando asiento en la barca que allí hay estacionada para el transporte de los pasajeros, pasado a recrearse en la ribera opuesta con las hermosas y variadas vistas que ofrece el panorama. Pero pocos habrán ensanchado el campo de sus aficiones hasta meterse en la diligencia y alargar su excursión ocho leguas más allá, al vecino pueblecito de Liber-

(3) Carta a la M. Carmela Rodríguez Rozas; Santiago de Chile, 1924.

(4) Centro Apostólico de San Francisco Javier en el XL aniversario de su fundación, 17 de agosto de 1936. En esta obra ha publicado el P. Juan F. Sallaberry un estudio histórico sobre el Centro, en el que incluye un resumen de su actuación, durante los 40 años de su existencia.

(5) *Obra de Civilización o Viajes del Centro Apostólico, en los diecinueve departamentos de la República oriental del Uruguay, por un Padre de la Compañía de Jesús, pág. 302.*

tad. Esto hicieron los PP. Falgueras y Pujadas, el 31 de Octubre del año 1903, en busca no de distracciones, sino de almas que salvar.

“Malos vientos soplaban, como suele decirse, para el éxito de la misión que en aquel vecindario iban a comenzar, porque en la que se predicara anteriormente se les había levantado una horrible calumnia a los misioneros y hasta los habían querido apedrear. Pueblo chico, de quinientos habitantes entonces, comerciantes en su mayor parte, no daba otro rendimiento anual de vida eterna, a pesar de lo bastante poblado de su campaña, que cuatro o cinco comuniones pascuales. ¡Qué esperanza de reformación había de alimentar su señor Cura, don Nicolás Leopardi, y con qué ánimo habían de emprenderla los dos misioneros jesuitas!

“Estas y otras razones les movieron a dar por terminada su tarea el viernes inmediato al día de su llegada, 4 de noviembre, y como la misión se había comenzado el 31 por la noche, era el *mínimum* de misión que podía darse. Hacíales fuerza principalmente aquel consejo de Cristo: *Nolite dare sanctum canibus, neque mittatis margaritas vestras ante porcos*, y tanto más cuanto que veían haber estado a punto de realizarse la segunda parte del pasaje evangélico: *ne forte conculcent eas pedibus suis, et conversi dirumpant vos*, con la frustrada pedrea de sus antecesores. Pero el Señor tuvo misericordia de aquellas descarriadas ovejas de su rebaño, despertando en sus corazones tales ansias de aprovecharse de la divina predicación, que viendo los Padres irse aumentando de día en día la concurrencia a todos los actos de la misión, resolvieron alargar ésta dos días más. Y aquí empezaron sus regateos, el primero de los cuales fué marcharse el P. Pujadas, el mismo viernes, para La Guarda, a dar comienzo a la misión allí anunciada para aquel día, y quedarse en libertad el P. Falgueras, dando la última mano a su tarea. Fué inspiración de Dios este arbitrio; pues, a más de que se pudieron así oír varias confesiones de personas bien necesitadas y legitimar algún matrimonio, se logró instalar para preservativo de muchos, en lo venidero, el Apostolado de la Oración.

“El lunes 7, juntábanse otra vez los misioneros y continuábase en La Guarda la misión comenzada el viernes. Dista este lugar sólo cuatro leguas de Libertad y no es tan poblado, a lo menos en lo que pudiéramos llamar el casco de él. Recibióselos a los Padres con algún recelo, pero luego les perdieron el miedo, y empezaron a acudir, y esto en tan excesivo número, que ningún día bajó el auditorio de trescientas personas. Esto y el ver los deseos

que todos mostraban por instruírse convenientemente para recibir los sacramentos, les hizo a los misioneros apelar a un segundo regateo, alargando en dos días también esta misión. Fué, pues, uno de ellos el viernes 11 por la mañana a la estancia que llaman de "Platero", del nombre de su dueño, donde dió por abierta el día siguiente la tercera misión, y quedóse el otro en La Guarda a recoger el fruto.

"Disto dicha estancia ocho leguas de La Guarda y ocupa la cima de una cuchilla entre Libertad y la Barra de Santa Lucía, teniendo en sus alrededores muy regular población. Los dos primeros días fué esta misión concurridísima, pues el tiempo era espléndido, tanto que prometía ser una segunda edición de la anterior, pero por la tarde del lunes comenzó a nublarse el cielo de repente, y bien pronto el nublado se trocó en cerrazón y la cerrazón en tormenta, rompiendo a llover tan abundantemente, que ya no fué posible reunir la gente. Dos días permanecieron aún los misioneros en la estancia, sitiados por el temporal y aguardando a que serenase el cielo, mas no teniendo ya esperanza de mejor fortuna, se resolvieron de común acuerdo a clausurar aquella desgraciada misión.

"Todavía se recogió, sin embargo, algún fruto de comuniones, bautismos y matrimonios, uno de los cuales merece especial mención por las particulares circunstancias en que se efectuó. Estaba el Padre Falgueras apuntando a una criatura que se había de bautizar, y pretendía salir de padrino un hombre mal casado. Opúsosele el Padre, como era natural, y entre dimes y diretes y razones de una parte y de otra, se le escapó al padrino decir que no se casaba por la iglesia porque no tenía con qué pagar los derechos. Sería mera excusa, Dios lo sabe, pero excusa o razón que no dejó caer en saco roto el misionero, sino que le contestó al momento: —"Pues si no es más que por eso, vamos a su casa, y allí los confieso a los dos y legitimamos el matrimonio sin que le cueste un centésimo". Fué taparle la boca: montamos ambos a caballo, y todo se arregló. Era la noche oscura, largo el viaje y malísimo el camino por estar hecho todo un barrizal, de modo que recién allá a las once de la noche pudo dar el misionero la vuelta para su alojamiento. Atrevida excursión nocturna, aconsejada más por el celo de salvar dos almas que por la prudencia humana, y que de poco le cuesta al Padre la vida, pues en uno de los muchos vericuentos del camino cayó mal del caballo a consecuencia de una tremenda rodada.

“Tal fué el primer ensayo de evangelización del Departamento de San José, que abarcó nada más que una infinitésima parte de su no despreciable extensión de 6.962 kilómetros cuadrados”.

En 1905, fué el mismo P. Costa el que acompañó al P. Falgueras en sus viajes apostólicos. Tratábase del departamento de Colonia, situado sobre el río de La Plata, cuya capital fué celebrísima en los tiempos coloniales y manzana de discordia entre España y Portugal. El cronista del Centro nos da cuenta de aquellas misiones con su acostumbrada amenidad (6) y dice así:

“Señalados para esto los PP. Costa y Falgueras, el celo del último de los cuales ya se había dado a conocer en tres misiones del Departamento de San José, emprendieron su marcha por la vía fluvial de Buenos Aires, llegando a Palmira el 28 de Febrero al caer de la tarde. Era entonces Palmira una graciosa y linda población de hasta 2.000 habitantes, situada en el suave declive de una pintoresca cuchilla. De calles rectas pero poco edificadas a la sazón, tenía su iglesia en uno de sus extremos, razón por la cual no se prestaba mucho a congregar en ella gran número de fieles en tiempos anormales. Su Cura Vicario, en la época a que nos referimos, era el señor don Miguel La Croi, que recibió a los Padres cuan cordial y afectuosamente fuera de desear. Pero no era ésta sino la capilla de la Agraciada, la que estaba destinada a recibir la primera los beneficios de la misión; allá se fueron, pues, el 1.º de marzo.

“Hállase dicha capilla edificada en medio de un valle, más de tres leguas al Norte de Palmira, y pertenece al departamento de Soriano por estar al otro lado del arroyo del Sauze, que lo separa del de Colonia. La misión empezó el mismo día y su resultado fué en verdad muy escaso. Sea por no estar preparada con tiempo y éste tal vez nada oportuno, sea más bien por la indiferencia glacial de los habitantes en materia de religión, lo cierto es que hubo poquísima asistencia a los actos, y que sólo veintiocho personas mayores se supieron aprovechar de las gracias espirituales con que se les brindaba. Ni la cruz de la misión, que estaba ya preparada, se pudo colocar por haber llovido el día señalado copiosísimamente, habiéndose debido dejar al señor Cura el encargo de bendecirla y hacerla erigir en ocasión oportuna.

“El 5, a pesar de las aguas y de los grandes barrizales que todo lo inundaban e interceptaban, regresaron los Padres por el mismo camino a Palmira, donde se desquitaron sobradamente del

(6) Obra de Civilización, ya citada, pág. 222 y siguientes.

anterior fracaso. Cinco días duraron los ejercicios que allí predicaron, para ellas solas durante el día, y para ellos solos por la noche, y no obstante la lluvia que continuó otros dos días consecutivos, no se disminuyó en nada la concurrencia de los habitantes de poblado. Trescientas cuarenta y una formas consagradas se repartieron al finalizar estos ejercicios, lo que prueba la religiosidad de aquella población; ¡cuántas más no se hubiesen repartido, si la gente de las chacras hubiese podido asistir también! Hubo muchas confesiones generales de años enteros y se administraron además algunos bautismos.

“De aquí se dirigieron el 6 a media mañana a la villa del Carmelo, pudiendo contemplar, a su paso por la vetusta capilla llamada de la Cabeza, los tristes y solitarios restos de una de las antiguas misiones jesuíticas. Está el Carmelo edificada en una colina sobre la costa del arroyo de las Vacas y a cosa de media legua del caudaloso Uruguay. Alegra sus alrededores la suave y apacible amenidad de frondosas arboledas, y se extiende a su vista la exuberante vegetación de fértiles campos cubiertos de muy buenos pastos. El arroyo está canalizado, de modo que ofrece fácil navegación por sus aguas a las lanchas y buques de poco calado que desde el vecino río transportan a su cómodo puerto los productos de su comercio. Es esta villa de sólida construcción, sus calles son rectas y tiradas a cordel y bastante activo su comercio. La iglesia, que ofrece un aspecto muy marcado de antigüedad y es de tres naves, está situada en las afueras de la población y en la orilla misma del mencionado arroyo. No sabemos cuál habrá sido la causa de semejante anomalía, a no ser que, edificada antes de trazado definitivamente el pueblo, se hubiese luego extendido éste en dirección contraria por temor a las avenidas.

“Aquí, como en Palmira, se predicaron por espacio de cuatro días ejercicios y conferencias, pero la indiferencia religiosa parecía ser el patrimonio de aquella gente, de modo que, aunque no escaseó la concurrencia y se llegaron a confesar doscientas once personas, no se pudo obtener el resultado que se deseaba y esperaba. Hubo, sin embargo, buenas confesiones generales, advirtiéronse notables cambios de vida, realizáronse más de veinte bautismos y hasta legitimó su matrimonio una pareja. En otras partes este fruto se hubiera considerado como bastante bueno; aquí sólo se tuvo por escasamente mediano.

“El 18 del mismo mes, en dirección a la costa del Juan González, arroyo que nace en las cercanías de la cuchilla de San

Juan, los misioneros cruzaron en balsa el de las Vacas y llegaron a las once y media de la mañana a casa de don Francisco Campo, en que debían hospedarse. También en este trayecto pudieron contemplar la ruinas de la Capilla de Huérfanos, que fué propiedad de las antiguas misiones de los Jesuítas. ¡Qué tristeza no infunde en el alma el aspecto imponente y sombrío de esas ruinas, donde antes florecieron pujantes y bienhechoras las celebradas cristianidades del antiguo Paraguay! ¡Cuánta pérdida también y ruina para las almas de los pobrecitos indios, que a su sombra se trocaban de fieras en hombres y en hombres predestinados para el cielo! La indiferencia presente de aquellas regiones es fruto de los criminales atentados de cuantos contribuyeron al asolamiento y destrucción de estas hermosas reducciones. ¡Dios los ha pesado ya en la rigurosa balanza de su justicia! Entre tanto, venerandas reliquias esparcidas por las solitarias villas del Paraguay y Uruguay y sus extensas y fértiles campiñas, al mismo tiempo que mostrarán a las generaciones venideras, con el irrefragable testimonio de los hechos, cuánto puede la malicia del hombre abandonado de Dios, serán cual atormentadores espectros de la conciencia de los malos, que se levantarán como acusadores severos, en el día de las iras del Señor, pidiendo justicia y venganza, en nombre de la inocencia calumniada y de tantas almas irremediamente perdidas!

“Tales reflexiones suscitaría naturalmente en el espíritu reflexivo de los hijos del gran Loyola la vista de aquellas ruinas musgosas y ennegrecidas por la inclemencia de los tiempos.

“Era la casa a que acababan de llegar de la clase de aquellas que tan sombríos temores solían despertar siempre en el ánimo del misionero y tan funestos recuerdos le dejaban de ordinario: almacén de campaña o pulpería; pero plugo al Señor que se trocase esta vez en inofensivo teatro de religiosos espectáculos, merced a la bondad de su dueño. El edificio se halla levantado no lejos del camino departamental, sobre una pequeña colina, y tiene al otro lado la cantera de Martín Chico, cuyo extenso campo es propiedad de una compañía inglesa protestante. Mala vecindad, por cierto, dada la apatía religiosa de tal clase de operarios. No se registran en esta misión casos especiales que hagan formar una idea exacta de su buen o mal resultado, y a pesar del optimismo que parece resaltar de las frases con que su cronista la reseñó, la escasa cifra de cincuenta y seis comuniones no es motivo suficiente a nuestro juicio para entusiasmarse mucho. Y eso que el señor Campo hizo cerrar todos los días, mañana y tarde, las puertas de

su negocio y abrir solamente la de la pieza que servía de capilla durante las horas de misión, mandando además a las pláticas y sermones a sus dependientes y asistiendo él a ellos con toda su familia.

“Junto al arroyo Juan González hállase el sitio que recuerda la última escaramuza trabada con la poca gente que acompañaba al infortunado coronel Pampillón, y dan de ella triste testimonio las blancas osamentas de animales que se divisan a lo lejos. Por este sitio cruzaron el arroyo los misioneros el día 23 a las ocho y media de la mañana, y se encaminaron a casa de don Juan Debart. Yérguese ésta y sobresale entre la frondosa vegetación de la espesa arboleda, y dista quince leguas del Carmelo, tres de la costa del río San Salvador y una del arroyo Miguelete. Allí campa a sus anchas la Colonia Valdense, y se explaya por espacio de una legua a la redonda, sin contar apenas tres familias católicas: había, pues, que descartar todo este vecindario del número de los asistentes a la santa misión; pero no fué esto lo peor del caso. Estaba concertado para el día tercero, que fué domingo, un gran partido de pelota; el lugar de la cancha caía en frente mismo de la capilla; no podía, como se deja comprender, haberse excogitado medio mejor para echar a perder el fruto que se esperaba sacar de los actos religiosos. Bien es verdad que los jugadores del paraje, con muy laudable acuerdo, querían diferir el lance para la semana siguiente, mas sus contrincantes, que eran de San Salvador, no lo consintieron, y así se hubo de efectuar el día señalado. Inconvenientes como este de última hora esterilizan, por desgracia, con mucha frecuencia los mejores esfuerzos de los misioneros, forzándoles a apelar para no desfallecer de puro desconuelo a aquel servi inutiles sumus, quod debuimus facere fecimus del Evangelio.

“Terminada esta misión del Miguelete, quedó solo el Padre Costa, por haberse tenido que marchar a Montevideo el Padre Falgueras. El día 4 de marzo regresó de Montevideo el P. Falgueras; mas por causa de las lluvias que siguieron persistentes todo aquel día, no se pudo dar comienzo a esta misión hasta el siguiente, con los perjuicios que semejante retraso suele ocasionar. La concurrencia, atendido el pésimo estado de los caminos, fué regular, pues llegó a distribuirse la sagrada Comunión a ochenta y tantas personas. A la erección de la santa cruz, que revistió aquí un esplendor inusitado, asistieron nada menos que el Jefe Político de Colonia, con su señora esposa, y el Comisario.

“A media mañana del 8 ya estaban otra vez en marcha para

el Miguelete y Cerro de las Armas: pasaron por piedra de Indios, y más allá de los arroyos San Pedro y San Juan, a diez leguas de distancia de donde habían salido, se apeaban en un antiguo caserón situado en medio de un hermoso valle y en la intersección de cuatro caminos. Era la morada de don Juan Echandi, elegida por palenque de la segunda misión de esta parroquia. La proximidad del arroyo Miguelete y la encantadora perspectiva de los estribos de la cuchilla de San Salvador dan a este paraje especial belleza y amenidad; lo poblado del valle, algunos de cuyos moradores son protestantes, ofrecían ancho campo al celo desinteresado de los misioneros. Notóse ya desde la tarde del primer día más que mediana concurrencia a los actos, mas no sabemos por qué causa hubo tan pocas comuniones como las que en la reseña de esta misión se registran. Bien es verdad que comparadas con las de otras misiones las superan; pero si se atiende a las circunstancias que se acaban de apuntar, debieran haber sido muchas más. ¡Alternativas de la gracia!

“Intentóse dar otra misión en Astilleros, donde se encuentra la capilla de Lourdes, mas apenas llegados el 13 a casa de don Luis Faroppa, que los había de hospedar, a eso de las cuatro de la tarde, comenzó a diluviar de tal suerte, que la lluvia los tuvo encerrados e inactivos por espacio de dos días, sin saber qué resolución tomar. Todo bien pensado, resolvieron retirarse de nuevo a Colonia, lo que ejecutaron el día 15 por la tarde. ¡Qué viaje aquél tan accidentado y lleno de peligros! Sólo quien está acostumbrado a otros mayores y tiene como los misioneros tan palpable experiencia de la solicitud con que vela Dios por sus siervos, se arriesga a emprenderlo en tales circunstancias. Baste como muestra el saber que para atravesar el primero de los riachuelos que encontraron a su paso, después de esperar dos largas horas en su orilla, hundiéndoseles en el agua y barro el carruaje, tuvieron que valerse de un bote y arrastrar como pudieron el coche a la ribera opuesta.

“Llegados a Colonia los misioneros, después de mil trabajos y peligros, márchase a Montevideo el P. Falgueras; suerte que la época de Semana Santa, que en aquellos días empezaba, no hicieron tan necesaria su presencia. Su compañero no estuvo en tanto ocioso, pues predicó los sermones de Institución, Siete Palabras y Resurrección, se hartó de confesar y hasta se prestó a ayudar en todos los oficios divinos de aquellos días.

“Pero es el caso que aquella casa era la casa de un turco. Parece un contrasentido el sólo pensar que en casa de un disci-

pulo de Mahoma se intentase dar una misión; sería como si en una caballeriza se pretendiese celebrar un baile o un banquete; y sin embargo, es un hecho que estaba comprometido ya cierto bolichero turco para admitir en su casa a los Padres: ¿cómo se le comprometió?; no lo sabemos. ¿Qué motivos lo movieron a admitir el compromiso? Serían probablemente las ganancias que esperaba sacar a la sombra de la misión. A pesar de su repugnancia, hubieron de conformarse los misioneros con tan poco adaptado escenario en que desarrollar su acción apostólica, y habíanse entregado tranquilos la víspera de su salida al reposo de la noche, cuando a eso de las once o las doce los despertó un mensajero inesperado. Mandábalo el turco con una carta para el señor Cura, desentendiéndose de su compromiso, sea que su odio a la religión católica le hiciese volver sobre sus pasos, sea que el negocio que había pensado hacer no se le presentase ya con faz tan halagüeña como al principio. ¡Y véase la malicia de aquel perverso! Hábiale dado orden expresa al enviado de no entregar la carta hasta momentos antes de la hora señalada para la partida de los misioneros, a fin de que no tuviesen éstos ni tiempo siquiera para llamar a la puerta; y a no ser por un buen hombre con quien topó el mensajero y que lo guió incontinenti a la casa parroquial, hubiérase salido el demonio de todo en todo con la suya.

“Mas, ¿qué hacer en semejante apuro? Ya no les fué posible pegar los ojos en toda la noche ni al señor Cura ni a los Padres, ideando y combinando mil planes para ver si podían lograr que no se les frustrase del todo al menos la misión proyectada. Salióse aquél muy de mañana con el fin de negociar algo al respecto, cuando se le presentó al Padre Costa una buena señora anciana que más pareció ángel del cielo, pues fué la que le sacó felizmente del atolladero. Viéndole apesadumbrado y preguntándole la causa del fracaso de la misión, refirióle él la peripecia de la carta, ponderándole mucho la conveniencia de que se procurase encontrar algún sitio, cualquiera que él fuese, cercano a la casa del bribón del turco, ya para mejor quebrarle los cuernos al Diablo, ya por los inconvenientes que se seguirían de darla en otro lugar donde no estuviese anunciada. Salta entonces la señora y dice: —“Yo tengo un primo que tiene una estancia no lejos de allá”; y sin esperar respuesta, salióse de la casa parroquial, volviendo al cabo de un cuarto de hora con la grata noticia de que todo estaba arreglado. ¡Imagínese la alegría del Padre al ver tan inesperadamente y tan a satisfacción suya resuelto el negocio! ¿Y quién sa-

be si no fué también esta providencia especial de Dios, que prevenía haberse de malograr los frutos de la misión en el punto antes elegido?

“Ciertamente, no parecía sino que el Señor fuese encaminando las cosas a medida de sus deseos, porque yendo luego antes de marcharse los Padres a dar gracias a su casa al señor Pou, que éste era el dueño de la ofrecida estancia, sorprendidos él y su señora de aquel acto de fina atención, les respondieron que ellos eran los que se consideraban deudores y obligados por lo tanto a dar gracias del beneficio que los misioneros les hacían en habitar su casa y proporcionar a sus dependientes y vecinos tan grandes bienes como los que se reportan de una misión. Y a fin de mejor contribuir a asegurar el éxito de ésta, ya que no les era posible por el momento acompañarles ellos mismos, entregáronles una carta de recomendación para el arrendador del campo, encargándole encarecidamente que recibiese y tratase a los misioneros como solía hacerlo cuando ellos iban, poniendo a su disposición las dos piezas que en su estancia tenían reservadas, con todos los muebles, ropa y vajilla y cuanto necesitaran para el buen desempeño de su ministerio. Dios habrá recompensado a estos generosos cristianos aquel tan oportuno y singular favor.

“Aunque con el retraso de algunas horas, salieron los Padres muy alentados para el nuevo campo de su misión, teniendo por augurio cierto del feliz éxito de ella la manera tan impensada con que el Señor los acababa de sacar de su apuro, y a pesar de haber tenido que recorrer doce leguas de camino, todavía llegaron a la casa del turco antes que estuviera allí de regreso su mensajero.

“Muchos pormenores pudiéramos relatar en confirmación de lo fructuosa que fué esta tan combatida misión. Entre los asistentes a ella hubo una señora protestante, cuya presencia llamó grandemente la atención de los Padres; tomóla aparte un día uno de ellos, creyendo que se le resistiría a sus argumentos y exhortaciones, mas subió de punto su sorpresa cuando, al encarecerle la necesidad de que se convirtiese y recibiese el bautismo y demás sacramentos de la Iglesia, le halló dispuesta a seguir en todo los consejos del misionero. Instruyósela, pues, con el mayor esmero en los misterios de nuestra sacrosanta religión, y luego se bautizó, confirmó, casó y recibió con suma devoción el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. La gracia de los sacramentos obró en su alma los extraordinarios efectos que en todas las que pasan como ella de un extremo a otro tan contrario, a saber: una alegría ra-

yana en delirio incapaz de contenerse dentro de los límites de una prudente reserva, y un ardiente celo del bien espiritual de sus prójimos que la hacía desvivirse por encaminar a todos a la virtud.

“Con cierto caballero de setenta y tres años de edad fué preciso sostener una lucha más titánica. Asistía, es verdad, a todos los actos con la misma extraordinaria compostura, que fué el distintivo característico de los concurrentes a esta misión, pero en tratándose de lo principal, esto es de confesarse, era tal su repugnancia, que hubiera hecho cualquier sacrificio que le hubieran exigido los misioneros a trueque de que le dejaran en paz respecto a este punto. Pudo más, por fin, la gracia de Dios que las ilusiones de Satanás, y se rindió llorando a los pies del confesor.

“Otra anciana de ochenta y cuatro años, sencilla pero ignorante de la ciencia del cielo, tuvo también la suerte de hacer en aquella estancia su primera confesión y comunión, que probablemente le habrá servido de Viático para la eternidad.

“Muchas de estas y las demás personas que aquí encontraron la verdadera felicidad de sus almas, con la paz de sus conciencias y el conocimiento de las verdades católicas, es seguro que se hubieran visto lastimosamente privadas de tan grandes bienes, si aquella misión se hubiese tenido que dar en casa del marrullero del turco.

“Un día antes de que se terminase la que en la estancia del doctor Pou se estaba dando, a fin de poder dar comienzo a la siguiente sin los inconvenientes de un retraso inesperado, partió solo el Padre Falgueras para el arroyo San Luis, uno de los muchos que desde la cuchilla de la Colonia se lanza a engrosar con sus aguas el caudal del de San Juan. Allí habita, en cómoda y hermosa estancia, don Francisco Puerto, que fué quien hospedó a los Padres, y como a una cuadra de su casa y del arroyo se halla construída una capilla consagrada a la Virgen de los Dolores, que ahorró a los misioneros el trabajo de improvisar la suya. Mide esta capillita unos diez y ocho metros de largo por diez de ancho, capacidad más que suficiente para un auditorio como los que de ordinario acuden a las misiones. El fuerte y hermoso muro que la rodea forma a su frente un atrio magnífico para sacar de apuros en caso de extraordinaria concurrencia, y las dos hileras de frondosas acacias allí plantadas por el dueño de la estancia pueden cobijar a gran número de gente. Como los habitantes de aquella comarca, ya de sí bastante poblada, son devotos y sencillos y algún tanto instruídos en religión, no costó mucho a los Padres el misio-

narlos, antes bien les proporcionaron no pequeños consuelos con su cooperación a la gracia. Conservan aún gratos recuerdos de la celosa actividad de su antiguo párroco, el doctor don Generoso Pérez, quien, entre otras muchas obras buenas que les hizo, fundó entre ellos las dos congregaciones del Apostolado de la Oración para hombres y mujeres y de San Luis Gonzaga para jóvenes. Ambas se conservaban, cuando allá fueron los misioneros, bastante florecientes para lo que son aquel aislamiento y soledad, constando la primera de unos setenta socios y de cuarenta la segunda.

“Con estos antecedentes, se deja comprender que la asistencia a la misión fuese, desde que se abrió, numerosísima, habiendo habido día en que la gente que acudió hubiera podido muy bien llenar dos capillas como aquella: el número de comuniones que registraremos en el elenco final probará que no se contentaron con meramente asistir. Hízose, pues, necesario predicar en el atrio para no defraudar a aquellas almas del pan de la divina palabra. Casos de conversiones sonadas, no los hubo en esta misión; era la gente buena de sí, ¿cómo había de dar nadie campanazo? Primeras confesiones, eso sí, de gente ya madura, otras de algunos que de largos años atrás no se habían confesado, y arreglos de conciencia por el estilo, que mostraban más bien ignorancia y escasez de laborío espiritual que malicia o mala voluntad.

“Terminada ésta a media mañana del día 5 de Mayo, fuéronse los Padres a dar otra misión en Manantiales, en casa de don José Cambón. Trece leguas dista de Colonia esta casa y tres del límite de la parroquia del Rosario, y está situada en un valle junto al camino que lleva a esta última villa y a la vía del ferrocarril del Sauce. Instalóse la capilla en un galpón, creo que de los de la estación, que están muy cerca de la casa, mas no se pudo éste utilizar del todo, sino sólo unos ocho metros de él, por estar lo restante lleno de trigo hasta el techo. También hay en este paraje mucho vecindario, que dió buena cuenta de sí acudiendo en gran número desde el primer día, tanto que de ordinario no cupo en el galpón la concurrencia, debiendo desaguarse el gentío por las dos grandes puertas laterales, y para las confirmaciones fué necesario valerse del patio.

“El cronista de esta apostólica excursión escribe en sus apuntes: “Merece especial recuerdo esta misión por las ruidosas conversiones de toda clase de gente que en ella tuvieron lugar”; pero luego no desciende a particularidad ninguna, ni narra hecho especial que confirme su aseveración: ¿será que quiso imitar esta

vez a aquellos antiguos españoles, de quienes escribe el inmortal Mariana que eran más pródigos en ejecutar hechos hazañosos que en relatarlos? Añade simplemente que, gracias al celo y exhortaciones de los misioneros, se logró apagar en muchas familias el fuego de las discordias, se cortaron las disensiones y se realizaron muchas paces. Mucho es esto solo, mas nos lastima no poder bajar a otros pormenores.

“Fuertes lluvias acompañaron a los misioneros en su viaje del día 10 a la casa de don Carlos Pérez, que está seis leguas más al Este de la que dejaban, como encajonada entre dos cuchillas en la costa del Colla. Cediéronles para capilla una especie de rancho que había servido en otros tiempos de colegio, de unos once metros de largo por sólo tres de ancho: una verdadera longaniza, como se ve; pero en el campo hay que conformarse con lo que a uno le den y procurar sacar de ello el mejor partido que se pueda; peores sitios habían tenido que aceptar muchas veces, y no por eso se habían desanimado. Al señor Bianchetti, que hasta allí los había acompañado en las excursiones de su parroquia, lo sustituyó en esta misión el Cura del Rosario, señor Betti.

“Continuó el tiempo muy lluvioso, mas esto no amenguó la asistencia de fieles, antes por el contrario, parecía que la lluvia los animaba más a ser constantes y puntuales. El día primero ya casi se llenó el local de la capilla; luego, no cabiendo dentro la gente, fué menester predicar al aire libre. Tampoco aquí se refieren particularidades con qué poder ilustrar esta narración, contentándose el cronista con apuntar que el resultado correspondió a la concurrencia y consignar las cifras numéricas de comuniones, bautismos y confirmaciones. Tres parejas, añade, que legitimaron su enlace con el sacramento del matrimonio, y que en el acto de la colocación de la cruz hubo grandes efusiones de alegría y entusiasmo. Habremos, pues, de conformarnos con pasar a reseñar la misión siguiente.

“El camino del día 14, emprendido poco después de mediodía, tuvo dos fases: la primera de lucha, por las dificultades con que tropezaron hasta después de dejados atrás los arroyos Colla, Sauce y Berriel, y superada una cuchilla más allá de la cual pudo ya adelantar con menos tropiezos el vehículo; la segunda de triunfo, por lo que aquí referiremos.

“Iban en dirección al sitio llamado “La Paloma”, a casa de una tal doña Simona Díaz, cuando al cruzar el último de los mencionados arroyos toparon con una cabalgata de doce paisanos que

los salían a recibir y escoltar en lo restante del camino. El gozo y el entusiasmo que la vista de los misioneros despertó en los ánimos de aquellos buenos hijos del país fué tal, que corriendo por el campo a rienda suelta delante del coche, comenzaron una salva de cohetes y de tiros de revólver que parecía quererse hundir la tierra. No quiso, por lo visto, ser menos el cochero, y sacando una pistola que llevaba empezó también a secundar desde el pescante a los de a caballo. Esto parecía que animaba a los brutos, los cuales emprendieron por la llanura una carrera desesperada, con no pequeño sobresalto de los Padres, nada acostumbrados a semejante manera de viajar. Pero la buena fué cuando, al vencer otra elevada cuchilla, divisaron a lo largo del camino como a unas doscientas personas, a caballo unas y en coche otras, que los estaban aguardando. Armóse al encontrarse unos con otros tal algazara y vocerío, aumentáronse de tal suerte los cohetes y los tiros, que asustados los caballos del coche quebraron la lanza. Este percance puso freno a aquellos arranques de entusiasmo, y compuesto en un instante el desperfecto, anduvieron en paz la media legua que todavía les faltaba para llegar a las casas.

“Allí les aguardaba otra sorpresa no menos grata, pues como la doña Simona era la madre de las maestras del lugar, ocurrióseles a éstas hacer salir formados a los niños y niñas de la escuela al encuentro de los misioneros. ¡Qué semejanza tan marcada con el recibimiento de Cristo en Jerusalén, éste que hicieron a sus ministros aquellos sencillos hijos del pueblo! Hasta el trabajo de erigir el altar les habían ahorrado las buenas jóvenes maestras y su madre, teniéndoles ya preparado uno en el mismo colegio. Era tarde, ¿mas cómo separarse de gente tan bien dispuesta sin decirles siquiera dos palabras? Hízose así, dándoles las más efusivas gracias por tan cordial recibimiento, señalándoles el orden de las distribuciones para los días sucesivos y encargándoles muy encarecidamente la asistencia. Recomendación aquí poco menos que innecesaria, pues pisaban los misioneros aquella tierra por su naturaleza buena de que habla el Evangelio: *Ecce exiit seminans ad seminandum: et dum seminat... aliud cecidit in terram bonam: et dabat fructum ascendentem et crescentem.*

“Alegres como unas castañuelas andaban los vecinos de aquel lugar, no pensando en otra cosa que en su querida misión y procurando desocuparse de todo otro quehacer para vacar únicamente a ella. Era aquello un verdadero jubileo de confesiones, bautismos, confirmaciones y demás actos piadosos. Ningún hombre ni

mujer quedó aquellos días en casa más del tiempo absolutamente necesario para las tareas domésticas; ningún chico pensó en hacer la rabona del colegio. Y como las personas de más viso en la localidad, que eran las maestras y su madre, daban el ejemplo, todo se hacía con una suavidad admirable. Pacificadas así todas las almas, instruídas más que medianamente sus inteligencias en los deberes religiosos y sembrados los gérmenes de la verdadera felicidad, faltaba sólo dejar bien asegurado el fruto para que no se echase a perder con el tiempo y el abandono. Esto se procuró obtener el último día, porque al plantar la cruz de la misión y ponderarles los Padres, en el sermón final, lo importante de la perseverancia en el bien comenzado, surgió la idea entre ellos de erigir en la misma cima de la loma en que se hallaban congregados, una capilla en que pudiesen reunirse con frecuencia a rezar y fortalecer su fe con los saludables recuerdos de las conmovedoras escenas de aquellos días. Comprometiéronse todos a dar cumplimiento a su propósito dentro del término de un año, y las hermosísimas disposiciones con que quedaron hicieron esperar que así se haría indudablemente.

“Entabladas así todas las cosas y no quedándoles a los Padres más que hacer en aquel punto, emprendieron de nuevo su marcha dirigiéndose el 19 al Rosario, para pasar de allí a Mínuano, donde se halla una colonia que podríamos llamar cosmopolita, por estar compuesta de extranjeros de varios países, así católicos como protestantes. Descansaron lo restante de aquel día en la casa parroquial de la villa, y al siguiente se encaminaron a la colonia que dijimos. No se había verificado en ella, por fortuna, aquel dicho antiguo de que *modicum fermentum totam masam corrumpit*, con ser el protestantismo levadura de tan desastrosa eficacia. Prueba de ello la constancia de asistir a los sermones y demás actos de la misión de aquella gente sencilla y devota, como la calificó uno de los misioneros, venciendo para esto los obstáculos de una lluvia tenaz y de un frío intensísimo. Mujer hubo que con tres hijas suyas delicadas recorrió todos los días a pie casi una legua. Aunque la casa del finado general Díaz, en que tuvo lugar esta misión, era espaciosa y bien acondicionada, llenábase la capilla casi siempre a no poder más por poco que amainase la lluvia y diese el cielo alguna esperanza de serenarse. ¿Qué hubiera sucedido si un tiempo bonancible hubiese secundado la buena voluntad de aquellos colonos?

“Dos misiones faltaban que dar aún; ambas estaban anun-

ciadas y preparadas suficientemente; pero la lluvia persistía con visos de largo temporal y el frío aumentaba en vez de disminuir. Dolíales en el alma a los misioneros el dejarlas, sobre todo la proyectada en el pueblecito de La Paz, por tener en él su nido los discípulos de Lutero, con grandísimo daño de la grey católica. La prudencia, sin embargo, parecía aconsejarles tomar esta resolución. Consultaron el caso entre sí y con el señor Cura, discutieron largamente las razones en pro y en contra, y por fin se resolvieron a dar por terminada con la anterior misión la serie de las del Departamento de Colonia. Pero Dios había resuelto otra cosa, y un hecho al parecer casual fué el medio de que se valió para manifestarles su voluntad. Estaban ya con un pie en el estribo, aguardando únicamente la hora de la salida del tren para volverse a Montevideo, cuando he aquí que se le presentan dos caballeros católicos vecinos de La Paz. Habían tenido noticia, la noche antes, de la última resolución de los misioneros, y venían a pedirles que mudasen de propósito; y fueron tales y tan poderosas las razones que les supieron aducir, que lograron al fin persuadirlos.

“Dura prueba los aguardaba, empero, a su llegada misma a La Paz, como si se complaciera el cielo en aumentar los obstáculos para que mejor se viese que el vencerlos, era obra exclusiva de la mano del Altísimo. Porque, a pesar de haberse presentado en el pueblo en pleno día y a la vista de todo el mundo, a pesar de haber hecho repicar largo rato las campanas, no apareció ni un alma por la iglesia, ni un niño siquiera, que fué lo más extraño y lo que estuvo a punto de dar en tierra con la última sombra de esperanza de los misioneros. Si echando mano de uno de aquellos recursos extremos reservados para tales casos no surtía efecto, la derrota era completa y se podían retirar: resolvieron, pues, jugar el todo por el todo. Buscaron dos muchachos que los guiasen, y se echaron a la calle a recorrer casa por casa de los católicos. Los invitan a la misión, les ponderan los bienes de ella, les explican punto por punto las distribuciones todas, añaden a las exhortaciones los regalitos de estampas y medallas, y cantan victoria con la ayuda de Dios. Desde aquel momento la concurrencia fué no ya numerosa, sino más bien exorbitante.

“Tenía este pueblecito por aquel entonces alrededor de quinientas almas, disidentes en su mayor parte, y como el comercio estaba en manos de éstos, puede decirse que ellos eran los dueños y los que ponían la ley a los católicos. Prueba de ello el que, habiendo tres capillas protestantes, carecía de ellas en absoluto el

verdadero culto, como si aquel rincón del Uruguay fuera un pedazo de Inglaterra u Holanda. ¡Y la religión del estado es la católica, apostólica, romana! ¡Qué dirían si levantaran la cabeza de sus sepulcros los fundadores de nuestra nacionalidad, ellos que lo que más tenían en el corazón era el que se conservase incólume en el pueblo la fe que de la madre España recibiera!

“El acto que más lucidez revistió en esta última misión fué la procesión que se formó para erigir la cruz, en frente mismo de la plaza. Concurrieron a ella de ciento ochenta a doscientas personas, y aunque se temía que los protestantes procurasen estorbar aquel hermoso alarde de fe, o al menos deslucirlo, no apareció por allá ninguno de ellos. Grande fué el entusiasmo que este nuevo triunfo despertó, y como en perpetua memoria de él se resolvió de común acuerdo dar a la capilla, que ya tenían comenzada, un nuevo y vigoroso empuje que la llevase a feliz término. Ayudó no poco a ello el generoso desprendimiento del Cura señor Betti, quien cedió en favor de las obras cuantos emolumentos le correspondían por razón del ejercicio de su ministerio.

“Así terminaron estas correrías apostólicas por el Departamento de Colonia, correspondiendo dignamente su fin al buen curso que desde la segunda de sus misiones habían emprendido. Al buen tino en escoger los sitios para ellas destinados y a la inteligente cooperación de los párrocos que en ellas intervinieron, reconocen los misioneros que se debió en gran parte tan satisfactorio resultado”.

De los relatos misionales que anteceden despréndese que las actividades del P. Falgueras lo mismo se aplicaban al gobierno, a la enseñanza o a la construcción de un edificio, que a las rudas tareas de las excursiones misioneras campestres, en un país de escasísima población, sumamente diseminada, mal comido, mal albergado, mal acondicionado para los caminos, con dificultades siempre nuevas, aunque constantes siempre. En esos casos “su abnegación era completa, como de hombre que, muerto a sí mismo, no buscaba sino la gloria de Dios y el bien de las almas” (8). Se ve, pues, que fué invariablemente el mismo, aunque aplicado a ministerios tan distintos.

Sin embargo, hubo quien observó en él, por aquel tiempo, cierto acercamiento algo mayor a las formas usuales del trato social. El P. Juan Ortega, que le había tratado con intimidad en Gandía, según se dijo en su lugar, es quien nos lo hace notar. Es-

(8) JOSE LOPEZ, S. J.—Carta citada.

cribe así: "Terminada su tercera probación y mi noviciado, nos separamos y tardé en volver a verlo. Esto sucedió en Montevideo, el año 1900. Encontré que, por decirlo así, se había humanizado más; no se notaba cierta austeridad en su aspecto (no en su trato); como cuando le conocí en Gandía. Pero siempre se reflejaba en su semblante y en todo su porte, la paz, la modestia, la unión con Dios, que siempre le acompañaron" (9). Hecho muy natural, si se tiene en cuenta la madurez, a que tendían perseverantemente, las virtudes del P. Falgueras, el cual por la meditación diaria tenía siempre ante los ojos de su alma el dechado sublime de toda perfección, Jesucristo, quien, antes y mejor que San Pablo, se hizo todo a todos para ganarlos a todos para Dios.

4. Los caminos de la Providencia no siempre se nos presentan con claridad, desde que se inician, puesto que van como soslayando los sucesos humanos, a los cuales se acomodan, sin perder su orientación. El P. Falgueras que tan buena cuenta dió de sí, tanto en Buenos Aires, como en Montevideo, parecía que debía detener sus pasos en alguna de estas dos capitales cisandinas; sin embargo, estaba lejos aún el término de su verdadero y definitivo destino. Para llegar a él le esperaba otra escala todavía. Era Córdoba.

Con fecha 17 de febrero, un diario católico de Montevideo publicaba el siguiente suelto:

R. P. Antonio Falgueras. Este tan querido y virtuosísimo religioso jesuita partió el lunes para Buenos Aires, de donde seguirá para Córdoba a hacerse cargo de un puesto importante en la casa de novicios de la Compañía.

Su partida ha sido rodeada de expresivas demostraciones de profundo cariño y respeto que han puesto de relieve la extensión del aprecio que gozaba en el seno de nuestra sociedad católica.

El R. P. Falgueras no podrá ser olvidado entre nosotros porque son muchos los bienes que ha derramado en las almas con su sabiduría, sus consejos, su virtud acrisolada, su intensa bondad. La obra apostólica del P. Falgueras ha echado profundas raíces, y en todos los corazones que han recibido los bienes espirituales del dignísimo jesuita, permanecerá su recuerdo con caracteres imborrables.

Saludamos al virtuoso hijo de San Ignacio pidiendo a Dios derrame sobre él sus bendiciones.

En efecto; el 20 de aquel mismo mes de febrero de 1907,

(9) Carta al autor.—Córdoba, 15 marzo, 1936.

llegaba a Córdoba, ciudad histórica de la República Argentina, donde la Compañía de Jesús desplegó en tiempos pretéritos una actividad extraordinaria, por haberla hecho asiento de una famosa Universidad, que fué el foco intelectual de un gran pueblo en formación, a la vez que centro de todo el movimiento misional de las celebérrimas Reducciones del antiguo Paraguay. No era a la sazón para la Compañía lo que fuera otrora la ciudad de Córdoba; pero como nunca perdió esta piadosa y docta ciudad su afecto a la Compañía, así mereció siempre de ella su estimación particular.

En 1907 había, pues, en Córdoba no sólo una Residencia de la Compañía de Jesús, sino también un noviciado floreciente. Era allí superior el P. Juan Cherta y Maestro de novicios el P. Salvador Barber, varones insignes y de altos prestigios por sus virtudes acrisoladas. Ministerios peculiares de aquella casa eran: preparar al pueblo para la frecuente participación de los sacramentos; dar los Ejercicios espirituales al clero y a los seglares; predicar misiones rurales; catequizar en las escuelas urbanas; y, sobre todo, promover y dirigir el movimiento obrero católico, que formaba bajo la denominación de Sociedad de San José, una potente falange de hijos del pueblo, que honraban y defendían la Religión y la Patria, con sus sólidas virtudes y los nobles ideales de su bandera.

Destinado el P. Falgueras a la Residencia de Córdoba fué nombrado consultor de la casa y consagrado a dar Ejercicios, dentro y fuera de la ciudad, comenzando por una tanda de ellos a un grupo numeroso de sacerdotes, en una modesta casa de campo del Noviciado. Los dió asimismo en Tucumán, Villa Rosario, Tulumba y otras partes, predicando aquel año en la célebre iglesia de la Compañía los panegínicos de mayor relieve, es a saber, el del Sagrado Corazón de Jesús, en la gran fiesta del Apostolado de la Oración, y el de la Inmaculada Concepción, con asistencia corporativa de la Universidad de Córdoba que, por secular tradición, considera el Misterio de la Concepción Inmaculada de María, como la fiesta titular de su Institución.

5. En estos y otros parecidos ministerios hallábase ocupada la actividad del P. Falgueras, cuando a principios de febrero de 1908 fué destinado a Chile. Por fin dirigía el P. Falgueras el rumbo de su vida hacia el campo, donde debía explayarse su inmenso celo. Pero antes de tomar posesión de aquel campo, en Santiago, debía aún ensayarse en otro no lejano, poniéndose así ya en contacto con aquellas necesidades sociales, que absorberían sus apostólicas energías, los dieciséis años restantes de su vida. Fué



Córdoba. Residencia y Noviciado. La Iglesia es la del antiguo Colegio máximo y Universidad, con la fachada inconclusa.

en Valparaíso, donde comenzó a conocer el P. Falgueras la sociedad chilena, de la cual debía ser, por elección especial de la Providencia, un apóstol popular. "El año 1908, dice el *Summarium vitae* del P. Falgueras, escrito con ocasión de su muerte, llegó felizmente al país de Chile, para dar expansión a su inmenso celo de las almas" (10).

(10) "Anno 1908, feliciter in regiones chilenses pervenit, ingentem zelum animarum expansurum". *Summarium vitae Patris Antonii Falgueras*; Archivo del Colegio de San Ignacio.

CAPITULO VII

VALPARAISO

(1908 - 1912)

SUMARIO: 1. Valparaíso; Residencia y Casa de Ejercicios de la Compañía de Jesús.—2. El P. Falgueras, Superior; sus ocupaciones.—3. Ministerios fuera de la ciudad.—4. El Catecismo; la Hermandad del Sagrado Corazón de Jesús.—5. Mejoras materiales.—6. Penetración en las almas; dirección espiritual y Ejercicios espirituales.—7. Caso singular de edificación.

1. Es Valparaíso una de las ciudades más importantes al par que interesantes, que tienen su asiento en las costas de la América Meridional, sobre el rey de los mares, el inmenso Océano Pacífico. Importante, por ser el verdadero puerto de Santiago, la Capital de Chile, de la que dista, sin embargo, 184 kilómetros por la vía del ferrocarril; e interesante, por su posición y relieve topográfico, del que forma parte un sistema de cerros caprichoso y pintoresco hasta lo fantástico (1). No parece sino que los descubridores y colonizadores españoles hubiesen dado a aquellas faldas rocosas y boscosas, prolongadas hasta el mar, el nombre sugestivo de Valparaíso (Valle del Paraíso) por haberles parecido algo maravilloso y paradisaico (2).

La Compañía de Jesús moderna fundó una Residencia en Valparaíso en 1850. Era el tiempo en que el P. Ildefonso de la Pe-

(1) Valparaíso es también capital de la Provincia de Aconcagua y del Departamento de su nombre, la segunda ciudad de Chile, con más de 200.000 habitantes, y el principal puerto de la República.

(2) Sin embargo, no es éste el origen de su nombre. Se lo puso Juan de Saavedra, uno de los capitanes descubridores de Chile, el primer español que visitó el paraje, quien se lo dió en recuerdo del caserío del Valparaíso cercano a Sevilla, por ser de él natural. El nombre fué confirmado por Pedro de Valdivia.

ña, fervoroso misionero Jesuíta, recorría Chile, conmoviendo y reanimando el espíritu religioso, con su arrebatadora elocuencia y extraordinaria actividad. La nueva Residencia se fijó al pie del cerro denominado del Barón, dando el terreno y levantando casa y capilla para Ejercicios el piadoso caballero D. Vicente Larraín. El sitio era entonces bastante apartado de la masa urbana de la ciudad y, aunque algo poblado, no era de muy buena nota (3). En 1870, los Jesuítas añadieron a sus ministerios puramente espirituales, la fundación de una escuela para los niños abandonados del barrio, que fué trasladada al lado norte de su iglesia, en 1885, en casa propia y bien aderezada, la cual, progresando rápidamente, ha llegado hoy, con el nombre de "Escuela Superior Pedro de Valdivia", a tener 500 alumnos y una notable reputación. Pero lo más característico de la Residencia Jesuítica de Valparaíso es la Casa de Ejercicios, que tiene aneja, y para la cual se establecieron allí principalmente los hijos de San Ignacio. Esta Casa acababa de ser reedificada y acomodada a las exigencias de los tiempos modernos (4). En ella se dan frecuentes corridas de Ejercicios (nombre que se da allí a las tandas o datas), albergándose en la misma casa, por espacio de varios días, las personas que concurren a ellos, ofreciéndoles habitación y comida gratis. La obra se sostiene con limosnas y con las pequeñas cuotas con que contribuyen las personas más o menos pudientes que hacen Ejercicios (5).

2. De una Casa de la Compañía de Jesús de actividades tan importantes y variadas fué nombrado Superior el P. Antonio M.^a Falgueras (6), a principios de 1908. El Padre pasó los Andes, a

(3) PABLO HERNANDEZ, S. J.—Historia de la Compañía de Jesús en las Repúblicas del Sur de América (1836-1914), pág. 64.

(4) Fué inaugurada el 14 de mayo de 1933, con asistencia del Sr. Obispo, Monseñor Gimper, del R. P. Llusa, S. J. Vice Provincial de Chile y de otros muchos miembros del clero y del laicado católico.

(5) "Los ejercitantes suelen ser gente humilde del pueblo; y los Ejercicios que se les dan vienen a ser una Misión eficaz para 50, 100 o 200 personas, que entran en cada corrida. La instrucción catequística se procura de un modo especial con aquéllos que entran en Ejercicios, ignorando aun lo más necesario que debe saber el cristiano. La penitencia se ejercita cada día con una disciplina. Al cuarto o quinto día de los Ejercicios, empiezan las confesiones. Arréglanse asimismo los matrimonios cuando es menester, y se confirman los que no están confirmados". Noticias de la Compañía de Jesús para sus bienhechores y amigos; Buenos Aires, 1.º de febrero de 1926.—En mayo de 1933, al inaugurarse el nuevo edificio, habían ya pasado por la antigua Casa de Ejercicios, abierta al público en 1856, más de 45.000 ejercitantes. Con este solo dato se comprende qué fuente tan abundosa de bienes inapreciables representa la Casa de Ejercicios de Valparaíso.

(6) Ignórase a punto fijo cuándo comenzó el P. Falgueras a añadir a su propio nombre, el de María. El P. Juan Serra, en carta al autor, fechada en Gerona el 12 de septiembre de 1935, dice lo siguiente: "Después de bastantes años de Compañía añadió (el P. Falgueras) a su firma el nombre de

lomo de mula y con las molestias inherentes a aquel viaje, antes del uso del ferrocarril trasandino, que no comenzó a prestar sus servicios al público hasta 1910; y, después de un breve descanso en Santiago de Chile, se dirigió a Valparaíso, a donde llegó el 16 de marzo.

Era Superior entonces de aquella Casa y Comunidad el P. Antonio Sacrest, varón señalado por sus dotes de gobierno, por su celo por la salvación de las almas y por su acertada dirección, el cual se hallaba al frente de la Residencia desde el año 1892. Asimismo, formaban parte de aquella Comunidad hombres tan distinguidos como los Padres Pedro Astaburuaga y Mariano Camps, notables misioneros populares, y el P. Juan Llopart, que había dedicado gran parte de su vida religiosa y apostólica a la evangelización de los indios infieles en el Archipiélago de las Islas Filipinas, Misión gloriosa de la Compañía de Jesús. En total, eran siete los sacerdotes y cuatro los hermanos coadjutores, que integraban el personal de aquel centro de trabajo de la Compañía. También formaba como parte de la Comunidad, en aquel tiempo, un piadoso sacerdote español llamado D. Salvador Aulet, quien participaba en un todo de la vida y de las ocupaciones de los operarios de la Residencia (7).

El 19 del mismo mes de marzo tomó posesión de su cargo de Superior el P. Falgueras, pasando el P. Sacrest a desempeñarlo en la Residencia de Concepción.

Desde el primer momento se entregó el P. Falgueras a las que debían ser sus ocupaciones, en el nuevo campo de labor que le ofrecía la divina Providencia: dirigir y activar las obras apostólicas de la Residencia, alentando a sus súbditos para el trabajo y yendo él siempre delante de todos, con el ejemplo. En realidad, sus ocupaciones personales, ultra de la asistencia frecuentísima en el confesionario, debían ser la predicación de la divina palabra, las misiones rurales, tan usadas en el piadoso campo chileno, y los Ejercicios espirituales colectivos, máxime en aquella Casa, destina-

María, aunque no siempre se firmaba **Antonio María**. Algunos afirman que fué en Chile"; y en efecto, casi todos los documentos que hemos podido compulsar, al referirse a él, partiendo de 1908, llámanle **Antonio María**. Argumento fehaciente de la particular devoción que profesaba el P. Falgueras a la Santísima Virgen.

(7) D. Salvador Aulet había sido Jesuita; pero habiendo salido de la Orden, no dejó piedra por mover para restituirse a ella; lo cual no se le pudo conceder por las severas leyes vigentes en la Compañía de Jesús sobre el particular; con todo, se le permitió vivir como huésped en una casa de la Compañía, y aun ser admitido de nuevo en ella y pronunciar sus votos religiosos, a la hora de la muerte. D. Salvador muy agradecido por esta concesión, pasó los últimos años de su vida, en la Residencia de Valparaíso, con mucha edificación y sin negarse a ministerio alguno.

da a este tan típico ministerio de la Compañía de Jesús; todo tan en consonancia con el carácter y las aficiones del P. Falgueras. Efectivamente, a los pocos días de haber sido nombrado Superior, hallamos ya, según las crónicas de la Casa (8) que sale para la Misión de Quilpué o Queripué (**lujar de jaspes**), población situada en la orilla del río del mismo nombre, a 20 kilómetros al norte de Valparaíso, de donde regresa muy luego para emprender la tanda de Ejercicios de Semana Santa, en la propia casa, junto a la Residencia. Advirtamos que el P. Falgueras tomó a su cargo la dirección de las tandas de Ejercicios, y que el número de ellas era bastante crecido todos los años.

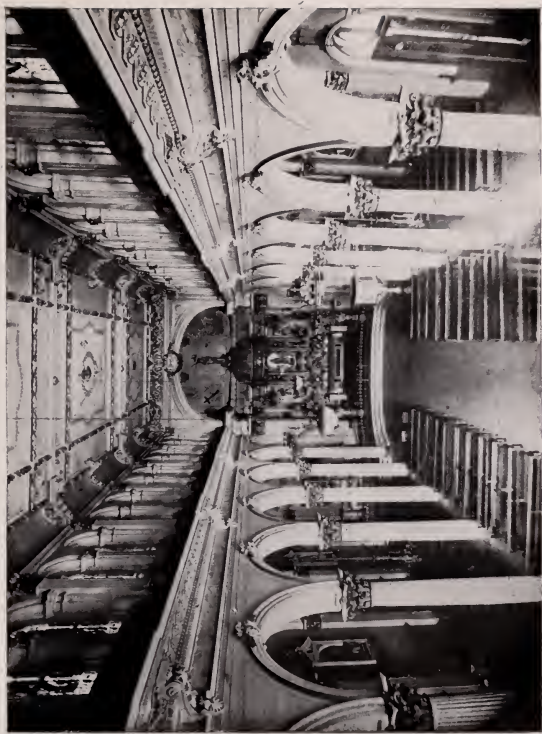
Una modificación se introdujo por aquel entonces, en los Ejercicios espirituales de la Casa de Valparaíso, que consistió en reducir a cinco días su duración, en vez de una semana entera, aunque aumentando el número de conferencias o sermones diarios para obtener los mismos resultados beneficiosos para los ejercitantes, con menos duración. Parece que fueron razones económicas las que aconsejaron tomar esta resolución, pues las entradas estaban muy por debajo de los gastos (10). Además de que no era conveniente privar del trabajo a los pobres obreros por muchos días (11).

3. Pero la Residencia de Valparaíso no sólo daba los Ejercicios colectivos en su propia casa; los daba también en la Casa de Ejercicios de la ciudad de San Felipe de Aconcagua, situada hacia el Norte, al pie de la cordillera de los Andes y en la de Talca, situada el Sud, a 265 kilómetros de Santiago, y en la misma ciudad de Santiago; y si no siempre, se hallaba con frecuencia en ellos el P. Falgueras. De un modo especial era Santiago, la Capital de la República, la que utilizaba las obras de celo del Padre, tratándose de Ejercicios, ordinariamente, ya al Clero o a seglares, en las Ca-

(8) Diario de la Residencia de Valparaíso. 1908, día 4 de abril.

(10) *Litterae annuae*, 1908.

(11) Como ya se hizo notar, eran personas pobres y humildes las que por lo general se retiraban a practicar los Ejercicios en Valparaíso. No parece sino que en este ministerio, como en todos los demás, los Padres de aquella Residencia se esforzaban por llevar a la práctica el programa de su acción, que les trazara el P. Ramón Crexáns, Superior de la Misión Argentino-Chilena, de la Compañía de Jesús, quien en su Visita canónica, realizada del 7 al 14 de febrero de 1911, dejó consignado lo siguiente: "No hemos de perder de vista la señal característica, que de su divina misión dió nuestro amantísimo Salvador a los discípulos de San Juan Bautista: "**Pauperes evangelizantur**". La misma tomó nuestra Compañía desde su fundación. Los pobres, pues, han de ser el objeto predilecto de nuestros afanes y desvelos; a los pobres hemos de buscar en los hospitales, en las escuelas, en los catecismos y muy particularmente en la Congregación de la Buena Muerte, en la Casa de Ejercicios, en la Hermandad del Sagrado Corazón y en su escuela, obras tan recomendadas por los Superiores de la Misión". Libro de Visitas, Memorial fechado el 14 de febrero de 1911.



Valparaiso. Iglesia de la Compañía de Jesús.

sas de Ejercicios de San Juan Bautista o de San José, ya a las religiosas del Sagrado Corazón, del Buen Pastor, Agustinas, Carmelitas, Hijas de San José Protectoras de la Infancia, etc., ya a las alumnas de varios colegios, ya al pueblo en general; por consiguiente, las idas y venidas de Valparaíso a Santiago forzosamente eran frecuentes; sólo en 1909 fueron nueve; y en 1910 llegaron a ocho. Con todo este movimiento simultaneaba el P. Falgueras las misiones rurales, tan usadas afortunadamente en Chile, como se dijo. Además de las misiones dadas en la pobre barriada de la Residencia, fueron varios los sitios foráneos misionados por él, máxime en verano: en 1908, Quilpué; en 1909, los suburbios de Santiago y de Viña del Mar; en 1911, Graneros (Fundo de Santa Ana y Fundo de San José), Santa Rosa de los Andes (Fundo de Aragón) y Manantiales (Fundo de la familia Echeverría) y otros, de los que no ha quedado mención especial en las crónicas domésticas (12). Por lo demás, las Misiones en total, dadas por los Padres de aquella Residencia desde 1908 a 1912, fueron 59; las tandas de Ejercicios dadas a personas religiosas, 45; a personas seglares, 76; las visitas practicadas a los enfermos en diversos hospitales, 365, y a sus domicilios particulares, 830. La predicación, sobre todo, bajo sus diferentes formas de sermones morales, homiléticos, panegíricos y pláticas a religiosos, clérigos y seglares, ultra de las novenas y triduos predicados, brotó aquellos años de la Residencia de Valparaíso como una corriente profunda y extensa de aguas de vida sobrenatural, que regó y fertilizó los dilatados campos de la Iglesia chilena, cabe las costas del Pacífico y en torno de la bahía de Valparaíso. He aquí los números: en 1908, 540 predicaciones; en 1909, 299; en 1910, 462; en 1911, 406; en total, 1707 (13).

4. No quedaban aún agotadas las energías apostólicas ya directivas ya ejecutivas del P. Falgueras; él tenía a su cargo particular la enseñanza del catecismo en las escuelas fiscales, y a ellas acudía con toda la regularidad que le era posible, reuniendo luego a los rapazuelos en la iglesia de la Compañía, para completar su instrucción y darles una misión del mejor modo que se podía. Este

(12) *Diario* (1908-1912). Estas misiones resultaban muy apetecidas por los Párrocos, por los bienes que de ellas reportaban sus feligresías. El R. P. Ramón Crexáus, Superior de la Misión, en su Visita de 1911, encargaba que los Padres en las Misiones tuvieron "el espíritu no de visitantes o reformadores de parroquias, sino el de simples auxiliares de los Sres. Párrocos, que es el que nos compete, según las aspiraciones de nuestra mínima Compañía de Jesús" *Libro de Visitas*, Memorial de 14 de febrero.

(13) Los datos precedentes han sido tomados de las Estadísticas contenidas en *Litterae annuae* de la Residencia de Valparaíso, relativas a los años citados (Archivo priv. de la Residencia).

movimiento catequístico no fué infructuoso. Sólo las primeras Comuniones llegaron, en los cuatro años que el P. Falgueras gobernó la casa de Valparaíso, a 1032.

También tenía a su cargo el Padre la dirección de la Congregación o Hermandad del Sagrado Corazón de Jesús. Esta Hermandad, muy parecida en su fin primario al Apostolado de la Oración, tiene su historia particular. Fué establecida canónicamente en 1866, y el intento principal de los Jesuítas al establecerla fué entonces contribuir a la santificación de las almas, por medio de la frecuencia de los sacramentos. Pero la Asociación, atendidas las circunstancias locales, se organizó, como suelen estarlo las cofradías en el país: había canto del Oficio parvo de Nuestra Señora, todas las noches, después del trabajo, aun cuando después se restringió a los días de fiesta; disciplinas los martes y los viernes; limosnas a los pobres; socorros a los enfermos de la Hermandad y entierro en bóveda propia; para todo lo cual contribuían los socios con una módica cuota. Ya se comprende que una obra tan complicada debía traer consigo un recargo extraordinario de trabajo para el P. Director, aunque fuese ayudado por un sub-director tan experto como el P. Mariano Camps. Por fortuna, uno y otro tuvieron a su lado un elemento valiosísimo, que desempeñó un papel inapreciable en todas las obras apostólicas de la Residencia de Valparaíso, por espacio de largos años, especialmente en la dirección de la Casa de Ejercicios y de la Hermandad del Sagrado Corazón. Fué el hermano Coadjutor Luis Uría, hombre de notables y variadas cualidades y de inexhausta capacidad para el trabajo, hermoseedo todo por el cortejo de las virtudes más propias de un religioso: la modestia, la humildad, la obediencia, la sumisión a los superiores y una noble urbanidad, que imponía respeto; de modo que con razón pudo ser objeto de admiración entre los buenos hermanos Coadjutores de la Compañía de Jesús, los cuales abundan en sujetos de virtud eximia y acrisolada (14).

(14) El H. Luis Uría murió el 14 de noviembre de 1930. La publicación mensual, que ve la luz pública en Buenos Aires, titulada: "Noticias de la Compañía de Jesús para sus bienhechores y amigos", trae de él la siguiente nota necrológica, en su número 99, diciembre de 1930: "H. Luis Uría.—Nació en Ascoita (Guipuscoa, España), el 2 de septiembre de 1849, hijo de modesta pero muy cristiana familia. A los 18 años pasó a Buenos Aires, donde resolvió muy pronto huir del mundo y abrazar la vida religiosa. Entonces pasó a Chile, y, en Santiago, donde se hallaba el noviciado de la Compañía, entró como Hermano Coadjutor, el 24 de marzo de 1870. En 1872 fué enviado a Valparaíso, y allí ha permanecido hasta su muerte, acaecida en noviembre de 1930, siendo el alma de la Casa de Ejercicios que allí tienen los Jesuítas, llevando el peso y el movimiento del intenso culto de la iglesia, proporcionando con su ingeniosa caridad, en días de hambre, el sustento a innumerables necesitados,

Como obras especiales establecidas por el Padre, recordaremos la Congregación de la Santísima Virgen, con su función y comunión general todos los sábados; la Hora Santa, muy de la predilección del P. Falgueras, con sus ejercicios también propios (15) y la enseñanza organizada del Catecismo en la iglesia de la Compañía, la cual llegó a reunir más de 300 niños, con otro centro catequístico situado en las afueras de la ciudad (16). Además preocupóse mucho el P. Falgueras de la dirección espiritual y de la predicación de las señoritas Maestras fiscales, que celebraban sus reuniones en el Colegio de las Religiosas del Sagrado Corazón; a petición del Sr. Rector del Seminario otorgó que el P. Baltasar Eichorn explicase la clase de Dogma, en aquel establecimiento de enseñanza eclesiástica, y que el P. Juan Llopart desempeñase por largo tiempo el cargo de capellán del Hospital de mujeres, en ausencia del propio capellán.

5. El P. Falgueras, como Superior, no dejó de preocuparse por el buen régimen y aun por las mejoras materiales de la Casa. Dispuso la selección y el orden de los libros de la biblioteca doméstica, a la cual dotó de una galería superior para proporcionar fácil acceso a ellos. Instaló la luz eléctrica en el reloj de la torre y en la iglesia, que se inauguró en la fiesta del Sagrado Corazón del año 1909, y se amplió por el Mes de María del mismo año y aun se embelleció más y más en 1910, colocando un arco luminoso en torno de la imagen del Divino Corazón (17). Además, cedió el P. Falgueras, aunque en locación y por 25 años, parte del cerro, a cuya base está adosada la Residencia, para montar allí un ascensor mecánico. A medida que se iban poblando las alturas de aquel cerro, veíase la necesidad de aquella construcción; sin embargo, lo que parecían serias dificultades retardaba la concesión. Para el P. Falgueras no hubo tardanza ni dilación; sólo se exigió una modesta indemnización y que la caja férrea del artefacto fuera suficientemente sólida y cerrada, a fin de evitar el libre aspecto a la casa religiosa. Esto fué un adelanto considerable para la barriada

y produciéndose siempre como un dechado de modestia, recogimiento y piedad".

(15) Tuvo especial empeño en establecer esta devoción, entonces no muy difundida, por creer que era una ordenación especial del mismo Jesucristo a Santa Margarita María de Alacoque, y por tratarse de algo relacionado con el culto del Sagrado Corazón de Jesús, tan propio de la Compañía. Se celebraría el jueves anterior al primer Viernes de cada mes. **Libro de Consultas**, 28 junio, 1910.

(16) **Historia Domus**, 1909.

(17) El sacerdote D. Salvador Aulet contribuyó con 1.000 pesos y la Hermandad del Sagrado Corazón con 300 a esta instalación eléctrica. **Libro de Consultas**, 28 junio de 1910.

del cerro del Barón, pues se facilitó como se comprende, la comunicación con la humilde población de los altos. Aun para los mismos Padres de la Residencia fué y ha continuado siendo un alivio de consideración, pues eran muy requeridos por aquellos piadosos vecinos para los auxilios espirituales en caso de enfermedad; y hasta entonces eran célebres las subidas y bajadas del cerro que religiosos a veces de anciana edad tenían frecuentemente que emprender. Por fin, llevó a cabo, la obra de los pretilos escalonados de piedra y cal, con el objeto de asegurar el cerro y prevenir los derrumbamientos (18).

6. Todo este movimiento exterior no nos manifestaría más que un reflejo del espíritu del P. Falgueras; pero es preciso acompañarle en su íntimo acercamiento a las almas, a fin de obtener un conocimiento más profundo de la suya. Por de pronto no puede haber duda sobre su celo apostólico llevado hasta el sacrificio constante de sí mismo. Este celo era premiado con notabilísimos efectos de conversión. He aquí un hecho singular.

“Lo que más me llamó la atención, escribe el Presbítero D. Juan Agustín Ugarte Vial (19), en el R. P. Antonio Falgueras, fué ver los admirables frutos de conversión que Dios N. S. operaba por medio de él. Era yo Teniente Cura de la Parroquia de los Doce Apóstoles de Valparaíso, cuando llegó el P. Falgueras como Superior de la residencia, que los Padres de la Compañía tienen en el vecino puerto. Fuí llamado en cierta ocasión a visitar un enfermo gravísimo de nacionalidad española, y no sólo no pude conseguir que se confesara, sino que blasfemaba como un réprobo. Como no distingo bien el acento de los naturales de las diversas provincias de España, lo juzgué catalán, y se me ocurrió llamar al P. Falgueras, a quien creo también catalán. Fuí con el Padre a la casa del enfermo, y pasando adelante, le dije: “Un catalán, paisano suyo, viene a saludarlo”. Me contestó el enfermo: “Aborrezco a

(18) Libro de Consultas, 1.º de septiembre de 1908. *Historia domus*, 1909. El hallarse aquella Residencia al pie del cerro le ha proporcionado cierta estabilidad, en comparación de la parte llena de la ciudad, que se extiende hasta la línea de agua del mar. Esta firmeza del terreno ha sido muy provechosa no sólo a los Padres, sino también a los pobres habitantes del vecindario, en circunstancias críticas de movimientos sísmicos y aun graves terremotos, que allí han tenido lugar. Así, por ejemplo, en la espantosa conmoción de 1906, ocurrida poco antes de llegar el P. Falgueras a Valparaíso, que arruinó gran parte de la ciudad plana, la Residencia de los Jesuítas, junto con su Casa de Ejercicios y Colegio e Iglesia fueron asilo seguro de centenares y aun millares de personas, que encontraron allí su refugio y aun su alimento, al quedar despojados de todo lo que poseían.

(19) Carta al P. Buena Ventura Bas; Santiago, octubre de 1924.

los catalanes". Me encomendé a Dios, lamentando interiormente lo hecho, y creyendo haber dado un paso en falso; cuando en esto penetra en la pieza el Padre Falgueras. Entró el Padre, saludó al enfermo, no le dijo nada de particular; pero el efecto de su presencia fué inmediata. El enfermo se sosegó, declaró que quería confesarse y así lo hizo. Después, recibió los sacramentos de la Eucaristía y Extrema Unción con edificante humildad y murió como un santo. ¿Qué se puede pensar de este hecho? No soy yo el llamado a calificarlo; pero es lo cierto que no tuvo el Padre ninguna palabra notable y que obró la gracia por solo el intermedio de su presencia".

Una de las actividades particulares del P. Falgueras, en el mundo espiritual en que se movía él, fué sin duda la dirección de las personas consagradas a Dios por los votos religiosos, especialmente en vida claustral y contemplativa. Parece que fué en esta dirección, donde llegó más lejos su influencia santificadora y transformadora de las almas, para elevarlas a la más alta perfección. Los testimonios abundan. En lo cual bien se deja entender cuáles debieron ser las características de su ascesis, dada su educación sólidamente ignaciana, y, sobre todo, lo que él añadió a ella por su propia cuenta, con su declarado espíritu de especial austeridad. De ahí que no fuese para todos una completa dirección del P. Falgueras y que encontrase dificultades, aun de parte de personas virtuosas, tanto dentro como fuera de casa, que no compartían su modo de proceder (20). Con algo de ironía, algunos que reconocían de plano su santidad, decían que quería hacer santos a los otros, pero a golpes, por lo que llamaban **Flotats espiritual** (21); lo cual da más relieve y mérito al empeño, que generalmente se reconocía en él de atemperarse a todos, a fin de que su cultivo espiritual rindiese el mayor fruto posible; tanto, que no faltaron personas muy sensatas que afirmaron de él ser el hombre más pru-

(20) "Cierto que hubo quienes no le apreciaban por su rigidez siendo superior; pero esto puede ser que fuese por no tener ciertas cualidades de gobierno; pero no por carecer de virtud; pues en todo lo que le achacaban no aparecía por ningún resquicio ésto, y sí sólo alguna dureza nacida de su celo". **PEDRO PARAVANO**; Carta al autor; Ancud, 5 junio de 1936.

(21) **JAIMÉ RIPOLL, S. J.**—Carta al autor; Valparaíso, 14 julio, 1934. Aludíase al insigne imaginero moderno de Barcelona, de aquel apellido, que ha tallado estatuas de santos, admirables desde los dos principales puntos de vista artístico y piadoso; pero naturalmente a golpes. Sin duda que desvirtúa mucho este juicio sobre la austeridad del P. Falgueras, el encargo que el P. Ramón Crexáns, Superior y Visitador de la Misión, dejó en el Memorial de su Visita a aquella Residencia, ya citado. Hablando del Superior deja consignado: que "no conviene extremar la suavidad hasta el punto, en que se dejen de corregir con la debida sanción las faltas".

dente que habían conocido. Testimonio semejante abunda en los juicios que se emitieron con motivo de su muerte (22).

Pero si había quien se mostraba reacio a su dirección, por temer "las privaciones que se le exigirían", no faltaba quien se entregaba a ella, como a un banquete espiritual de delicias inefables. Elegiremos un ejemplo, que sin duda nos agradecerán nuestros lectores. Trátase de una Carmelita de Valparaíso, cuyo monasterio, contribuyó eficazmente a erigir el P. Falgueras. Dice así:

"Durante los nueve años que tuve la dicha de tenerlo por Director, lo traté muy asiduamente, no tan sólo semanalmente en el confesonario, sino también en el locutorio de San Ignacio y en innumerables partes, donde iba a predicar y dar Retiros; pues los asuntos de esta fundación me obligaban a consultarlo constantemente (23). Lo traté también bastante en casa, donde fué semanalmente a confesar a mi papá, durante cuatro años, y en su última enfermedad diariamente; y puedo atestiguar que **jamás**, en parte alguna, le noté la menor falta ni imperfección; su modestia y recogimiento extraordinarios no se desmentían jamás; y, a pesar de su caridad tan bondadosa y de su trato tan afable, inspiraba veneración y respeto profundos, lo que no perjudicaba en nada a la confianza que se le tenía, pero daba a las relaciones con él un carácter del todo **sobrenatural**, porque irradiaba de su persona algo divino que sobrecogía... Yo conocí al Rdo. P. Falgueras, no como apóstol, sino como santo contemplativo, pues la **oración** fué generalmente el tema de nuestra correspondencia y de nuestras pláticas. Era tan versado en ello, y sus explicaciones y consejos eran tan vividos, que uno palpaba que había un conocimiento **experimen-**

(22) "La contradicción fué el martillo con que Dios labró aquella alma santa, de quien conservo tan gratos recuerdos y a quien me encomiendo en mis asuntos". P. JAIME RIPOLL, S. J., carta al autor ya citada. Y el Hermano coadjutor Bartolomé RIPOLL, que fué por dos años súbdito del P. Falgueras en Valparaíso, da de él el siguiente testimonio: "Puedo decir que su conducta fué siempre de santo; su oración era continua, su mortificación extremada; no dormía nunca en su cama; tal vez lo hacía en el suelo, sin quitarse la sotana o sentado en una silla; su pieza era pobrísima; y de su observancia se puede asegurar que jamás faltó a ninguna regla, ni a la más mínima; el silencio lo guardaba escrupulosamente, no hablando más que lo necesario. Comía poco, el desayuno café puro, y servía con frecuencia a la mesa. Cuidaba en extremo de todo lo de casa; y en una ocasión, en que habían quedado tres pollitos sin la gallina, se los llevó a su pieza para cuidarlos. Sufría sus enfermedades sin dejar nunca la vida de Comunidad. En el invierno no se abrigaba, andaba sólo con la sotana. Sus disciplinas eran de sangre y se oían por todo el claustro. No ambicionaba sino el pasar desapercibido; por eso no hablaba nunca de sí ni de sus cosas. Se levantaba siempre antes de la Comunidad y decía la primera misa. No hay duda que el P. Falgueras fué un gran santo".

(23) Parece que se refiere a la fundación del Monasterio de Carmelitas, de Valparaíso (N. del A.).

tal en cuanto decía. Muchas veces tuve el consuelo de que su gran caridad, al enseñarme, le hiciera traición a su humildad, y me revelara así, sin darse cuenta, magníficos destellos de su vida de unión con Dios. Mi concepto especial sobre él es: que era un **gran místico**, pues en los años en que le traté, sobre todo los primeros, el apostolado no era su mayor atractivo. Parece evidente, aplicándole lo que dice N. Madre Sta. Teresa al final de sus "Conceptos", que el celo tan vivo que desplegó el Padre en sus últimos años, fueron frutos de consumada santidad; pues al llegar a la transformación divina, "a la Bodega del vino donde se ordena la caridad", — según altísimamente comenta N. Sta. Madre este párrafo de los **Cantares** — "ya se olvidó de sí y se dió al prójimo, consumando así el precepto del amor, que es la plenitud de la ley" (24).

"En sólo dos Ejercicios del Rdo. P. Falgueras estuve en mi vida. El primero tuvo lugar en septiembre de 1909, duró 10 días y fué algo ideal, único, pues el Padre se sobrepasó a sí mismo... El era entonces Superior de la Casa de Valparaíso. Los Ejercicios de S. Ignacio fueron el tema de todos los sermones, como era natural; pues nada podría igualarlos ni reemplazarlos, ni nadie tenía el don de interpretarlos como nuestro venerado Padre, adoptándolos siempre al medio en que los daba. Las pláticas eran deliciosas, y en ellas se traicionaba a cada paso la gran alma del Padre. El día en que nos habló del amor de N. S. en la Sta. Eucaristía y de cómo debíamos corresponderle, fué tal su fervor, que no pudo acabar una exclamación de amor a Jesucristo, sino con un sollozo... y se fué en seguida sin concluir la plática, porque la emoción y las lágrimas le impedían hablar. En la última plática de ese día, reanudó el mismo tema, y estaba tan caldeado de divinas ascuas su decir, que no se oían más que sollozos comprimidos; y tuvo que optar porque N. S. concluyera por él... y todas fuimos a arrodillarnos en la misma grada del altar, y él un poco más atrás, dominadas por la más intensa emoción divina. Yo no sé lo que fué ese Retiro para las demás; para mí fué algo único que transformó mi vida; favor irmenso que, después de Dios, le debo al R. P. Falgueras.

"Durante el Retiro nos dijo un pensamiento tan lindo, que

(24) Varias de las afirmaciones contenidas en este informe, sin duda muy interesantes, quedan exclusivamente a cargo de su distinguida autora; la cual no parece haber tenido presente que el P. Falgueras, no sólo en sus últimos años, sino en toda su vida religiosa en la Compañía de Jesús, mostró tener un vivo celo por la salvación de las almas, o sea, dió muestras muy expresivas de poseer el espíritu apostólico de su propia vocación (N. del A.).

su eco vibra todavía en mi alma: "Con Jesús todo es dulce; pero sin Jesús, ni el cielo podría satisfacernos".

"Al dejar los Ejercicios le dije al Padre: que jamás en mi vida volvería a estar en un Retiro como aquel; y en el acto él me contestó: "Ni yo lo volveré a dar".

"Los otros Ejercicios fueron aquí, en nuestro Convento de Valparaíso, en 1910. Los sermones fueron, como todos los suyos, tan profundos como sustanciosos; y en las pláticas se dedicó a hablarnos de la vida de N. S., y puedo asegurar que jamás he oído hablar del Divino Maestro de una manera más elevada, más sabrosa, más íntima — era oír hablar a un amigo de su Amigo; — y era evidente que para revelar así tan de cerca, tan hondamente, la Divina personalidad del Cristo y su Corazón adorable, era porque la familiaridad era muy íntima, el contacto muy estrecho y el amor muy consumado. Confieso que seguido me encontraba durante las pláticas, haciendo de ellas un estudio psicológico del alma del Padre; de tal manera era vivido y sentido lo que decía, y sobrenatural el efecto que su palabra dejaba en las almas".

A este expresivo testimonio añádase la voz de un Monasterio de la Visitación, de Santiago.

"La Comunidad, dice, del primer Monasterio de la Visitación tuvo la gracia de conocer por primera vez al Rdo. P. Falgueiras, que vino de Valparaíso a darnos los santos Ejercicios, el año 1908, y desde entonces le hemos tenido siempre por un verdadero santo, y de esos santos que llevan su mortificación hasta el punto de negar todo a la naturaleza, para dárselo todo a la gracia. Nos parece que tenía odio santo a su cuerpo y lo trataba como se trata a un pobre esclavo. Sin duda alguna habrá podido repetir, en la hora de su muerte, las palabras de San Pedro de Alcántara: "Dichosa penitencia que me ha merecido tan grande gloria".

"Su oración debía ser continua y de las más elevadas, a juzgar por los consejos que sobre ella daba y el discernimiento de espíritu que tenía. Sobre esto no decimos cosa particular por tratarse de algunos casos reservados. Su celo por la salvación de las almas era insaciable, porque en ellas veía siempre la sangre que Nuestro Señor Jesucristo ha derramado por su rescate. La devoción de este santo Padre al Santísimo Sacramento lo prueban estos renglones de una de sus cartas: "Sea en todas nuestras dudas Jesús Sacramentado nuestro Maestro; en todas nuestras oscuridades, nuestro Iluminador; en todas nuestras penas, nuestro Consolador; y su Corazón divino y melíflu sea el centro de todos los afectos

de nuestro corazón, a do convergen las aspiraciones todas de nuestra alma, en el tiempo y en la eternidad”.

7. Precisamente sobre la devoción del P. Falgueras al Santísimo Sacramento y sobre su piedad excepcional en el modo de celebrar el santo Sacrificio de la Misa, hay un episodio, que se refiere a los tiempos de Valparaíso, y que ha sido trazado por la mano de una persona, que debía llegar a tener mucha parte en las obras apostólicas del P. Falgueras. Nos referimos a doña Carmela Rodríguez Rozas, la primera Superiora General de la Congregación del Apostolado Popular del Sagrado Corazón, obra egregia del P. Falgueras y corona de toda su vida de apóstol, de la que luego nos deberemos largamente ocupar. Dice así en sus **Apuntes** la ilustre religiosa, refiriéndose a la primera vez que conoció al P. Falgueras:

“Vivía yo en Valparaíso, cuando llegó de Superior de la Compañía de Jesús en ese Puerto el R. P. Falgueras, y habría sido difícil lo hubiera conocido, si su misma santidad no me hubiera hecho llegar hasta él. Siempre había vivido cerca de los Padres de los Sagrados Corazones (25), en cuyas obras de celo trabajaba. La Compañía, su Iglesia y los Padres me eran enteramente desconocidos. Un domingo llegó a casa un matrimonio amigo de mi familia, que venía de oír Misa, en la Iglesia de los Jesuítas, y apenas cruzadas las palabras de saludo, la señora dijo lo siguiente: “Venimos de oírle la Misa al nuevo Superior de la Compañía, y, al salir, nos hemos dicho con mi marido: “Este Padre tiene que ser santo”; y no crean que dice la Misa muy larga; pero es un recogimiento que edifica, y una manera tan única y devota de alzar la hostia, que deja la convicción que es un santo el que celebra”.

“Estas visitas se repetían todos los domingos; pues vivían en una quinta, a los alrededores, y era una costumbre que, aprovechando la venida a misa, pasaran a saludarnos; y siempre llegaban bajo la impresión que les producía aquel Padre que, según ellos, tenía necesariamente que ser santo. Yo que jamás había pensado en la posibilidad de tener un director Jesuíta, sentía al oír estas opiniones de la santidad del Padre, algo interior que me decía que, confesándome con él, adelantaría en la virtud. Pero trataba de desvanecer estas ideas, en la creencia de que un santo Jesuíta me exigiría costosos renunciamientos. En otra ocasión, en un 8 de Diciembre, llegué atrasada a los cultos solemnes, que se celebraban

(25) De la Congregación llamada vulgarmente de Piopús, la cual tiene Colegio e Iglesia en Valparaíso (N. del A.).

en honor de la Virgen Inmaculada, en la Iglesia de los Sagrados Corazones, y, al entrar en ella, salía la señora Prieto, esposa del Gerente del Banco Santiago; y recuerdo que me detuvo emocionada: "Ha predicado un Padre, me dijo, que me ha hecho el efecto de haber oído y visto a San Ignacio de Loyola; ¡qué aspecto de penitencia!" El predicador era, como se comprenderá el nuevo Superior de la Compañía. Persistía en mí la lucha interior de si iría o no donde aquel Padre, de quien oía tantos elogios de virtud; y acabó de decidirme un viaje, que tuve que hacer a esta Capital de Santiago, en el cual conversando con Luisa Larraín G. M. (Teresa de la Trinidad), le oí decir: "Uds. tienen en Valparaíso un gran santo; yo he viajado mucho y conozco muchos sacerdotes, y jamás he encontrado un hombre más de Dios, que el P. Falgueras; **vaya donde él**".

"Efectivamente, al volver de este viaje, me dirigí a la Iglesia de la Compañía, lo llamé al confesonario y, habiéndome entendido perfectamente con él, lo hablé de Director espiritual; y Dios me hizo la gracia de tener esta dirección cerca de 15 años, hasta el momento de su muerte. Durante todos estos años tuve frecuente trato con él, no sólo en el confesonario, sino en el salón, con motivo de sus obras de celo, en las que tuve la suerte de ayudarle en la medida de mis escasas fuerzas". Hasta aquí la M. Carmela Rodríguez Rozas.

Como se verá pronto, la ayuda prestada por la autora de estas líneas al P. Falgueras, por efecto de haberle conocido en Valparaíso, fué de importancia suma.

Despréndese de la múltiple actividad desplegada por el P. Falgueras en Valparaíso y en sus contornos, que aquellos cuatro años (1908 - 1912) de Superior de la Residencia, fueron a la manera del descanso del águila, después de atravesar los Andes, como para tomar rumbos, al objeto de emprender el vuelo definitivo, el más vigoroso y triunfal, el que debía elevarle hasta Dios, arrastrando consigo un ejército innumerable de almas iluminadas y santificadas a su paso. Pero esta última etapa de su vida, la más importante, debía consumarse en Santiago, el centro religioso, cultural y político de Chile, y allí le dirigió la Providencia.

CAPITULO VIII

SANTIAGO DE CHILE

(1912 - 1924)

PRIMERA PARTE

SUMARIO: 1. El Colegio de San Ignacio, de Santiago de Chile; sus actividades.—2. El P. Falgueras al frente del Centro Misional de San Francisco Javier; movimiento de la obra; hechos particulares.—3. Las "Maestras de Chile"; ingerencia del P. Falgueras en la Institución.—4. El Pensionado de señoritas universitarias.—5. La Obra de las Hijas de María Inmaculada para el Servicio Doméstico; impulso comunicado por el P. Falgueras.—6. Los Ejercicios, particularmente en Casas Religiosas.—7. Virtudes especiales del P. Falgueras: su alegría santa y su modestia; frutos exquisitos de su trato.—8. Confesor y director espiritual.—9. Fragmentos y dictámenes.—10. Su piedad, su espíritu de oración y su devoción eucarística.

1. El día 11 de enero de 1912, el P. Antonio María Falgueras escribía desde el Colegio de San Ignacio, de Santiago de Chile, a los Padres de la Residencia de Valparaíso, notificándoles que por disposición del Superior de la Misión, el R. P. Ramón Crexáns, había dejado de ocupar el cargo de Superior de aquella Casa, en el que le sustituiría el P. Santiago Solá (1).

En cuanto a él mismo, les comunicaba que estaba destinado a formar parte de la Comunidad del Colegio de Santiago.

El Colegio de San Ignacio, a que se refería el P. Falgueras, es uno de los más importantes que ha tenido la Compañía de Jesús en las naciones de Sudamérica.

En efecto. Se trata del primer internado, que los Jesuítas

(1) El P. Santiago Solá era ya de edad madura (contaba 62 años), y acababa de desempeñar el cargo de Rector del Colegio de la Inmaculada Concepción, de Santa Fe.

de los tiempos modernos, han establecido no sólo en Chile, sí que también en sus países limítrofes, ya que abierto en 1856 (2), ha continuado su camino progresivo hasta nuestros días, a pesar de las pruebas difíciles que ha tenido que superar, provenientes, en gran parte, de la emulación de la enseñanza oficial, y manteniendo su fama de centro educativo seriamente católico, por lo cual ha merecido siempre la confianza de la piadosa sociedad chilena (3).

Era Rector del Establecimiento, el día 11 de enero de 1912, cuando el P. Falgueras fué incorporado al Colegio de San Ignacio, el P. Santiago Solá, quien fué sustituido, en su cargo, a los tres días (14 de enero) por el P. José Reverter, que gobernara ya el Colegio del Salvador, de Buenos Aires (4).

Fué, pues, desde luego, el P. Reverter, hombre ecuaníme y de grandes dotes de gobierno, el superior inmediato del P. Falgueras, a quien secundaba, como Ministro, en la dirección de la Comunidad, el R. P. Ramón Angla, religioso de virtud no común, al que acompañó en vida y sigue acompañando después de su muerte, la fama de santidad (5).

Siempre ha sido muy extenso el campo de acción cultivado por los Padres Jesuitas del Colegio de San Ignacio, además de la enseñanza y educación del alumnado de sus aulas, a las que asisten no menos de 600 jóvenes (6), y del exquisito cuidado con que prosiguen cultivando a sus ex-alumnos con Congregaciones, Academias, instituciones de apostolado y caridad.

Por entonces, ultra del cultivo espiritual del público numeroso que acudía a la espaciosa iglesia de la Compañía, atendían los Padres a la dirección y al fomento de algunas obras especiales,

(2) El de Santa Fe, que es el más antiguo de la Argentina, data del año 1862 y el de Buenos Aires, de 1868.

(3) Son innumerables los ex-alumnos del Colegio de San Ignacio, de Santiago de Chile, que por su actuación o por su saber han prestado valiosos servicios a la Iglesia y a la Patria. En 1936, en que trazamos estas líneas, sólo los miembros del clero secular, que han frecuentado sus aulas, pasan de 50, siendo seis de ellos Arzobispos u Obispos. En la Compañía de Jesús han entrado más de 40 alumnos. Los profesionales, es a saber, abogados, médicos, ingenieros, etc., se cuentan por centenares. Aun los políticos más ilustres, conductores o representantes de pueblos: diputados, senadores, intendentes, gobernadores, embajadores, sin excluir la Presidencia de la República de Chile, tienen un porcentaje notable de ex-alumnos de San Ignacio (Véase el "Catálogo de los alumnos del Col. de San Ignacio, desde su fundación 1856 hasta 1926", publicado en Santiago, con motivo del 70.º aniversario de su fundación).

(4) En aquella fecha, la Comunidad religiosa del Colegio de San Ignacio contaba 24 sacerdotes y 18 hermanos Coadjutores.

(5) El P. Ramón Angla falleció en Valparaíso, el 7 de julio de 1933.

(6) Actualmente cuenta también, hace ya unos 17 años con un Instituto nocturno obrero, al que asisten unos 300 alumnos de 15 a 30 años.

que por diversos motivos se habían establecido en aquella Casa y Colegio. Estas eran, principalmente, el Apostolado de la Oración, el Centro Misional de San Francisco Javier y la Asociación de Maestras Católicas.

2. El P. Falgueras iba precisamente a ponerse al frente de las dos últimas obras mencionadas.

El "Centro Apostólico del Corazón de Jesús" o "de San Francisco Javier" o, simplemente, "Centro Apostólico", que por todos estos nombres es conocido, aun en documentos oficiales (7), es una obra genial y de largas miras apostólicas, debida el espíritu santamente inquieto del P. Bartolomé Mas, de la Compañía de Jesús, y fué fundado en 1896.

Chile, país de profunda raigambre católica, y de los pueblos hispano-americanos, que más han podido y sabido conservar las esencias vitales y vivificadoras del Catolicismo, transmitidas por España, aun cuando cuenta con un número de sacerdotes relativamente alto, en comparación de otros pueblos del Nuevo Mundo, con todo, es indudable que dada la extensión de sus parroquias y lo diseminado de su población, está aun muy lejos de poderse tranquilizar sobre el cultivo espiritual del pueblo del campo, no por otro motivo sino por la imposibilidad material de realizarlo (8). ¿No habría algún medio de sistematizar, digámoslo así, ese cultivo, aunque fuese de un modo algo intermitente, pero seguro, y, en cuanto fuese posible, eficaz? A esta necesidad respondió la creación del Centro Apostólico, muy semejante a su similar del Uruguay, el cual brotara cabalmente por contacto moral con el de Chile (8*), cuyo objeto sería proporcionar misiones, en las parro-

(7) El Sr. Arzobispo de Santiago, en su decreto aprobatorio de la Sociedad, fechado el 27 de agosto de 1896, lo denomina "Centro Apostólico del Sagrado Corazón"; en el Reglamento para el buen régimen interno de la Institución, se llama "Centro Apostólico"; y en el mismo se afirma que el Centro está puesto bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús, y que San Francisco Javier es el Patrono principal, lo cual pudo dar lugar al equivoco. Finalmente hay aún otra modificación del nombre, en el Decreto del Sr. Presidente Montt, de 11 de noviembre de 1908, por el cual se aprueban los Estatutos; pues allí se le denomina así: "Centro Apostólico de Santiago".

(8) El P. Alberto Hurtado, Jesuita chileno, acaba de publicar un opúsculo interesantísimo, titulado: "La crisis sacerdotal en Chile", en que demuestra la urgente necesidad que tiene Chile de aumentar el número de sus sacerdotes, entre otras razones por la imposibilidad en que se halla de cultivar sus extensas parroquias de campo.

(8*) El P. Francisco Costa, S. J., trabajaba en Chile, junto con el P. Bartolomé Mas, fundador del Centro Apostólico, como se ha dicho, cuando fué llamado al Uruguay para acompañar al Sr. Obispo, Mons. Pío C. Stella, en las misiones de la campaña. Dedicado a aquel ministerio, pronto comprendió que convenía instalar en el Uruguay una obra parecida a la de Chile; y aprovechando una tanda de Ejercicios a señoras, en agosto de 1896, lanzó la

quias más apartadas o necesitadas de Chile. La idea era grandiosa, al menos por sus proyecciones; pero no le faltó empuje al celo del P. Mas para planearla y ponerla en marcha.

La obra tendría una organización muy sencilla. Estaría constituida por una selecta porción de señoras, encargadas de recoger limosnas en privado y de depositarlas cada mes en la caja general, dando cuenta a la Junta directora de las cantidades recaudadas. Estos fondos y los que se reuniesen por medio de legados píos o suscripciones, servirían para enviar misiones a puntos, que no pudiesen ser debidamente atendidos, a proveer de ornamentos, vasos sagrados, etc., a aquellas iglesias, que por su pobreza no pudiesen celebrar los actos del culto divino con la decencia debida, y, finalmente, para la difusión de libros de propaganda, etc., a fin de contrarrestar la perniciosa influencia de la prensa impía o herética, muy perjudicial en algunas regiones de Chile (9).

Como se comprende, la gran obra del Centro Apostólico eran las Misiones. Prácticamente eran una concesión hecha a los Prelados o Párrocos, que solicitaban con anticipación y para tiempo determinado, tantas y tales misiones para sus diócesis o parroquias, y, según fuesen las posibilidades económicas de que disponía el Centro, se otorgaba la demanda. Naturalmente que no eran siempre los Padres Jesuítas los que daban las Misiones, pues no les hubiera sido posible. Entraban a la parte en la labor; pero

idea de fundar allí un Centro Apostólico, y su palabra cayó en tan buena tierra, que el 17 de agosto de aquel año, quedó fundado el Centro. **JUAN F. SALLABERRY, S. J.**—"Centro Apostólico de San Francisco Javier, en el XL aniversario de su fundación", pág. 5.

(9) "Quien conozca lo que son las parroquias rurales de Chile, y cuán diseminada está la población en asentos y caserios (algunos de los cuales distan 8, 10 y 15 leguas del centro parroquial), podrá formarse idea bastante exacta de la necesidad e importancia de esta obra de procurar misiones a millares de fieles, que, como ovejas sin pastor, andan descarriadas por montes y valles. Y a la verdad, ¿qué puede hacer por ellas un solo sacerdote, (que de ordinario no suele haber más en cada feligresía), teniendo tantas almas a su cargo? ¿Cómo podrá confundir a los perversos, sostener a los vacilantes y confirmar en la fe a los creyentes? Y ¿cómo podrá remediar los daños que causan el matrimonio civil, la prensa impía, la mala enseñanza, la masonería y el protestantismo? Por eso urge hacer todo lo posible para prestar algún auxilio a esos heroicos sacerdotes del clero parroquial, ayudándoles a levantar el espíritu de sus feligreses y proveyéndoles de todo lo necesario y conveniente para el culto divino, a fin de que, por causa de la demasiada pobreza, no se retraigan de acercarse al templo los que atienden más al brillo exterior de las funciones que a la solidez de las virtudes cristianas. Por estos motivos es tan apreciada esta obra del Centro Apostólico por todos los católicos y especialmente por los señores Obispos, que acuden con frecuencia al Centro para las necesidades espirituales y aun temporales de sus iglesias".—**Cartas Edificantes de la Asistencia de España**, tom. 3, pág. 214.

en ella entraban también otras varias Congregaciones religiosas y aun sacerdotes seculares (10).

Esta fué la obra, cuya dirección estuvo en manos del P. Falgueras, desde 1912 hasta 1914.

Nada más a propósito, que una empresa de tal naturaleza, para proporcionar pábulo al celo ardoroso de su espíritu.

Los datos oficiales del movimiento del Centro en aquellos años, han quedado conservados en las Memorias anuales presentadas al Directorio, al finalizar el ejercicio de cada año. Ellas, en la sencilla elocuencia de sus números, nos dan alguna idea del empuje de la obra. Aduciremos una sola Memoria, la de 1914, perteneciente al último año, en que intervino el P. Falgueras.

Según ella, la Sociedad fué favorecida aquel año con la fundación de dos misiones legadas por las Sras. Presidenta y Vicepresidenta, doña Mariana Brown de Ossa y doña Carmen Ramírez de Barnard. Además, recibió otros varios legados: de la señora Doralisa Solís de Román, 1000 pesos; de la señorita Mercedes Rivas Cruz, 910 pesos; de la testamentaria de D. Ignacio Ureta, 500 pesos; de la señorita Eulogia Urzúa, 470 pesos. Del Gobierno de la República, 16.000 pesos. La Memoria contiaba así:

“Preparó el Centro este año hojas y opúsculos de propaganda católica sobre diversos temas y una persona, antigua bienhechora de nuestra Sociedad, costeó una edición de doscientos y treinta mil ejemplares. Estas hojitas circularán por los extremos de la República y han merecido los más encomiásticos elogios.

“Entre las obras llevadas a cabo este curso por el Centro Apostólico, se cuentan el haber contribuído con 1000 pesos para la reconstrucción de la iglesia parroquial de Puerto Varas y con 120 pesos para ayudar a construir una capilla en Linares. Ha dado a la Obra de los tabernáculos de Copiapó materiales de valor de 200 pesos, para que esta Sociedad prepare ornamentos a las parroquias necesitadas de la Serena. El Centro Apostólico ha distribuído a los Catecismos de las Parroquias, más de 200.000 premios y ha concedido 150 Misiones.

“De las cartas recibidas este año de los misioneros envia-

(10) Desde sus comienzos, el Centro Apostólico tuvo su Reglamento interno, en el que se hacía constar que el Director del Centro sería siempre un Padre nombrado por el Rector del Colegio de San Ignacio, a cargo de quien correría la dirección espiritual del Centro (Estatutos del Centro Apostólico, pág. 7). Los Estatutos propiamente tales del Centro Apostólico, vigentes en la actualidad, llevan la fecha de 21 de noviembre de 1908. Ellos sirvieron de base para alcanzar la personería jurídica de la entidad, publicada bajo el núm. 2.895.

dos por el Centro Apostólico, se desprenden los siguientes datos:

“Confesiones oídas este año, 50.854; Bautismos administrados, 1.350; Matrimonios celebrados, 538; Confirmaciones, 13.084.

“Algunas de estas misiones se dieron en puntos, donde hacía muchos años que no se misionaba, y otras en lugares apartados, a donde nunca había llegado la voz del misionero” (11).

De la Memoria anterior se desprende que aquel año de 1914, concedió el Centro 150 Misiones rurales (12) y que el Gobierno de la República de Chile subvencionaba, en aquella sazón y con generosidad, la obra evangélica de la institución. Además, se consigna en ella la celebración de una espléndida Exposición de objetos y ornamentos sagrados para conmemorar el recuerdo centenario del Restablecimiento de la Compañía de Jesús (13), hecho demostrativo del afecto del P. Falgueras a la Compañía, que no le permitía desperdiciar las ocasiones que se le ofrecían para manifestarlo.

Pero lo que más importaría al historiador sería un itinerario de las misiones, en que el mismo P. Falgueras tomó parte personal como “predicador incansable”, recorriendo “casi todo nuestro territorio en penosas misiones” (14), derramando a manos llenas la semilla de la palabra de Dios, convirtiendo pecadores, alentando a las almas piadosas y edificando a todos con sus ejemplarísimas virtudes (15). Este itinerario no se escribió; sin duda por

(11) **Cartas Edificantes de la Provincia de Aragón**, año 1914, n.o 2, pág. 131.

(12) El desenvolvimiento del Centro Apostólico de Santiago ha permitido, en los últimos años, elevar de mucho el número anual de Misiones rurales. Así, al comenzar el año actual de 1936, en que escribimos estas líneas, el Centro tenía ya concedidas 250 misiones. “He aquí el resultado de los últimos meses de 1935: Bautismos, 2.695; matrimonios, 729; comuniones, 46.473; conversiones, 314; confirmaciones, 2.264. En 1935 envió el Centro más de 23.000 premios para Catecismo y regaló más de 100 ornamentos completos y numerosos vasos sagrados y ostensorios”. **Noticias de la Compañía de Jesús para sus bienhechores y amigos**; Buenos Aires, julio de 1936.

(13) La Compañía de Jesús fué restablecida por Decreto del Papa Pío VII, el 7 de agosto de 1814.

(14) **RAFAEL LIRA INFANTE**, Pbro., hoy Obispo de Rancagua.— **Oración fúnebre en honor del Rdo. P. Antonio M. Falgueras, S. J.**, pág. 9.

(15) Hablando de su actuación evangelizadora, decía así el Rdo. Dr. D. Rafael Lira Infante, en la **Oración fúnebre** citada: “De sus labios fluye con la sencillez evangélica, la palabra de la verdad, que conmueve y convierte a miles y miles de pecadores que arrepentidos de sus extravíos, llegan a confesarlos/ con dolor, al Padre que los recibe con entrañas de piedad y que con saludables consejos los hace ajustarse a las salvadoras máximas cristianas. En todas partes cautiva y atrae con el perfume de su modestia y de su virtud no común. En esas correrías apostólicas ha podido conocer de cerca la necesidad y la utilidad de las misiones, especialmente en las apartadas regiones del norte y del sur de la República, y por eso supo dirigir con acierto la benéfica Asociación del Centro Apostólico, a quien dió vida con clara visión del porvenir, el corazón magnánimo de otro gran hijo de Ignacio de Loyola, el Rdo. Padre Bartolomé Mas, de inolvidable recuerdos en los fastos de nues-

parecer cosa ordinaria y vulgar en la vida extraordinaria del santo Misionero, envuelto siempre por el velo de la modestia y humildad. Con todo, por algunas referencias contenidas en los documentos domésticos (16), aparece la actividad del P. Falgueras recorriendo materialmente la República. Son unas veinte misiones que dió, según constancias, los tres primeros años de su permanencia en Santiago, en que estuvo él al frente del Centro, destacándose las de Rautén, Pichidegua, Huelquén, Codegua, La Calera, etc., etc., es decir, fundos o aldehuelas, habitadas por colonos o peones adheridos al fundo y formando algo así como un pequeño feudo señorial o patronal. Ni se crea que el P. Falgueras dejó de misionar los años subsiguientes; pasan de 90 las misiones rurales, de que se hace mención en los documentos del Colegio, en las que intervino total o parcialmente el P. Falgueras. Entre ellas fueron muy favorecidos los fundos de los señores José M. Larraín, Manuel Larraín, Carlos Irrarrázabal, Vicente G. Huidobro, Teresa G. Huidobro, Nicolás González, Manuel Fernández, Manuel Benítez, Correa, Vergara Manterola, Josefina Ruiz Tagle, José M. Ruiz Valledor, Dolores Echeverría Carvallo, Eduardo Marín, Guillermo Acuña, Blas Vergara, Silvestre Ochagavía, Rosa Fernández, Ismael Pereira, Mercedes L. de Serrano, Javier Eyzaguirre, María Trinidad Ramírez. La última que dió fué el año en que murió, enero de 1924, en Algarrobo, pequeño puerto del departamento de Casa Blanca, llamado en otro tiempo **Caleta de Talca** (17).

Al rededor de este ministerio misional, no faltan testimonios de sus conocidas austeridades, las cuales no se contentó con practicar en el recogimiento de los colegios o casas de estudios y formación, sino que las prosiguió en el trasiego de la vida apostólica, aun con peligro de que trascendiesen al medio secular y heterogéneo que le rodeaba.

He aquí algunos.

"La señora Trinidad Ramírez de Rivas, en cuyos fundos de Semita y La Cisterna daba misiones con mucha frecuencia, me afirmó que en todas ellas el P. Falgueras no había hecho uso de

tra historia. El Padre Falgueras impulsó como Director, con vivísimo celo, esta obra que produce bienes de todo género, difundiendo en todas partes la luz del Evangelio".

(16) *Diario del Colegio de San Ignacio (Santiago de Chile)*, de 1912 a 1924, *passim*; *Historia domus y Litterae annuae Collegii St. Ignatii*, de los mismos años (Archivo priv. del Col. de San Ignacio, de Santiago de Chile).

(17) Véase el *Diccionario geográfico de la República de Chile* por FRANCISCO SOLANO ASTABURUAGA, pág. 8.

la cama; por lo tanto que había tomado su descanso en el suelo, después del fatigoso trabajo del día”.

“La señora Laura Manterola de Vergara, en cuya hacienda de Concón daba misiones anualmente, me decía que ella tenía la certeza de que el P. Falgueras no dormía en la cama, y por eso, por precaución, le dejaba a los pies del catre una frazada, pensando que pudiera servirse de ella para cubrirse en el suelo”.

“En otro fundo, donde iba a dar misiones, me contaba la señora que estando una de las niñas de la casa en los altos, precisamente sobre la pieza que en los bajos ocupaba el Padre, sentía que sonaba el despertador a las tres de la madrugada, y pocos momentos después, le oía darse una dura y prolongada disciplina. En esta hacienda parece que usó la cama, pues observaron las sábanas llenas de manchas de sangre, y otro día le sorprendieron lavando dichas manchas.

“Esta misma señora contó que uno de los últimos días de la misión confesó el Padre sin interrupción hasta las diez de la noche. Se le había hecho, como era natural, guardar comida; pero él no la aceptó; sólo admitió una taza de café puro, sobre la cual quebró un huevo. La señora no conformándose de que fuera a tomar como único alimento algo tan repugnante, le ofreció otra cosa; pero él le contestó: “es igual una cosa que otra; se come por alimentarse” (18).

La señora Trinidad Ramírez de Rivas, que acaba de citarse, rinde testimonio de que dando el P. Falgueras una misión en su hacienda de Semita, para asegurar el fruto espiritual de ella, ordenó una solemne procesión de penitencia. Al efecto se cargó él mismo de una pesada y tosca cruz de madera, colocó sobre su cabeza una corona de punzantes espinas y colgó a su cuello una gruesa cadena. Esta cadena, afirma la señora, que ella le obligó absolutamente a quitársela. Con su cruz, pues, sobre sus hombros y su corona de espinas, se dió principio a la procesión, que tenía por objeto recorrer las estaciones del *Vía Crucis*. El trayecto fué largo y en cada estación el Padre se postraba en tierra (19).

El P. Falgueras no era orador, por lo menos en el sentido que vulgarmente se da a la palabra: plan más o menos ingeniosamente preconcebido, orden de argumentos, ornato de imágenes, se-

(18) CARMELA RODRIGUEZ ROZAS.—Apuntes sobre la vida del P. Antonio M. Falgueras; parte 1.a.

(19) Aduce este testimonio CARMELA RODRIGUEZ ROZAS, en los Apuntes citados.

lección de lenguaje y flores de figuras de dicción; nada de eso; pero en cambio, su elocuencia sencilla y de santo subyugaba a sus oyentes y los penetraba de sus propios sentimientos y de su propia santidad. "Lo vi llegar a un apartado sitio, escribe D. Alejandro Lira, en donde yo pasaba algunos días de descanso, en medio de una naturaleza vigorosa y sana. Iba a dar una misión en compañía de otro Jesuita. El vasto templo se veía atestado de gente; por sus puertas desbordábanse los fieles de la aldea, los operarios de la fábrica, los inquilinos de los fundos cercanos. Llegó el momento del sermón. El Rdo. P. Falgueras que, de rodillas oraba al lado del altar, se paró abstraído, como si aun continuara su oración; mezclada la palidez y la dulzura en su semblante, avanzó algunos pasos hacia la reja del comulgatorio; y de pie, comenzó su alocución, suave y reposadamente. A medida que iba entrando en materia, su voz iba tomando por momentos tonalidades nuevas, inflexiones más sonoras. Al influjo de su palabra, algo extraordinario flotaba en el ambiente. Es que había en sus conceptos tanta sencillez como profundidad; es que era su lenguaje la expresión genuina del sentimiento y de la unción; es que el P. Falgueras en esos momentos, se transfiguraba... (20).

Y el Rdo. P. Antonio Hernández, religioso del Purísimo Corazón de María, que acompañó al P. Falgueras, en varias de sus correrías apostólicas, habla de ellas y de la oratoria del Padre, en estos términos:

"Vosotros lo visteis recorrer infatigable de norte a sur de la República, con el crucifijo en el pecho y la palabra evangélica en sus labios. Para él no había distinción de pueblos, ni de clases sociales; lo ví abrazarse en las misiones con la gente pobre y mal oliente de los campos. Para él los cuerpos no eran nada, buscaba las almas, y éstas todas son lo mismo, imágenes del Dios santo. Su palabra ardorosa no tenía rebuscamientos literarios, no era artista; pero latía en el aire de sus sermones un fondo de sinceridad tan atrayente, revestíase su semblante con una alegría tan fascinadora, que oyéndole, más de una vez dije para mis adentros: así hablaría el Maestro Juan de Avila. Y porque no predicaba "*in persuasibilibus humanae sapientiae verbis*", sino con la verdad enérgica del Evangelio, nadie se le resistía, el clero, distintas Ordenes religiosas, señoras y señoritas de lo más alto de nuestra sociedad, el chileno magisterio femenino, el bajo pueblo, todos le oyeron o en los Ejercicios espirituales o en novenarios o en misiones o en

conferencias... y todos salían diciendo lo mismo: ¡Es un santo! ¡Un hombre todo de Dios!" (21).

Ni faltaban en aquellas misiones hechos extraños, que daban lugar a sospechar una intervención muy providencial y aun sobrenatural. También ocurrió en Semita lo que vamos a referir.

"Fué llamado el P. Falgueras a confesar a un inquilino, que se encontraba gravemente enfermo. La señora Rivas sabiendo que la vivienda de aquel pobre estaba a tres leguas de las casas del fundo, y por lo tanto, a una hora, a galope de caballo, juzgó prudente rogarle que no fuera hasta después del almuerzo; pero no condescendió, pues se trataba de salvar un alma, y partió inmediatamente. Asegura la señora Rivas que veinte minutos después de salir, vió con asombro regresar al Padre, a quien preguntó si había desistido de ir a confesarlo. Pero le contestó que había ido y que lo había confesado y que inmediatamente después de absolverlo, había muerto. Preguntado el mozo que lo había guiado, respondió que él lo único que podía afirmar era que en aquel corto espacio de tiempo habían ido y vuelto. ¿Cómo había sido aquello? No se lo explicaba el mozo ni la señora Rivas; por lo cual esta última creyó siempre que se trataba de un hecho extraordinario o de un verdadero milagro" (22).

Pero la obra apostólica del P. Falgueras no se ciñó a las parroquias rurales y a los fundos chilenos. Ciertamente que amó este ministerio por ser obra de especial dificultad, y en donde sus ansias de sacrificio por las almas hallaban mayor satisfacción; con todo, no se negó a púlpito alguno, sobre todo cuando intervenía la voluntad de sus superiores; y así le vemos predicar aun en la catedral de Santiago, donde dió, en 1912, el novenario de Dolores, y en San Ignacio, donde predicó varios años la novena del santo Fundador de la Compañía de Jesús y la misión, que solía darse aquellos años, por los meses otoñales. En lo que se ejercitó menos fué en la especie de predicación denominada panegírico, por creerlo tal vez menos eficaz para el fruto espiritual, que él principalmente pretendía. Así que sólo incidentalmente le vemos predicar uno que otro, v. gr., el del Nombre de Jesús, el de San Francisco de Borja, Santa Margarita María de Alacoque, Santa Magdalena María Barat y pocos más. En cambio, no se cansaba de predicar sobre la sagrada Pasión, pero prefiriendo un auditorio humilde, como el de San Saturnino, en Santiago, el de Chuchunco

(21) Oración fúnebre ya citada.

(22) CARMELA RODRIGUEZ ROZAS.—Apuntes citados.

y La Calera, en el campo, a donde solía ir todos los años, por Semana Santa (23).

3. En la Memoria del Centro Apostólico citada poco ha, recordábase que en 1914, se habían dado Ejercicios para Maestras en Santiago, Valparaíso, Talca, Temuco, Puerto Montt y Copiapó (24).

Este hecho, que no parece encuadrado en las actividades del Centro, nos lleva a otro campo de acción apostólica, en que trabajó empeñosamente el P. Falgueras por espacio de doce años.

En 1903, el mismo P. Bartolomé Mas, que había dado vida al Centro Apostólico de San Francisco Javier, puso también los fundamentos de otra obra de gran aliento, titulada: "Maestras de Chile". Su objeto era, según atestiguan los "Estatutos y Notas Reglamentarias de la Institución", presentadas al Supremo Gobierno, en 1906; para obtener la personería jurídica de la entidad (24*): "el socorro y protección de las Maestras de Chile". Según los mismos estatutos, el Directorio debía estar presidido por un sacerdote elegido por los miembros de la institución (Título VIII, art. 8), cuya intervención se debía sentir en todo el funcionamiento de la obra y cuyo fallo sería siempre inapelable, al tratarse de la administración de los bienes de la Sociedad (Títulos adicionales). Además, la Sociedad reconocía como Patronos al Sagrado Corazón de Jesús y a Nuestra Señora de los Dolores (Tít. X, art. 13). En realidad, se trataba de conservar y fomentar el espíritu cristiano de una clase tan importante para la educación pública y recta orientación del pueblo chileno, como las maestras, oficiales o particulares.

La República chilena trabajada por el laicismo oficial, que en mala hora se introdujo en las leyes de un país, que gozaba del bien inapreciable de la unidad religiosa, en el seno del Catolicismo, a excepción de algunos núcleos extranjeros, que tampoco eran antireligiosos, elaboró inconscientemente con sus propias manos el veneno que debía atosigar las corrientes vitales de su existencia intelectual y moral; porque esto ha sido para Chile, como para todas partes, la escuela laica; pero como era inútil esperar el remedio del mal, de Gobiernos liberales, que creían haber llegado al

(23) Todos estos datos están tomados del **Diario del Colegio de San Ignacio**.

(24) **Cartas Edificantes de la Provincia de Aragón**, año 1914, n.o 2, pág. 132.

(24*) El decreto del Supremo Gobierno, que lleva el núm. 2928 y la fecha de 15 de septiembre de aquel año, está refrendado por la firma del Sr. Rlesco, como Presidente de la República de Chile.

pináculo del progreso con su laicismo educacional, fué la Iglesia la que, empleando todos los medios de que pudo disponer, se lanzó a la lucha cultural cristiana, creando variadas, extensas y eficaces instituciones, con que contrarrestar, en lo posible, los efectos desastrosos de las leyes de instrucción y educación laica, que, paso a paso, y a corto plazo, debían producir el desastre moral y social de Chile.

Una de estas instituciones fué la denominada "Maestras Chilenas", fundada por el propio P. Bartolomé Mas y dirigida, desde 1912, por el P. Antonio M. Falgueras.

Ya desde su actuación en Valparaíso, pero mucho más desde que se puso al frente del vastísimo trabajo misional del Centro de Santiago, comprendió la trascendencia de aquella obra, como aliada de su labor evangélica, y se entregó a ella con su fervor característico. "Cayó en la cuenta, dice el P. Antonio Hernández, que el árbol del saber aquí en Chile, de una treintena de años a esta parte, está con las raíces podridas. No puede fructificar con holgura. El magisterio público se niega a pronunciar el nombre de Dios en las escuelas. La parte oficial como que quisiera declararse atea. Y ¿qué hace nuestro infatigable apóstol? Ahonda en la tierra, busca la raíz del árbol, el magisterio, y lo cultiva esmeradamente, con un cariño predilecto, y en pocos años, de uno a otro extremo de la República, vese surgir llena de vida la institución de Maestras Católicas de Chile" (25).

La ingerencia del P. Falgueras en la obra de las Maestras de Chile fué múltiple, como lo es la de un vigilante Director y celoso P. Espiritual, a quien no impulsa otro ideal que la mayor gloria de Dios y el bien mayor del prójimo.

"Ante la aplicación de los Estatutos, afirma la señorita Adriana Echeverría, Secretaria del actual Directorio, era el P. Falgueras rígido e inflexible por decirlo así, en el sentido de velar por la integridad de la obra. Cuando la socia venía a solicitar un subsidio sin derecho, lo negaba; pero, su corazón caritativo sabía ingeniarse de mil maneras para hacerle llegar el recurso sin comprometer ni tocar los fondos de la Sociedad. Así refiere una socia que habiéndole negado el Padre el subsidio y viendo él que tenía derecho pero que su caso no estaba contemplado en los Estatutos, sacó de su bolsillo la mano llena de billetes y le obligó aceptar. Y así muchas socias que llegaban sin derecho donde él se retiraban bendiciéndole.

“Era apegado como el que más a la tradición y no permitía que ninguna de las festividades del Sagrado Corazón, Los 7 Dolores de la Sma. Virgen, Patronos de la Institución, y actos literarios con motivo de aniversarios o término de Ejercicios, dejasen de ser celebrados con toda solemnidad; con qué diligencia y afán se lo veía preparar y disponer todo, con cara sonriente presidir las fiestas, y siempre se le oía decir que el entusiasmo necesitaba ser contagiado para que las socias se conocieran, amaran y ayudaran con caridad fraterna.

“Fiel guardador de los fines de la Institución, era severo en velar que los fondos se dedicaran exclusivamente a socorros mutuos, así, cuando se trataba de necesidades urgentes y ajenas a estos fines constantemente encontraba de manera providencial el dinero en sus bolsillos. En la formación de la Biblioteca pudimos palpar un caso análogo: urgiéndole unos estantes, sacó de su bolsillo precisamente los seiscientos pesos que costaron los cuatro muebles que necesitaba.

“Dedicaba el Padre los días lunes para despachar su copiosa correspondencia y ordenar la tarea semanal; de su puño y letra ordenaba los libros de cada Centro, para ayudar a las Directoras y simplificarles el trabajo. Sorprendía siempre a las personas citadas para ayudarle, el semblante de maceración con que aparecía ese día, como si la noche del domingo la hubiese pasado en continua penitencia y mortificación.

“Su celo por la mayor gloria de Dios lo llevaba a no medir jamás el sacrificio y poner constantemente en juego su salud. Después de visitar todos los Centros del Norte, para lo cual necesitó navegar varios días, pasó una cuenta de \$ 14.— (catorce pesos), por pasajes. Sorprendido el Directorio sobre qué había hecho el Padre para tomar ese pasaje a tan ínfimo precio, cuál no sería la impresión y edificación al saber que las noches las había pasado tirado sobre cubierta (26).

“Con paternal solicitud alentaba a las socias con su palabra, las sostenía con sus consejos y se interesaba por ellas, con toda la ternura de su corazón de apóstol. Esta solicitud llegó a términos inverosímiles, cuando se trató a las veces de salvar almas, que se hallaban al borde del precipicio; en estos casos todo era poco para él: cartas, viajes, gastos, afanosa búsqueda de empleos, en fin, una protección resuelta y decidida de sus clientes. A la Sociedad, en general, dábales Ejercicios, les procuraba días de

(26) El Rdo. P. Antonio M. Falgueras en la Institución “Maestras de Chile”. Informe del Directorio.

retiro; y recorría una a una las principales poblaciones de Chile, por entre las espinas de mil dificultades, a fin de dejar instalados en todas partes sus tan queridos centros de Maestras. Veintidos de ellos, ubicados en las diferentes provincias del país y todos en estado floreciente, dejó al morir el P. Falgueras en 1924" (27).

Resumiendo la intensa y extensa labor del P. Falgueras en el desenvolvimiento armónico de la Institución que nos ocupa, exprésase así la Secretaria del Directorio:

"Supo el Rvdo. Padre Falgueras, identificarse en tal forma al espíritu de su Fundador, que aparece como un alma gemela a la suya, con formas exteriores más severas y concentradas. Dotado de mirada sintética y comprensiva, su celo apostólico lo lleva a límites no imaginados: **Asegura** el Capital de la Sociedad, convirtiendo sus fondos en Bonos Hipotecarios con tal acierto, que ya el año 1916 está casi duplicado y a su muerte cuadruplicado. **Forma** el Archivo de la Institución, recolectando reseñas históricas y todo lo que contribuyó a dar vida a esta Obra, desde el año 1895, hasta su fundación el año 1903. **Ordena por orden** cronológico las Actas, Originales de Estatutos, Personería Jurídica, Documentos preciosos sobre su desenvolvimiento, etc., etc.; de suerte que gracias a su labor paciente y tesonera, puede uno apreciar esta Sociedad y considerarla como no otra cosa que providencial, cuando mide los obstáculos y persecuciones con que fué bendecida por Dios desde su nacimiento, y la labor enconada de los gobiernos que se sucedían hostiles por demás a la causa de la Religión. **Fija** las normas

(27) Una de las obras culturales que el P. Falgueras deseó para su Institución "Maestras de Chile" fué una Biblioteca especial, que respondiese a los ideales de la obra. "Efemérides Marianas", en su núm. de septiembre de 1925, se expresaba así: "En agosto del año pasado, el Rdo. P. Falgueras se afanaba con solícito cuidado, aun cuando en realidad las fuerzas le traicionaban, en formar una Biblioteca para la Institución "Maestras de Chile". Con grandes sacrificios obtuvo el feliz resultado de reunir libros y dinero para estantes, etc... Cuando sólo le faltaba inaugurarla cayó al peso de su obra". Sin embargo, la Biblioteca fué adelante y se inauguró, con un acto literario, el día 13 de junio de 1925, en la Casa del Apostolado Popular, dándole el título de **Biblioteca Antonio M. Falgueras**. En aquel acto, la señorita Clotilde Díaz, del directorio de la Institución, se expresaba así: "La Biblioteca Antonio Falgueras, que abrimos con este acto brillante, está destinada a honrar la memoria santa y gloriosa del insigne hijo de Loyola que dió vida a nuestra Institución, siendo de ella la cabeza dirigente y el corazón caldeado, que la mantuvieron en tanto prestigio hasta destacarse con vida e irradiaciones propias en el noble concierto de las Instituciones benéficas y culturales de todo el país.

La Sociedad "Maestras de Chile" debe al Rvdo. P. Falgueras, su vida y su gloria, y cual hija agradecida, hoy quiere dejar constancia de ello, dando su nombre a la Biblioteca que inaugura, la que se encargará de repetir a cuantos pasen sus umbrales el nombre querido del más destacado de sus Directores y de hacer sentir los latidos filiales de la corporación, que quiere perpetuar su memoria y honrar sus virtudes".

en que se ha de regir la Tesorería con profundos conocimientos prácticos fruto de su dedicación constante, y hace que esta labor de suyo ingrata y pesada pueda desenvolverse y prestar en justicia el socorro a cada socia, que con derecho viene a solicitar. **Regulariza** para cada Centro los Ejercicios Espirituales. **Aumenta** a veintidos el número de Centros, y esta tarea bien puede ser calificada de titánica por cuanto le supone sacrificios y sinsabores sin cuento. Sin darse tregua ni reposo **recorre** varias veces de un extremo a otro la República, para hacer sentir su presencia en el corazón de cada Centro, buscando y afanándose siempre en seleccionar a las Maestras, cual otro Javier, fiel a la consigna: que basta la llama de un apóstol para regenerar una región. Y, mientras permanece en Santiago, **mantiene viva correspondencia** con cada núcleo de Maestras, atendiendo hasta sus más nimias necesidades, y con diligencia paternal prepara todo aquello que de alguna manera pueda satisfacer sus deseos como la casa Pensión para Maestras en Santiago y las facilidades brindadas para las que quisieran veranear en Valparaíso. Disponiendo así con su sabia dirección un ejército bien disciplinado, que fuese capaz de impedir la laicización y decristianización de la familia, que ya en esa época comenzaba a inquietar su corazón de apóstol" (28).

Por esto fué tan honda la huella que dejó impresa el P. Falgueras en su obra tan amada "Maestras de Chile"; por esto cuando al partir de este mundo todos recordaban las deudas contraídas con aquel varón admirable, que había sembrado el bien a manos llenas, por todos los caminos de su vida, podían escribir ellas en su publicación oficial: "Más que nadie — preciso es decirlo — le debe generosos desvelos y sacrificios la Institución "Maestras de Chile". Trabajó en bien de ellas hasta que la enfermedad le postró en el lecho. No descansó su mano protectora, sino cuando la inmortalizó la muerte. Verdaderamente la Institución de Maestras, al ver partir al cielo a su celoso Director, ha sentido toda la pena de una triste horfandad. Las "Maestras de Chile" y en particular las que forman su Directorio, hemos despedido al eminente hijo de San Ignacio con el corazón destrozado por el dolor, porque nos parece que es un pedazo del alma de nuestra Institución lo que se va con él" (29).

4. Relacionada con la actividad del P. Falgueras dedicada a

(28) El Rdo. P. Antonio M. Falgueras en la Institución "Maestras de Chile".—Informe citado.

(29) Del Directorio de la Institución de Maestras.—A la memoria del Rdo. P. Antonio Falgueras.

las Maestras, está la obra del Pensionado para señoritas universitarias, fundado con la ayuda y colaboración del mismo Padre y puesto bajo el cuidado y dirección de las Religiosas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús. He aquí otro sector de su campo apostólico, en el que brilló su solicitud a favor de almas no exentas de peligros, por hallarse lejos del patrio hogar, destinadas a su vez a influir por sus títulos académicos en la cultura cristiana del país. Allí como en todas partes, donde ejercía su incansable celo, fué el P. Falgueras un abnegado servidor de aquellas jóvenes necesitadas de auxilio. Estableció allí mismo el Apostolado de la Oración, que dirigía él, con todo el séquito de actos de piedad que trae consigo; reunió un grupo selecto de maestras, con el nombre de Centro Intelectual Católico, al que semanalmente daba conferencias; en su afán de favorecerlas, les proporcionaba materiales para componer sus tesis o sus memorias; y, como dirigía sus conciencias, acudía a sus confesiones, desafiando lluvias, fríos y calores, y llegando puntualmente, todos los sábados, a la una de la tarde. Por esto el Pensionado Universitario conserva su memoria como un regalo del cielo y una copiosa bendición.

He aquí cómo se expresa la M. Susana Llambías, de la citada Compañía de Santa Teresa, a cuyo cargo estuvo la fundación del Pensionado:

“Desde 1916, tuve ocasión de volver a tratarle y recibir con frecuencia sus acertados consejos en Santiago, con motivo del Pensionado de Estudios Superiores, fundado ese año. No sólo en la dirección espiritual, sino en la organización de la Casa, asuntos escolares, negocios, invariablemente hallé en él al Padre, al amigo, al consejero prudente y discretísimo. Su abnegación en todas ocasiones fué sin límites, hasta el extremo de retardar un viaje, estando ya en la estación para tomar el tren, sólo por acudir a mi llamado. Sus horas de ejercer su ministerio de confesión, conferencias a las jóvenes de casa, a fin de que no faltara ninguna, las más pesadas y molestas: de 12.30 a 1.30 y de 7.30 a 8.30 P. M., sin retardarse por mal tiempo o falta de salud. En nuestra Congregación tenía fama de santidad, prudencia y gran discreción, por lo que todas las Religiosas le consultaban en todos los asuntos de importancia, cumpliendo así la recomendación de la Rdma. M. Superiora General, que tuvo oportunidad de tratarlo aquí y en Montevideo, y que, como todas las que le conocían, lo llamaban el santo P. Falgueras. Epíteto que también le daban las pensionistas, a quienes siempre ayudó en lo que pudo, y a las que muchas veces,

después de haber visto al Padre en el altar, o haberse confesado, oí decir: "Este Padre sí que es un santo".

5. En el magnánimo corazón del P. Falgueras, saturado de vida divina, había recursos inexhaustos para toda clase de necesidades espirituales. Observó él que gran parte de las empleadas, que ganan su vida en los servicios domésticos, se hallaba en peligros inminentes, de los que era preciso librarlas. Y resuelto a acudir en su socorro, puso los ojos en una creación admirable del celo cristiano, cuya finalidad es precisamente acudir al salvamento espiritual y moral de una clase que, si descuidada, puede ser una desgracia para todos; cultivada, atendida y santificada, puede transformarse en un medio nada despreciable de regeneración cristiana y social.

En 1876, Vicente María López y Vicuña fundaba en Madrid una Congregación llamada *Obra de las Hijas de María Inmaculada*, en pro del servicio doméstico (30). Esta obra que entró a velas desplegadas en muchas de las grandes ciudades españolas y aun extranjeras, y mereció ser bendecida y aprobada canónicamente por la Santa Sede (31) constituye una institución técnicamente perfecta y cristianamente inspirada en los móviles más puros y sublimes para realizar su objetivo, con los medios más adecuados y eficaces. Su expansión demuestra su bondad y el interés con que la ha acogido la sociedad. A principios de 1936, contaba ya con 52 casas: 26 en España, antes de la catástrofe comunista de este año nefasto, 13 en América, 3 en Francia, 2 en Portugal, 1 en Inglaterra, 1 en Africa y 2 en la Ciudad Eterna de Roma, por voluntad expresa del Soberano Pontífice Pío XI. El número de sirvientas y obreras que en esa fecha acudían a los Colegios y Academias del Instituto, pasaba de 18.000, y el de sirvientas gratuitas acogidas durante los 59 años de su existencia, se aproximaba a 130.000 (32).

Esta fué la obra, en que puso los ojos el P. Falgueras, y no se detuvo hasta llevar las Religiosas Hijas de María Inmaculada a Chile, a donde llegaron el 29 de julio de 1913 (33), constituyéndose

(30) La Fundadora, era natural de Cascante, importante ciudad del antiguo reino de Navarra, en España, donde nació el 22 de marzo de 1847. Su vida consagrada a una verdadera cruzada de caridad a favor de la sirvienta, entidad tan importante en el engranaje del hogar moderno y que, como tal, había sido preterida, se desenvolvió principalmente en Madrid, donde se estableció la Casa-Madre. Allí murió la Sierva de Dios, el 26 de diciembre de 1890.

(31) El Instituto fué aprobado por León XIII, en Breve de abril de 1888.

(32) Informe del Instituto, titulado: Colegios para jóvenes.

(33) Fué aprobada la instalación de la Congregación en Chile por el Sr. Arzobispo de Santiago, Mons. Juan Ignacio González, por decreto de 8 de agosto del mismo año.

inmediatamente su padre y protector (34). La fundación de las casas religiosas, por muy deseadas y aun preparadas que sean, siempre tropieza con dificultades; de tal manera, que ya es tradición entre las Congregaciones religiosas, que las fundadoras deben ser personas dispuestas a todo (35). El P. Falgueras las atendió en todo y "con delicadezas verdaderamente maternas les procuró en los primeros días de la fundación todo cuanto necesitaban para su alimento y para su instalación" (36). Más aun; convertido en limosnero, no cesó en sus afanes, proveyéndolas de lo que necesitaban (37), hasta proporcionarles la casa, donde hoy están conve-

(34) En las Memorias de las Religiosas se afirma que "Dios Nuestro Señor se valió del R. P. Falgueras para que el Instituto de Hijas de María Inmaculada llegara a Santiago de Chile". Ellas no pueden olvidar la tarde de su arribo a la capital de la República chilena. Llegaban tres religiosas españolas procedentes de Buenos Aires, y, al poner pie en tierra, fueron ya recibidas por una comisión de señoras de la aristocracia santiaguina, que el P. Falgueras había invitado para que fuesen sus ángeles tutelares, como lo fueron desde luego, conduciéndolas en sus propios carruajes a la Casa de San Juan Bautista, donde debían instalarse por algunos días. "Y aquella misma tarde del día 29 fueron nuestras Religiosas a visitar a los Rdos. PP. Jesuitas, teniendo el consuelo y satisfacción de ser recibidas por los Rdos. PP. Rector y Antonio M. Falgueras, quienes se ofrecieron incondicionalmente a la Rda. M. Superiora para ayudarnos a llevar adelante nuestra empresa, de la que providencialmente debía ser el P. Falgueras el instrumento más directo. El mismo les regaló un cuadro del Ecce Homo, un cáliz y un copón". Memorias sobre el P. Falgueras, p. 2.

(35) Recuérdese que Santa Teresa de Jesús, cuando comenzaba una fundación se contentaba con un techo y paja abundante para dormir sus monjas. En el relato de la famosísima Fundación del Monasterio de San José de la ciudad de Salamanca, se expresa así: "Cerrámonos en una pieza, donde estaba paja, que es lo primero que yo proveía para fundar la casa; porque teniéndolo no me faltaba cama; en ella dormimos esa noche con unas dos mantas que nos prestaron". SANTA TERESA DE JESUS.—Libro de las Fundaciones, cap. XIX.

(36) RAFAEL LIRA INFANTE.—Discurso citado, pág. 10. "Que lo diga el Instituto de las Hijas de la Inmaculada y del Servicio Doméstico. Rección llegadas a Chile encontraron en este buen hijo de la Compañía, padre y madre, y alma y vida y todo, pues parecía su fundador, y supo atenderlas con un interés verdaderamente heroico". ANTONIO HERNANDEZ, M. C. M.—Discurso citado, pág. 128.

(37) Son encantadores los datos que suministran las Religiosas y que ponen muy de manifiesto la exquisita solicitud desplegada a favor de su obra por el santo P. Falgueras. He aquí algunos:

"Las niñas no tenían bancos, ni mesas para escribir, y a los pocos días se presentó el Padre con un carretón, con mesas y bancos, que todavía se conservan como recuerdo". "Sucedió a las veces venir a nuestra casa de la calle de López, trayendo en el coche, que alguna de nuestras señoras bienhechoras le ofrecía, preciosas imágenes de talla, del Sagrado Corazón de Jesús y de San José; otras veces eran cajas de ornamentos o magníficos jarrones, que parece a porfía le regalaban para su obra, o él con gracia les pedía, como lo hizo en una ocasión a una señora, diciéndole: "¡qué bien adornarían estas palmeras la Casa de Jesús! que es el nombre que él dió a nuestra Casa. Y no tardó la buena señora en enviarnos seis o siete de dichas plantas, que hoy se mecen gigantescas en el patio de la Inmaculada". "En una ocasión, como no teníamos gallinas, llegó el Padre en la hora de más calor, llevando un gran bulto debajo del manto; y, ¡cuál no fué nuestro asombro, al ver un cajón con



Santiago de Chile. Fachada del Colegio de las Religiosas Hijas de María Inmaculada.



nientemente instaladas para hospedar y formar sus "colegialas". Lo cual sucedió así. El piadoso Arzobispo de Santiago Monseñor González prestó a aquellas Religiosas una casa para establecerse y montar allí su obra (38); pero pronto se vió que era insuficiente aquel inmueble para el vuelo que tomaba la Institución, bajo la dirección del P. Falgueras, y fué necesario que, a los dos años, el mismo Padre buscara y adquiriera un edificio mucho más amplio, como en efecto lo hizo, en la calle Cochrane, No. 210, el cual recibió del Padre el nombre de Casa de Jesús. Esta adquisición se debió ciertamente al P. Falgueras; y él, tan pobre personalmente, que debía pedir con frecuencia veinte centavos a las Religiosas para pagar el tranvía, halló manera de aportar centenares de miles de pesos para pagarles la casa. "¡Quién no admiró en él, exclama aquí un fisonomista del P. Falgueras, aquel santo desenfado, con que se lanzó a pedir limosna para una de sus obras, la del Servicio Doméstico, que tan opimos frutos viene dando!" (39). Pues hubo aun algo más. Como debiesen hacerse en aquella casa algunas construcciones y reparaciones, ello dió lugar a que el celo, la caridad y abnegación del P. Falgueras brillasen allí con resplandor inesperado; y las Religiosas no acabaron de asombrarse al verle manejar las herramientas, trasladar adobes, trastear por el entretecho para descubrir y cegar goteras, en fin, "como lo hubiera podido hacer un peón"; de suerte que en la portería tenían una escobilla para que se sacudiera la ropa, antes de salir a la calle (40).

una gallina y doce preciosos pollitos, que siempre se llamaron los pollos y la gallina del P. Falgueras!" "Cuando se quedaba a almorzar, siempre pedía le hicieran la comida de las niñas, el plato de porotos, y así había que hacerlo para complacerle". "Para estimular a las niñas al ahorro, le hacía tener sus libretas de la Caja de Ahorros, y a fines de año, él mismo las llamaba y les entregaba por su mano los intereses a cada una".

(38) Aquella casa se hallaba a una distancia más que regular del Colegio de San Ignacio, donde moraba el P. Falgueras; y sin embargo, no faltaba el Padre para confesar a las alumnas, a las 6 de la mañana, cuando por dar Ejercicios, no podía ir a otra hora.

(39) ANTONIO HERNANDEZ, M. C. M.—"Rasgos de una fisonomía moral", p. 60.

(40) Memorial sobre el P. Falgueras, pág. 4; y Carta de la M. Carmela Rodríguez al autor; Santiago, 10 nov., 1936. El Sr. G. Yaneti, arquitecto, que prestó sus servicios profesionales en la refacción de esta casa del Servicio Doméstico, otorga el siguiente testimonio sobre su santo amigo: "Me llamó, dice, un día a su celda, en busca de un plano que yo le había entregado, en el cual teníamos que estudiar un detalle importante, y me llevó a su pieza, donde estaba su cama; y ¡cuál sería su sorpresa y contrariedad, al encontrarse con su cama desordenada y sin hacer! lo había olvidado. Y junto con entrar, veo manchas de sangre en sus sábanas y él comprendió que yo las había visto, tratando con dialécticas y subterfugios de borrar en mí aquella impresión, a la vez que de ocultar aquellas manchas con la ropa de la cama. Esta contrariedad y sus afanes me confirmaron que aquella sangre provenía de sus sangrientas disciplinas, y conmovido le dije: "Padre, Ud. no tiene derecho

Fruto, pues, del trabajo y solicitud del P. Falgueras es el llamado hoy Colegio de María Inmaculada para el Servicio Doméstico, inapreciable institución de preservación y regeneración social y valioso regalo de la Providencia para los hogares cristianos de Santiago. Allí se albergan gratuitamente las jóvenes de 15 a 30 años de edad (cuéntanse hoy de 90 a 100) que huérfanas o alejadas de sus familias se hallan en Santiago, en espera de ocupación; y de allí se procura que salgan convenientemente colocadas. Una vez empleadas, se las invita a que concurren al mismo Colegio los días festivos, pasando allí las horas libres que se les concedan, exentas de los peligros, que pueden salirles al paso. El Colegio tiene capilla para el culto religioso, como tiene también salón de fiestas para el esparcimiento de las alumnas. Si por algún caso justo y honesto deben dejar el empleo que sirven, el Colegio será como su hogar, en donde hallarán acogida y protección. Para su cultura intelectual se enseñan allí los rudimentos de la primera enseñanza y para su formación moral y religiosa se han establecido Congregaciones a propósito, como el Apostolado de la Oración, las Hijas de María y la Congregación de Santa Zita, doncella luquese, que se santificó entre los quehaceres domésticos, al servicio de una familia cristiana de Luca (Italia) (41).

En sección completamente independiente, tiene también establecida esta Casa de Santiago una pensión módica para señoritas estudiantes, que desean aprender dentro de aquel piadoso hogar, los menesteres propios de una dueña de casa; asimismo hay otra para jóvenes empleadas en talleres, oficinas, etc. Además, todos los días laborables funciona una Academia gratuita, de 7 a 8 de la tarde, en la que se da clase de varios ramos; en la actualidad hay unas 300 señoritas matriculadas en esta sección. Y aun puede considerarse como Casa de Ejercicios, pues se dan en ella Retiros más o menos prolongados a señoras y señoritas. Como se ve, una obra extensa y de copioso y fructífero rendimiento cristiano-social.

Compréndese que la principal intervención del P. Falgueras en el Servicio Doméstico fué espiritual; y así le vemos dirigir los

para tratar a su cuerpo con esa crueldad; su alma y su cuerpo son de Dios; y a Ud. no le es permitido tratar a su cuerpo con tanta inhumanidad". A lo que él me contestó: "Dios es infinitamente bueno, pero a la vez es justo. Con su bondad nos colma de gracias, pero da más a uno que a otro y exige de cada cual, según las gracias que le ha concedido". Y tomándose la sotana, me la enseña y me dice: "El hecho solo de llevar este traje le manifiesta a Ud. que he recibido de Dios gracias especiales que a Ud. no ha dado y que exige de mí mucho más que a Ud.". Carta al P. José Luussá; Santiago, 8 noviembre de 1936.

(41) Nació en Monsagrati (prov. de Luca) en 1202 y murió en Luca, el 27 de abril de 1272.



Colegio de las Religiosas Hijas de María Inmaculada. Patio de la Inmaculada con estatua y palmeras adornadas por el Revdo. P. Antonio M. Fulgueras. El grupo de niñas que están con flores en las manos lo consiguieron y recibieron sus consejos, los cuales recuerdan con gratitud y veneración.

Ejercicios de las religiosas ya en 1913, y proseguir así los años sucesivos, proporcionándoles días de retiro, triduos, etc., y no sólo a las Hermanas, sino que también a sus niñas y sirvientas. "Era incansable el celo apostólico que manifestaba por nuestras acogidas", dice la M. María Amada de Jesús Prades. Y añade: "Los domingos por la tarde se lo pasaba en nuestro Colegio, predicando a las chicas, y después confesándolas con gran provecho de las mismas (42). Pero no todo era predicar y confesar. El P. Falgueras no podía negarse a nada, si se trataba de algún bien. El hacerse todo para todos era para él lo más natural. Oigamos a la Hermana Angélica: "Los domingos predicaba a las niñas, y después jugaban lotería, y el Padre para animarlas, les cantaba él mismo los números" (43).

6. ¡Los Ejercicios y precisamente en Casas religiosas! Esta fué otra de las grandes actividades de nuestro P. Falgueras. Aunque ya le conocemos algún tanto como director de Ejercicios espirituales, con todo, hay que observar que como fué Santiago, donde más largamente ejerció su apostolado, también fué en la Capital de Chile, donde más se dejó sentir su influencia santificadora de las almas, por medio de este instrumento maravilloso llamado Ejercicios de San Ignacio de Loyola, que el P. Falgueras, como dignísimo hijo del Santo Patriarca, manejaba a toda perfección. Así le vemos dar los Ejercicios ignacianos a varias Comunidades de Religiosos, como los PP. Mercedarios, los PP. Domínicos, los PP. Sacramentinos, Hermanos de la Doctrina Cristiana, Hermanos Maristas, y a innumerables Comunidades de Religiosas, como las del Buen Pastor, Sagrado Corazón, Casa de María, Hospitalarias, de la Santa Cruz, Inmaculada de Bella Vista, de la Providencia, Carmelitas, de la Misericordia, Preciosa Sangre, de Santa Teresa, Rosas, Damas Catequistas, Hijas de San José, Protectoras de la Infancia, etc., etc., advirtiendo que como su radio de acción se extendía a toda la República, así extendíase también a las múltiples Casas, que varias de las precedentes Congregaciones y Ordenes religiosas, como el Buen Pastor, las Carmelitas y la Misericordia, tenían en todo Chile. A lo que hay que agregar el Clero secular. También se dedicó el P. Falgueras repetidas veces al cultivo de esta parte importantísima de la sociedad, de la que depende casi en su totalidad, la elevación moral del pueblo cristiano. La célebre Casa de Ejercicios de San Juan Bautista, gloria histórica y ascética de

(42) Carta a la R. M. Carmela Rodríguez; Santiago, 20 oct. de 1924.

(43) Carta a la Rda. M. Carmela Rodríguez; Santiago, 10 nov. de 1936.

Santiago de Chile, oyó frecuentemente la voz austera a la vez que paternal de nuestro apóstol, dirigida a piadosos sacerdotes, para animarles a proseguir siendo la sal de la tierra y la luz del mundo. Finalmente, fueron los caballeros y las señoras, en Santiago y fuera de Santiago, y el alumnado de varias Congregaciones docentes los que se beneficiaron de la maestría del P. Falgueras, como experto Director de los santos Ejercicios. Por lo cual le vemos dar Ejercicios a caballeros en San Juan, a señoras en la misma casa, en la del Servicio Doméstico, en las Agustinas, en San Ignacio, en Valparaíso (PP. de Picpús), en Linares, y a las alumnas de la Visitación, del Externado del Sagrado Corazón, del Pensionado de las Teresianas, de la Santa Cruz, del Liceo Santiago, de la Normal del Arzobispado, de la Escuela Profesional y, repetidas veces, a las Hijas de María del Internado de la Maestranza (44).

7. Son muchos y muy valiosos los testimonios que deponen el éxito obtenido por los Ejercicios del P. Falgueras, que fueron el medio más eficaz que él empleó para santificar las almas. Para comprenderlo o abarcarlo en toda su amplitud, es de notar que todo en él edificaba, en el sentido más espiritualmente constructivo de la palabra; todo contribuía a ofrecer a los ojos de las personas que trataba la imagen de la santidad edificante, no artificiosa y mucho menos repulsiva, sino sincera, atrayente, amable y aun diríamos de potente y santa fuerza de sugestión; tales eran los efectos que producía. A ello contribuía la alegría fascinadora, de que se revestía casi de continuo su semblante, fenómeno que fué notado por muchos, alegría del alma, naturalísima en él, espontánea del todo y que jugaba en sus labios "como en su propia casa"; contribuía su mirada trascendente y diríase penetrante, no en los ojos del interlocutor, sino en la región del espíritu y de los cielos, en los que parecía beber la luz que brillaba en su vista, trasladando con sus ojos las claridades y reflejos del cielo a la tierra; contribuía su modestia incomparable, convertida para él en una segunda y más perfecta naturaleza, traslado de las Reglas de la Compañía de Jesús, que formaron el encanto del exterior de San Juan Berchmans, de quien se dijo que si las Reglas de la modestia de la Compañía se perdiesen, se hallarían en él. "La modestia del P. Falgueras, escribe quien le conoció mucho y trató muy de cerca, era perfectísima y se veía que todos los movimientos de su cuerpo estaban regidos por las reglas de ella más consumadas, siendo lo más raro

(44) Todos estos datos se hallan cuidadosamente anotados con sus fechas y lugares, en el *Diario del Colegio de San Ignacio* (Archivo priv. del Colegio).

y admirable que había logrado hacer de su modestia extraordinaria, algo ordinario, y tal, que a primera vista parecía natural, alejando toda afectación; por eso su modestia era amable y atraía con ella a cuantos lo trataban. No se veía que hacía esfuerzo para mantenerse siempre medido, siempre dueño de sí; pareciendo innato aquel manto de modestia que lo envolvía y que resplandecía en su mirada y en su porte. Tenía un modo de andar del todo suyo; parecía que se deslizaba, no sintiéndose el ruido de sus pasos al aproximarse, y al verlo, se pensaba que era natural que apenas rozaba la tierra, quien vivía tan embebido en las cosas del cielo. Todo él respiraba suavidad y majestad, y aun diría que todo su aspecto era diáfano. En toda su persona llevaba un distintivo de santidad, que a nadie se ocultaba, y que a todos hacía exclamar: “¡Es un santo!” (45). Y una Religiosa de la Compañía de María, añade: “Veía al Padre envuelto en una atmósfera de santidad, que lo distinguía especialmente, y comprendí después que esto era debido a las reglas de la modestia perfectamente observadas” (46).

Compréndese, pues, cuánto influiría la modestia del P. Falgueras en la eficacia de sus Ejercicios; porque aunque la modestia no habla, es aquel silencio que San Gregorio Nacianceno encarece diciendo “que es superior a toda palabra; y más poderoso que el mejor discurso para mover y doblegar a los hombres” (47).

“Sólo al verlo salir de la sacristía tan recogido (pero sin afectación), al verlo hacer la genuflexión, la señal de la Cruz, y principiar la oración preparatoria, antes de la meditación, tenía un no sé qué de celestial que llevaba el alma a Dios... Durante las instrucciones o meditaciones se veía al perfecto Jesuíta. ¡Qué modestia! ¡Qué recogimiento! ¡Qué mortificación!” Así depone otro testigo.

Respecto de los efectos producidos, elegiremos dos testimonios de muy distinta procedencia. Sea el primero de un convento claustral de Carmelitas, que dice así:

“En los Ejercicios que en dos ocasiones nos dió el Rdo. Padre, dejó en nuestra Comunidad grande impresión de su santidad, haciéndose notar de un modo especial en el celo infatigable por la salvación y santificación de las almas; y podemos asegurar con toda verdad, que practicaba con perfección el consejo del Apóstol: “Hacerse todo para todos, para ganarlos a todos para Dios”; mos-

(45) M. CARMELA RODRIGUEZ ROZAS.—Apuntes sobre el P. Falgueras, parte 2.a.

(46) Testimonio aducido por la M. N. N.

(47) Oratio 1.a De Pace.

trándose tan deseoso de ayudar a las almas, que al recibir su dirección no podíamos menos de pensar que el corazón del Rdo. Padre estaba lleno de la dulzura y bondad del Corazón de Jesús, y de su celo ardiente para el bien y provecho de las almas (48). Notamos también que era un alma de mucha oración y que había penetrado íntimamente en el Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, conociendo y sintiendo tanto de su infinita bondad, que parece tenía el don de dilatar las almas y de comunicarles ese sentimiento profundo que él tenía del Corazón de Jesús. Y así, en los últimos Ejercicios que nos dió en 1922, en todas las meditaciones e instrucciones, el fin principal que se proponía era dar a conocer íntimamente los sentimientos y afectos del Hombre Dios, y parecía que su alma, tan llena de esos sentimientos, quería desbordarse y comunicar a todas lo que él también sabía sentir. En su mortificación era muy notable, y así parece que no concedía nada a la naturaleza; pero esto lo hacía con sencillez y cierta suavidad, que hacía amable y atrayente la virtud. En una palabra, podemos decir que el R. P. Falgueras dejó en nuestra Comunidad tan profunda impresión de todas las virtudes, que hoy lo veneramos como a santo, y nos sentimos inclinadas a encomendarnos a su intercesión, que creemos será poderosa con Dios Nuestro Señor”.

Sea el segundo testimonio el de los Ejercicios dados en Quillota en 1923, y que parece fueron los últimos que dió. Reduciremos la narración que es algo extensa.

Erase por el mes de marzo, tiempo aún de vacaciones, y por consiguiente poco acomodado para Ejercicios, dirigidos principalmente a las jóvenes de la localidad, no malas, pero sí mundanas y poco piadosas. Anunciados los Ejercicios, se produjo espontáneamente una corriente favorable a ellos, de tal modo, que se alistaron casi todas las jóvenes de la mejor sociedad. Cosa rara, pues nunca se habían dado allí los Ejercicios; por lo cual se temió que sería un movimiento pasajero y que se cansarían al primer día.

(48) He aquí algunas notas tomadas de otros Ejercicios dados por el P. Falgueras: “Decía que debemos elegir una máxima, que nos sirva de apoyo en las pruebas y tentaciones, a ejemplo de los Santos; ya que la mayor parte de ellos se han servido de este medio. Que la falta de devoción o fervor generalmente viene por nuestra negligencia en los ejercicios espirituales, ya en el modo de hacerlos, u omitiéndolos sin justa causa. Que de nuestra porte exterior depende el buen nombre de la Congregación religiosa a que pertenecemos; y que tenemos obligación de conservarlo. Que debemos mirar a Dios Nuestro Señor como Padre, que ha olvidado completamente nuestros pecados. Que un alma, aunque haya cometido faltas graves, si siente en sí fervor y deseos de buscar a Nuestro Señor y seguirle, está en mejor disposición, y es mucho más amada de Nuestro Señor que otra, que aunque inocente, no tiene este fervor y deseo”.

Además no faltaba quien calificaba al P. Falgueras de demasiado **místico** para aquel auditorio. Obsérvese que en Quillota, como sitio de veraneo, eran notables las libertades que se tomaba la gente joven, incluso el asistir al templo como a un espectáculo teatral y sin señal alguna de piedad. El Párroco, que había querido impedir el abuso, se había llevado ya serios disgustos.

Llegó el P. Falgueras, y desde el primer momento se apoderó de tal manera del auditorio, que parecía transformado. Las mismas Religiosas que atendían a las muchachas estaban espantadas de su fervor. Y ahora dejemos la palabra a la M. Carmela Rodríguez Rozas, que prosigue así la narración:

“Luego empezó el Padre a atenderlas en el confesonario; y todas ellas hicieron con él confesión general. Conocía yo a la mayor parte, y por esto me tocó ser confidente de sus impresiones. Al levantarse cada una del confesonario iba a confiarme su dicha, de tal manera que me dejaban conmovida, pues me abrazaban diciéndome: “¡Qué felicidad más grande!, me moriría en este momento”. La de más allá me agregaba: “Me ha dicho que no soy tan mala como yo creía”. Y otra añadía: “Dice que soy un campo digno de cultivo”. Y todas irradiaban una gran felicidad espiritual. El santo les había comunicado algo de ese fervor y amor de Dios, que desbordaba de su corazón y que con la unción de su palabra se derramaba en su auditorio. Casi todas ellas deseaban consultarlo en el salón, y me tocaba a mí presentárselas, y las recibía con tanta atención y afecto, que no quedaba nada del Padre austero que yo conocía. Llegó el día de la meditación de la Pasión, que el Padre sabía desarrollar con ese amor distintivo de los santos a los sufrimientos de nuestro Divino Redentor, especialmente en el Calvario. Al concluir aquella meditación no se oían más que sollozos, y posiblemente todos aquellos ojos juveniles sería la primera vez que acompañaban al Divino Crucificado con lágrimas de compasión. Se principió a cantar el **Perdón**, mientras se acercaban a besar la cruz; pero hubo que parar el canto, pues las lágrimas ahogaban las voces.

“Mientras tanto el Padre, ya tan delicado de salud, la derrochaba en bien de aquellas almas. Así, lo vi confesar desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche; y, a esta hora, viéndole rodeado de gente, fuí en busca de otro sacerdote, y le rogué se levantara; y, cosa rara, me aceptó, confesándome que le dolía bastante la cabeza. Por cierto que nadie quiso confesarse con el otro sacerdote y prefirieron esperar al día siguiente. Y seguía cargándose de trabajo, pues la fama de lo que pasaba en los Ejerci-

cios cundía en el pueblo, y todos querían manifestarle sus conciencias y recibir sus consejos, al extremo, que aun los que estaban enfermos en cama, se levantaban para aprovecharlo”.

Los Ejercicios tocaban a su término; y viendo el Padre la buena disposición de su auditorio, les propuso que firmaran una consagración a la Virgen, comprometiéndose a observar la modestia cristiana, principalmente en los trajes y en el templo. Todas la firmaron. Esta consagración y protesta fué entregada por ellas al Sr. Cura Párroco, para que si alguna vez las veía faltar a ella, las reprendiera y les recordara lo prometido; al mismo tiempo se ponían a sus órdenes para ayudarle en todas las obras de celo. Y las jóvenes de Quillota cumplieron su palabra; al mes habían ya fundado cuatro centros de Catecismo en los barrios apartados, inscribiéronse en la Adoración del Santísimo Sacramento y perseveraron en la frecuencia de sacramentos.

Sobre estos Ejercicios escribió el Sr. Párroco de Quillota: Rdo. Sr. C. Romani: “Puedo asegurar que los Ejercicios produjeron una verdadera transformación en la parroquia” (49).

8. Relacionado con los Ejercicios, cabe aquí hablar del P. Falgueras como confesor y director espiritual, aunque ya se dijo algo, al tratar de sus ministerios en Valparaíso.

Compréndese que su dirección fuese, como no podía menos de ser, un reflejo de su alma, recta, mortificada y anhelosa del bien de las almas, sin distinciones en el trato, por las categorías sociales. En realidad, todos acudían a él, ricos y pobres; pero en la inteligencia de que serían los pobres y los humildes los más atendidos. Era bueno siempre y comprensivo, ante la fragilidad del barro humano; pero también inflexible en los principios de la vida espiritual y moral. “Su confesonario era algo así como una fuente de ricas aguas, donde los espíritus cansados bebían esfuerzos, los tristes alegría, los pusilánimes valor, los cobardes arrojo y valentía, y los ignorantes profundo saber del cielo. Su escuela no era de medias tintas; sabía muy bien que el contemporizar con las pasiones es amarrar los espíritus a un círculo vicioso, levantarlos hoy para que caigan mañana, sin que jamás arriben al abrazo íntimo de Dios. No; su escuela era enérgica, dentro de una amabilidad suma, inflexible en la línea de una racionalidad justísima, y, en buen decir, era ignaciana. Las palabras más fuertes que pude recoger de sus candorosos labios fueron para recriminar al modernismo del espíritu. Tenía el americanismo, condenado por el inmortal Pontí-

(49) Carta a la M. Carmela Rodríguez Rozas; Quillota, 9 sept., 1924.

fice León XIII, metido, como vulgarmente se dice, entre ceja y ceja. "Las mayores abominaciones, me dijo un día, que me han asombrado en el curso de mi carrera apostólica, son las de estas gentes modernistas. Padre, predique sin tregua contra el modernismo espiritual". Así se expresa el P. Antonio Hernández, C. M. F., en su oración fúnebre sobre el P. Falgueras.

Atendiendo al tiempo que dedicaba el P. Falgueras al confesonario, parece que no pudo hacer otra cosa aquel hombre, cuya actividad era tan intensa en los varios campos de labor, en que ya le hemos considerado y en que le hemos de considerar todavía; porque consagraba a oír confesiones ordinariamente toda la mañana, desde las siete hasta las doce menos cuarto y una buena parte de la tarde. En estos centenares de horas empleadas en el santo tribunal de la Penitencia ¡cuántos millares de personas se acercaron a él! En verdad, este sector de su influencia personal santificadora, es el que menos puede ser estudiado, a la luz de los documentos, por su carácter confidencial y secreto; pero no el menos eficaz, como puede deducirse de los resultados generales que se han ofrecido a la vista.

Penitentes había que al simple contacto con el P. Falgueras cambiaban radicalmente su conducta estragada, en un régimen de vida cristiana y ejemplar; y otros que emprendían una ascesis edificante, con señalado progreso en la virtud.

El P. Falgueras exigía a las personas que se entregaban a su dirección espiritual una confianza absoluta, y les hacía comprender que se interesaba seriamente por su bien. Al efecto, examinaba detenidamente el carácter, la situación, las fuerzas espirituales y demás circunstancias del dirigido, a fin de acertar en su método formativo de cada uno de ellos. Hacíales sentir la verdad de que él no era más que un intérprete de la voluntad de Dios en orden a su santificación, y medía las palabras, cuando se trataba de dar su parecer sobre las consultas que se le hacían, con lo cual daba la sensación de que no hablaba sino muy de pensado y después de consultar con Dios lo que debía decir. A veces sus frases eran algo incompletas y sus palabras algo inarticuladas, pues sabido es que cuando el P. Falgueras estaba muy impresionado tartamudeaba algún tanto; pero era entonces cuando producía una impresión más profunda en las almas, por parecer que sus vocablos eran como chispas que brotaban de un corazón caldeado por el divino amor. "Sea todo de Dios"; "Dios solo; adelante". Estas palabras dichas por él producían efectos mágicos en los penitentes. Trataba de hacer amar los sufrimientos. Decía que ellos son como

los aeroplanos que conducen al cielo. Encargaba que cada vez que se rezase la petición del Padre nuestro: "El pan nuestro de cada día dánosle hoy", fuera pidiendo al Señor el pan sustancioso del sufrimiento. Para hacer amar el sufrimiento es preciso encender primero en el alma la llama del amor de Dios; y de ahí que a eso tendiese de un modo especial la dirección del P. Falgueras. Exigía que se ejercitasen en actos de amor divino, aumentando día a día su número. Era fama que penetraba los corazones y adivinaba secretos u olvidos de las almas; y de ahí la autoridad y el prestigio que le concedían cuantos le trataban; de donde procedía también el respeto y aun la gratitud con que eran recibidas sus amonestaciones, que él no regateaba, si se trataba de personas que aspiraban a la sólida virtud. Quería asentar hondamente en el espíritu el obrar a la luz de la fe y de la razón iluminada por la fe, en manera alguna por solo gusto o por capricho; cosa que él no toleraba en personas que aspiraban a la perfección de la vida cristiana. En cuanto a penitencias, siendo así que él era excesivamente penitente, era en extremo prudente para los demás, y sólo las aconsejaba cuando la salud lo permitía, diciendo que debían cuidarse las fuerzas corporales para servir a Dios también con ellas, lo mismo que con las espirituales. En general, recomendaba las mortificaciones que no dañan la salud. Aconsejaba mucho la dulzura y la afabilidad en el trato, diciendo que la sonrisa siempre es amable y que la risa inmoderada es falta de modestia.

Basten estas indicaciones generales sobre la dirección espiritual del P. Falgueras; aunque lo más expresivo y elocuente serían los efectos de esa misma dirección. Entre ellos podrían aducirse muchas almas purificadas, muchos hogares santificados y no pocos espíritus selectos, que levantaron el vuelo hacia las alturas de la perfección y buscaron y hallaron en la vida religiosa el ambiente propicio a sus ansias de santidad, despertadas por el P. Falgueras. Gran gloria y magnífico consuelo para un corazón de apóstol.

9. He aquí ahora algunos fragmentos de sus cartas, escritas a diversas personas, que son como rasgos de su fisonomía moral y que pueden considerarse como dictámenes de su dirección espiritual:

"En la cruz hallará a Nuestro Señor, que sabe dulcificar lo amargo, suavizar lo áspero y hacer fácil lo difícil; todo está en largarse a la frialdad de esa agua de la tribulación, que muy luego viene el calor de la reacción producido por el fuego del amor.

Pidamos al decir el pan nuestro de cada día, el pan de la tribulación, del desprecio, en una palabra, de la cruz”.

“Le deseo un Año Nuevo lleno de las bendiciones celestiales, de cruces, de humillaciones y tribulaciones. Una esposa del Crucificado debe crucificarse juntamente con Cristo en la cruz”.

“El amor es fuerte como la muerte, lo destruye todo; así, el amor destruye todos los obstáculos que encuentra para realizar sus deseos”.

“Procure obrar siempre a lo divino si quiere hacer algo de provecho, y piense con frecuencia en el: “**Tú, sígueme**”; dejando el cuidado de los demás; y no se olvide que ratito de tiempo perdido, perdido queda eternamente; y acto de virtud despreciado, eternamente está perdido, sin esperanza de recuperarlo”.

“Nuestra breve vida está reducida a un espacio de tiempo cortísimo; por consiguiente, somos muy pobres de tiempo para malgastarlo”.

“Bueno es que siga en el silencio de sí mismo; pues podrá realizarse lo que dijo el Profeta Jeremías: “**Calló y se elevó sobre sí**”.

“El buen Jesús conoce perfectamente lo que más nos conviene y lo que ha de ser más provechoso para hacernos andar un poco más ligeros por el camino de la perfección; y es el Señor tan bueno y desea tanto que seamos santos y perfectos santos, que ordena las cosas de tal manera, que nos conduzcan ligeramente al fin apetecido”.

“Más divino es el padecer que el hacer, decía San Juan de la Cruz, y con mucha razón, porque el apostolado del sufrimiento es el que de un modo especial ejercitó Cristo Jesús; es el que más nos desprende de la tierra y nos hace subir al cielo y es el que más nos aparta de las criaturas y nos une más a Dios”.

“El Apostolado del sufrimiento es mi apostolado; porque es el más fecundo de los apostolados; y el que da más gloria a Dios y más provecho a nuestras almas y a las de nuestros prójimos. La prueba nos la da el mismo Jesucristo, que dijo: “**Cuando sea subido a lo alto, atraeré todas las cosas a Mí**”. Y vemos que siendo la Sabiduría infinita, muchos oían su divina predicación, pero después lo abandonaron y aun lo crucificaron; mientras que después que murió hasta el presente, son muchos los millares de almas que le han seguido”.

“Una acción es más perfecta cuanto menos de humano tenga; y como el sufrimiento repugna tanto a la naturaleza, es más divino”.

“La gran idea, la única idea que dominaba a Jesucristo, cuando estaba en la cátedra de la cruz predicándonos la humildad, la pobreza, el sufrimiento era la gloria de Dios y la salvación de las almas”.

“La santificación de una sola alma fervorosa es más útil a la Iglesia y da mayor gloria a Dios que la conversión de muchas almas, que se quedan frías en el servicio del Señor”.

Añadamos algunos juicios suyos, que servirán para poner más de relieve el temple de su carácter.

Era gran admirador de las obras de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz, las cuales aconsejaba, y solía decir que, después del Evangelio, los libros espirituales más provechosos son los de los ascetas y místicos españoles del siglo XVI. Y hablando de San Juan de la Cruz, dijo en cierta ocasión: “Es uno de los santos que más quiero, porque es el **Santo de la Cruz**”. Y añadió: “¡Cuánto amaba el padecer y la desnudez para unirse a Dios! Lo revelan las palabras que pronunció cuando el Señor quería premiarlo: Señor, padecer y ser despreciado por Vos” (50).

“Con el ejercicio de la presencia de Dios, decía, se llega hasta ser más difícil distraerse que dejar de pensar en Dios”.

Parecía poseer el P. Fagueras el don de arrastrar a las almas al amor de la cruz; era que él la amaba intensamente y sentía como una necesidad de hacerla amar. “Yo puedo decir con toda verdad, escribe quien recibió de él los Ejercicios, que jamás sentí tantos deseos de sacrificios y abnegación, como en los Ejercicios dirigidos por él”.

Preguntado cómo podía dar tantos Ejercicios sin cansarse, respondió: “Siempre que doy Ejercicios me los doy a mí mismo, y trato de no decir nunca lo que no siento; y, sobre todo, de no aconsejar aquello que no cumpla; en realidad, yo no los estudio; digo lo que me brota del corazón”.

10. Terminaremos este capítulo recordando la piedad y espíritu de oración de nuestro biografiado.

(50) Con todo, no creía el P. Fagueras que para cualquier espíritu fuese conveniente y provechosa la lectura inconsiderada de los grandes Santos citados. La M. Carmela Rodríguez tan fiel intérprete de los pensamientos del Padre, nos ha dejado este testimonio, escrito a raíz de la muerte del P. Fagueras: “Recuerdo que me dijo a fines del año pasado: “Convéngase que la verdadera y sólida virtud sólo se encuentra en la abnegación propia; todo lo demás es ilusión”, y me agregó: “Aquí, en Santiago, las niñas por leer mucho a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz, buscan la perfección en la oración; y ¡cuántas veces sufren en ella grandes ilusiones! No, la virtud sólida y maciza hay que buscarla en el vencimiento y abnegación, y no hay otro camino que nos lleve a la cumbre de la perfección”.—Apuntes, parte I.

Se ha dicho que el P. Falgueras verificó, de un modo admirable, la unión de una vida activísima con una vida de íntima oración y aun contemplación, descollando en ambas con rara perfección. Con lo cual realizó el ideal del hijo perfecto de la Compañía de Jesús, Orden de vida mixta, cuyo fin apostólico emplea como medio esencial la oración sistematizada, tal como se enseña en el libro inspirado de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, la cual puede elevar de suyo a la más perfecta contemplación.

Según San Ignacio, no sólo deben los miembros de la Compañía practicar cotidianamente los ejercicios de piedad en recogimiento, como lo ordenan las Reglas, sino que deben también convertir en oración práctica todas sus obras, ya por dirigirlas a Dios y a su mayor gloria con purísima intención y deseo de agradarle en todas las cosas, ya por los actos de virtud con que las revisitan y acompañen. En lo cual parece haber tenido presente San Ignacio aquel principio establecido por San Gregorio Nacianceno; es a saber, que "los actos de la vida contemplativa han de ser como sellos que dejen grabada su imagen en los actos de la vida activa". Y así, hablando de San Atanasio, nos asegura el mismo Nacianceno que "estampaba con el sello de la contemplación toda su conducta" (51).

De este modo procedió el P. Falgueras. "Su alma parecía embebida en una atmósfera de un mundo superior y sobrenatural, como si ya no viviera sobre la tierra, y todas las virtudes que le adornaban se traslucían en esa figura de contornos de asceta, que traía a la memoria el recuerdo de tantos hombres que veneramos en los altares, y en esa mirada serena y alegre, en ese rostro pálido y enjuto, en ese trato sencillo y amable, en una palabra, en toda su persona, modesta como son los humildes, activa como son los apóstoles, siempre igual y siempre dispuesta al sacrificio, como son los hombres superiores, difundiendo a su alrededor no sé qué misterioso influjo, que infundía respeto y confianza, cariño y veneración, como aparecen únicamente los hombres que son todos de Dios" (52).

De su continua presencia del Señor, de su corazón caldeado perpetuamente en un ferviente amor de Dios, de su entrega absoluta a su Rey y Capitán Jesucristo, según el espíritu ignaciano, de cuyo divino Corazón percibía los latidos inefables, brotaba aquella

(51) Orat. 21, De laudibus Athanasii.

(52) D. ABDON CIBUENTES, PBRO.—Discurso pronunciado el día 4 de septiembre de 1924, en la capilla del Apostolado Popular. Actualmente el Sr. Cifuentes pertenece a la Compañía de Jesús.

fuelle de energías espirituales y aun corporales con que lo podía todo, como San Pablo: *omnia possum*. Este fué el P. Falgueras: crucificado para el mundo y para la carne, y todo de Cristo, fué omnipotente con el poder todopoderoso de la gracia para obrar los prodigios de celo, de abnegación y de caridad, que formaron el tejido de toda su vida.

La comunicación del alma del P. Falgueras con la Divinidad se trasparentó de un modo particular en su devoción eucarística. El P. Falgueras puede ser considerado como uno de los grandes amantes enamorados de Cristo sacramentado.

Era frecuente en él levantarse a altas horas de la noche, sobre todo al dar misiones rurales y en los fundos del campo chileno, para entregarse a la oración junto al sagrario humilde y callado, morada de su Dios. Allí se le veía como extático y fuera de sí.

En su vida de apóstol se sentía feliz al contemplar las fallanges de los niños, que se acercaban por primera vez al Banquete eucarístico; y él mismo se complacía en prepararlos, avivando su fe en el gran Misterio del Amor. Es incalculable el número de pepequeños que él mismo preparó, en las misiones que dió de Norte a Sur de Chile.

Pero fué principalmente en su vida sacerdotal y en los sobre-humanos ministerios del altar, donde irradió más la viveza de su fe y de su amor a Cristo presente en la sagrada Eucaristía.

Siempre que tenía el Santísimo Sacramento en las manos se le veía embebecido y como enajenado y transfigurado. Era tan reverente el modo con que ofrecía el santo Sacrificio, y sobre todo el modo de hacer la consagración y elevación de la Hostia y del Cáliz, que parecía gozarse con intenso afecto en la presencia divina; tanto, que impresionaba a todo el que oía su misa. "¡Qué misas las que él celebraba!", exclama el P. Antonio Hernández, C. M. F. "¡Parecía en el altar un ángel! La primera vez que le vi en el fundo de Rautén, donde dábamos una misión juntos, encendió en mi espíritu distraído ansias de mayor recogimiento" (53).

Y la M. Carmela Rodríguez Rozas añade: "La manera de celebrar la santa Misa era única; sobre todo en el momento de alzar la Hostia y el Cáliz era algo inimitable; mezcla de respeto, de adoración, de devoción y de profundísima adoración. Ciertamente que si en el pesebre de Belén hubiera recibido de manos de la Vir-

(53) ANTONIO HERNANDEZ.—Oración fúnebre del R. P. Antonio Falgueras.

gen el recién nacido Jesús, no hubiera podido hacerlo con muestras de mayor acatamiento" (54).

El hecho fué tan notorio, que había quien iba al templo de San Ignacio, sólo para asistir a la misa del P. Falgueras y sentir la impresión de su fervor en el acto de la consagración.

Y ahora he aquí un cuadro, digno de figurar en una exposición literaria, cuanto más en la vida de un Apóstol del Santísimo Sacramento:

"Nosotros le vimos en el campo, dice una fervorosa escritora, durante la época de las misiones, cuando el P. Falgueras, en nombre de Dios, llamaba a las almas para purificación espiritual y para enseñarles el camino del cielo. En aquellos días lo pudimos contemplar de cerca y pudimos cerciorarnos de este amor a Jesús sacramentado. Muy temprano, antes que amaneciera el día, volaba a la Capilla, para dedicar al trato con Dios las primeras horas de la mañana. Dos horas permanecía inmóvil en profundo recogimiento y en oración fervorosa, conversando íntimamente con el Jesús del Sagrario, preparándose así para celebrar el santo Sacrificio de la Misa. Una preparación tan fervorosa con Dios no podía menos de ser compensada con grandes sentimientos de afecto y caridad sobrenatural, que no pudiéndose contener en los límites del corazón se desbordaba al exterior. Abundantes lágrimas le vimos derramar sobre el cáliz, en el momento solemne de la Consagración.

"Veámosle en aquellos momentos solemnes, cuando el sacerdote tiene en sus manos al Dios de la Eucaristía. Entonces ha sido cuando se ha manifestado al exterior aquella luz resplandeciente y divina que iluminaba su fe y abrasaba su corazón. Entonces ha brotado en su rostro aquel fuego, que tenía abrasada su alma, al estar en contacto inmediato con la sagrada Eucaristía.

"Era al final de una misión. Todo estaba caldeado con la palabra ferviente del ardoroso apóstol. La procesión eucarística estaba dispuesta para tributar solemne homenaje de amor a Jesús. El P. Falgueras tomó en sus manos la custodia. Yo vi en aquellos momentos resplandecer el fulgor sobrenatural que se traslucía en la persona del Padre. Tenía en sus manos la sagrada Eucaristía y diríase que no pisaba la tierra con sus plantas, sino rozaba la superficie, llevada en alas invisibles. Algo divino pasaba en su interior. Su rostro estaba iluminado, profundamente pálido, y se hundía ante la vista de la sagrada Forma; parecía estar trasportado a las moradas del cielo. Al colocar sobre los diversos altares la santa

custodia, derribábase al suelo, como agobiado por la presencia real de Dios. Escenas del cielo que han dejado profunda impresión en nuestras almas. Así recorrió el trayecto señalado y así llegó a la capilla. Depositó sobre el ara del altar el Santísimo Sacramento. Para nosotros, estos momentos fueron una visión. Como si se rasgara el cielo y pudiéramos ver toda la belleza de un santo, vimos en el rostro del Padre una verdadera transfiguración. Una luz vivísima bañaba su semblante, su mirar semivelado se veía perdido en un más allá, su voz enronquecida y temblorosa por la emoción, prorrumpió inesperadamente: "Ved aquí a vuestro Rey". Miles de personas cayeron de hinojos para adorar a Jesús. Y aquel santo misionero hizo brotar de sus labios, mejor dicho de su corazón, una manifestación de amor a Dios, envuelto en el fuego sagrado que le comunicaba la presencia y cercanía de Cristo. No fué un discurso, fué una oración; era amor santo, era la expansión de un alma, que rebosa en las delicias de la unión divina. Sentía a Dios presente. Era tal la emoción que dominaba el espíritu del Padre, que nos hizo también sentir, que el corazón se nos iba en busca de nuestro Dios. Este grito del alma del Padre, debía ser tan divino que hasta los niños comprendieron que hablaba un Santo. Y cual eco inocente, el niño José Aldunate Lyon, de seis años de edad, con su angelical vocecita, rompió el silencio, gritando a su mamá: "Yo también quiero ser como este Padre, Santo". Los hombres permanecieron mudos, impresionados por el afecto que bullía en sus corazones; pero los ángeles rompieron el silencio para manifestar la grandeza de Dios, que se manifestaba por medio de los Santos" (55).

(55) D. E. C.—R. P. Antonio M. Falgueras; alma esencialmente eucarística. José Aldunate Lyon cuenta hoy 19 años y es Jesuita, estudiante en el Colegio-Noviciado de Chillán. Interrogado sobre el hecho aludido en el texto, escribe así: "En efecto, era yo el niño de que se trataba. La misión, en la cual tuvo lugar esa procesión eucarística, se daba en el fundo "La Rinconada", situado no lejos del pueblo de San Fernando (provincia de Colchagua), perteneciente a la señorita Dolores Echeverría Carvallo, la que escribió el artículo".—Carta al autor; Chillán, 30 nov., 1936.

CAPITULO IX

SANTIAGO DE CHILE

(1912 - 1924)

SEGUNDA PARTE

SUMARIO: 1. Un proyecto del P. Falgueras: las misiones de los pobres de los conventillos.—2. La Sociedad del Apostolado Popular del Corazón de Jesús.—3. El Provisor Mons. Manuel Tomás Mesa.—4. Continúan las misiones; sus resultados.—5. Actuación personal del P. Falgueras; testimonios y hechos particulares.—6. Movimiento apostólico de 1921; los Albergues.—7. Misiones difíciles y gloriosas.—8. Los viajes a Buenos Aires.

1. El día 23 de julio de 1917, por las vueltas de la fiesta de San Ignacio de Loyola, reunió el P. Antonio M. Falgueras, en una de las salas de visitas del Colegio de Santiago, un grupo de señoras para comunicarles un proyecto. ¿De qué se trataba?

De un hecho vulgar, a primera vista; pero que examinado atentamente, podía parecerse a una suave alborada, que repentinamente se hubiese dibujado entre las sombras, dando esperanza de ser el anuncio de un hermoso día.

El del Sagrado Corazón de Jesús, a 15 del próximo pasado mes de junio, había sido llamado el Padre por doña Josefina Ruiz de Tagle para bendecir una de esas miserables moradas, que en Santiago de Chile y en otras ciudades de la América española se denominan conventillos (1). El P. Falgueras, que tantas otras ve-

(1) Es esta una palabra, que en los diccionarios es admitida con el aditamento de *americanismo*. Según ellos, significa "casa de vecindad, donde habita la gente pobre". *ESPASA*, tom. 15, pág. 278. Y es así: El conventillo es la casa del pobre; los obreros viven en él con sus familias, amontonados y en lastimosa promiscuidad. Allí se hallan juntas personas de toda edad, y a

ces había penetrado, por razón de sus sagrados ministerios, en aquellos tugurios, tristes moradas de la pobreza y aun de la miseria, recibió aquel día una impresión especial. Sería quizás que por razón de la festividad del día, se hallaba su espíritu embebido en la misericordia infinita del Corazón de Jesucristo, cuya novena acababa de predicar en el templo de San Ignacio; es lo cierto que aquel día su corazón se conmovió profundamente, ante aquel espectáculo de miseria material y moral. **El misereor super turbam** del Corazón de Jesús había sacudido fuertemente su corazón.

Acaeció entonces entrar en Ejercicios, de los que salió el día 27. La resolución que en ellos tomó, revelóse en la reunión del grupo de señoras de que se ha hecho mención (2).

Expúsoles el plan de dar misiones en los mismos conventillos; con ello se facilitaría el cumplimiento de los deberes religiosos a sus numerosos moradores, los cuales rara vez o nunca acudían a la iglesia, impedidos por la distancia, por la pobreza o por la dificultad de abandonar la familia pequeña; razones que mantienen alejadas de Dios a muchas almas, aumentando en ellas cada día la indiferencia religiosa y la ignorancia (3). Las invitaba, pues, a que le acompañasen en la realización de su plan; desde luego se darían algunas misiones por vía de ensayo.

Y se comenzó la primera el día 29 de julio, en unos pasajes o conventillos situados en la calle Chacabuco, No. 49. Sus resultados fueron: confesiones y comuniones, 130; niños de primera co-

veces, como no puede menos de suceder, de disposiciones, o digamos, enfermedades morales o físicas, que exigirían imperiosamente la separación, para evitar el contagio. Ni se crea que el conventillo es barato; generalmente su canon mensual es muy superior a la capacidad económica del inquilino, para quien el alquiler es la angustia de todo el mes. Los sociólogos y moralistas, que han estudiado la institución del conventillo, que tal parece ser, dado lo arraigado y general de su existencia, están persuadidos de que no puede pensarse en una regeneración moral, a fondo, en nuestras ciudades hispano-americanas, sin que desaparezca el conventillo. A ello se tiende con las llamadas **casas baratas**; pero el conventillo es como mala yerba que rebrota por todas partes.

(2) Eran las señoras Luisa Fóster de Reyes, Inés Rivas de Errázuriz, Ana Besa de Quesney, y las señoritas Ernestina Vigneaux, Josefina Fóster y Carmela Rodríguez Rozas.

(3) "En nuestra patria, los que no nacen en dorada cuna, sino en pobres y miserables viviendas, crecen en un ambiente, en que todo conspira para que peligre su virtud. Se hace entre nosotros activa propaganda protestante y sus moradas llamadas conventillos, en que viven aglomeradas centenares de personas, son campo fértil para que tan maléfica semilla produzca sus funestos resultados. Viven en consecuencia muchas de las familias en una completa relajación moral de las costumbres, se forman los hogares sin el sagrado vínculo del matrimonio religioso, los niños van creciendo sin bautismo y todos, grandes y chicos, participan de la más deplorable ignorancia de nuestra Religión Católica". **Apostolado Popular del Corazón de Jesús; Memoria del año 1924; pág. 11.**

muni6n, 20; matrimonios, 7. Adem6s se fund6 un Centro Obrero de la Uni6n Nacional. A esta misi6n sigui6 otra, en la calle Matu-rana, No. 76, el 12 de agosto; y otra, en la Avenida Latorre, del 24 del mismo mes al 3 de septiembre (4). De 1918, hay constancia de otras cuatro: una, que termin6 el 29 de junio; otra, que se di6 del 14 al 21 de julio, en la que hubo 80 comuniones; otra, comenzada el 22 de julio, en un conventillo de la calle Valdivia; y finalmente una cuarta, a fines de agosto (5).

Estas misiones las daba el P. Falgueras o bien solo o bien acompa~ado de alg6n otro sacerdote. Entre ellos, encontramos citados en las cr6nicas, el P. Medardo Aldu6n, Misionero del Pur6simo Coraz6n de Mar6a, y los Padres Zoilo Villal6n, Juan Zorrilla de San Mart6n, Jaime Ripoll, Ricardo Soria y Manuel Sol6a, de la Compa~a de Jes6s. Asimismo tomaron parte varios sacerdotes seculares.

El 6xito obtenido desde la primera de aquellas misiones, hizo comprender al P. Falgueras la conveniencia de establecer alg6n v6nculo de solidaridad entre las se~oras y se~oritas, que hab6an acudido a su llamado apost6lico, desde el primer d6a. Entend6a que ellas ser6an auxiliares valiosos y aun indispensables para el fin que se propon6a. Porque era as6, que resultaba important6simo e insustitu6ble el trabajo de aquellas se~oras y se~oritas. Ellas, con celo inagotable, preparaban las misiones; no omit6an sacrificios; las distancias, lo malsano y maloliente de las viviendas, los rigores de la estaci6n invernal, nada era capaz de detener el paso alentado y presuroso de su ardiente caridad. Llegaban una y otra vez a las puertas de cada familia para invitarlas a la misi6n e impon6anse con delicada discreci6n de las necesidades de cada hogar. Al principio, eran recibidas frecuentemente con sequedad y aun con hostilidad; pero al fin rend6ase el jefe de la familia y tras 6l, todos sus miembros; porque no es la limosna lo que principalmente granjea los corazones, sino el cari~o; y cuando la fortaleza del coraz6n se rinde, todo est6 ganado. Adem6s, llevaban la instrucci6n a los ni~os y los preparaban para la primera Comuni6n, constituyendo cristianamente las familias y legitimando las uniones il6citas y esto ahorr6ndoles tr6mites y gastos. Visitaban a los enfermos y los preparaban a recibir los 6ltimos sacramentos. Se

(4) *Diario* del Colegio de San Ignacio. Que fueron tres las misiones del primer a~o, o sea, el 1917, lo afirma tambi6n la Memoria de 1924, que dice as6: "Dios quiso que las tres primeras misiones de ese a~o dieran 6ptimo resultado".

(5) *Diario* citado.

preocupaban de los obreros, haciéndoles ingresar en Patronatos o Sociedades católicas; velaban por la preservación de las niñas, colocándolas en casas, donde quedase en resguardo su virtud, y finalmente atendían a las necesidades materiales, proporcionando a los indigentes los auxilios necesarios, en cuanto lo permitían sus recursos.

2. Guiado, pues, sin duda el P. Falgueras por la luz y la moción de Dios, que suave y eficazmente provee, por hechos al parecer insignificantes, a la realización de excelsos ideales, concibió la fundación de lo que se llamaría: "Sociedad del Apostolado Popular del Corazón de Jesús", y que sería también como la cristalización de otra idea preconcebida por él, con anterioridad a aquel movimiento misional; es a saber, el ofrecer un campo adecuado de acción a algunas almas selectas, que él había formado, ansiosas de trabajar por Dios y por el prójimo por Dios. En lo que se descubre también la coordinación de los trabajos apostólicos del P. Falgueras, tal vez no prevista concretamente por él mismo, pero dispuesta por Dios y sabiamente preparada por su adorable Providencia.

A raíz, pues, de estos hechos, el P. Falgueras propuso su plan a aquel grupo de personas, que más abnegadamente habían acogido su empresa; y habiéndolo recibido con entusiasmo, escribió el Padre los Estatutos de la nueva Asociación, los cuales examinados y aprobados unánimemente por la asamblea celebrada el 17 de mayo de 1919, fueron asimismo aprobados por la Autoridad eclesiástica en 1920, y, finalmente, por el Supremo Gobierno de Chile, quien concedió a la Sociedad la personería jurídica (6).

3. Protector entusiasta de la obra del P. Falgueras desde la primera hora, fué el Provisor del Arzobispado, Dr. Manuel Tomás Mesa, quien había sido siempre un admirador del espíritu y de las empresas de nuestro apóstol popular. Así lo testifican las Crónicas del Apostolado.

"Para llevar a feliz término, dicen, esta obra admirable y de una actualidad, que están acordes en reconocerle los que de cerca la conocen y conocen las necesidades de nuestro pueblo, tuvo el P. Falgueras un auxiliar poderoso, que le prestó el contingente valiosísimo de su virtud reconocida, de su saber y de un gran prestigio, y fué éste el señor Provisor don Manuel Tomás Mesa. Ya en 1917, al fundar el P. Falgueras la Sociedad del Apostolado, lo hizo alentado con sus consejos, y contando con la ayuda moral de tan

(6) Memoria del año 1924, pág. 11.

valioso protector; y no se equivocó, pues en todo momento el señor Provisor ha sido el cooperador constante del P. Falgueras" (7).

4. Entre tanto, y durante la tramitación jurídica para la fundación del Apostolado, se iban multiplicando las misiones en los conventillos. En 1919 se dieron ocho. El P. Falgueras terminó una en la calle de San Francisco, el día 15 de mayo, en la que hubo 300 comuniones; terminó otra, el 2 de junio, en la que hubo 170 comuniones; otra, en la parroquia de la Asunción, el día 15 del mismo mes; comenzando otra el día 16, en un conventillo de la calle Arturo Prat; y consta que el día 11 de julio estaba ocupado en otra; que el 27 terminó la de un conventillo de la calle del Carmen; que el 3 de agosto comenzó la siguiente, que terminó el 10, con 120 confesiones, 115 comuniones y 15 matrimonios; y que el 11 del mismo mes, comenzó la última en un conventillo de la calle de San Francisco. Este trabajo agobiador, que simultaneó el P. Falgueras con una tanda de Ejercicios a las Religiosas llamadas "Rosas", acabó con sus escasas fuerzas y dió con él en el lecho, siendo necesario imponerle algún descanso que tomó, obligado por los Superiores, en la Calera, donde hizo consistir su receso en dar una misión al pueblo. En 1920 hallamos sólo una misión dada por el Padre, en un conventillo de la calle Zama, que comenzó el 16 de agosto (8).

5. Antes de pasar adelante, para contemplar la expansión especial, que se ofreció al celo del P. Falgueras, a partir del año 1921, es necesario detenernos algún tanto en su actuación propiamente personal, como misionero de los conventillos de Santiago. Desgraciadamente no poseemos abundancia de materiales históricos, pues jamás le ocurrió al P. Falgueras disponer que se escribiesen sus oscuras, aunque tan evangélicas hazañas conventilleras; y si a otros les ocurrió escribirlas, el Padre se opuso absolutamente a que se hiciese; con todo, creemos tener los datos suficientes para confirmarnos en la idea de varón apostólico, que de él nos hemos venido formando.

Se ha dicho antes, que uno de sus auxiliares en aquellas misiones fué el P. Medardo Alduán, religioso del Purísimo Corazón de María. De sus labios, pues, recogeremos un testimonio precioso, que en manera alguna podríamos preferir.

"Le conocí únicamente, dice, en el ejercicio del ministerio, dando juntos misiones en los conventillos. La impresión que ha

(7) Memoria citada, pág. 14.

(8) Toda la documentación concerniente a los hechos aquí anotados hállase en el Diario ya citado, del Colegio de San Ignacio, de Santiago de Chile.

quedado en mí, o digo mejor, la convicción que tengo de su persona, es que era santo. Y llegué a este convencimiento por hechos muy pequeños, pero que son las verdaderas y legítimas pruebas de la virtud. Lo primero que noté fué que no eran apariencias ni entretenimientos su apostolado, como por desgracia se advierte en tantos otros. En las misiones se trabajaba de veras y se trabajaba con sacrificio. Como que nada significara la grande obra que el Padre había iniciado, nunca me habló de ella, mucho menos de los planes que abrigaba sobre la misma, ni de los ideales que él hubiera concebido. De tal manera, que la impresión que me produjo su trabajo, fué de que era su obra una explosión de su celo para aquietar sus ansias de apostolado y una solicitud de su carácter de director espiritual, con la cual daba a sus dirigidas un campo donde ejercitar su actividad y deseos de hacer algo por Dios. A las misiones iba el P. Falgueras a trabajar, no a exhibirse; a salvar almas, no a complacerse ni darse gusto en sus obras y con las personas que le ayudaban. Por eso nunca le oí conversar, ni para hacer tiempo a que comenzasen los actos; ni siquiera trató de entretenerme a mí, la primera vez que fuí a esas misiones. No pude notarle jamás lo que le disgustaba en el ministerio; lo mismo predicaba los sermones que las doctrinas; con la misma voluntad entendía en las informaciones que en las confesiones; para él era lo mismo confesar hombres que mujeres o niños; iba a las piezas de los pobres o los hablaba, en la que se destinaba al servicio de la misión, según conviniera. Era amabilísimo con los pobres y les prestaba toda atención, sin darse por resentido de nada. Se tomaba para sí el trabajo que no hacía el compañero, sin adelantarse a elegir; antes bien en su modo de portarse aparecía inferior al compañero, siendo director de toda la obra. Era tan atento con el compañero, que no consentía, a sabiendas, una molestia por insignificante que fuese; se la tomaba para sí, si se daba cuenta de ello. Muchas veces me venía a acompañar hasta mi casa por las noches, después de la misión, a pesar de tener que dar un rodeo muy grande para llegar a la suya, sin que pudiera convencerlo de que no lo hiciese. En la predicación era fervoroso y buscaba visiblemente el bien de los fieles. Su aspecto era de santo, y así lo oí decir alguna vez a unos pobres de un conventillo, que lo conversaban entre sí. Yo notaba que los impresionaba su predicación y no podía menos, pues asomaban a su boca las llamas del divino amor que consumía su corazón. Dar una misión el P. Falgueras era dar una misión de enviados de Dios a los pobres, y se sentía uno envuelto en ese sublime y divino carácter. En el confesonario era cons-

tante y muy caritativo; trataba a los pobres con verdadero amor. Por cualquier parte por donde se tocara el espíritu del P. Falgueras aparecía macizo y sólido de veras, lo mismo que su obra. Nada de ostentación, nada de exterioridades, nada de apariencia. Trabajo real, sacrificios continuos, abnegación propia, mirar a Dios, no contemplarse a sí, buscar a las almas; ni desalientos, ni detenerse por las dificultades, sin murmurar de nadie, y en todo dulzura, suavidad y generosidad; he ahí lo que yo he visto y han visto todos. Si esto no es virtud, si esto no se tiene por santidad, no sé qué prueba se podría exigir" (9).

A estas tan expresivas y rotundas afirmaciones del R. P. Alduán y que al parecer no admiten objeción, añadiremos algunas notas, transmitidas por una de las colaboradoras más adictas y abnegadas a la obra del P. Falgueras, la señorita Carmela Rodríguez Rozas, quien con delicadeza femenil nos hace sentir la ternura del alma del Padre para con los pobres. Refiriéndose, pues, a las misiones de los conventillos de Santiago, se expresa así:

"Se instalaba un armario, que servía a la vez de altar y confesonario; y ¡cuántas veces lo vimos arrastrándose por el suelo, empolvado y traspirando para armarlo con sus propias manos! Muchas de estas misiones se daban bajo el techo del cielo, pero no estrellado, sino amenazando lluvia; y esas noches frías y de espesas neblinas no impedían el celo del misionero santo, que predicaba con el fervor y entusiasmo que lo habría hecho bajo las bóvedas de la más suntuosa y abrigada catedral. Al llegar el Padre, en las tardes, para empezar la misión, acostumbraba pasar visita a todas las piezas de los pobres, a los cuales saludaba con afecto tal, que desde el primer momento se los conquistaba; se sentaba con ellos a su mesa y conversaba, interesándose por toda su familia. La misión quedaba asegurada; pues el misionero empezaba por ganarse los corazones. ¡Cómo no oír a este Padre, tan bueno, y que parece tan santo! Esta era la consecuencia práctica que los pobres sacaban de su amable visita. El último día de la misión ordinariamente no predicaba; dejaba que lo hiciera el compañero; él se dedicaba a la pesca de almas y podemos asegurar que era milagrosa. Generalmente se preparaba una pieza para las confesiones de hombres, inmediata al altar, colocado en el patio, de manera que quedara cerca de los grupos de hombres, que se colocaban a oír algo retirados. Allí veíamos llegar el Padre con una

(9) MEDARDO ALDUAN, Superior de los Padres del Corazón de María: *El Rdo. P. Falgueras*, en la *Corona fúnebre*, pág. 39 y siguientes.

cara que irradiaba bondad y celo; se acercaba a uno de ellos, y, después de una breve conversación, que terminaba con un cariñoso semi-abrazo, pues les colocaba las manos sobre el hombro, así juntos caminaban hasta la pieza improvisada en capilla; de allí, después de un cuarto de hora o veinte minutos, volvían ambos con rostros, que reflejaban la más dulce felicidad: el Padre, porque acababa de poner en gracia de Dios a un alma, que tal vez por muchos años, y a veces toda la vida, pues se trataba de primeras confesiones, había vivido encenegada en el pecado; y el pobre, porque experimentaba esa paz de la conciencia, que es fruto de la amistad con Dios. Entonces volvía de nuevo a acercarse al grupo, y entablaba atenta conversación con otro de los oyentes, la que tenía el mismo feliz resultado ya descrito; y así continuaba hasta que dejaba a todos confesados y dispuestos a comulgar al día siguiente. Estas conversiones, que hacía innumerables el P. Falgueras, más que con sus palabras, con ese influjo de santidad que emanaba de su persona, yo las tengo por extraordinarias; pues jamás he visto, en tantos años, que ningún misionero obre parecidas transformaciones. Cuando nosotras, las socias, nos encontrábamos con casos que parecían imposibles de volverlos a Dios sin un milagro, no desconfiábamos, porque la experiencia nos decía que la intervención del P. Falgueras era siempre el golpe de gracia irresistible, de que Dios se valía para operar los cambios más súbitos y consoladores. Voy a citar algunos de estos casos, como ejemplo. Había frente al conventillo en que se daba una misión, una familia acomodada, que tenían una mueblería en grande. La señora me llamó la atención desde el primer momento, por la cooperación que prestaba a la misión, y, con este motivo, intimé bastante con ella. Cuando se acercaban los últimos días, la invité a que nos acompañara en la Comunión general, ya que tantos servicios nos había prestado. Ella con finura se excusó, con las atenciones de su casa; pero había un algo de tristeza que revelaba un sufrimiento oculto. Con toda la delicadeza de que fui capaz, me atreví a insinuarle si tendría algún otro inconveniente para comulgar. De pronto sus ojos dejan correr abundantes lágrimas, y me cuenta con voz llena de amargura, su triste historia. Estaba de novia, cuando su madre se había enfermado gravemente, y la familia resolvió que se hiciera el matrimonio al lado del lecho de la enferma. Se fué primero a la Parroquia, pero un inconveniente de parte del Cura, hizo imposible en aquel instante el matrimonio religioso. Vuelto a la casa, se llevó a efecto la inscripción civil, y unas cuantas horas después murió la señora. Desde este momen-

to, el marido se resistió con tenacidad a casarse religiosamente, no habiendo podido en dieciocho años conseguirlo las lágrimas de su mujer, que vivía en un continuo y amargo remordimiento. Ella había sido educada cristianamente, era Tercera franciscana, y persona que acostumbraba hacer sus Ejercicios anuales. Como le hablara yo de intentar conseguirlo, me respondió con un tono que demostraba que ya nada esperaba; pero me dejó en libertad de obrar como mejor me pareciera. El caballero, con gran sorpresa mía, ciertamente por las gracias que la santidad del Padre atraía sobre la misión, me contestó que aceptaba el hacerlo; pero con la condición irrevocable de que no se le pidiera confesarse y ni siquiera se le insinuara; pues él, que tenía 60 años, no lo había hecho nunca, y no lo podía hacer porque no tenía fe. Aceptada la condición, se hizo la información matrimonial. En aquel entonces, los matrimonios no se efectuaban en la misma misión, sino en la Parroquia. En la tarde del día en que debía casarse, le di la información al P. Falgueras, contándole la historia anterior, y le pedí fuese él a la casa a llevársela personalmente, y agregué riéndome: "Haga el milagro de confesarlo". Tomó el papel y se dirigió a la casa. Una hora después volvió; y, al encontrarse conmigo, me dijo como lo más natural: "Ya se confesó". Al día siguiente, a pesar de que la misa se decía en la pieza de un pobre conventillo, atravesó el caballero con su señora, ambos comulgaron y se velaron, y observé que al recibir él la primera Comunión de su vida, de manos del P. Falgueras, gruesas lágrimas cayeron de sus ojos. Repito que éste es uno de los centenares de conversiones que realizaba nuestro Padre. Para que se pueda apreciar mejor los efectos que obraba su palabra saturada de celo y de bondad, voy a citar otro caso. Predicaba el Padre una misión que, desde el primer momento, se temió fuera un fracaso, por vivir en aquel conventillo un hombre de ideas muy socialistas, el cual había manifestado gran disgusto, al saber se preparaba una misión en su propio conventillo, por lo que había intimidado a los otros moradores; al extremo de que, por temor a sus burlas y amenazas, decían que no se atrevían a asistir a las distribuciones. A pesar de todo, el Padre, que no sabía retroceder ante las dificultades, dió principio a la misión, predicándola en el medio del patio, precisamente al frente de la pieza de aquel hombre diabólico. Principió a predicar; y al momento aquel pobre, que había almacenado odio durante toda la semana de propaganda, empezó a lanzar contra el Padre toda clase de injurias y de blasfemias. Las socias estábamos sobrecogidas de temor, pensando cómo acabaría aquello que tan mal comienzo tenía. Inútil-

mente se recurrió a todos los medios para hacerlo callar, incluso el de avisar al mayordomo, con el fin de que lo llamara al orden. Nada dió resultado, o, más bien dicho, todo sirvió para agriar más el ánimo de aquel infeliz. Al terminar el Padre su predicación para dejar su turno al otro misionero, vimos con gran sorpresa que se dirigía a la pieza de aquel hombre, y, al entrar, cerró herméticamente la puerta. Estuvo adentro mientras duró el sermón, y, al concluir, sentimos que se abría nuevamente la puerta, y que el Padre salía acompañado por el mismo hombre, ya transformado en otra persona amable y risueña, y ambos se dieron la mano estrecha y efusivamente. Por demás decir que no volvió a molestar y que desde su pieza seguía con atención las distribuciones. Por fin contaré otro caso, que todos los que lo presenciamos lo tuvimos por extraordinario. En un conventillo, en que se dió una misión, que estuvo a cargo de los Rdos. Padres del Corazón de María, vivía una pobre niña de 20 años, que desde la edad de seis, había quedado completamente ciega y sorda. Desde el primer momento las socias agotamos todos los medios para hacerle comprender que estábamos en misión, y que se preparara a confesarse. Su madre, que lo deseaba mucho, nos ayudaba; pero todo fué inútil, pues no logramos que hiciera la menor demostración de que nos comprendía; de modo que ya desesperábamos de obtenerlo. El último día de la misión fué el P. Falgueras para ayudar en las confesiones, y, al llegar, le referí la historia de aquella infeliz ciega, agregándole que parecía imposible confesarla, pues no habíamos conseguido hacernos comprender de ella, por más que habíamos empleado todos los recursos. Breve, como siempre, sólo dijo: "Vamos donde está ella". Entró a la pieza, estando presentes María Cifuentes, Amelia Echegoyen y yo. Se acercó a la ciega, y notamos que se recogió un instante en oración, antes de hablarla, y después le dió la bendición. Todo este preámbulo nos llamó la atención; pues en ninguna otra ocasión lo había hecho así. Inmediatamente después de darle la bendición, tomó la mano de la ciega y la puso sobre la de él; y ¡cosa extraordinaria! al momento la niña exclamó: "¡Padre!" En aquel instante, el Padre dirigiéndose a nosotras nos dijo: "Retírense". A los veinte minutos salió de la pieza, y al acercarme a él, le oí decir: "Puede comulgar". Efectivamente al día siguiente hizo su primera Comunión. A nosotras nos quedó la impresión de que se trataba de un hecho sobrenatural, pues nada explica cómo pudo llamarle **Padre**, al tocarle. Además, ¿cómo la confesó? Todo quedó en el misterio. El Padre no dió ninguna explicación; y los santos tienen un no sé qué, que hace que se respete

la profunda humildad en que se envuelven. En el último de estas misiones, en el cual tenían lugar las confesiones, el Padre llegaba a las dos de la tarde, y desde esta hora hasta las ocho o más de la noche confesaba, sin otro descanso que unos diez minutos, en que se levantaba, como a las cuatro de la tarde, y, al lado de afuera de la pieza, comía de pie un pequeño pan francés. Inútilmente le ofrecíamos té o café; pues nos contestaba que aquello era suficiente para evitar el dolor de cabeza. Observaré un rasgo de su delicadeza en la circunspección que guardaba en el trato con las socias del Apostolado, durante las misiones, al extremo que apenas nos saludaba, y hablaba breve y secamente en los casos indispensables. Era tan notable esta casi terquedad, que nosotras la comentábamos, riéndonos, pues comprendíamos el espíritu que lo animaba. En cierta ocasión me dijo lo siguiente, que explica su manera de portarse con nosotras: "Les recomiendo que guarden con los misioneros la mayor seriedad; no porque tema nada en Uds.; sino por evitar sospechas infundadas en esta gente ignorante, y de suyo mal dispuesta contra el sacerdote" (10).

Añadiremos, finalmente, el elocuente testimonio del P. Manuel Solá, de la Compañía de Jesús, que aunque breve, encierra una significación muy vasta. Le dedica el párrafo siguiente:

"Tuve la dicha de acompañar al P. Falgueras, dos o tres noches, a mi paso por Santiago de Chile, en aquellas sus apostólicas misiones por los conventillos; y aun cuando han pasado cerca de veinte años, ¡qué indeleble y edificante impresión dejó en mí! **Es lo más notable que recuerdo haber visto y oído, en varias naciones, y en lo que va de siglo. ¡Qué unción tan penetrante! ¡Qué celo tan inflamado en amor de Dios y en la salvación de las almas!** Se transparentaba su sólida y no vulgar virtud en su exterior ascético y edificante, y la evidenciaba su vida y modo de ser, siempre abnegado, modesto, caritativamente amable, con un espíritu de fe y unión con Dios, verdaderamente admirables. Se explica, pues, fácilmente la opinión de santidad que le acompañó en vida y le siguió después de su muerte, atribuyendo a su intercesión extraordinarios favores" (11).

6. Se ha afirmado que en 1921, el movimiento apostólico del P. Falgueras tomó una dirección particular. El caso fué el siguiente:

Existía en Chile una inmensa riqueza natural, formada por

(10) M. CARMELA RODRIGUEZ ROZAS.—Apuntes sobre el P. Falgueras; parte I.

(11) MANUEL SOLA, S. J.—Carta al autor; Buenos Aires, 21 septiembre de 1936. El P. Solá ha dado misiones en España, Méjico, Estados Unidos, Argentina, Uruguay y Chile.

el salitre sódico o nitrato de sodio, la cual fué por muchos años el fundamento principal de la estabilidad económica pública y privada de la República. En realidad, se trataba del más abundante entre los nitratos que se hallan en la naturaleza, y se usaba no sólo como abono fertilizante, sino también para la preparación del nitrato potásico y del ácido nítrico, que son, a su vez, primeras materias para la fabricación de explosivos (12). Los depósitos de esta sustancia se encontraban en la zona de los desiertos, que ocupa el norte del país y se consideraban prácticamente inagotables. Suponíase que aun cuando la producción y el consumo continuaran aumentando progresivamente, sólo los yacimientos "ya conocidos" proporcionarían abono por más de un siglo, y que los terrenos no explotados contenían mayores cantidades todavía (13). Este mineral, aunque explotado principalmente por compañías extranjeras, dejaba en Chile una riqueza considerable (14). Además, la región salitrera, donde se concentraba aquella intensísima industria, servida por muchos millares de obreros, era un mercado de consumo, que atraía las mercaderías del país en grandes cantidades (15).

Así las cosas, y cuando la riquísima propiedad fiscal de Chile, consistente en su gran zona salitrera, se consideraba completamente segura y saneada, ocurrió el predominio del abono nitrogenado artificial, denominado sulfato de amoníaco, producto de origen alemán, que desde 1910, había empezado a invadir los mercados (16).

(12) EDWARD THORPE.—Enciclopedia de Química Industrial, tom. V, pág. 135.

(13) WILLIAM S. MYERS, delegado chileno al Octavo Congreso Internacional de Química Aplicada, decía en una comunicación a la prensa, relativa a los falsos rumores, que prevalecían respecto de la extinción de los yacimientos de Chile: "Primero que todo, decía, hay una gran extensión de terrenos salitreros en las pampas chilenas, que no han sido medidos aún, a pesar de que contienen grandes cantidades de nitrato de sosa. En segundo, los terrenos ya medidos contienen una enorme cantidad del artículo. Hay probablemente en números redondos 1.000.000.000 de toneladas en los yacimientos del país, y sin duda existen también grandes cantidades en los terrenos no explotados aún. El tonelaje medio y registrado, listo para ser extraído en cualquier momento, pasa de 250.000.000 de toneladas. La duración de los depósitos medidos es por lo menos de cuatrocientos años, incluyéndose el creciente aumento anual en el consumo del salitre". Cita del Diccionario ESPAÑA, t. 17, p. 330.

(14) Entre 1880 y 1909 inclusive, el valor del salitre exportado alcanzó a 217.000.000 libras esterlinas, y Chile recibió como derechos de exportación 81.000.000.

(15) Sólo en 1909, el centro de Chile envió a la región norteña mercaderías por valor de \$ 100.000.000.

(16) QUÍMICA DE MUSPRATT, tom. VII, pág. 633. La primera fábrica de amoníaco se creó en Alemania en 1864; adquirió gran importancia hacia 1885 y creció más hasta llegar a una difusión universal, poco antes de principar la gran guerra europea.

El efecto inmediato de este cambio de cosas fué una crisis profunda, que amenazaba a Chile con un derrumbe económico nacional (17). Con ella surgía pavoroso el problema de la miseria absoluta para innumerables obreros, que vivían al día, de su trabajo salitrero, y que quedaban del todo arruinados, en aquella región árida e inhospitalaria del norte, donde de suyo es ya muy difícil la vida.

Y aquí entró el Gobierno de Chile, el cual haciendo un esfuerzo muy digno de reconocimiento, tomó las medidas humanitarias que imponían las circunstancias, consistiendo una de ellas en trasladar a la Capital de la República un buen contingente de aquellos desocupados forzosos, hospedándolos en improvisados albergues y manteniéndolos desde luego a cuenta del Estado. En estas condiciones fueron colocados en Santiago unos 18.000, entre hombres, mujeres y niños.

Se deja entender que aquellos albergues distaban mucho de ser palacios, y que el tratamiento de aquellos infelices no podía ser de príncipes, ni mucho menos. Lo cual trajo consigo descontentos, protestas y amenazas, sobre todo por efecto de la detestable ideología de que estaban imbuidos los obreros, que en Chile, como en tantas partes, habían sido envenenados por los absurdos y criminales principios del comunismo totalitario. Ello hizo, pues, que aquellos albergues de Santiago se convirtiesen pronto en focos repugnantes y aun temibles, de ideas subversivas y de costumbres depravadas. ¿Quién se hubiera atrevido a hacer brillar en aquellas inteligencias cerradas a toda luz, las verdades sobrenaturales de la fe y aun de la razón natural, y hacer latir en aquellos corazones, cerrados a todo noble amor y sólo abiertos al odio, las dulces y santas emociones de la caridad de Dios y de los hombres?

7. El P. Falgueras fué el hombre para abordar una dificultad, que a muchos pareció imposible de superar, no sólo por el monto de trabajo y sacrificio que suponía, sino también por el peligro inminente que encerraba.

Compréndese de cuánta ayuda le fué para emprender aquella obra y triunfar en ella la pequeña falange de cooperadoras, abnegadas y decididas, que con el título de Sociedad del Apostolado Popular había creado él y adiestrado ya en las lides de las misiones en conventillos. Pero al frente de su Apostoldao estaba él. "Se necesitaba, dice la M. Carmela Rodríguez Rozas, alma de temple de

(17) En realidad, el descenso de la demanda del salitre comenzó en 1910; pero no llegó a la crisis total hasta once años más tarde.

apóstol y de santo, y felizmente reunía en grado sumo estas cualidades nuestro querido P. Falgueras, quien al imponerse del estado deplorable en que se encontraban tantos miles de almas, sin titubear un momento y lleno de entusiasmo, logró bautizar los niños de once albergues y dió misiones en siete de ellos. Sólo las que tuvimos la suerte de secundarle en este trabajo, podemos tener idea del celo que en ellas desplegó, del sacrificio que le impusieron y del éxito inesperado que ellas dieron. A ejemplo suyo, otros celosos sacerdotes tuvieron a su cargo dos albergues; pero al P. Falgueras le cupo la gloria no sólo de ser el iniciador sino de haber dado misiones en casi la totalidad de ellos" (18).

La primera de estas misiones se dió en el albergue de la calle Sazie. Aquel aglomerado de seres humanos se distinguía por los desbordamientos de odio contra los ricos y contra la patria. Contábase que aquellos mismos días el Proveedor del Estado había hecho llevar al albergue una banda de música, y que al tocar el himno o canción nacional, los obreros habían pisoteado la bandera chilena. Aun personas piadosas y celosas condenaban al P. Falgueras por atreverse a llevar a aquel sitio, donde toda desvergüenza e inmoralidad tenía su asiento, a señoras y señoritas de la buena sociedad. Quiso por lo menos rodear al Padre de precauciones; pero él no las aceptó y recorrió solo todo el albergue, anunciando la misión, como si se hallase entre gente suya del todo. Y fué lo más raro que se calmaron inmediatamente los ánimos, como se calmaron las aguas alborotadas del lago de Genezareth, a una sola palabra de Jesucristo, y comenzó la misión con la mayor tranquilidad. "La santidad del Padre, escribe nuestra cronista, había hecho el milagro de dominar el descontento y apaciguar los odios. Y es que a todos hablaba con afecto paternal, interesándose en toda forma por su bienestar espiritual y material. En ocasiones le vi llevarse la cuchara a la boca, la misma con que ellos se servían, venciendo la repugnancia que inspiraba el desaseo de aquella gente, para demostrarles que se preocupaba de ver si la comida era tan mala como decían ellos" (19). Admirable ejemplo de la eficacia de la caridad, y que demuestra que los obreros tienen corazón, y que por saturado de odio que esté, restalla al contacto de otro corazón que les muestra verdadero amor. Dieron esta misión el P. Falgueras, el P. Zorrilla y el Pbro. Sr. Maturana.

(18) Apuntes sobre el P. Falgueras.—Parte I, p. 34.

(19) Apuntes citados, p. 36.

Ni que pensar había en dificultades. Ocurrió aquellos días una huelga de vehículos, y el Padre hacía a pie varios viajes todos los días a su albergue, permaneciendo en él hasta la noche cerrada. Aquella pobre gente, que tal vez en su vida habían visto un sacerdote como aquel, tan cerca de sí, quedó profundamente impresionada; y de tal modo se trocó en su favor, que como ocurriese hallar al Padre un grupo de ellos que por el público paseo de la Alameda se dirigía a un **meeting** de protesta, le saludaron todos, sombrero en mano, y echando entusiastas **vivas** al Padrecito.

El resultado de esta primera misión no fué de despreciar. Durante la misma se bautizaron ya 26 niños, algunos hasta de 8 años de edad. El catecismo estuvo a cargo de varias señoritas. Tomaron la primera comunión 102 personas, entre niños y gente mayor, y se realizaron 30 matrimonios. Además, se acercaron a los sacramentos unas 250 personas. La misa con que se dió término a la misión se celebró en los Talleres de San Vicente, el día de San Pedro. El espectáculo que ofrecía aquella capilla era muy consolador, pues estaba totalmente llena de aquella gente, que tal vez nunca había asistido a misa. Allí se hizo todo: se velaron los matrimonios y hubo las primeras comuniones; al fin, el P. Falgueras impuso a todos el escapulario del Carmen. Los gastos de la misión ascendieron a \$ 2.000 (20), buena parte de los cuales se emplearon en comestibles para todos y en trajes para los matrimonios y bautismos.

He aquí un caso típico. Había allí un matrimonio, que llevaba la nota alta del anarquismo en el albergue; ninguno de los componentes de aquel triste hogar había pisado jamás una iglesia, y ella ni siquiera estaba bautizada. El P. Falgueras logró su conversión; él mismo bautizó a la joven, e inmediatamente los casó en la iglesia de San Ignacio. Aquella joven acostumbraba llevar siempre consigo su pistola al cinto, y de ella hizo donación a una socia del Apostolado, antes del bautismo.

El último día hubo también banda de música y canción nacional acompañada de **vivas**, mientras el P. Falgueras, que animaba la manifestación patriótica, sonreía gozosamente, recordando sin duda que, quince días antes, había sido pisoteada allí la bandera de la patria.

Así continuaron las misiones a los Albergues, todas trabajosísimas; pero todas favorecidas por Dios con frutos abundantes y bendiciones de paz.

Por las circunstancias especiales que acompañaron la misión

(20) Los satisfizo la señorita Adriana Echeverría.

del albergue llamado de San Ignacio (21), séanos permitido inmorarnos algo más en ella, tomando como guía la interesante narración de la M. Carmela Rodríguez Rozas, entonces Secretaria de la Sociedad del Apostolado Popular y testigo ocular y activa de los hechos, que es la más extensa y circunstanciada que poseemos. Dice así:

“Sobre todas las misiones, la que dió un resultado más sorprendente fué la del albergue de San Ignacio, y en ella quedó más de manifiesto aún la santidad del Padre; pues no pudo retroceder ante dificultades que parecían insuperables, y que sólo a su celo se debió el haberlas vencido. El albergue de San Ignacio asilaba 3.600 personas y era el más abandonado, por estar situado en un barrio muy apartado del centro de la ciudad; pero por este motivo atraía más el corazón apostólico del Padre, que con un empeño verdaderamente admirable, preparó aquella misión que tanto bien iba a reportar a las almas de los pobres albergados. Habiéndose sabido que el elemento subversivo preparaba una propaganda hostil a la misión, se trató de sofocar aquel movimiento de descontento, inclinando los ánimos favorablemente, y para ello se repartieron la víspera de empezar la misión pallasas y comestibles. El día 11 de julio, el P. Falgueras acompañado del P. Zorrilla de San Martín se dirigieron al albergue para iniciar la misión (22); pero tan luego como entraron al local, estalló la manifestación hostil, que anarquistas y socialistas venían preparando. Los Padres se vieron rodeados de centenares de personas, hombres y mujeres, que con gritos descompuestos pedían que se retiraran; pues no querían la misión; y los cabecillas del movimiento para agriar más los ánimos, aseguraban que el té que se les había repartido la víspera, contenía veneno. El P. Falgueras, en medio de este agitado tumulto se mantenía sereno, tratando de dominarlo, más que con las palabras y razones, con aquella dulzura impregnada de amor y caridad que le era peculiar. Todo era inútil para detener aquel desborde de pasiones excitadas, y el oficial de guardia se dirigía una y otra vez a los Padres rogándoles se retiraran; pero el P. Falgueras se resistía a dejar abandonado aquel campo, en que esperaba conquistar tantas almas. El oficial, viendo que la manifestación asumía proporciones graves, se dirigió nuevamente al P. Falgueras y le dijo: “Le ruego, Padre, se retire, pues temo que de

(21) Comenzó esta misión el 30 de agosto de 1921.—Diario del Colegio de San Ignacio; día de la fecha.

(22) Tomaron parte también en esta misión el R. P. Fernández, C. M. F., el Presbítero D. José M. Corral y el Sr. Cura Párroco de la Santísima Trinidad.

un momento a otro puede venir un disparo y tener que lamentar una desgracia, la que me costaría mi puesto. El Padre, que hasta entonces nada le había acobardado, al oír estas palabras, cedió al instante. El peligro de perjudicar al Oficial lo hizo retirarse sin pronunciar ni una sola palabra. Al día siguiente, a las siete de la mañana, fui a hablar con el Padre, y, aunque lo conocía muy bien y sabía que nunca volvía atrás, cuando estaban las almas de por medio, pensé que en esta ocasión se habría dado por vencido; pero me engañé; pues contestó a mi pregunta de si la dábamos por terminada, con estas palabras: "Dejarla, jamás; hoy a las dos de la tarde estaré allí"; y como dijo lo hizo. Seguramente en su oración de la mañana ya habría tratado este negocio, y, mediante ella, Nuestro Señor le concedería mover y cambiar aquellos corazones. Pues fué el caso que al presentarse nuevamente, se encontró en medio de un ambiente muy cambiado, y empezó por saludarlos, y, a manera de conversación, dejaba caer, mezcladas con palabras amistosas, útiles e interesantes instrucciones a los grupos que se formaban a su lado. Desde aquel momento la misión se formalizó y duró quince días, en los cuales el Padre desplegó un celo tal, que sólo guardaba proporción con el fuego del amor de Dios, en que se consumía. El albergue estaba plagado de epidemias; especialmente reinaba allí la grippe, con caracteres malignos, que había ya causado muchas muertes. El P. Falgueras, como a los ocho días de ímprobo trabajo, cayó enfermo con temperatura alta; pero sólo faltó a la misión tres o cuatro días (22*), pues sobreponiéndose al malestar, que siempre deja esta enfermedad, continuó su labor. Durante todos los días hacía personalmente el catecismo a los niños, y predicaba a las dos y media a todos los albergados, y a las siete de la tarde, únicamente a los hombres. La víspera del día en que iba a concluir aquella espléndida misión, se citó a las dos de la tarde para las confesiones, en la capilla de las Crèches, a cargo de las Hermanas de la Misericordia, inmediata al albergue. A pesar de lo mucho que se había trabajado, teníamos cierto temor de que las confesiones no fueran en número suficiente para compensar tanto sacrificio, porque quedaba un grupo, aunque pequeño, de hombres irreductibles, y temíamos que ellos con sus burlas impidieran el éxito esperado. A la una y media, una socia y yo llegábamos al albergue, y en ese mismo momento se detenía el coche que conducía al Padre. Entonces presenciamos el más imponente y consola-

(22*) Asimismo habían caído enfermos otros misioneros y la mayoría de las socias del Apostolado.

dor de los espectáculos. La capilla se encontraba desbordante de hombres y de mujeres que esperaban para confesarse, y la plazuela estaba también llena de los que no cabían dentro. Confieso que me parecía encontrarme en presencia de un hecho extraordinario. El Padre ordenó ir en busca de otros sacerdotes y así se hizo; él por su parte confesó desde la una y media hasta las diez de la noche, sin más descanso, que el que ocupó en su frugal cena. Al día siguiente, muy de mañana, ya estaba de nuevo confesando, lo que hizo hasta las ocho y media, momento en que dió principio la santa misa. Sólo las primeras Comuniones de hombres y mujeres, que fluctuaban entre los 20 y 60 años de edad, alcanzaron a 400; y si se agregan 57 matrimonios legitimados y 50 bautismos de 1 a 13 años de edad, de los cuales varios murieron antes de terminar la misión, 80 primeras Comuniones de niños de 12 a 18 años, y la numerosísima Comunión general, se tendrá alguna idea de la obra magna, que Dios realizó sirviéndose de su apóstol, el Padre Falgueras. Después de terminada la imponente misa, que hizo derramar no pocas lágrimas, el Padre personalmente repartió a todos empanadas, y su rostro reflejaba intensa alegría" (23).

Uno de los frutos más exquisitos de estas misiones a los albergues era la inscripción de los obreros para practicar los santos Ejercicios. Así, en esta misión fueron inscritos 80, como en la anterior de la calle Sazie habían sido 50. Para ello se les entregaba una boleta, que les daba derecho a ser admitidos en la Casa de Ejercicios (24).

Los trabajos apostólicos del P. Falgueras en los albergues

(23) *Apuntes* citados, pág. 40 y siguientes.

(24) Los cuantiosos gastos de esta misión fueron sufragados también por la familia Echeverría Carvallo.

Las *Actas* de la Sociedad Apostolado Popular traen el siguiente párrafo, referente a la misión del albergue de San Ignacio, que demuestra el excelente espíritu de la institución:

"El fruto cosechado en esta misión, dicen, ha sido en realidad óptimo y sin discusión el mayor de los obtenidos en las misiones dadas por esta Sociedad. La semilla arrojada en tantas almas, por medio de la predicación, propaganda de lecturas cristianas, y por ese ambiente de caridad, que han respirado estos hombres durante 15 días, ha tenido necesariamente, que dejar profundas huellas, no sólo en los que se han acercado a recibir los sacramentos, sino aun entre los mismos socialistas y anarquistas.

Durante la Misa, estuvo el Administrador de las Crèches, señor Baeza, quien se sintió conmovido, al presenciar tan numerosa y extraña concurrencia, y no se cansaba de felicitar a las socias, por la semilla arrojada; la cual podrá por el momento haber sido sofocada por el ardor y la exaltación de las pasiones; pero tarde o temprano, con la gracia de Dios germinará.

El trabajo ha sido arduo y laborioso, pero el celo que anima a todas las socias, hará que lejos de desmayar, emprendan con nuevos bríos y nuevas energías, otras muchas Misiones, para seguir teniendo la dicha incomparable de glorificar a Dios".

el año 1921, no interrumpían las misiones de los fundos, como se puede comprobar por las fechas recordadas en el capítulo anterior, así como tampoco las misiones de los conventillos. Así consta, por lo menos, que, del 12 de septiembre al 18 del mismo mes, dió él mismo una misión en una de aquellas viviendas, de la que fueron efecto inmediato 195 confesiones y 25 matrimonios; y que en 1922 dió tres: una que empezó el 22 de mayo, otra el 6 de junio, en la calle Nataniel, y otra que abarcó del 9 al 16 de julio (25).

8. Como hecho episódico y de cierta importancia en la vida del P. Falgueras, recordaremos en este lugar sus dos rápidos viajes de Santiago a Buenos Aires, para asistir a las reuniones que, en la Compañía de Jesús, se denominan Congregaciones provinciales. Es el caso que en 1917, la antigua misión Jesuítica Argentino-Chilena, dependiente de la Provincia española, llamada de Aragón, había sido constituida Provincia independiente por el R. P. Wlodimiro Ledóchowski, General de la Compañía de Jesús. Ahora bien; toda Provincia así constituida celebra cada tres años, según los estatutos de la Orden, una asamblea de sus miembros más caracterizados, al objeto de elegir un delegado, que en representación de la Provincia vaya a Roma para celebrar allí una segunda asamblea, formada por los delegados enviados por las Provincias Jesuíticas esparcidas por todo el mundo (26). La finalidad de esta última asamblea es preparar los asuntos, que conviene tratar en la Curia generalicia de la Compañía, y ejercer con autoridad una especie de fiscalización sobre el gobierno del Padre General, que podría tener por resultado la convocación de una asamblea general de la Orden, para examinar con mayor amplitud los hechos observados, llegando, si fuese necesario, hasta la deposición del General (27).

El P. Falgueras asistió, en unión de otros varios Padres de Chile, a las dos asambleas provinciales, que se celebraron en Buenos Aires, los años 1920 y 1923. El día 25 de enero de 1920 llegaba a la Capital de la República Argentina, en compañía de los Padres José Reverter, Ruperto Giménez y Martín Gómez, a quienes siguieron luego los Padres José López, Santiago Solá, José Au-

(25) Diario citado.

(26) En 1920, año del primer viaje, las Provincias de la Compañía de Jesús eran 29; hoy, en 1936, al escribir estas líneas, son 44.

(27) Los que conocen el eslabonamiento del gobierno de la Compañía de Jesús no acaban de admirarse de estas prácticas vigentes en la Compañía, reconociendo en ellas el genio superior de su Fundador, San Ignacio de Loyola. De hecho, aun cuando por espacio de más de 300 años se han celebrado con la posible regularidad, cada tres años, las asambleas de delegados en Roma, nunca ha sido necesaria la convocación de una asamblea general a los efectos dichos.

ger, José Giné, Luis Masegur y Rafaél Román (28). Por cierto que aquel viaje constituyó un continuo acto de caridad del P. Falgueras para con el anciano P. Reverter, que contaba a la sazón 74 años de edad. Es el caso que le fué encargado su cuidado, y él desempeñó su cometido con el mayor esmero. Lo cuenta así el P. José López, Rector entonces del Colegio de Santiago de Chile:

“A principios de 1920 fuimos a Buenos Aires para la Congregación provincial. En la estación de los Andes se nos juntó el anciano P. José Reverter, que venía de Valparaíso. Viéndole achacoso y sin fuerzas, le dije al P. Falgueras: “Padre, acompañe V. R. y ayude al P. Reverter, durante el viaje”. Esto bastó para que durante la ida y la vuelta, se constituyese con el mayor agrado, un sirviente del Padre, acompañándolo y ayudándolo en todo. El buen P. Reverter quedó tan contento y agradecido, que, después, solía repetir: “¡Qué bien lo hizo el P. Falgueras!, no sé qué hubiera sido de mí sin su ayuda” (29).

Celebróse aquella asamblea en el Colegio del Salvador, de Buenos Aires, siendo Provincial por aquella fecha el P. José Llussá, y resultando elegido como representante o delegado para Roma el P. José Giné y como suplente, para el caso de que el elegido no pudiese emprender su viaje a la Ciudad Eterna, el P. Joaquín Añón (30).

Gratisima impresión tuvo el P. Falgueras al contemplar en Buenos Aires, los progresos que había realizado su tan amado Seminario Metropolitano de Villa Devoto, cuyos fundamentos y primeros pasos debíanse a sus anhelos y trabajos empeñosos y abnegados. En 1920, el Seminario materialmente considerado, había triplicado su amplitud y capacidad, en comparación de la obra llevada a cabo por el P. Falgueras hasta 1900, y el número de sus alumnos se había elevado de 140 a más de 200 (31). Cabalmente halláronse presentes y reunidos en aquella oportunidad, todos los Rectores que habían tenido la dirección del Seminario de Buenos Aires, desde su traslación a Villa Devoto hasta la fecha, es a saber, los Padres Antonio M. Falgueras, José Ferragud, José Giné, Lauro Darner, con el actual P. Matías Codina, lo cual dió ocasión

(28) *Diario* del Colegio del Salvador, de Buenos Aires.

(29) Carta del P. José López al autor; Santiago, 7 marzo de 1933.

(30) Este caso está previsto en la legislación de la Compañía de Jesús. Y en el hecho que historiamos debió tener aplicación la ley de la *suplencia*; pues habiendo fallecido el P. José Giné, antes de embarcarse para Europa, substituyóle el P. Joaquín Añón, Rector del Colegio de Buenos Aires.

(31) JUAN ISERN, S. J.—*La formación del Clero secular de Buenos Aires y la Compañía de Jesús*, pág. 476.

para que la Comunidad de Villa Devoto les ofreciese, el día 7 de febrero, una íntima fiesta de familia (32).

Al día siguiente, terminadas las sesiones de la asamblea, partía el P. Falgueras para Chile. También fué señalado este viaje con un rasgo de caridad del fervoroso Padre. Refiérello así el P. López:

“Cuando regresábamos de Buenos Aires, acaeció un triste suceso, que puso de manifiesto el espíritu de caridad y celo del P. Falgueras. Comò a las cuatro horas de marcha, corrió por todo el convoy, la noticia de que una niña, de tres a cuatro años, que estaba asomada a la ventanilla, se había caído fuera. No hay por qué decir el sentimiento general, que esta noticia causó entre los pasajeros, y, sobre todo, cuál fuese la angustia y dolor de los padres de la víctima. Paró el tren y comenzó a retroceder hacia el lugar del siniestro. El P. Falgueras bajó fervoroso, aun antes que el tren se detuviera del todo, y comenzó a **correr**, en busca de la víctima. Por la bondad de Dios, se encontró a la niña muy tranquila, sin la más leve lesión y entretenida con unas florecillas” (33).

Del viaje de 1923, tenemos menos noticias. Sólo sabemos que asistió el P. Falgueras a la Congregación provincial, en compañía de los Padres López, Reverter, Román, Auger, Giménez, Duschl, Gómez y Massegur, que se celebró también en Buenos Aires, a donde llegó el 25 de enero, y que a los quince días, el 8 de febrero, dejaba las riberas del Plata para atravesar de nuevo los Andes (34). Era su último viaje a la Argentina, antes de emprender su viaje definitivo al cielo.

Nótese de paso los sacrificios, que se imponen los hijos de la Compañía de Jesús para guardar incólumes las prescripciones de su Orden, tan sabiamente instituídas. Tan largos viajes, como la ida y vuelta de Chile, con una interrupción o descanso sólo de dos semanas, y aun éstas consagradas a un trabajo de seria responsabilidad, no se hacen ciertamente sin notable molestia, máxime por personas de edad proveccta.

(32) *Diario del Seminario de Villa Devoto*, día de la fecha.

(33) *Carta al autor*; Santiago, 7 marzo de 1933.

(34) *Diario del Colegio del Salvador*, de Buenos Aires.

CAPITULO X

SANTIAGO DE CHILE

(1912 - 1924)

TERCERA PARTE

SUMARIO: 1. La obra apostólica del P. Falgueras deriva hacia una Congregación religiosa.—2. Monseñor Mesa, intermediario.—3. La solicitud a Roma.—4. Periodo álgido de la vida del P. Falgueras; preparación de las Constituciones.—5. Enfermedad del Padre; ministerios; aprobación de Roma.—6. La casa de la futura Congregación.—7. Recaída; aprobación del Prelado.—8. Mejoría.—9. Bendición del edificio y profesión de las primeras Religiosas.—10. Las Constituciones aprobadas.—11. Conclusión de su ministerio apostólico; el último colapso; la santa muerte.—12. El sentimiento público; el entierro; la prensa.—13. Su memoria será eterna; por sus eximias virtudes personales y apostólicas y por su Congregación del Apostolado Popular.—14. Los grandes testimonios.—15. El de la Compañía de Jesús.

1. El movimiento desarrollado en torno los ministerios del P. Falgueras y los resultados que se habían logrado, como efecto de su labor personal y de la Sociedad del Apostolado Popular, establecida por él como auxiliar de sus misiones, ya en los conventillos de los pobres, ya en los albergues de los desocupados de Santiago, demostraban de un modo evidente que no sólo había sido un acierto la empresa del Padre, en todas sus partes, sí que también había merecido las más cumplidas bendiciones de Dios.

Por otra parte, saltaba a la vista la necesidad imperiosa de abrir caminos para llegar a la clase proletaria, más necesitada hoy que nunca de ser preservada del virus comunista, que de un modo alarmante se infiltra en las masas populares, apartándolas de la Iglesia y precipitándolas en el abismo de su ruina, a la que arrastran en su demencia a toda la sociedad.

La razón pues, y la experiencia aprobando de consuno los ideales del P. Falgueras, aconsejaban que su obra apostólica se estabilizase de algún modo, creando un organismo, que perpetuase aquel movimiento tan felizmente emprendido.

Es cierto que la Sociedad del Apostolado Popular del Sagrado Corazón había hecho maravillas, llegando hasta el derroche del sacrificio en pro de los humildes; pero nada como una Congregación, a base de votos religiosos y de una formación especializada, podía prometer la independencia necesaria de sus miembros para consagrarse al apostolado, la fecundidad y eficacia del trabajo sistematizado y la perennidad de la obra. Así lo demuestran los Institutos religiosos, que llenan la historia de la Iglesia, suscitados por Dios para realizar los grandes designios de su misericordiosa Providencia para la reforma de la sociedad y la salvación de las almas.

Parece que esta idea flotó en el espíritu del P. Falgueras mucho antes de que se animase a realizarla; pues en su humildad jamás pensara seriamente en llegar a ser fundador (1). El impulso decisivo vino de fuera, sobre todo, de los hechos mismos; lo cierto es que a principios de 1921, ya comenzó a hablar de la posibilidad de la fundación y aun de las personas, que parecían indicadas para darle principio.

Trataríase de una Congregación religiosa de mujeres, de corte nuevo por completo. Vida mixta, saturada de sólida vida interior y destinada al ejercicio práctico del celo. Su especialidad sería la **preparación evangélica**, digámoslo así, del elemento popular, disponiendo el campo de acción del sacerdote, con los múltiples medios que la prudencia y la abnegación fervorosa les dictase allí, donde la presencia **impreparada** del ministro sagrado hubiera sido no sólo ineficaz, sino también contraproducente y aun moralmente imposible; es decir, un verdadero fracaso. Medio general de orden externo sería la carencia de hábito religioso: el traje sería común, presentándose las religiosas ante el pueblo, como señoras o señoritas de sociedad.

2. Tomada la resolución en firme, consultóse el parecer de Monseñor Tomás Mesa, Provisor y Vicario del Arzobispado de Santiago, cuya sede ocupaba a la sazón el Excmo. Sr. D. Crescente

(1) "Una de las señoras que trabajaban en la obra, en varias ocasiones habló al Padre Falgueras de la conveniencia de pensar en una fundación religiosa; pero él contestaba: "¿Yo fundador? ¡Jamás!"; a lo que ella respondió: "Si Dios quiere, lo será".—Apuntes sobre el P. Falgueras por la M. Carmela Rodríguez Rozas.

Errázuriz. La razón era haberse mostrado siempre Mons. Mesa entusiasta admirador de las obras del P. Falgueras, y haber propiciado, ya en 1917, la creación de la Sociedad del Apostolado Popular (2). Además, era indispensable al P. Falgueras un intermediario del volumen moral del Sr. Mesa, ya que él estaba resuelto de quedarse en la sombra y no aparecer oficialmente en el asunto (3).

Impuesto del plan Mons. Mesa, dijo como inspirado por lo Alto: "Veo en todo esto el dedo de Dios; y aunque nunca en mi larga vida he aceptado el intervenir en fundación ninguna, ésta la acepto". Y luego agregó: "Seré la pantalla del P. Falgueras; pero las pantallas llenan también su objeto". Y preguntado sobre la probable opinión del Sr. Arzobispo respecto de aquel asunto, contestó: "El Sr. Arzobispo lo aceptará como una bendición de Dios para su Arquidiócesis". Luego, despidiendo a las señoras socias del Apostolado, que en nombre del P. Falgueras le habían llevado la consulta, les prometió que inmediatamente lo pondría en conocimiento del Prelado.

3. Monseñor Errázuriz aceptó el proyecto, como se esperaba, y en seguida se preparó la solicitud, que debía ser elevada a la Sagrada Congregación Romana de Religiosos.

Todo esto tenía lugar a fines de 1921, cuando el espectáculo de las necesidades extremas, físicas y morales, de los albergues de Santiago y el éxito obtenido por las misiones religiosas en aquellos sitios, de donde parecía haberse alejado toda esperanza de regeneración, ponían más ante los ojos la necesidad urgente de arbitrar remedios a tanto mal.

La solicitud aludida fué redactada en los siguientes términos:

(2) Otro de los adictos incondicionales a la obra del P. Falgueras fué el Pbro. Sr. D. Ladislao Godoy, Párroco entonces de Andacollo, uno de los barrios más populosos de Santiago.

(3) Es indudable que San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús, por razones muy poderosas, dió él mismo ejemplo de rehuir la fundación de Institutos religiosos de mujeres y que ha dejado este mismo espíritu en la Compañía; sin embargo, ello no ha obstado para que, como caso excepcional, haya intervenido algún Jesuíta en la fundación de ciertas Congregaciones religiosas femeninas, según las prácticas y Normas pontificias modernas. El P. Falgueras, muy hijo de la obediencia, que es característica de la Orden ignaciana, jamás se hubiera resuelto a tomar parte en alguna fundación de esta naturaleza, a no mediar el consentimiento especial de sus superiores. Aun así, exigió que la fundación fuese llevada no oficialmente por él, sino por Mons. Mesa, y agenciada por las mismas señoras de la Sociedad del Apostolado y en efecto, fueron ellas las que trataron el negocio con aquel Prelado y con el Sr. Arzobispo de Santiago, manteniéndose el Padre oculto en su retiro, desde donde preparaba los materiales de la obra y dirigía a las señoras.

“Santiago de Chile, 21 de enero de 1922.

Eminentísimo Señor:

Desde hace cuatro años funciona en este Arzobispado una Sociedad de Señoras denominada “Apostolado Popular del Corazón de Jesús”.

Fundada en 1918 por un Padre de la Compañía de Jesús, para atender las necesidades espirituales de los pobres, obtuvo personalidad canónica y civil; y su acción se ha ido incrementando de año en año, hasta alcanzar en 1921 a realizar por su intermedio 235 bautismos, 410 Primeras Comuniones de niños, 805 Primeras Comuniones de adultos de 20 a 70 años, 264 matrimonios y recibieron en sus Misiones los sacramentos de la Confesión y Comunión unas 2.720 personas, como se establece en la memoria que me permito incluir.

Tal vez por los grandes sacrificios que algunas de las socias se han impuesto por servir a los pobres, ha despertado en algunas el deseo de perpetuar y mejorar su obra fundando una Congregación religiosa diocesana, que desearían se llamara “Damas del Apostolado Popular del Sagrado Corazón de Jesús”, que tendría por objeto, además de la propia santificación la salvación de las almas, principalmente del pueblo obrero, por medio de la enseñanza de la religión, de la organización de Misiones, del cuidado de que se legitimen las uniones ilícitas, se bauticen los niños, atraer a los pobres al cumplimiento de sus deberes religiosos oír Misa y recibir los sacramentos y apartar a las jóvenes de los peligros de perder su honestidad.

Cuenta ya con una buena casa en barrio central de esta ciudad, que una señora de la sociedad está dispuesta a ceder a la nueva Congregación, y como hay señoras pudientes entre las que están resueltas a ingresar a ella, no se duda de que habrá fondos suficientes para atender a las necesidades de la institución. A los gastos de misiones, Primeras Comuniones y demás obras de propaganda, continuará ayudando la Sociedad actual.

Como el éxito de sus trabajos lo atribuyen principalmente a la circunstancia de haber ido a buscar a los pobres a sus viviendas y en los barrios más desamparados, estiman indispensable no usar hábito religioso que les impida acercarse a los pobres muchos de los cuales están llenos de prevenciones contra los religiosos. Vestirán pues, como las señoras seglares; pero con la más estricta decencia y modestia. Las profesas usarán como distintivo una medalla del Sagrado Corazón, y del Corazón Inmaculado de María pendiente al cuello con una cadenita.

Venida de España, hay en este Arzobispado una Congregación religiosa, que no usa hábito y se ocupa de los obreros; se llama "Damas Catequistas". Pero ellas trabajan en dar conferencias. La fundadora de la Congregación religiosa que solicita autorización para constituirse es la Señorita Carmela Rodríguez. Es hija del finado D. Zorobabel Rodríguez, que fué un notable diarista católico, diputado y persona de importancia en el país.

Creo que debo advertir a Vuestra Excelencia que a causa de la ignorancia, de la miseria y de la constante propaganda de ideas subversivas, socialistas y anarquistas, el pobre pueblo se va alejando entre nosotros cada día más de la fe y de las prácticas religiosas.

Con estos antecedentes eleva el negocio a la superior prudencia de la Sagrada Congregación de Religiosos a fin de que me indique si convendrá o no autorizar esta nueva Congregación religiosa diocesana, en conformidad a lo dispuesto en el canon 492 del Código de Derecho Canónico.

Dios guarde a Vuestra Excelencia

Crescente Arzobispo de Santiago de Chile
Al Excmo. Señor Cardenal Prefecto de la
Sagrada Congregación de Religiosos".

El 26 de septiembre contestó Roma pidiendo más datos sobre el número de las pretendientes y la renta con que contaban. Se envió la respuesta inmediatamente con los datos requeridos.

Con todo, la solicitud no fué despachada de inmediato; antes al contrario; se pasaron dos años antes de llegar a la deseada autorización.

4. Y henos aquí en el período álgido de la vida del P. Falgueras. Dos años que constituyen el coronamiento de toda su existencia de apóstol, sobre todo, con la creación del Instituto, que concibiera su corazón encendido en las más puras llamas del amor de Dios y de las almas, al par que comprenden también el derrumbe de sus fuerzas físicas, el agotamiento de sus energías indomables, y, finalmente, la visita de la amada muerte, para ir a Dios. Bello ocaso de un gran día, prenuncio de otro más bello todavía.

Desde luego el P. Falgueras preocupóse de la formación espiritual de las personas que deseaban ingresar en la Congregación, en caso de llegar a la fundación. A ello dirigió unos Ejercicios, que dió en la Casa de San Juan Bautista, por agosto de 1922. Y ya se comprende que fueron ellos un desbordamiento del celo abrasado y abrasador del Padre.

En segundo lugar, quiso preparar las Constituciones. Comenzó este trabajo por junio de 1923, auxiliado el Padre por dos de las futuras religiosas, las cuales acudían al Colegio de San Ignacio todos los lunes, a las 8 de la mañana. La obra se hizo despacio, hasta salir del todo conforme a la idea concebida por el Padre. Su título total es éste: "Constituciones de la Congregación del Apostolado Popular del Sagrado Corazón de Jesús". Comprende dos secciones: la denominada "Sumario de las Constituciones de la Compañía de Jesús, que pertenecen a la espiritual formación, las cuales acomodándolas, toma como reglas propias la Congregación del Apostolado Popular del Sagrado Corazón de Jesús", y las **Constituciones** propiamente tales de la misma Congregación, la primera es un resumen de las Constituciones de la Compañía, en lo que concierne a la vida interior, tomado literalmente o con pequeñísimos cambios gramaticales, y aplicado a la nueva Congregación (4). Forman parte adicional al Sumario dicho, las "Reglas que dirigen los actos interiores y exteriores de la formación espiritual" y las "Reglas de la modestia", tomado también todo de la Compañía de Jesús. La segunda sección son las Constituciones propias y específicas de la Congregación, y se divide en cuatro partes: en la primera, se trata de la organización del Instituto: su nombre y fin; los diferentes miembros de él; que son Directoras y Coadjutoras; la vida común; las cualidades para entrar, el postulante, el noviciado y la profesión, y, finalmente, de la muerte y de los sufragios que deben ofrecerse por sus miembros; la segunda parte trata de la propia santificación, es a saber, de la práctica de los votos religiosos y de las demás virtudes, como la unión fraterna, la corrección, etc., de las prácticas de piedad y del silencio, declarando, sin embargo, que las Constituciones por sí mismas no obligan bajo reato de culpa, excepto en la materia de los votos y en todo lo que está mandado o prohibido por la ley de Dios o de la Iglesia; la tercera parte está dedicada a la salvación de las almas y a las obras propias del Instituto, y aquí se dice textualmente: "Aunque el Instituto mire como obras propias de la salvación de las almas el promover Misiones, Ejercicios Espirituales, enseñanza del Catecismo, Centros de instrucción moral y religiosa y otras análogas, y cuanto conduce a la formación de las familias, principalmente de la clase popular, no mirará con indiferencia

(4) El Sumario de las Constituciones de la Compañía de Jesús es un resumen de las que escribió San Ignacio, que se remonta a los tiempos del Santo Fundador. Su primera edición data del año 1560, siendo General de la Orden, el P. Láinez.

el auxilio de almas en peligro y procurará protegerlas. Para conseguir este fin, las religiosas se valdrán de la cooperación de las personas de sociedad, procurando que éstas les ayuden en sus obras". La cuarta parte está consagrada al **Régimen de la Congregación**, estableciendo que en ella la autoridad se ejerce ordinariamente por la Superiora General con su Consejo, y extraordinariamente por el Capítulo; habla, pues, del Capítulo, de la Superiora General, del Consejo y de los otros cargos que deben coadyuvar al gobierno, como las superiores locales; finalmente fija las normas, según las cuales se pueden establecer nuevas casas de la Congregación.

Tal es en breves palabras el contenido de las Constituciones de la Congregación del Apostolado Popular, cuyos Santos Protectores, según el art. 3.º del cap. II de la primera parte, son el Sagrado Corazón de Jesús, la Santísima Virgen María, en el misterio de su Inmaculada Concepción, San José y San Ignacio de Loyola. En realidad, las partes y ordenaciones todas de la legislación contenida en esas Constituciones están admirablemente adaptadas al fin que se propone el Instituto, produciendo el efecto de una unidad de concepción, disposición y ejecución, que armónicamente se desenvuelve en toda la obra.

¿Qué modelos tuvo presentes el P. Falgueras al escribir las Constituciones de su Congregación? Ante todo las de la Compañía de Jesús, como lo demuestran no sólo el **Sumario** con que empiezan, sino también las que él llama "Reglas que dirigen los actos interiores y exteriores de la formación espiritual" y las "Reglas de la modestia", tomado literalmente de la legislación de la Compañía; sino también las múltiples citas explícitas o implícitas de disposiciones contenidas en las Reglas de la Compañía y reproducidas o aludidas en las del Apostolado Popular. Otros tuvo también, sin duda alguna. El P. Falgueras en sus datas de Ejercicios a Comunidades religiosas había conocido muchas Reglas de Congregaciones, de las que pudo entresacar lo que creyó más adecuado a la suya.

Las Constituciones no se divulgaron en seguida, sino hasta que llegó su hora. Antes que todo, era preciso recabar de la Santa Sede la autorización para que la Autoridad diocesana aprobara el nuevo Instituto. Era el primer paso indispensable para llegar algún día a la aprobación pontificia (5).

(5) Según el Derecho Canónico, canon 492, párrafo I, los Obispos pueden erigir Congregaciones religiosas; pero no deben fundarlas ni permitir que otros las funden, sin haber consultado a la Santa Sede.

5. Pero como ya se ha indicado, fué aquel el tiempo de las grandes pruebas, ya que a medida que crecía la ansiedad por la aprobación, se revelaban también los síntomas de la enfermedad mortal del P. Falgueras, con los cuidados consiguientes al alarmante estado de su salud.

En efecto; el día 7 de abril de 1923 había salido el P. Falgueras, en compañía del P. Carlos Galcerán, S. J., para dar misiones en los fundos de D. Nicolás González y de ellas volvía seriamente enfermo el día 15. Cayendo y levantando, pero siempre delicado, continuó hasta fin de mes. Mas he aquí que a principios de mayo, notó el buen Padre una debilitación extraordinaria en la potencia visiva, por lo cual fueron consultados varios oculistas; y hasta el 13 de julio no hallamos esta nota lacónica y de no mucho optimismo: "El P. Falgueras mejora, pero lentamente" (6). En realidad, parece que hubo algún mejoramiento, bien poco radical por cierto; como lo demuestra, por una parte, el empeño del Padre en reemprender sus trabajos apostólicos; y, por otra, las consecuencias lamentables de sus esfuerzos.

Así, vémosle salir, por septiembre de aquel año, para una misión en Rautén; y por octubre, para otra en Rinconada; y comenzar, a 7 de noviembre, la predicación diaria del Mes de María, en la iglesia de San Ignacio; terminando el año con un triduo a las sirvientes del Servicio Doméstico (7).

Por aquel tiempo ocurrió un hecho, que sin duda contribuyó a levantar el ánimo del P. Falgueras, en lo tocante a la aprobación de la futura Congregación del Apostolado Popular. Llegó por octubre a Santiago de Chile, en visita de cortesía el Emmo. Sr. Cardenal Juan Benloch, Arzobispo de Burgos, a quien acompañaba un séquito de personajes respetables, entre los cuales se hallaba el sacerdote español D. Carmelo Blay, Rector del Seminario Español de Roma, representante a la vez del Sr. Arzobispo de Santiago de Chile, para tramitar en la Ciudad Eterna los asuntos del Arzobispado. El P. Falgueras creyó deber aprovechar la presencia del Rdo. Sr. Blay, para interesarle a favor de la deseada aprobación. A este fin se puso al habla con el Pbro. Sr. Ladislao Godoy, Párroco de Andacollo, para ofrecerle un homenaje en un salón de teatro, de que disponía aquel excelente pastor de almas, cuyo objeto sería dar a conocer al Sr. Blay la obra ejercida hasta el presente por la Sociedad del Apostolado Popular, y moverle a influir

(6) Diario del Colegio de Santiago de Chile; día 13 de julio de 1923.

(7) Diario citado; fechas de las citas.

para la aprobación de la Congregación proyectada. Acudió a la fiesta una nutrida y selecta concurrencia, presidida por el Sr. Arzobispo de Santiago, y ante ella pronunció el Sr. Godoy una interesante alocución en el sentido indicado, a la que siguió la lectura de la Memoria general del Apostolado Popular. Habló luego una obrera elogiando la Institución y mostrando su gratitud para con ella. Por fin tomó también la palabra el Rdo. Sr. Blay y elogió calurosamente aquella empresa, prometiendo que al volver a Roma trabajaría con empeño en su favor, a fin de que pudiese extenderse no sólo por todo Chile, sino pasar los Andes y difundir su benéfica acción por todo el mundo. Y que tomó con empeño el asunto, demuéstrole el que de inmediato escribió a su representante en Roma, pidiéndole activara la solicitud que ya se había presentado; y agregaba: "He tenido ocasión de conocer personalmente esta obra y estoy persuadido de que es de grande importancia y una de las más eficaces para salvar la fe del pobre".

Sin embargo, el P. Falgueras no estaba satisfecho. Aunque todo lo esperaba de la oración, como si todo dependiese de ella, con todo, según el dictamen de su Padre San Ignacio de Loyola, quería emplear también todos los medios humanos, que estuviesen a su alcance, como si todo dependiese de ellos. En realidad, era también porque el presagio de su próxima muerte aguijoneaba su espíritu, y el Señor quería darle el consuelo de no morir, sin ver coronada su obra predilecta.

Inquieto, pues, por la demora, pensó que lo más ejecutivo sería enviar a Roma una persona inteligente y activa, que trabajase sobre el terreno; y para ello se ofreció el mismo Pbro. Sr. Ladislao Godoy, finísimo amigo del Padre y del Apostolado Popular, cuyo viaje quedó fijado para el 7 de enero de 1924, en que efectivamente emprendió su itinerario hacia la Ciudad Eterna (8).

Entre tanto, la salud del Padre inspiraba serios temores; a pesar de lo cual, a principios de año salió para predicar en Algarrobo, como se dijo antes; aunque en realidad de verdad, para hallar algún descanso en aquella costa sana y tranquila (9). En esto estaba, cuando llegó la primera noticia de la autorización. Fué una palabra lacónica, transmitida por el cable y enviada por el Excmo. Sr. D. Sebastián Nicotra, Nuncio que había sido en Chile

(8) Este viaje, emprendido con tan buena voluntad, no resultó necesario, como luego se dirá.

(9) "La Misión de Algarrobo fué un pretexto, para que descansara un poco, porque ya estaba muy enfermo; y entiendo que la negociaron con el P. Rector, Adriana Lyon de Aldunate y Dolores Echeverría Carvallo".— **CARMELA RODRIGUEZ ROZAS**. Apuntes sobre el P. Falgueras.

y que moraba entonces en Roma (10). El 10 de enero la conoció el P. Falgueras, con la emoción que se deja suponer. Inmediatamente lo puso él en conocimiento de las personas más interesadas en el asunto, máxime de aquellas señoras, que de antemano se hallaban dispuestas para iniciar la Congregación; y desde Algarrobo, donde estaba, emprendió una viva correspondencia para activar los preparativos de la fundación. Por de pronto, creyó que sería día a propósito el 11 de febrero, fiesta de la Virgen de Lourdes, para recabar, siquiera de palabra, la aprobación del Sr. Arzobispo, antes de haber llegado de Roma el documento formal de la autorización; pero luego acortó el plazo y se apresuró a regresar a Santiago, para agenciar desde allí la solución. Así fué; el 27 de enero se hallaba ya en el Colegio de San Ignacio, y el 28 se apersonó con él la señorita doña Carmela Rodríguez Rozas, que tan señalados servicios le había prestado ya en orden a preparar aquella obra, para ponerse a disposición del Padre, quien le encargó visitase al Sr. Arzobispo, que se hallaba entonces en una quinta de Ñuñoa, barriada situada en los suburbios de Santiago. El objeto de aquella visita sería comunicar al Prelado la noticia de la autorización, y suplicarle que, siquiera de palabra, permitiera la erección del Instituto, aun antes de llegar la documentación oficial de Roma. Adviértase cómo el P. Falgueras no daba personalmente los pasos encaminados a la realización de su empresa, sino que se valía de terceras personas. Fué constante en su propósito de ocultarse aun en una circunstancia tan importante como aquella. He aquí la ingenua narración de la entrevista con Monseñor Errázuriz, según nos la ha dejado consignada en sus **Memorias** doña Carmela Rodríguez Rozas:

“Al día siguiente (29 de enero) a las 9 A. M., se dirigió esta persona, acompañada con una señorita de la familia del Sr. Arzobispo, a la quinta de veraneo que éste poseía en Ñuñoa. Después de una breve espera, fueron introducidas a la presencia del Excmo. Sr. Arzobispo, quien las recibió con bondadosa deferencia. Impuesto del objeto de la visita, se manifestó muy contento de que Roma hubiera dado ya su aprobación, y pidió datos sobre las candidatas, sobre la casa adquirida, etc. Aprovechando el agrado que manifestaba, la persona encargada le dijo: “Excmo. Señor; he ve-

(10) Iba dirigido a la Srta. Dolores Echeverría Carvallo, cuya familia había estado en muy buenas relaciones con el Sr. Nuncio, a la que había interesado el P. Falgueras a favor de su obra, pidiéndole que ejerciese sus buenos oficios ante aquel Prelado. Decía el parte cablegráfico: “Aprobado. — Nicotra”.

nido especialmente a pedirle que hoy, día de San Francisco de Sales, apruebe de palabra la Congregación". En el primer momento se manifestó sorprendido de esta petición, y contestó: "Pero ¿por qué no esperar que llegue la aprobación de Roma?" Y continuó: "Tan luego como tenga los papeles en mi poder doy el auto de erección; pues ahora no sé en qué forma se ha concedido la aprobación; y yo debo ceñirme a ella". Insistió la persona, diciéndole en tono de súplica: "Denos, Excmo. Señor, gusto tan grande en este día, en que la Iglesia celebra un Santo Fundador; en honor de él le pido esta gracia: la simple aprobación de palabra". Sonrió bondadosamente; y aunque parece que su cabeza le aconsejaba no darla, sin antes haberse impuesto del Rescripto de Roma, cediendo a la bondad de su corazón, dijo, acompañando las palabras con una mirada de paternal dulzura: "Concedo lo pedido; la doy por aprobada". Desde este momento, la persona encargada deseaba dar término a la entrevista, para ir pronto a llevarle al Padre Falgueras la feliz noticia. Pero el Sr. Arzobispo la retuvo, preguntándole respecto de las Reglas y Constituciones; y como se le contestara que ya estaban escritas, pidió se las llevara; pues aunque era costumbre nombrar una comisión para revisarlas, en este caso y como una muestra de adhesión a nuestra Congregación, las revisaría él personalmente; mas advirtió que fueran breves".

Al ser enterado el P. Falgueras del feliz resultado de aquella entrevista, sólo pensó en revisar las Constituciones, a fin de remitirlas cuanto antes al Sr. Arzobispo, y en este trabajo empleó varias horas de aquella tarde, hasta fatigarse notablemente; pero el día 30 podía ya enviarse el escrito al Prelado.

Entre tanto llegó carta de Monseñor Nicotra, quien remitía una del Sr. Cardenal Laurenti, Prefecto de la Congregación de Religiosos, que decía así:

"Roma, 3 de enero de 1924

Ilmo. y Rdm. Monseñor Nicotra:

No he contestado antes a su apreciada, porque estando cerradas las oficinas, no me habría sido fácil darle informaciones precisas; pero en la asamblea de ayer se resolvió el asunto, y se concedió al Arzobispo de Santiago de Chile la facultad de proceder a la creación del deseado Instituto, siempre que no se erijan casas fuera de la arquidiócesis, sin el permiso competente. Se enviará el documento oficial, y V. S. puede ponerlo en conocimiento de las personas interesadas. Aprovecho la ocasión, etc. — **Cardenal Laurenti**".

6. Una de las preocupaciones que de tiempo atrás tenía el P. Falgueras, era la de preparar la casa propia, en que debía establecerse la Congregación. Difícil le fué hallarla con las condiciones convenientes; pero dió al fin con ella, en sitio muy a propósito para sus fines, a una cuadra de la Iglesia del Colegio de San Ignacio (Cochrane, 104). La compra definitiva se verificó el día 2 de enero de 1924, precisamente por los días en que se aprobaba en Roma la Congregación, y su costo, que fué de 280.000 pesos chilenos (11), lo satisfizo el P. Falgueras con las donaciones recogidas al efecto. Esta casa fué entregada a principios de marzo, satisfecho el último pago, el 3 de aquel mismo mes. Luego comenzarían en ella los arreglos oportunos para el nuevo destino del edificio.

Iban a ser aquellos, días de consuelos al par que de sobresaltos. "Todo hacía esperar, dice la M. Rodríguez Rozas, que en esa primera semana de marzo, iban a verificarse acontecimientos, que llenarían de felicidad al Padre y a las que le secundaban. Se esperaba en ella la entrega definitiva de la casa y el Auto de erección de la Congregación, que también se tendría de un día a otro. Pero en esos días de tanta dicha, iba a aparecer Nuestro Señor con su Cruz, y al depositarla sobre los hombros del P. Fundador, esa Cruz extendía también sus brazos sobre todas las personas que iban a dar principio a la nueva Congregación" (12).

7. El P. Falgueras que, delicadísimo como estaba, había empezado la predicación de un triduo de Cuarenta Horas en la iglesia de San Ignacio, el 2 de marzo, sufrió la noche del día tres, un ataque apoplético, que se juzgó le llevaría rápidamente a la muerte; de modo que le fué administrado en seguida el sacramento de la Extrema Unción. Pero reaccionó algún tanto, y al día siguiente se le pudo administrar el santo Viático. Y prosiguió, aunque muy lentamente la mejoría, con alternativas variadas, aunque sin esperanza alguna seria de parte de los facultativos (13).

Compréndese la preocupación del doliente respecto a la erección de la casa-madre de la Congregación, para la cual sólo faltaba el Auto competente del Sr. Arzobispo de Santiago; al propio tiempo que la inquietud angustiosa de las señoras fundadoras de la nueva Congregación, solícitas del estado del Padre, cuya

(11) La moneda chilena se hallaba entonces depreciada; hoy mismo lo está; así, el valor del peso chileno en comparación con el argentino es como de seis a uno.

(12) Memorias citadas.

(13) Fueron los Doctores Lobos, Valenzuela y Dávila los que atendieron al P. Falgueras en ese trance.



Santiago. Casa Madre de la Congregación del Apostolado Popular del Corazón de Jesús (Cochrane 104).

muerte tenían de un momento para otro, en aquellos precisos instantes, en que debían tomar posesión de su casa del Apostolado Popular e instalarse en ella, como un nuevo Instituto religioso. Por fortuna el nuevo P. Rector del Colegio de San Ignacio, P. Buena-ventura Bas (14), llenó cumplidamente su misión, en aquellas apuradas circunstancias, tomando seriamente bajo su responsabilidad la obra del P. Falgueras y animando con su actitud enérgica y decidida a aquellas piadosas señoras, que sentían caer sobre sí un peso, que creyeron tal vez superior a sus fuerzas.

El 24 de marzo pareció ser gravísimo el estado del Padre. Comunicado el hecho a la Madre Carmela, que así podremos llamarla en adelante, tomó ella la resolución decidida de intentar todos los medios, para que aquel mismo día diese su auto de erección el Sr. Arzobispo. Primero, para llevarle al Padre este consuelo en su postrer momento; y luego, para que constase que la Congregación había nacido en vida del Fundador. Dejémosle también la palabra a la fervorosa M. Rodríguez, para que nos cuente su entrevista con el Prelado. Dice así:

“A las dos de la tarde de ese día, se dirigían las dos, que fueron después las primeras Religiosas, a Ñuñoa (15), donde pasaba su descanso de verano el Sr. Arzobispo. Después de hablar su Señoría sobre las Reglas, aprovechando el primer silencio, una de ellas le dijo: “Estamos pasando una gran pena, pues parece que el P. Falgueras se nos muere”. El Sr. Arzobispo se endereza con presteza sobre su silla y llevándose la mano al oído, como para oír mejor, con acento de profunda pena y sorpresa, contesta: “¿Qué me dice, hija, es posible que el P. Falgueras esté tan grave?” Entonces se le refiere la larga enfermedad del Padre, las zozobras en que se ha vivido esos días y el temor de que muriera sin tener el consuelo de ver aprobada su Congregación; y concluyó diciendo: “¿No podría su Señoría aprobarla, para darle esta alegría al Padre, en sus últimos momentos?” “Por supuesto”, le contestó; y agregó: “Váyanse inmediatamente al P. Rector y díganle cuánto siento esta noticia; que me quedo rogando por la salud del P. Falgueras, y que le diga de mi parte que dé ya desde hoy la Congregación por aprobada; pero que el Auto de erección lo firmaré mañana, 25 de Marzo, por ser la fiesta de la Encarnación”. Se iba a cumplir el deseo que el P. Falgueras expresara en una de sus

(14) Había sido nombrado Rector del Colegio de San Ignacio, el día 2 de febrero de 1924.

(15) Eran Carmela Rodríguez Rozas y Mercedes Latham V. de Serano.

cartas; es a saber, que el Auto de erección fuese firmado el 25 de Marzo. Les pidió que fuesen a su Secretario, Monseñor Miller, para que él le llevara el auto de erección, que debía firmar el día siguiente.

“Como a las tres o cuatro de la tarde del día 25, llegó el Secretario al Colegio de San Ignacio, llevando firmado el Auto de erección”.

He aquí el texto del tan anhelado documento:

Nos, Crescente Errázuriz, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Arzobispo de Santiago de Chile, etc.

La desgraciada situación en que se encuentran la fe y moralidad de nuestro pueblo, principalmente en las grandes ciudades, ha sido motivo de dolorosas preocupaciones de nuestro ánimo pastoral.

La inmensa mayoría de los pobres no van al templo; no cumplen con los preceptos más graves de la religión; muchos viven sin casarse, y algunos descuidan hasta la obligación de hacer bautizar a sus hijos. Perturbado su criterio moral, primero, por la Ley de Matrimonio civil, y después por la prédica incesante de los que tienen interés en quitarles su fe religiosa, los pobres viven entregados a una vida puramente material y expuestos a caer en todos los vicios.

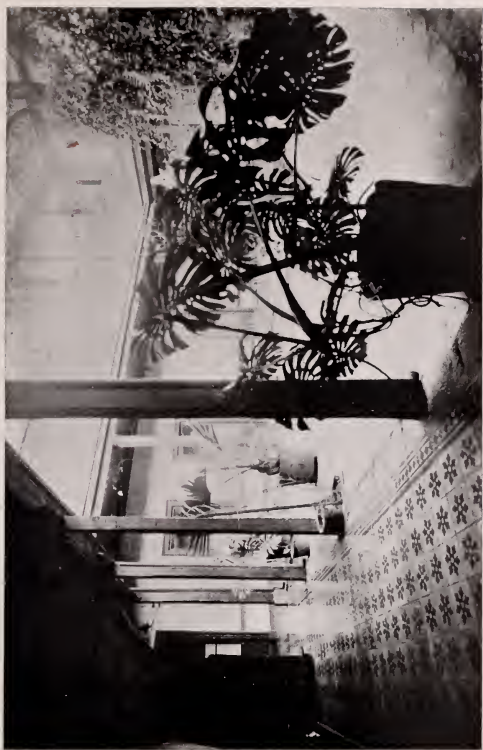
Por esto hemos mirado con agrado la obra de la Sociedad del Apostolado Popular del Sagrado Corazón que, en siete años de trabajos, ha realizado obras verdaderamente admirables de propaganda religiosa entre los pobres.

Un grupo de señoras de esta Sociedad nos ha pedido que organicemos con ellas una Congregación Religiosa de votos simples, con el objeto de perpetuar y mejorar esta Sociedad.

Consultada, conforme a derecho, la Sagrada Congregación de Religiosos, ha contestado por Rescripto de 12 de enero del presente año, que no hay inconveniente para que sea erigida como Instituto Diocesano.

En esta virtud, invocando el Santo Nombre de Dios, venimos en erigir una Congregación Diocesana de votos simples, que tendrá por objeto dedicarse a llevar misiones espirituales a los conventillos y barrios apartados de las ciudades, a catequizar niños y adultos para que reciban los Santos Sacramentos, a procurar legitimar las uniones ilícitas y librar mujeres jóvenes de los peligros a que se hallan expuestas.

La nueva Congregación se denominará “Apostolado Popu-



Casa Madre de la Congregación. Patio de la Comunidad

lar del Sagrado Corazón de Jesús" y se regirá por las Constituciones, que oportunamente le daremos.

Dado en Santiago, a veinticinco de Marzo de mil novecientos veinticuatro, día de la Anunciación de la Santísima Virgen.

Crescente

Arzobispo de Santiago

Por mandato de S. S. Iltna. y Rma.

Miguel Miller S.
Secretario

Las finalidades que se propone el Excmo. Sr. Arzobispo de Santiago, en su auto de erección de la Congregación del Apostolado Popular del Sagrado Corazón de Jesús, son determinadas y claras; las mismas que ya conocen nuestros lectores y en las que ya vieron ejercitarse a las señoras de la Sociedad del Apostolado. A la erección añade el nombre que debe llevar la institución y promete darle oportunamente sus Constituciones. Las cuales serán, de hecho, como se observará luego, las mismas que había elaborado el P. Falgueras, aunque con ligeras modificaciones.

Con el original del decreto arzobispal en la mano, acercóse el P. Buenaventura Bas, Rector del Colegio, al lecho del P. Falgueras, que se hallaba casi en estado agónico, y, después de anunciarle la buena nueva, le leyó las partes más interesantes, pues no era capaz entonces el enfermo de oírlo entero.

Tal fué el día memorable 25 de marzo de 1924, fiesta de la Anunciación de la Santísima Virgen y Encarnación del Hijo de Dios, en que nació la Congregación del Apostolado Popular, fecha auspiciosa, que había deseado para el caso el P. Falgueras, aunque ocurría bajo el cielo encapotado de la muerte del Fundador, que aquel día parecía ser inminente. Compréndese el doble efecto, que abrigaba aquel grupo de almas fervorosas, a quienes consolaba íntimamente el acontecimiento de la creación del nuevo Instituto y entristecía sobremanera el deceso del Padre y la consiguiente horfandad, en que creían ya encontrarse. Las acciones de gracias y las súplicas al cielo se entrelazaban, formando el incienso y la mirra de su constante oración.

8. Así continuaron las cosas, sin que, al parecer de los médicos, remitiese en lo más mínimo la gravedad del enfermo, aunque quedase como en suspenso su desenlace fatal y aun apuntase cierta inexplicable mejoría, debida sin duda al fervor de las oraciones que se dirigían al Cielo por el Padre. ¿Quería el Señor que diese él

mismo los últimos toques a su obra, que bendijese la Casa, que debía ser la cuna de su Instituto, y que estuviese al lado de las dos primeras Religiosas, cuando ellas pronunciasen sus sagrados votos? Lo cierto es que a 14 de abril hallamos en el *Diario* del Colegio de San Ignacio esta frase, que encierra un verdadero optimismo: "El P. Falgueras va mejorando"; y que el 28 del mismo mes asistió el querido Padre a la reunión ordinaria de la Sociedad del Apostolado Popular, con todo el sentimiento que se deja suponer de parte de las socias, ante los estragos que la enfermedad había causado en él, a quien contemplaban pálido, vacilante, casi ciego, aunque amable como siempre, bondadoso, imperturbable, alentándolas a continuar con celo, en la empresa de la salvación de las almas (16).

Por aquellos días, hallamos una salida del Padre casi inexplicable, dada la gravedad de su estado. Daban una misión en un pobre conventillo de la calle Matías Ovalle, los señores sacerdotes Juan A. Ugarte Vial y Domingo Matte, que debía terminar el 27 de abril. Pues para que el Padre viera el gran movimiento popular levantado por aquella misión, fué conducido allí. "Poco antes de su llegada, refiere la Madre Rodríguez Rozas, como a las cuatro de la tarde, reuní bastante gente para que lo esperara en la acera, y cuando el Padre bajó del automóvil, lo vivaron entusiasmados, diciendo: "¡Viva el fundador del Apostolado Popular!" Fué la primera vez que se le hizo una manifestación pública. Yo sabía bien lo que le disgustaban, pero como comprendía que sus días estaban contados, me pareció justo el hacérselo. Entró a un galpón contiguo, a la pobrísima capilla, y al sentirlo el Sr. Ugarte se levantó del confesonario y al abrazarlo estrechamente, recuerdo lo levantó en el aire, en el colmo de su entusiasmo; pues era la primera vez que le veía, después del ataque gravísimo, que durante el mes de marzo lo había tenido a las puertas de la muerte. Ese día no confesó; fué una simple visita, y no habría estado capaz de hacerlo".

9. Urgía la preparación material de la futura casa de la

(16) Ocurrió en aquella sesión que, como comprendiese el P. Falgueras la pena que daba a las señoras, el verle casi ciego, les dijo como para consolarlas: "No se preocupen; pues desde muy niño he deseado ardentemente ser ciego". Palabras que siendo sin duda muy sinceras en él, eran una revelación de una tendencia espiritual de toda su vida, según la cual habría alimentado ardientes deseos de vivir con Dios solo y de evitar los peligros del sentido de la vista; realizando con ello el consejo del filósofo Séneca, quien dirigiéndose a un amigo, que se quejaba de haber perdido la vista, le decía: "Lloras porque perdiste la vista, y no consideras que con esto cerraste la puerta a infinitos apetitos, y que carecerás de muchas cosas, que por no verlas te habrías de sacar los ojos. ¿No entiendes que es parte de la inocencia ser ciego?"—SENECA; *In excerptis*. Trae esta cita el P. Pedro de Rivadeneira, en su famosa obra: *Tratado de la Tribulación*, cap. XVIII.



Primera Capilla donde hicieron su profesión las dos primeras Religiosas del Apostolado Popular del Corazón de Jesús, estando al lado de ellas el Fundador, R. P. Antonio M. Falgueras, S. J.

Congregación, y a eso se dedicaron las actividades de las socias, de tal manera que pudo ya fijarse el 29 de mayo, fiesta de la Ascensión del Señor, para la bendición del edificio, con la colocación del Santísimo Sacramento, en la nueva morada de Dios. Aquel día pudo ya desempeñar el P. Falgueras la ceremonia litúrgica, bendiciendo la casa, que recorrió toda entera. "Su rostro, dice un testigo ocular, tenía una expresión del todo celestial; era una felicidad que no era humana, parecía un enviado del cielo que visitaba la tierra, todas las personas que se hallaban presentes lo contemplaban edificadas, y no acertaban a separar su vista de cuadro tan encantador". Luego celebró la santa misa el P. Soria, de la Compañía de Jesús, terminada la cual, dirigió la palabra a la concurrencia el P. Buenaventura Bas, Rector del Colegio de San Ignacio. La fiesta terminó expuesto el Santísimo Sacramento y con el canto del *Te Deum*. El mismo día por la tarde, principiaron las dos primeras religiosas Carmela Rodríguez Rozas y Mercedes Latham los Ejercicios espirituales, que debían preceder a la profesión, ya que de Roma se les había dispensado del Noviciado, por su carácter de fundadoras; pero ordenando aquel retiro, que les dió el P. Soria.

La profesión tuvo lugar el domingo 8 de junio, solemnidad de Pentecostés. Preparóse la capilla con las mejores galas, sin que faltase música y canto. Celebró el santo sacrificio Monseñor Manuel Tomás Mesa, asistiendo el P. Falgueras en un reclinatorio situado cabe el altar. En el momento de la Comunión, estando el sagrado Copón sobre el ara, pronunciaron individualmente la fórmula de sus votos las primeras Religiosas del Apostolado Popular del Sagrado Corazón de Jesús y, terminada la misa, se acercó Mons. Mesa, acompañado del P. Falgueras, a los reclinatorios, donde se hallaban las nuevas profesas, trayendo en sus manos la bandeja, que contenía los crucifijos y los anillos; bendíjolos Mons. Mesa y los entregó al Padre, quien a su vez hizo entrega de ellos a cada una de las religiosas. Concluída esta ceremonia, habló el P. Soria, haciendo resaltar la dignidad y grandeza de la vida religiosa y el fin que se proponía la nueva Congregación para tanta gloria de Dios y pública utilidad de la sociedad. Con esta solemnidad sencilla, aunque pletórica de emoción, se realizó el acto de aquel día, que coronó el celo y los grandes sacrificios, que por verlo convertido en un hecho, había prodigado el Padre Falgueras, los últimos años de su vida.

A los cinco días, el 13 de junio, ofrecióse otra ocasión a la recién nacida Congregación, para ofrecer un obsequio a su Funda-

dor y deseó aprovecharla. Era el día onomástico del P. Falgueras, San Antonio de Padua; y aunque en manera alguna el Padre, de saberlo anticipadamente, hubiera admitido un homenaje por aquel motivo, el afecto filial se ingenió para realizarlo sin dificultad. Demasiado presentían las Religiosas que sería aquella la primera y última vez que celebrarían en vida del Padre, el santo de su Fundador. Se propuso, pues, que se tuviese aquel día la reunión acostumbrada de la antigua Sociedad del Apostolado Popular, convertida en Sociedad de Cooperadoras, desde que fué creada la Congregación del mismo nombre. Aceptó el Padre y prometió asistir. Hubo misa con cierta solemnidad, que celebró el Pbro. Sr. D. Agustín Ugarte, en la capilla de la casa, y luego se inició la reunión, con asistencia de numerosas señoras y cooperadoras, rompiendo en música y cantos, al abrirse las puertas del salón. Ante aquella sorpresa, "no pudo el Padre reprimir una expresión de profundo desagrado", como dice la cronista, que nos refiere el hecho (17). Concluída la música, una de las socias le dirigió las siguientes palabras:

"Reverendo Padre:

"Cuando son los hijos los que se reúnen en torno de su padre para celebrar su fiesta, no necesitan de muchas manifestaciones, ni palabras; todo lo dice el afecto íntimo que anima los corazones — es fiesta de familia.

"El Apostolado Popular nació, Padre, a impulso de vuestro ardiente celo, y creció y prosperó mediante vuestros esfuerzos y trabajos; y cuando los sufrimientos de la enfermedad os mantenían en la inacción, quiso Dios acordarle el grandísimo honor de elevarlo a Congregación religiosa, la cual perpetuará la obra de vuestro corazón.

"Si la Sociedad del Apostolado Popular fué hija de vuestro celo y de vuestros trabajos, la Congregación es la hija legítima de vuestros sufrimientos y oraciones.

"Deseosas de ofrecer un presente digno de vuestro agrado, venimos todas a prometeros que seguiremos trabajando con nuevos bríos, en llevar adelante este Apostolado Popular, buscando por todos los medios posibles el darle a Dios la mayor gloria.

"Con las almas que llevaremos a Dios, con nuestros sacrificios y trabajos tejaremos una corona de inmarcesible gloria, que vuestras hijas del Apostolado Popular colocarán sobre vuestra

(17) M. CARMELA RODRIGUEZ ROZAS.—Apuntes sobre el P. Falgueras.

frente en el cielo. Que Dios os conserve muchos años para su gloria y también para nuestro consuelo y ejemplo”.

Y añade la narración, a que nos hemos referido:

“Durante la lectura de este saludo fué su rostro adquiriendo su serenidad ordinaria, la cual había sido un momento perturbada por su profundísima humildad; para él, que era un tormento el sólo oírse nombrar, debió ser un sufrimiento grande el verse objeto de esta manifestación de veneración y cariño”.

Era evidente que la gravedad del Padre persistía siempre; y de ahí que apenas saliese del Colegio de San Ignacio. Con todo, la solicitud por la Congregación del Apostolado Popular era continua en él. Instruía a las Religiosas, que diariamente le visitaban, enterábase de los menores detalles de la instalación de la casa, cuya escritura de compra hizo revisar y enmendar, dispuso que hubiese semanalmente en la Casa del Apostolado clase de apologética para las señoras cooperadoras, a las que asistía él mismo como oyente, comenzó una explicación metódica de las Reglas del nuevo Instituto, inculcando sobremana la práctica de la obediencia, según el espíritu de San Ignacio, y fijando el trato común, conveniente para la conservación de las fuerzas corporales (18) y haciendo finalmente entrega a la Congregación de cuanto podía disponer y le había sido regalado a él para sus obras apostólicas, como objetos de culto, libros y aun su máquina de escribir (19).

10. Por este tiempo el Sr. Arzobispo de Santiago aprobó las Constituciones. El Auto lleva la fecha de 18 de julio de 1924, y dice así:

“Después de examinar por Nos mismo las precedentes Constituciones y de haberlas sometido a la práctica de su observancia durante algunos meses, venimos en aprobarlas y desde luego las damos a la Congregación del Apostolado Popular del Sagrado Corazón de Jesús, Instituto religioso, que hemos erigido en el Arzobispado, por auto de 25 de Marzo del presente año, para que se gobierne por ellas durante cuatro años. Trascorrido ese plazo, la Superiora solicitará la aprobación definitiva, ya sea de estas mismas Constituciones o con las modificaciones que acuerde el Consejo

(18) Una de las cosas que más le preocupaban era que la comida fuese sana y abundante, y mandó por escrito los platos que debían servirse en la comida y cena; como también especificó el desayuno y las llamadas once, en Chile, o sea, la merienda. El Padre sostenía que para el trabajo apostólico, además de las fuerzas espirituales, se necesitan las corporales.

(19) La última entrega, verificada seis días antes de su muerte, fué de dos monedas de a peso y tres de a veinte centavos. Era lo último que tenía en su poder.

de la Congregación. Comisionamos a nuestro Provisor Oficial, Prebendado Don Manuel Tomás Mesa, para que revise la impresión de estas Constituciones a fin de declararlas auténticas. Tómese razón y comuníquese.

EL ARZOBISPO DE SANTIAGO

Morán C., Secretario

Obsérvese que el texto aprobado por el Auto precedente carecería de algunos detalles, que se hallaban en el primer escrito que se había presentado, y que habían sido suprimidos por creeros innecesarios. Ahora, pues, anticipándonos algún tanto a los sucesos, indicaremos que, como el texto mismo del documento aprobatorio del Arzobispado ponía las Constituciones a prueba, por espacio de cuatro años, pudiéronse hacer en aquel tiempo las gestiones necesarias para restituir las Constituciones a su primitiva redacción, vale decir, a la voluntad manifestada por el P. Falgueras; por lo cual, llenado el plazo de la prueba, pudiéronse aprobar de nuevo las Constituciones; y en efecto, fueron aprobadas, con las que se llamaron **enmiendas introducidas**, aunque ya difunto el Fundador. Estas enmiendas referíanse principalmente a la abstinencia de los viernes, a los ayunos las vísperas de los Santos Protectores del Instituto, a la media hora de oración vespertina, a la dote (6.000 pesos en vez de 3.000) (20) y al capítulo del oficio de Admonitora de la Superiora General, que había sido escrito por el mismo P. Falgueras. Entonces, pues, se dió la última aprobación, con fecha 10 de julio de 1928, que dice así:

“Vista la solicitud de la Superiora de la Congregación denominada “Apostolado Popular del Sagrado Corazón”, y estimando aceptables las enmiendas a las Constituciones que le dimos por el término de cuatro años, venimos en aprobarlas y declaramos que esta Congregación debe gobernarse en adelante por estas Constituciones así reformadas. Nombramos a nuestro Provisor Oficial para que revise la impresión de las Constituciones y las declare auténticas. Un ejemplar de éstas se conservará en el Archivo de nuestra Secretaría. Tómese razón y comuníquese a la Superiora y a la Sagrada Congregación de Religiosos, a la que se enviará juntamente un ejemplar de las Constituciones.

EL ARZOBISPO DE SANTIAGO

Morán C., Secretario

(20) Actualmente son 10.000 pesos lo requerido para la dote de las Directoras.



Galeria del Noviciado

11. A pesar de la persistente gravedad en que se hallaba el P. Falgueras, fué invitado sin duda por conocer sus deseos, para ayudar a confesar en otra misión, que daban los señores sacerdotes Juan A. Ugarte Vial y Don Domingo Matte en la Parroquia del Apóstol Santiago, y allí estuvo el día 16 de agosto, en compañía del P. Abdón Cifuentes, entonces sacerdote secular, por más de dos horas, "confesando niños y novios, gente toda del pueblo, bastante difícil y complicada en sus confesiones" (21). Con lo cual coronó el P. Falgueras los ministerios sagrados y misionales de toda su vida. Fué el último esfuerzo que hizo arrastrado por su celo apostólico.

El día 22 agosto, por la mañana, visitó el P. Falgueras la Casa de la Congregación del Apostolado Popular. Debía tener una entrevista con el señor don Elías Márquez de la Plata, abogado, quien como síndico ayudaba abnegadamente al Padre en los asuntos financieros de la obra y la señorita María Cifuentes, tesorera de la Sociedad de Cooperadoras. Con esta ocasión visitó prolijamente el sitio donde debía establecerse el noviciado, subiendo y bajando las escaleras y disponiendo las cosas por sus propias manos. El cansancio de aquella visita abatiólo considerablemente; y aun debió notarlo él mismo, cuando al despedirse del Sr. Márquez, como presintiendo su próxima muerte, le dijo con viva efusión y estrechándole ambas manos: "Dios me lo bendiga".

Eran próximamente las 12 del medio día, y el Padre se fué al Colegio de San Ignacio, que está muy próximo, para comer. Sentado a la mesa, tuvo un ataque de hemiplegia, y temiéndose que perdiese del todo el sentido, se le administró aquella tarde la Extrema Unción. No lo perdió del todo, por lo que pudo recibir de nuevo todos los sacramentos de los moribundos. El 23 amaneció gravísimo y sin ninguna esperanza de reacción, según los médicos, que fueron llamados urgentemente. Así se pasaron cinco días, no del todo insensible, pero privado del uso de la lengua y sin poder escribir, aunque mostró deseos de hacerlo (22). Días preciosos sin duda y de intensa vida interior, cuanto le capacitaría su estado físico, en que aquella alma tan unida habitualmente con Dios, es-

(21) JUAN AGUSTIN UGARTE VIAL; Carta al P. Buenaventura Bas; Santiago, octubre de 1924.

(22) Así lo testifica el H. Ciprés, que le cuidó como enfermero hasta última hora. El cual testifica asimismo que el P. Falgueras en sus enfermedades mostró una total resignación y conformidad con la voluntad de Dios, con una absoluta indiferencia para recibir los alimentos o medicamentos que se le ofrecían, por desagradables que fuesen; recordando además que, al caer gravemente enfermo, observó el Hermano que el Padre tenía en el aposento tres tablas, que acostumbraba a poner sobre su colchón, para dormir en ellas; y que él, como enfermero, se las retiró, porque ya no podría usarlas.

trecharía más y más su fervorosa unión. El 28 por la tarde entró en agonía, durante la cual se le hizo la recomendación del alma, según la práctica litúrgica del Ritual, estando presentes casi todos los Padres y Hermanos de la Comunidad de San Ignacio que acompañaban las preces. En este estado trascurrió un día entero, hasta el viernes, día 29 de agosto, en el que a la una de la tarde, entregó plácidamente su alma a Dios.

Contaba 60 años y 7 meses de edad y 44 y un mes de vida religiosa en la Compañía de Jesús.

12. El profundo sentimiento, que se había apoderado de las muchas almas buenas dirigidas o favorecidas por el P. Falgueras, se había desbordado en manifestaciones de ardiente piedad, desde que se divulgara la noticia de su recaída. En la Casa del Apostolado, sobre todo, se oró con crecido fervor y largo llanto, pidiendo la salud del amado Padre, hasta que el doble lúgubre de la campana de San Ignacio anunció su partida de este mundo (23). Entonces el dolor de la pérdida mezclóse con el gozo por la esperanza cierta de contar con un nuevo santo protector en el cielo. Tal fué el sentido que revistió el movimiento grandioso y del todo extraordinario, que se desenvolvió en torno el cadáver del P. Falgueras.

A las 4.30 de la tarde, del mismo día 29, revestido el cadáver con los ornamentos sacerdotales, fué conducido el féretro abierto con acompañamiento de toda la Comunidad a la iglesia, y allí fué depositado sobre un modesto túmulo, como se usa en la Com-

(23) La fiel cronista M. Carmela nos refiere con emoción intensa lo que pasó en aquellas circunstancias. "Queremos, dice, dejar constancia de las demostraciones de afecto y del interés inmenso, que con motivo de la última enfermedad del Padre, presenciamos en nuestra sociedad de Santiago. No era la manifestación ordinaria que se origina, en parecidas ocasiones, en que se lamenta la gravedad de la enfermedad de un confesor, de un predicador eminente o de un maestro querido; algo tenía de todo esto, pero mucho más aún. Eran centenares de personas con el corazón destrozado, ante la posibilidad de perder a aquél, que con su caridad sin límites era considerado como el padre más cariñoso, que había llegado a ocupar en el corazón de todos un lugar irremplazable. ¡Cuántas lágrimas vimos correr en esos días de dolor! Pero también ¡cuántos actos de heroica resignación tuvimos que hacer para aceptar el cáliz de amargura que Dios nos presentaba! ¡Qué de costosas mandas se hicieron para obtener su salud! Y ¡cuántas personas ofrecieron sus vidas para que Dios nos conservara la de él! Pero parece que se oponía a la bondad y a la justicia de Dios, el detener más tiempo en el destierro, á quien estaba maduro para el cielo. Durante toda esta semana de Calvario, se hicieron en la capilla del Apostolado súplicas constantes por la salud del querido enfermo. Con este fin se exponía el Santísimo Sacramento y todo el día se turbanaban las adoradoras, pidiendo con gran fervor y fe el milagro de la mejoría al Dios compasivo, que había devuelto la alegría a la Casa de Betania, con la resurrección de Lázaro. La Casa del Apostolado se vió en estos días llena de las personas que venían, más que para imponerse de su salud, a experimentar ese consuelo que sienten los hermanos estando juntos, cuando la vida del padre está en peligro".

pañía de Jesús, hasta la hora del sepelio, que debía tener lugar el día siguiente.

A las 8 de la mañana del sábado, día 30, se recitó el Oficio de difuntos y a las 8.30 se celebró la misa de cuerpo presente, estando lleno del todo el espacioso templo.

El espectáculo a que nos referíamos comenzó así que cundió por Santiago la noticia de la muerte del P. Falgueras y fué trasladado su cuerpo a la iglesia de San Ignacio, formándose como una romería de personas de todas las clases, edades y condiciones sociales, que se dirigían a visitarle. Veíanse allí estrechándose junto a los venerables restos, dignísimos sacerdotes, religiosas de distintas Congregaciones, respetables caballeros y señoras, gente del pueblo y tiernos niños. Reflejábanse en todos los rostros los dos sentimientos: afecto filial al padre y veneración profunda al santo. Tocábanse sin cesar en sus manos y en su rostro los más variados objetos de devoción, y en algunos momentos, se hacía difícil llegarse al ataúd, debiéndose abrir paso con verdadera dificultad. Hasta enfermos fueron traídos para tocar sus miembros doloridos al cadáver del Padre pidiendo la salud por su intercesión.

A las 4.30 de la tarde, debían ser conducidos los restos del P. Falgueras al cementerio católico de Santiago. Aunque a nadie se había invitado, estaba también en aquella hora la iglesia de San Ignacio desbordante de gente, de la que se formó el cortejo para acompañar el cadáver. Testigos oculares afirman que nunca San Ignacio había presenciado acompañamiento semejante. Después del coche fúnebre, venían los Padres de la Compañía de Jesús y a continuación las Religiosas del Apostolado Popular, siguiendo una interminable hilera de carruajes. Llegados al cementerio, encontráronse con una inmensa muchedumbre. En primer lugar los pobres, los hogares cristianizados por la acción del P. Falgueras, con sus hijos bautizados, en sus misiones de conventillos y albergues, más de dos mil matrimonios legitimados, con sus familias, obra del Apostolado Popular, allí estaban alineados, abriendo paso y formando avenida a su apóstol, arrojando sobre su ataúd las violetas fragantes del cariño y la gratitud; luego las niñas y jóvenes del Servicio Doméstico con sus Madres y Directoras de la Casa de Jesús, fundada por el celo del P. Falgueras a favor de una clase tan desvalida como olvidada; seguían las Maestras de Chile, sostenidas en su delicada misión por la virtud y la prudencia del P. Falgueras, y luego la innumerable multitud de sacerdotes, religiosos, caballeros y señoras, que durante muchos años habían en-

•

contrado en él no sólo al experimentado director, sí que también al padre bondadoso y amigo fiel.

Al ser colocado el ataúd en el panteón de los Padres de la Compañía de Jesús, no hubo otro discurso que las plegarias y las lágrimas de todos los presentes, en quienes se adivinaba el sentimiento con que dejaban allí al santo venerado y al padre muy amado. Toda palabra humana hubiera empequeñecido la magnitud de aquel acto sublime de silencio, de llanto y de oración.

La Prensa Católica de Chile y de la Argentina cumplió con su deber, dedicando cálidos elogios al Santo, al Apóstol, al hombre de Dios y del pueblo. Distinguíéronse "El Diario Ilustrado", "El Diario", "Nuestra Revista", "Efemérides", "Verdad y Bien" y "Zig-Zag". El último terminaba su artículo necrológico, con este comentario:

"Genio bondadoso y ecuánime, siempre igual, sin nada extraordinario, todo, sin embargo, era en él particular y único, su lenguaje, su poder de atracción, la especie de fascinación respetuosa y tierna, que ejercía sobre cuantos se le aproximaban. Hombre de oración, amante de Dios maceraba con cilicios su cuerpo e iba a los pobres para aliviarles el cilicio de los sufrimientos, ejercía silenciosamente su apostolado de la caridad, reuniendo voluntades, organizando acciones benéficas, dándose todo entero para conquistar a los demás y llevarlos a todos hacia los desvalidos, en una cruzada de salvación espiritual y material. Y sólo el proceso de canonización podrá decir el resto".

13. *In memoria aeterna erit justus.*

La memoria del P. Antonio M. Falgueras, aun en este mundo, no podía morir. Primero por la promesa de Dios, que se complace en enaltecer a los humildes, colocándolos sobre los sabios y poderosos de este siglo; y, segundo, porque, aun humanamente hablando, había sido demasiado actuosa, benéficamente actuosa, su vida, dejando huella demasiado profunda en almas innumerables, para que se borrara con facilidad.

Por otra parte, ¿qué impresión como la de la santidad? El mundo, aunque no es santo, sin embargo, tiene una receptibilidad asombrosa para percibir y sentir la santidad. Dios lo ha dispuesto así para que lo ilumine, lo convenza y lo salve o lo condene, según la posición que cada uno tome ante la misma santidad. Y el P. Falgueras apareció como un santo; sus sólidas virtudes estaban a la vista. Aun los que no participaban de la severidad de su espíritu, confesaban que era un santo.

D. Carlos Casanova, actual Rector de la Universidad Católica de Santiago, dice lo siguiente: "Por espacio de doce años me confesé con el P. Falgueras y lo observé mucho y creo que soy muy perspicaz para descubrir los defectos ajenos; pero no pude encontrarle ni uno solo, ni aun la menor imperfección".

"¡Era un santo!" "Dicen que era un santo", tales eran las frases que se escapaban de todos, cuando la noticia de la muerte de nuestro amado P. Falgueras comenzó a propagarse entre nosotros. "Era un santo", nos decíamos, y lo cierto es que se tenía bien merecido el tal calificativo; pues su celo era el de un apóstol; su abnegación la del varón humilde; su mortificación la del austero anacoreta; su observancia regular, durante los 44 años de vida religiosa, la del perfecto Jesuíta; y siempre estas y otras virtudes estuvieron acompañadas de una alegría propia sólo del varón que va derramando bondades" (24).

En el correr de los días, se celebraron solemnísimos funerales por el alma del P. Falgueras, con discursos laudatorios; se deshojaron sobre su tumba las flores de las alabanzas; se le dedicaron actos académicos necrológicos; y se publicaron sus loores, recogidos en un volumen titulado: "Corona fúnebre a la memoria del R. P. Antonio M. Falgueras, S. J.", en el que hasta la lira poética deja oír sus acentos:

Sonriendo dulcemente

Cayó, por fin, en medio del combate,
De cara al sol, el luchador valiente;
Pero si ya su corazón no late
Aun la armonía de su voz se siente.

Aun se escucha su voz, como un llamado
Que hace al pobre, al humilde y al llagado,
Al festín del divino Nazareno
Y que dice al soberbio y al malvado:
"Amar es dulce y perdonar es bueno".

¡Dios guarde al sembrador de santas cosas,
Que del mundo en las rutas dolorosas
Va dejando a su vera, como huellas,
Un perfumado florecer de rosas
Y una apacible claridad de estrellas! (25).

(24) "Nuestra Revista"; Septiembre de 1924.

(25) ABEL GONZALEZ; Febrero, 17 de 1925.

Pero el nombre del P. Falgueras, aunque se pronunciará siempre con afecto intenso en numerosas instituciones, y, sobre todo, en el fondo de innumerables almas, ha quedado en particular perpetuado en su obra predilecta, la Congregación del Apostolado Popular.

En verdad, que una de las mayores gracias que Dios puede conceder a los varones apostólicos es hacerles fundadores de Congregaciones religiosas, que hereden su espíritu y sigan trabajando en la viña del Señor, mientras el padre, el fundador, al par que recibe el galardón de sus virtudes, vela por sus hijos desde la celestial Jerusalén. De ellos puede decirse que no mueren, porque siguen viviendo en una generación inmortal, que continúa su influencia moral en la tierra. El P. Falgueras ha entrado con su Apostolado Popular en esa porción selecta de aristócratas del mismo cielo. Tenía él hambre de darle almas a Dios, muchas almas, porque el celo de la gloria de Dios y salvación de las almas lo devoraba; y el Señor, después de haber aceptado complacido y bendecido copiosamente el apostolado activísimo de toda su vida, le concedió, como galardón extraordinario, que quedase perpetuada su acción santificadora sobre la tierra por medio del Apostolado Popular.

Sobre esta obra, heredera del espíritu del P. Falgueras, ha escrito Monseñor Rafael Edwards, Obispo Auxiliar de Santiago: "En cuanto al Apostolado Popular creo que en realidad es una obra verdaderamente providencial, porque corresponde a la mayor y más esencial de nuestras necesidades: la cooperación a la acción de la Iglesia y de la Parroquia en la evangelización de los pobres. Nuestro clero parroquial es muy escaso y por más que multiplique su celo y actividad no puede cumplir con su amplísimo ministerio. Hay además no poca gente que es menester buscar en las plazas, en las calles, en las encrucijadas y en los conventillos. Es lo que hace el Apostolado Popular: llevan a Cristo a las almas que menós lo conocen, que más lo han olvidado y que están más necesitados de él. El P. Falgueras ha hecho una obra, por lo cual lo bendecirán muchas almas y dará muchísima gloria a Dios Nuestro Señor. Me complazco en reconocer y declarar que no hay obra más oportuna y más urgente que la que realiza el Apostolado" (26).

El P. Manuel Solá, citado con anterioridad, que acompañó

(26) Carta al R. P. Buenaventura Bas, Rector del Colegio de San Ignacio; 17 octubre de 1924.

distintas veces al P. Falgueras en sus misiones en los conventillos, donde hicieron sus primeras armas las futuras religiosas del Apostolado Popular, se expresa así: "En aquellas ocasiones, vi a las fundadoras preparando las misiones y cooperando a ellas; y luego, por tres años, las vi ya religiosas, en la apostólica labor que les es propia; y he de decir que su espíritu es admirable y manifestador del de su Fundador, estampado en sus adecuadas reglas, inspiradas naturalmente en gran parte, en las de nuestra Compañía. Durante ese trienio, tuve ocasión frecuente de experimentarlo en misiones preparadas por ellas, y en las que participaban con los catecismos, preparación de bautismos, arreglos de matrimonios, cuyos engorrosos trámites ante la ley civil facilitaban y de otras maneras sin perdonar molestias, gastos y fatigas. Por esto eran requeridas para misionar en muchos puntos de la República chilena y muy deseadas sus fundaciones" (27).

D. Abdón Cifuentes, sacerdote secular entonces, hoy miembro de la Compañía de Jesús, y muy conocedor de la obra del P. Falgueras, se expresa en estos términos en su oración fúnebre:

"Cuando en sus apostólicas faenas llegó a pisar el P. Falgueras ese campo abandonado y escondido de la viña del Señor, que no produce más que espinas y abrojos entre el fango de las más bajas pasiones, y la pesada atmósfera de las más tristes miserias, brotó de su compasivo corazón esa Sociedad del Apostolado Popular, cuyo espíritu no puedo menos de bendecir porque lleva el sello de las obras de Dios, al buscar su divina gloria, por medio de la cruz de Cristo, en el amor y la salvación de tantos desgraciados y pecadores; obra que fué la espléndida corona de sus evangélicas empresas, y que como fruto maduro y perfecto de su corazón de apóstol y de su alma de santo, la dejó informada del ardor de la caridad por la salvación de las almas, del espíritu de sacrificio que exige su fructuoso apostolado y de esa profunda humildad y sencillez, que sabe esconder entre el silencio y la modestia, las acciones más nobles y los más grandes ideales; como si hubiera querido la Providencia de Dios dejar personificado en ella todo el celo, la mortificación y la humildad, que fueron los tres fundamentos de su eximia santidad, y para premiar al mismo tiempo sus heroicas virtudes, con esa inmortalidad prometida sólo a los Santos, al perpetuar en esta obra, que acaba de salir de sus manos, todo el vigor de su espíritu y todos los santos ideales de su noble corazón".

(27) Carta al autor; Buenos Aires, 21 de septiembre de 1936.

Y el P. Antonio Hernández, Misionero del Corazón de María, en ocasión semejante, manifestó su opinión sobre la génesis del Apostolado Popular, en estos términos:

“Su alma toda de Dios, sentía desgarramientos horribles, cuando en el desempeño de su apostolado, topaban sus ojos con esos cuadros inmorales, que en el bajo pueblo ofrece la familia contemporánea. Y se lanzó a predicar misiones en los conventillos. Los frutos cosechados fueron ubérrimos. Vosotros sois testigos oculares de su abnegación y de su esfuerzo y de su martirio en esta apostolización fecundísima. ¡Cuántas veces, enfermo y todo, predicaba estas misiones, y con una ejemplaridad y entusiasmo, que contagiaba a cuantos con él estaban! Y claro que este esfuerzo misional y providente no podía morir; tenía que cristalizar de algún modo; era obra de Dios; había que darle perpetuidad y la obtuvo en esta fundación admirable del Apostolado Popular del Sagrado Corazón de Jesús”.

14. Terminaremos la ya numerosa serie de testimonios sobre el P. Falgueras y sus obras con dos, que a nuestro juicio son mayores de toda excepción y definitivos, aunque sencillos en la forma, carácter que abona su plena sinceridad.

Sea el primero el del P. José López Sevillano, cuya palabra dejamos oír ya en el capítulo dedicado a la vida del P. Falgueras en Montevideo. Fué el P. López Rector del Colegio de Santiago de 1915 a 1920, y luego Padre Espiritual del mismo Colegio; por lo cual fué un íntimo del P. Falgueras; tanto, que el P. Falgueras se confesaba con él, y él a su vez, eligió al P. Falgueras por su propio confesor.

He aquí, pues, algunos de los conceptos vertidos por el P. López respecto del P. Falgueras:

“La humildad de nuestro Padre, dice en carta particular al autor (28), era profunda. Jamás se le oyó hablar de sí ni de sus cosas; jamás excusarse, ni quejarse de nadie; y eso que no le faltaron ocasiones de desprecios y mortificaciones de parte de aquellos, que no entendían lo sublime de su espíritu. Efecto, a mi juicio, de esta humildad, en querer ocultar todo lo suyo, fué lo que sucedió en sus días postreros: tres días antes de caer en cama, ¡qué trajines para llevar a la biblioteca todos los libros que tenía en su aposento; para destruir todos sus escritos, pláticas, sermones, etc.! ¡Cayeron, sin duda, sus apuntes espirituales al fuego...! ¡Cuántas cosas buenas hubiéramos encontrado referentes a su es-

piritu!... Pero ;no hubo remedio! No se encontró nada escrito por él.

"Su observancia regular era perfecta. No me acuerdo que jamás hubiera faltado a las Reglas de la Compañía. Su porte, compuesto, religioso, dulce y afable. Sus maneras, finas y delicadas. Su trato, franco, cordial y expansivo. En los recreos de la Comunidad, se mostraba alegre y decididor, y aun se permitía hacer sus bromitas de caridad, que alegran y consuelan.

"Las gentes le tenían en opinión de santo. Antes de morir, traían manojos de rosarios para que los tocase el Padre; y, después de muerto, pedían para guardarlas como reliquias, las cosas que había usado".

Sea el segundo, el del Rdo. P. José Llussá, Superior que ha sido de la Vice-Provincia chilena de la Compañía de Jesús, quien, en cargos de gobierno, ya en la Argentina, ya en Chile, conoció, trató y tuvo como súbdito por largos años al P. Falgueras.

De él, pues, son los siguientes conceptos en diversas comunicaciones al autor:

Recuerda el P. Llussá las palabras del Apóstol San Pablo a Timoteo (II, 3, 17), en que define, con la precisión y fuerza con que él sabe hacerlo, al apóstol de Jesucristo: **Perfectus homo Dei, ad omne opus bonum instructus**; Perfecto varón de Dios, dispuesto para toda obra buena; y añade que en estas palabras, "aparece hecha la síntesis del espíritu, de la vida y de las actividades del P. Falgueras". Y prosigue: "Sí, varón de Dios; así lo llamábamos y oíamos que llamaban generalmente al P. Falgueras cuantos durante su vida pudimos tratarle y observarle, o al tratar con aquellos que con él habían convivido. Recuerdo que fué ésta la calificación con que respondí, a fines del año 1897, al regresar yo a España, para terminar mis estudios, a su hermano, el P. Francisco Falgueras, entonces Maestro de novicios en Veruela, al preguntarme por nuestro P. Antonio, a quien acababa de dejar yo en Buenos Aires, de Rector del Seminario de Regina; y esta fué la impresión que de él y de sus obras, seguí recibiendo en los tiempos posteriores y más particularmente, en los ocho últimos años de su vida, en los que por mi cargo de Superior y Provincial, pude más a fondo conocerle y enterarme de sus obras apostólicas. Estas, las obras, son las que dan el verdadero testimonio de la virtud y de la santidad de una persona. Por esto es de tanta importancia el recogerlas cuidadosamente y conservarlas descritas con sencillez e histórica veracidad" (29).

(29) Carta al autor; Santiago de Chile, 21 de octubre de 1936.

15. Por fin, y sea éste el último y tal vez el más expresivo y valioso testimonio, que deseamos añadir a todos los aducidos, al objeto de que unido a ellos, eleve en honor del P. Falgueras un monumento indestructible de gloria y de honor: es el testimonio de la Compañía de Jesús corporativamente considerada, ya en los Superiores que tuvo el Padre, ya en los súbditos, sus cohermanos.

Observamos desde los comienzos de esta biografía, que el entonces joven Antonio Falgueras trajo ya a la Compañía de Jesús, un espíritu caracterizado por una austera penitencia y una acentuada vida interior; y que, examinado que fué el espíritu de aquel joven, la Compañía estuvo muy lejos de declararlo ajeno a su propio espíritu institucional; antes al contrario; creyó encontrar en él una verdadera y sólida vocación a la Orden de San Ignacio, capaz, por consiguiente de llegar a ser un excelente Jesuíta.

Esta afirmación no es arbitraria. No lo es, porque de lo contrario, la Compañía hubiera hecho cambiar de proceder a su pretendiente, o le hubiera negado el acceso a la vida religiosa en su Instituto. Pero nada de esto hizo; antes aceptó la Orden el modo de proceder de su candidato, contentándose con dirigirle; y aun le dió muestras — nótese bien — de predilección y distinción. Argumento no ya negativo, sino que positivamente demuestra el juicio de la Compañía sobre él.

Ahí están los hechos. Apenas pronunciados los votos en el noviciado de Veruela, fué nombrado **Visitador de la oración y exámenes**; cargo que a todas luces implica distinción y confianza (30); en el incendio de aquel Monasterio, ocurrido en 1883, y del que se habló en el cap. III, el P. Rector señalóle a él solo su puesto al pie de la Virgen de Veruela, para que rogase por la extinción del fuego, mientras los demás se afanaban acarreando agua; en Tortosa, en donde estudia Filosofía, es nombrado de nuevo **Visitador de la oración y exámenes**; en Zaragoza, donde ejerce el magisterio, se le nombra inspector de la primera división de los alumnos, que era la de mayor responsabilidad; en Gandía, donde hizo el año de tercera probación, fué elegido auxiliar del Maestro de novicios, que es otro cargo de delicado compromiso, que la Compañía no confía sino a persona de señalada virtud y aprobado espíritu. Todo esto, durante su período de formación.

En plenos ministerios apostólicos, fué nombrado dos veces superior; a saber: Rector del Seminario Metropolitano de Buenos

(30) En la legislación de la Compañía, se ordena que para este cometido se nombre un sujeto de toda confianza.

Aires y Superior de la Residencia de Valparaíso; fué nombrado consultor, apenas llegado a Montevideo y a Córdoba, y P. Espiritual de Montevideo y de Santiago de Chile; fué puesto al frente de obras tan importantes como el Centro Apostólico de San Francisco Javier y de las Maestras de Chile, en Santiago y en toda la República, al mismo tiempo que era propulsor de la obra del Servicio Doméstico, de la obra de la Compañía de Santa Teresa, la del Pensionado Universitario, y de las misiones de los conventillos y de los albergues de Santiago; pero sobre todo se le dejaron manos libres para establecer la Sociedad del Apostolado Popular, que trasformó en una Congregación religiosa canónica, denominada Congregación del Apostolado Popular del Sagrado Corazón de Jesús. Este último hecho, es decir, la intervención en la fundación de una Congregación religiosa, es tan elocuente, que vale por muchos, pues en la Compañía no se permite sino como una excepción extraordinaria. Por ende, él solo aumenta de mucho el valor acumulativo de todos los otros hechos, en que tuvo que contarse con la voluntad o la aquiescencia de los superiores (31).

Respecto de los hijos de la Compañía en general, que trataron íntimamente o conocieron al P. Falgueras, el testimonio es moralmente unánime. "El santo P. Falgueras"; "Es un santo"; eran las expresiones usadas, sin restricción, al hablar de él, mientras vivió; "Fué un santo" es la expresión actual, después de su muerte.

Así pues, con convicción absoluta y plena conciencia afirmamos que la Compañía como tal, amó entrañablemente y aun distinguió al P. Falgueras, a quien consideró como un hijo que la honraba con sus eximias virtudes. Lo cual no se opone a que algún particular, no comprendiendo el vuelo de su espíritu o tal vez por estrechez de miras, no juzgase tan benévolamente sus empresas; pero esto resulta de muy poco valor y, matemáticamente, una cantidad despreciable, ante el cúmulo de los testimonios favorables. Los santos no pueden ser sujetados al módulo común, con que medimos las vidas ordinarias, aun virtuosas, de los demás mortales. Unidos íntimamente a Dios, siguen el impulso que se digna imprimirles El, según los designios siempre adorables de su Providencia. Para contrastar y asegurar su espíritu, ahí está la atenta vigilancia de los Superiores y la sincera sujeción de los súbditos; y es evidente que no faltó vigilancia en los Superiores de la Compañía

(31) Nótese que la Compañía de Jesús aceptó, como en herencia, la dirección o protección de la obra del P. Falgueras, por lo tocante al Apostolado Popular; lo cual no hubiera sucedido si ella no hubiese aprobado aquella institución.

respecto del P. Falgueras, ni le faltó a él la obediencia más rendida a las disposiciones de sus Superiores.

Sobre el sepulcro, que guarda los despojos mortales de aquellos a quienes se ha amado en este mundo, suele escribir una mano amiga un epitafio, como desahogo del corazón, prueba de afecto y deseo de feliz eternidad.

Nosotros nos contentaremos con transcribir aquí las últimas cláusulas del *Summarium vitae Patris Antonii Falgueras*, depositado por los hijos de la Compañía de Jesús del Colegio de San Ignacio de Chile, en su propio archivo, para perpetua memoria.

Dicen así:

“El P. Falgueras, aunque propenso a varias dolencias, entregóse del todo a la vida de oración y a la penitencia; de tal manera, que llegó a excitar la admiración de cuantos vivíamos en esta casa. Como por ningún motivo, ni siquiera por hallarse enfermo, se abstuviese de trabajar, no fué extraño que a principios de marzo de 1924, quedase postrado por la uremia. Pero como sanase milagrosamente, según pareció, así que recobró la salud, se entregó de nuevo con ardor a sus ministerios, dedicándose a ordenar todas sus cosas. Con lo cual sucedió que al caer de nuevo en cama, a fines de agosto, lo dejase ordenado todo para sus sucesores. Finalmente, expiró plácidamente en el Señor, el día 29 de agosto.

“**Le acompañó una gran fama de santidad**, en tal grado, que el pueblo besaba sus sagradas vestiduras sacerdotales, mientras estuvo presente su cuerpo en la iglesia, le aproximaba objetos piadosos, y deseaba arrebatarse algún objeto, como el crucifijo, en recuerdo suyo.

“Una gran multitud de público distinguido le acompañó al cementerio; pero a todos causó la más grata impresión la muchedumbre de niños y niñas, provenientes de los conventillos, los cuales quisieron acompañar hasta el cementerio a su querido bienhechor, mostrando sus sentimientos de gratitud arrojando violetas sobre su féretro (R. I. P.)”.

NOTA ADICIONAL

La Congregación del Apostolado Popular, fundada por el P. Antonio M. Falgueras poco antes de morir, siguió su marcha, si no acelerada, con paso seguro y firme.

A la muerte del Fundador, tenía la Institución una casa propia en Santiago, y contaba con dos Religiosas profesas y cuatro novicias. Requeridas para trabajar en diversos centros misionales, según su espíritu, lograron larga cosecha de conversiones, dándose a conocer más y más, y siendo por esta causa más apetecida su labor.

En 1925, compró la Congregación un terreno en el barrio obrero denominado Matías Ovalle, y allí montó un centro de cultura cristiana, con una capilla que prestaría sus servicios religiosos a la barriada. Se le dió el nombre de **Antonio M. Falgueras**. En 1929, la humilde capilla fué trasformada en una construcción nueva y capaz, merced a la generosidad de D. Francisco Ossa.

En 1930, Doña Marta Biaut de Eyquén obsequió a la Congregación un sitio extenso (calle San Luis, Rey de Francia), donde fué construída otra capilla, dedicada a la Virgen del Carmen, y, como era natural, se estableció también allí un centro cultural.

En el entretanto, la Congregación normalizaba internamente su vida. El 30 de julio de 1926 celebró su primer Capítulo, en el que fué nombrada Superiora General la M. Carmela Rodríguez Rozas, el 8 de junio de 1927 pronunciaron sus votos perpetuos las dos primeras Religiosas, que habían integrado la Congregación, y el 30 de julio de 1932, celebróse el segundo Capítulo general, en el que fué reelegida la Rda. M. Carmela Rodríguez Rozas.

El resultado obtenido en las Misiones, desde el año 1924, hasta el año 1937, es el siguiente:

Misiones dadas	774
Bautismos de adultos hasta 60 años ..	542
Bautismos de niños hasta 7 años	4.560
Primeras Comuniones de niños	12.040
Primeras Comuniones de personas de 16 a 60 años	7.337
Matrimonios legitimados religiosamente	18.460
Matrimonios inscritos en el Registro civil	10.237
Personas que han abjurado sus errores	48
Confirmaciones	19.258
Hogares consagrados al Sdo. Corazón ..	3.863
Personas que han recibido los Sacramen- tos, la mayoría de ellos después de muchos años	309.662

Estos frutos aumentaron la benevolencia hacia la Obra, de cuantos se interesaban por la regeneración espiritual del pueblo, principalmente de los Párrocos y Prelados. Monseñor Errázuriz Arzobispo de Santiago, solía decir que "lo más grande eran las Falgueras"; denominación que familiarmente daba a las Religiosas fundadas por el P. Falgueras; y Monseñor José H. Campillo, su sucesor, se ha mostrado siempre para el Instituto un solícito y amante Padre.

En 1929, se creyó que la Congregación podría ya expandirse y salir de Santiago para extender su apostolado verdaderamente popular, y se pensó en Valparaíso, la segunda ciudad de Chile. En efecto; Mons. Gimpert, Obispo de aquel Puerto, aceptó con entusiasmo el proyecto y favoreció la compra de una casa a propósito, cuyo costo fué erogado por la herencia de una de las Religiosas de la misma Congregación. Verificóse la inauguración el 14 de marzo de 1931, dando lugar la fiesta a una gran manifestación de afecto social de aquella ciudad, en previsión de los copiosos frutos esperados de la Institución. Inmediatamente se nombró el Directorio de las señoras Cooperadoras de la obra, y fué nombrado Director de ella el P. Sales, Superior de la Residencia de la Compañía de Jesús. Esta Casa, que comenzó prósperamente, pasó muy pronto por la prueba de perder a su Superiora, la M. Luisa Pomar, quien entregó su alma al Señor, con santa muerte, el día 11 de noviembre de 1932. Fué la primera Religiosa de la Congregación triunfante de la gloria.

Desde 1931, se pensaba en la fundación de Concepción. Fué su promotor Mons. Rafael Piedra, entonces Párroco del Sagrario;



Santiago. Centro Cultural Antonio M. Falgueras y Capilla del Sagrado Corazón de Jesús.



Concepción. Capilla del Sagrado Corazón y Centro Cultural que el Apostolado Popular tiene en la Población Prieto Cruz.



La nueva Capilla del Apostolado Popular en la Casa Madre de Santiago.



Casa Madre, primer patio.

pero no lo tomó con menor empeño el Sr. Obispo de aquella diócesis, Mons. Gilberto Fuenzalida. Después de algunas dificultades en la elección del domicilio, logróse lo que se deseaba en la calle Cochrane, No. 538. El 5 de agosto se bendijo solemnemente la casa, estableciéndose allí la Comunidad, que fué objeto de numerosas atenciones, obsequios y muestras de sincerísimo afecto. Aun antes de la fecha, celebróse allí una asamblea de señoras, que fué muy concurrida, con el fin de reunir los fondos necesarios para proveer aquella fundación. La Obra del Instituto ha tomado gran vuelo en Concepción, extendiendo su influencia a las dilatadas regiones del Sur. Además, en Concepción se ha abierto un Centro obrero, el primero en su género en aquella ciudad, denominado "Hipólito Salas", nombre del célebre Obispo de aquella diócesis, el cual está haciendo un bien inmenso entre el elemento popular; también se abrió un Centro para obreras. Finalmente se fundó un Centro cultural y religioso, en la llamada Población Prieto Cruz, sitio privado de culto católico y abandonado a la propaganda protestante.

Añadiremos que la pequeña capilla de la Casa de Santiago ha sido trasformada y muy mejorada, mediante la generosa cooperación de una señora de la ciudad; y que juntamente con la capilla, ha acentuado su carácter de casa religiosa la morada principal de la Congregación, apareciendo lo que podría llamarse el amplio patio claustal, con sus arcadas y sus flores, que convidan al recogimiento del espíritu, a la dulce alegría del alma y a la paz del corazón.

Como se ve, la sombra protectora del P. Falgueras se va agrandando sobre su obra predilecta. Que ella continúe manteniéndola en su vigoroso espíritu, y no podrá menos de desarrollarse y crecer, hasta cobijar bajo sus fructíferas ramas la clase obrera, no sólo de Chile, sino de todo el mundo.

PROLOGO	III
-------------------	-----

PARTE PRIMERA

CAPITULO I. — HOSTALRICH — CASSA DE LA SELVA

<p>Sumario: 1. La patria del P. Antonio M.^a Falgueras; su posición y su historia.—2. Su familia; nacimiento del Padre.—3. Escasez de noticias sobre su infancia; carácter irascible del niño Antonio.—4. Su temprana piedad; evolución hacia el dominio de sí mismo; repulsión por la escuela.—5. Hacia Cassá de la Selva; crisis feliz.—6. Primeras manifestaciones de su futuro extraordinario ascetismo</p>	3
--	---

CAPITULO II. — OTRA VEZ HOSTALRICH

<p>Sumario: 1. Lo que había presenciado un joven de 16 años, en 1880.—2. Reacción enérgica del católico pueblo español: necesidad de las Ordenes religiosas.—3. La Compañía de Jesús en su puesto; el Monasterio de Nuestra Señora de Veruela, noviciado de la Compañía.—4. La vocación de Antonio a la Compañía; sus causas.—5. Su demanda de entrar en la Compañía; una lucha victoriosa.—6. El más dulce secreto de tres amigos.—7. Hacia el noviciado</p>	11
--	----

PARTE SEGUNDA

CAPITULO III. — VERUELA

<p>Sumario: 1. "Como un vasto campamento de obras ascéticas".—2. Fines del noviciado.—3. Los experimentos.—4. Los Ejercicios espirituales del H. Falgueras; su espíritu de oración, su modestia y su observancia regular.—5. Su extraordinaria penitencia.—6. La peregrinación y el cuidado de los enfermos.—7. El incendio del Monasterio de Veruela.—8. Los testimonios; el P. Federico Cervós.—9. Los votos religiosos.—10. En el curso de los Estudios; santificación de los trabajos escolares; nuevos testimonios de su austeridad.—11. Visitador de oración y exámenes.—12. Saldo favorable de Veruela</p>	21
--	----

CAPITULO IV. — TORTOSA — ZARAGOZA — GANDIA

<p>Sumario: 1. El Colegio Máximo de Tortosa.—2. El H. Falgueras en Filosofía.—3. En el Colegio del Salvador, de Zaragoza; sus cargos; la tradición de la santidad.—4. De nuevo en Tortosa; estudios teológicos.—5. Ordenación sacerdotal y término de los estudios.—6. En Gandia; tercera probación.—7. Auxiliar del Maestro de Novicios; testimonios especiales; su devoción al Sagrado Corazón de Jesús.—8. Muerte de su padre.—9. El testimonio del P. Casademont.—10. Dispuesto para el apostolado</p>	41
---	----

PARTE TERCERA

CAPITULO V. — BUENOS AIRES

<p>Sumario: 1. Anhelos de un niño.—2. La Misión Chileno-Paraguaya.—3. En el puerto de la Capital Argentina; primeros ensayos.—4. Es destinado al Seminario de Buenos Aires, titulado Regina Martyrum.—5. El P. Julián Requeña, Rector del Seminario; su fallecimiento.—6. Le sucede en el rectorado el P. Falgueras.—7. Plan de un edificio nuevo en Villa Devoto; el P. Falgueras actuando en el proyecto.—8. La colecta del P. Falgueras.—9. Suspende el trabajo; obras construídas en 1900.—10. Construcción de la Iglesia.—11. La obra moral del Seminario; la piedad en general y la devoción especial al Sagrado Corazón de Jesús y a la Santísima Virgen.—12. Trabajos escolares; academias.—13. Actividad personal del P. Falgueras.—14. Asuetos y vacaciones.—15. La profesión religiosa.—16. Traslación definitiva a Villa Devoto.—17. Vida de relación del Seminario.—18. Un verdadero don de Dios; virtudes especiales</p>	
---	--

del P. Falgueras.—19. Testimonios superiores a toda excepción.—20. Fin de su misión en el Seminario; mirada retrospectiva 59

CAPITULO VI. — MONTEVIDEO Y CORDOBA

Sumario: 1. En el Colegio-Seminario de Montevideo; la cátedra de Filosofía.—2. Multiplicanse los cargos; Congregaciones del Sagrado Corazón; vida nueva del apostolado.—3. En las misiones del Centro Apostólico de San Francisco Javier; excursiones rurales.—4. Los caminos de la Providencia de Córdoba; cargos y ministerios.—5. "Llegó felizmente al país de Chile" 85

CAPITULO VII. — VALPARAISO

Sumario: 1. Valparaíso; Residencia y Casa de Ejercicios de la Compañía de Jesús.—2. El P. Falgueras, Superior; sus ocupaciones.—3. Ministerios fuera de la ciudad.—4. El Catecismo; la Hermandad del Sagrado Corazón de Jesús.—5. Mejoras materiales.—6. Penetración en las almas; dirección espiritual y Ejercicios espirituales.—7. Caso singular de edificación 109

CAPITULO VIII. — SANTIAGO DE CHILE
PRIMERA PARTE

Sumario: 1. El Colegio de San Ignacio, Santiago de Chile; sus actividades.—2. El P. Falgueras al frente del Centro Misional San Francisco Javier; movimiento de la obra; hechos particulares.—3. Las "Maestras de Chile"; ingerencia del P. Falgueras en la institución.—4. El Pensionado de señoritas universitarias.—5. La Obra de las Hijas de María Inmaculada para el Servicio Doméstico; impulso comunicado por el P. Falgueras.—6. Los Ejercicios, particularmente en Casas Religiosas.—7. Virtudes especiales del P. Falgueras: su alegría santa y su modestia; frutos exquisitos de su trato.—8. Confesor y director espiritual.—9. Fragmentos y dictámenes.—10. Su piedad, su espíritu de oración y su devoción eucarística 123

CAPITULO IX. — SANTIAGO DE CHILE
SEGUNDA PARTE

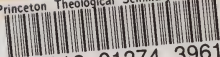
Sumario: 1. Un proyecto del P. Falgueras: las misiones de los pobres de los conventillos.—2. La Sociedad del Apostolado Popular del Corazón de Jesús.—3. El Provisor Mons. Manuel Tomás Mesa.—4. Continúan las misiones; sus resultados.—5. Actuación personal del P. Falgueras; testimonios y hechos particulares.—6. Movimiento apostólico de 1921; los Albergues.—7. Misiones difíciles y gloriosas.—8. Los viajes a Buenos Aires 157

CAPITULO X. — SANTIAGO DE CHILE
TERCERA PARTE

Sumario: 1. La obra apostólica del P. Falgueras deriva hacia una Congregación religiosa.—2. Mons. Mesa, intermediario.—3. La solicitud a Roma.—4. Periodo álgido de la vida del P. Falgueras; preparación de las Constituciones.—5. Enfermedad del Padre; ministerios; aprobación de Roma.—6. La casa de la futura Congregación.—7. Recaída; aprobación del Prelado.—8. Mejoría.—9. Bendición del edificio y profesión de las primeras religiosas.—10. Las Constituciones aprobadas.—11. Conclusión de su ministerio apostólico; el último colapso; la santa muerte.—12. El sentimiento público; el entierro; la prensa.—13. Su memoria será eterna; por sus eximias virtudes personales y apostólicas y por su Congregación del Apostolado Popular.—14. Los grandes testimonios.—15. El de la Compañía de Jesús 179
Nota adicional 211



Princeton Theological Seminary Libraries



1 1012 01274 3961

